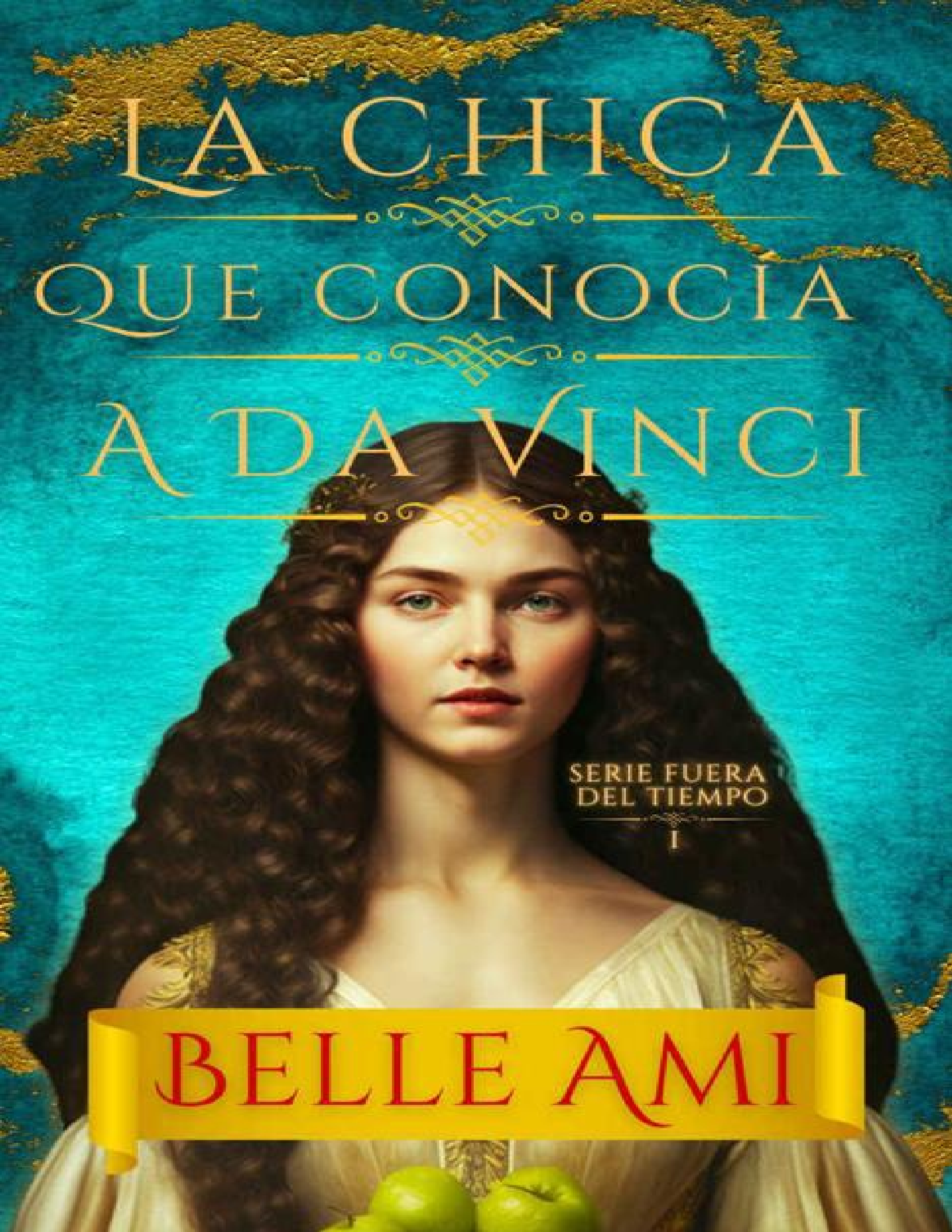




LA CHICA QUE CONOCIA A DA VINCI

SERIE FUERA
DEL TIEMPO

I

BELLE AMI

LA CHICA QUE

CONOCIÓ A DA VINCI

SERIE FUERA DEL TIEMPO LIBRO 1

BELLE AMI

Contenido

[LA CHICA QUE](#)
[RECONOCIMIENTOS](#)
[PRÓLOGO](#)
[CAPÍTULO UNO](#)
[CAPÍTULO DOS](#)
[CAPÍTULO TRES](#)
[CAPÍTULO CUATRO](#)
[CAPÍTULO CINCO](#)
[CAPÍTULO SEIS](#)
[CAPÍTULO SIETE](#)
[CAPÍTULO OCHO](#)
[CAPÍTULO NUEVE](#)
[CAPÍTULO DIEZ](#)
[CAPÍTULO ONCE](#)
[CAPITULO DOCE](#)
[CAPITULO TRECE](#)
[CAPITULO CATORCE](#)
[Capitulo quince](#)
[CAPITULO DIECISEIS](#)
[CAPITULO DIECISIETE](#)
[CAPITULO DIECIOCHO](#)
[CAPITULO DIECINUEVE](#)
[CAPITULO VEINTE](#)
[CAPITULO VEINTIUNO](#)
[CAPITULO VEINTIDOS](#)
[CAPITULO VEINTITRES](#)
[EPILOGO](#)
[Copyright](#)

Este libro está dedicado a aquellos artistas que se atreven a perseguir sus sueños. Algunos soñamos con lograr grandes metas, mientras que otros se limitan a realizarlas. Leonardo da Vinci nunca dejó de explorar todas las facetas de la vida, y sus pinturas a menudo pasaban a un segundo plano. Era la quintaesencia del hombre de todos los oficios, pero en su caso, era un maestro de todos ellos. Imaginar lo que sería conocer a una de las mentes más brillantes de la historia, llamar amigo a un hombre así, me entusiasmó y me inspiró. Me ha conducido a un nuevo viaje en mi vida y a la creación de un elenco de personajes que espero llenen las páginas de muchos libros aún por venir.

Gracias, Maestro.

Las cosas que sucedieron hace muchos años a menudo parecen cercanas y próximas al presente, y muchas cosas que sucedieron recientemente parecen tan antiguas como los días pasados de la juventud. ~ Códice Atlántico, fol. 29v-a

~Leonardo da Vinci

RECONOCIMIENTOS

Gracias... Los escritores no trabajamos en el vacío, ni sus libros se crean en el vacío. Todas las personas que han conocido, ha contribuido de algún modo a las páginas arrancadas de su corazón, su alma y su mente. Este libro no habría sido posible sin la devoción y el esfuerzo de mi editora, Joanna D'Ángelo, quien trabajó incansablemente y mantuvo mis "dedos" al fuego. Es una bendición y ha sacado lo mejor de mí, y se lo agradezco de todo corazón.

Gracias a mi familia, que tanto me ha apoyado en mi viaje como autora y me ha animado cuando otros se oponían a mis esfuerzos.

Gracias a Renata Coppola, una elegante y artística mujer italiana, que editó las traducciones italianas de mi libro.

Por último, quiero agradecer a mis lectores el inmenso placer que me producen sus comentarios y su apoyo. Ustedes hacen que las horas pasadas a solas frente a la pantalla del ordenador hayan merecido la pena.

PRÓLOGO

*Florencia, Italia
Galería Uffizi Agosto 4, 1944*

S

ofía Caro estaba asustada, pero ni la mitad de lo que debería estarlo. El mundo estaba en guerra, y ella estaba enamorada de un de un oficial alemán. Tapó sus oídos cuando una nueva explosión sacudió el edificio y se acurrucó entre los brazos de su amante, Gerhard Jaeger. ¿Habían transcurrido sólo dos días? Era como si los alemanes llevaran semanas bombardeando.

"Florencia nunca volverá a ser la misma", susurró entrecortadamente. Tras cada detonación, la Galería Uffizi se tensaba y se estremecía como si la golpeará un terremoto. Gerhard la abrazó con más fuerza, protegiéndola con su cuerpo. "Así será, querida, ya lo verás".

Tenían planeado huir de Florencia, y Gerhard, que no era nazi, desertaría. Si lo capturaban, lo alinearían ante un pelotón de fusilamiento. A sus preocupaciones se sumaban sus hermanos, partisanos que luchaban contra los nazis. Ella y Gerhard iban a regresar a casa, al viñedo familiar en las colinas toscanas. Tendría suerte si sus hermanos no disparaban a Gerhard primero y preguntaban después. Se le había acabado el tiempo y el hombre al que amaba con toda su alma estaba dispuesto a arriesgarlo todo por ella y por su hijo nonato.

Otra ronda de explosiones sacudió el edificio. Acurrucados en la larga galería central del Uffizi, polvo y trozos del techo pintado al fresco llovieron a su alrededor

BELLE AMI

"¡El techo! ¿Qué pasaría si el edificio se derrumbara?" Sofía no podía controlar el pánico que la embargaba. Los escombros y el calor abrasador le imposibilitaban respirar.

"Estaremos bien, Sofía. El Uffizi ha resistido casi quinientos años y resistirá otros quinientos". Gerhard le besó la frente. "Más que ese bastardo de Hitler. Me avergüenza y me enferma ser alemán".

Sofía le puso la mano en la mejilla. "Eres un académico, un historiador del arte, no un soldado. Harías cualquier cosa para proteger los tesoros artísticos de Florencia. Es una de las razones por las que me enamoré de ti".

"¿Habré hecho lo suficiente hasta ahora?" Unas líneas profundas le marcaron la cara.

Una enorme explosión trajo otra lluvia de yeso, cubriéndolos en un velo fino de polvo blanco.

"Que el cielo nos ayude. ¿Cuándo parará?" Sofía enterró la cara en su pecho.

"No parará hasta que los puentes sean demolidos. Incluso para los alemanes industriales, eso podría llevar casi toda la noche".

Sofía se tapó los oídos para amortiguar otra ronda de sucesivas detonaciones. "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén". Se persignó, preguntándose si Dios escucharía las súplicas de una católica que ya no lo era. Sintió cómo un hilo de sudor rodaba por su mejilla. Gerhard sacó el pañuelo del bolsillo y se lo secó.

"Amore mio", te prometo que terminará al amanecer. Mi contacto, Deiter, me ha asegurado que el Ponte Vecchio no será destruido. Las explosiones cesarán cuando hayan terminado de derribar el resto de los puentes. Entonces tú y yo dejaremos atrás esta pesadilla de guerra".

Una serie de estampidos resonó de nuevo en la ciudad, y la realidad de su situación regresó. Ella se sujetó el estómago, protegiendo la vida que crecía en su interior.

Él cubrió sus manos con las suyas. "Espero que hayas empacado algo sustancioso para nuestro viaje, mi amor. Necesitas mantenerte fuerte por el bien de nuestro hijo. Además", dijo, "no me gustaría que me detuvieran por un malestar estomacal".

"Esto es Italia", dijo con un gesto de los labios. "No vamos a morir

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

de inanición". Miraba a su alrededor. "¿Qué has hecho con la pintura?"

"Tuve que separarla del marco", dijo sombríamente. "Lo envolví en papel de seda y lo enrollé con la pintura hacia fuera. Luego la enrollé en lana de cordero y la introduje en un tubo grueso de cartón para mantenerla seca. Mi mochila es impermeable y creo que debería mantenerse a salvo de los elementos".

Ella estaba consciente de que él haría cualquier cosa por protegerla a ella y a su hijo por nacer, pero le preocupaba el cuadro. Le parecía un riesgo innecesario llevarse un cuadro de los uffizi, aunque él sólo pretendiera mantenerlo a salvo. Era una manzana de la discordia entre ellos.

"Son veintisiete kilómetros al sur de Florencia hasta el viñedo de mi familia en Montefioralle. Me temo que gran parte es cuesta arriba".

"Somos jóvenes y fuertes, Sofía. Si tengo que subirte a cuestras, lo haré. Deberíamos tardar unas seis horas en caminar veintisiete kilómetros; podemos hacerlo. ¿No dijiste que la zona es famosa por su Chianti?"

"El mejor Chianti y el pueblo más bonito de Italia. Nunca querrás irte".

"Parece un buen lugar para esperar a que pase la guerra, con una copa de vino en la mano, un bambino en mi regazo y una diosa en mi cama. El lugar perfecto para empezar nuestra nueva vida". La acercó y le acarició el vientre.

Le parecía imposible que su hijo hubiera sido concebido en medio del caos de la guerra. Ella no pretendía que ocurriera y temía que él pensara que le había tendido una trampa. Pero cuando ella se lo contó, él se alegró muchísimo y manifestó su gran emoción por ser padre. Entonces, ella supo que su amor por ella era genuino.

Algún tiempo después del amanecer, cesaron las explosiones y la Galería Uffizi quedó en silencio. Gerhard había conservado su uniforme militar hasta el último segundo. Pero ahora la suerte estaba echada y era el momento de escapar. Se deshizo del uniforme y se puso la ropa de un civil. Sofía le alisó el cuello mientras él se guardaba los documentos de identidad falsos en el bolsillo.

"Bien, Giorgio Bandini, contable de Pisa, ¿estás listo para comenzar la siguiente fase de tu vida?"

La tomó por la cintura y la besó. "Mientras se me permita hacer

BELLE AMI

el amor cada noche con la mujer más deseable del mundo. ¿Nos vamos, Ángelo mio?"

Sofía conocía bien el Corredor Vasari. En caso necesario, podría recorrerlo con los ojos vendados. El pasadizo oculto sobre el puente sería su vía de escape. En silencio, dio las gracias al astuto duque Cosme I de Médicis, que en 1565 ordenó a Giorgio Vasari construir el corredor secreto. Gracias a él, la familia Médicis pudo desplazarse del Palazzo Vecchio al Palazzo Pitti con seguridad y en total privacidad. Durante los cinco años que Sofía trabajó en el Uffizi, en lugar de caminar por el abarrotado Ponte Vecchio, había optado por recorrer los tres cuartos de milla que separaban el Uffizi del Pitti en privado, igual que la familia Médicis.

Sujetando una vela por ella, Gerhard la siguió a través de la cerca de la sala Botticelli y bajó un tramo de escaleras. Ella abrió otra puerta y la cerró tras de sí después de que él la siguiera. En cuanto la puerta se cerró, fue como si el aire hubiera cambiado. El misterioso silencio era desconcertante tras las horas de continuos bombardeos.

"No te preocupes; siempre parece que has accedido a otro mundo", dijo ella.

"Más fresco. Me lo quedo". Se pasó la pesada mochila al otro hombro.

Tomándole de la mano, le guió por los vericuetos del pasillo. "Antes de la guerra, estas paredes estaban cubiertas de retratos de los Medici, y ahora se encuentran ocultos en cámaras acorazadas. La guerra ha alterado el mundo para siempre".

"No para siempre, amore mio".

Avanzaron por el pasillo hasta que ella hizo una pausa y susurró: "Hemos llegado al Ponte Vecchio. El pasillo está construido sobre el puente y resulta invisible, pero será mejor que apaguemos la vela ahora. Hay demasiadas ventanas por las que podrían vernos. Además, no la necesitaremos, está saliendo el sol y habrá mucha luz".

Gerhard apagó la vela, volvió a tomarle la mano y se la besó. "Donde tú me guíes, yo te seguiré".

Cuando llegaron al centro del puente, llegaron a una serie de grandes ventanales donde el sol naciente arrojaba suficiente luz a través de las de los cristales para que Sofía viera a través del Arno.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Gerhard ya le había advertido de lo que estaba ocurriendo, pero verlo la hizo jadear de horror. Los puentes de Santa Trinita y alla Carraia, uno de los monumentos más bellos del mundo, habían sido destruidos. Sólo quedaban montones de escombros, muchos de ellos sumergidos bajo el río Arno.

"Mira lo que han hecho. "¿Cómo pueden ser tan insensibles?". Se volvió hacia él. "Esto es tan duro. Tanto sufrimiento innecesario, y destruir puentes que han estado en pie durante más de cuatrocientos años. Verdaderamente, el mundo ha enloquecido".

"Tesoro, no podemos salvar el mundo". Le tomó la mano y le besó la palma. "Debemos proteger a nuestro hijo nonato".

Dejaron atrás el puente y continuaron hasta llegar a la fachada de una iglesia. Pasaron junto a un gran ventanal sobre el balcón que ofrecía una vista espectacular del pasillo central hacia la nave y el altar mayor.

"¿Dónde estamos?", preguntó Gerhard.

"En la iglesia de Santa Felicità. Los Medici solían ver misa desde aquí".

Con un profundo suspiro, volteó y prosiguió el camino del corredor que atravesaba hileras de casas. Cada vez que pasaban junto a una ventana, podían ver toneladas de hormigón y escombros debajo. Los alemanes habían minado Oltrarno, diezmado el barrio.

Gerhard soltó un suspiro. "Las fuerzas aliadas tardarán semanas en encontrar un camino a través de esta devastación".

Ella asintió. "Podríamos salir del corredor por los Jardines de Boboli, pero creo que es mejor que nos colemos por la entrada secreta del Palacio Pitti".

"Totalmente de acuerdo." Sonrió, rozándole la mejilla con los nudillos. "Creo que esta será una historia para contar a nuestros hijos y nietos. Sí, amore mio?"

Ella le devolvió la sonrisa. Cuando Gerhard hablaba de su futuro, la llenaba de esperanza. Se acunó el vientre y continuó caminando.

CAPÍTULO UNO

*Los Ángeles, California
Museo Paul Getty Día Agosto 3*

E

lla enloquecería si no dormía bien pronto.

Ángela Renatus se sentó ante su escritorio y contempló con ojos sombríos la pantalla del ordenador. Los dolores de cabeza y el insomnio la habían mantenido despierta noche tras noche durante semanas. Todo comenzó hacía seis semanas, cuando inició sus prácticas en el Museo Paul Getty. Siempre había podido dormir bien, pero ahora sus noches estaban plagadas de sueños vívidos que la dejaban intranquila e inquieta.

El interfono de su teléfono se encendió. Extensión 212. Es él. Se asustó. "Sí, señor."

"Ángela, ¿puedes venir a mi oficina, por favor?" El latido de sus sienes se aceleró.

"Necesito tu investigación sobre Botticelli dentro de diez minutos". "Sí, señor. Imprimiré lo que tengo hasta ahora".

"No te molestes. Envíamelo por correo electrónico y lo leeré antes de que llegues".

Temblorosa, pulsó enviar, luego levantó su taza y bebió un sorbo de agua. El trabajo soñado de su vida se había convertido en una pesadilla. Conseguir unas pasantías en el Museo Getty había sido todo había sido un gran logro, pero no soportaba trabajar con el Dr. Alberto Scordato, el director del museo.

BELLE AMI

Empezaba a temer que la llamaran a su despacho e inventar formas de evitar estar a solas con él. Le absorbía gran parte de su energía mental y le provocaba noches de insomnio. Estaba agotada.

Antes de enfrentarse a él, necesitaba un café y un minuto para serenarse. En la cocina de empleados, Kathryn Hayes, la ayudante administrativa de Scordato, le llenó la taza de café. La mujer se volvió hacia ella y debió percibir su angustia. "Ángela, querida, ¿estás bien?".

Recuperándose, Ángela forzó una sonrisa. "Supongo que cansada. No he dormido últimamente. Tengo que reunirme con el doctor Scordato dentro de unos minutos".

La sonrisa de Kathryn se desvaneció. "He trabajado mucho tiempo para ese hombre y sé lo difícil que puede llegar a ser. No permitas que te afecte".

"Es que he luchado mucho para conseguir estas pasantías. Esto se supone que es la estrella de oro en mi currículum, mi camino pavimentado con oro en el mundo del arte. En lugar de eso, estoy luchando por sobrevivir".

Kathryn ladeó la cabeza. "He visto a muchos pasantes ir y venir a lo largo de los años, pero tú, querida, los estás avergonzando a todos con tus largas horas de trabajo y viniendo los fines de semana. Demasiado trabajo y poca diversión no es saludable".

"Llevo años haciéndolo. No sé si conozco otra forma". Ángela se encogió de hombros.

"Cariño, esto no es el final para ti; es sólo el principio. Todo saldrá bien, ya lo verás".

Kathryn se quedó mirando el café en su taza como si tratara de descifrar las hojas de té. "Ya ha hecho esto antes, Ángela".

"¿Hacer qué?" dijo Ángela, con un escalofrío recorriéndole la espalda.

Kathryn vaciló. "Le gustan las mujeres. Ya sabes cómo son los hombres. Ten cuidado cuando estés a solas con él".

Ángela se agarró a la encimera y vio cómo el café caía en su taza. "Hay demasiados imbéciles en este mundo. Mi padre me enseñó a luchar. Sé cuidarme sola".

"¿Es Scordato la razón por la que no has podido dormir?"

"No, él no, aunque su conducta dista mucho de ser profesional. No estoy segura de por qué me cuesta dormir. Es extraño, la verdad. Ha sido tan perturbador que llevo un diario para ayudarme a recordar los detalles de mis sueños y la frecuencia con la que me despierto por la noche. Hasta ahora, sólo me ha mostrado lo vívidos que son mis sueños y eso ha aumentado mi confusión".

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

"¿Son pesadillas? ¿Te asustan?"

"No, la verdad es que no", respondió Ángela. "Son sobre Leonardo da Vinci y su amistad con Fioretta Gorini". Sus labios se torcieron. "¿No es curioso?"

"Tal vez esos sueños sean un mensaje", sugirió Kathryn. "Créeme cuando te digo que hay vida después del Getty. Te aseguro que una académica cualificada como tú no tendrá ningún problema para triunfar en el mundo del arte".

Ángela dio las gracias a Kathryn y se dirigió a la oficina de Scordato. Una conversación reciente con su director de tesis, el doctor Hoffman, le rondó por la cabeza. Un investigador privado especializado en recuperar obras de arte robadas se había puesto en contacto con Hoffman para preguntarle si podía recomendarle a algún experto en el Renacimiento. Hoffman le transmitió la oferta y la animó a investigar. El detective se había puesto en contacto con ella y había concertado una cita para esa noche. Se llamaba Alexander Caine. ¿Podría ser ésta una salida para ella? ¿Podría abandonar de algún modo su miserable trabajo de pasante y evitar arriesgar su carrera en el mundo del arte?

Ángela llamó suavemente a la puerta de Scordato.

"Adelante".

El rincón del despacho de Scordato estaba lleno de luz gracias a las ventanas que daban a las colinas de Bel Air. El director, de pelo plateado, rondaba los cincuenta años y tenía fama de ser sumamente encantador, pero a Ángela su encanto le parecía poco sincero y engreído. Además de ser un brillante historiador del arte, era un maestro en desviar donativos de empresas y mecenas adinerados y en arrancar obras de arte a posibles donantes. Debido a su posición, tenía mucho poder y podía hacer triunfar o fracasar una carrera.

"Ángela, querida". Su suave sonrisa la asaltó desde el otro lado de la habitación. Sentado en su escritorio, se levantó y se acercó a ella. Justo en el umbral, su mano se aferró al pomo de la puerta. Sabe lo que va a hacer. Márchate. Ahora mismo. Renuncia. Tenía los pies pegados al suelo. No puedo. ¿Verdad?

Mientras ella seguía luchando consigo misma, él llegó a su lado y le puso la mano en la espalda. La presión de la mano la impulsó hacia delante, obligándola a soltar el pomo de la puerta. Le subió la bilis a la garganta cuando la mano de él le recorrió su columna vertebral, y se quedó rígida ante aquella intimidación no deseada. Se hundió en la silla tapizada de cuero frente a su escritorio y le quitó los dedos de encima.

BELLE AMI

mientras se inclinaba hacia delante para dejar un archivo sobre su escritorio. de su hombro mientras se inclinaba hacia delante para dejar un archivo sobre su escritorio. Se aclaró la garganta y se sentó frente a ella. Impecablemente ataviado con un traje azul seda, su mano derecha alisaba la parte delantera de su chaqueta. Ella se estremeció al ver sus dedos acicalando la tela. "Ángela, he repasado tu análisis del Botticelli y me temo que carece de contexto histórico". Se reclinó hacia delante posando las palmas de las manos sobre el cristal transparente. "¿Por qué no cenamos tú y yo y discutimos un poco tus hallazgos-algo así como una tormenta de ideas?".

Su encantadora sonrisa no la engañaba ni un segundo.

"Lo siento, pero esta noche tengo planes". Cruzó los brazos sobre el pecho, protegiéndose de su audaz mirada. "Pero tendré un esquema más detallado para usted mañana por la mañana".

El director frunció el ceño. "Estoy seguro de que sabes lo apretada que está mi agenda, y el hecho de que esté dispuesto a dedicarte tiempo para ayudarte en este lío es casi insólito, sobre todo para un pasante".

Bueno, la idea de rechazar sus avances me enferma. "Lo pensaré, señor. Odio privarle de su tiempo libre".

"Por favor, Ángela, sólo me preocupa que te vaya bien en tu puesto".

Se levantó, ansiosa por salir. "Gracias. Quizá podamos quedar pronto".

"Tengo una mejor idea". Se levantó y rodeó su escritorio, con las manos buscando los hombros de ella.

Ella quería empujarlo y largarse de allí. Pero algo la mantuvo clavada en el sitio. El miedo, la incertidumbre y la preocupación por su futuro la inmovilizaban.

"Planea cenar conmigo mañana por la noche". La presión de sus dedos consolidó sus palabras.

No era una petición, era una orden.

Ella no respondió. Scordato soltó las manos y dio un paso atrás, permitiéndole retirarse.

Se apresuró a salir por la puerta y se dirigió a la biblioteca del centro de investigación, donde había instalado un puesto de trabajo provisional. No aguanto más. *No puedo soportarlo más.*

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI



SCORDATO levantó su teléfono y presionó un número. "Seguridad, Charles al habla."

"Tráigame el vídeo de ayer de la galería roja donde está colgado el Botticelli".

"Sí, señor."

Diez minutos después, Scordato cargó el vídeo en su ordenador, apretó los dedos y esperó. La imagen de vídeo mostraba a Ángela entrando en la galería y sentándose en el banco frente a un retrato de Botticelli de Giuliano de Medici. Sus hombros se relajaron y su respiración se volvió profunda y uniforme, como si estuviera durmiendo. Curiosamente, tenía los ojos abiertos. Subió el volumen cuando ella empezó a hablar en italiano...

La joven y bella interna mantenía una conversación unilateral con el cuadro de un hombre que llevaba cerca de quinientos años muerto.

Llevaba semanas así. Charles, uno de los guardias de seguridad, le llamó la atención por primera vez y le preguntó si debía hablar con Ángela sobre su "problema". Scordato había vetado esa idea, diciéndole que él vigilaría el asunto y que no mencionara nada de esto a nadie. Le dio al guardia de seguridad un billete de cien dólares. Los subterfugios y los sobornos le venían bien a Scordato.

Lo de Ángela era algo inusual. Realmente increíble. Si Scordato no hubiera estado al tanto de las conversaciones, no lo habría creído. La pasante tenía alguna clase de conexión con Giuliano de Medici y, lo que era más importante, con Leonardo da Vinci. De algún modo, estaba vinculada al misterio del cuadro desaparecido de da Vinci. Scordato estaba seguro de que era el mismo cuadro que buscaba Max Jaeger.

Scordato había pasado el verano en Florencia buscando el esquivo cuadro, pero todos los caminos conducían a un callejón sin salida. Frustrado, regresó a Los Ángeles, sólo para que esta pequeña joya cayera en sus manos. En lugar de decírselo a Jaeger, decidió guardarse la información. El multimillonario alemán sólo quería limpiar el nombre de su tío de la mancha nazi. Para el filántropo internacional, se trataba de una causa noble.

BELLE AMI

Si se encontrara, un da Vinci podría valer una fortuna y el prestigio no tendría precio. ¿Por qué compartir el huevo de oro con Max cuando el cuadro podría ser sólo suyo? Ya había contratado a alguien para vigilar a Ángela y seguirla. Pero Scordato necesitaba más. Necesitaba introducirse en su cabeza, controlarla y hacer que le guiara a él, y sólo a él, hasta el cuadro. Deshacerse de ella no estaba fuera de sus maquinaciones, y costara lo que costara valía la pena el riesgo. La usaría para hallar el cuadro y luego se desharía de ella.



YA CASI ERA LA HORA DE CERRAR, y pocas personas quedaban en el Pabellón Norte, donde se exponían pinturas y esculturas anteriores a 1.700. La luz natural del techo proyectaba un cálido resplandor que bañaba las preciosas obras maestras con una tenue luz. Alex Caine ingresó en una de las galerías y observó a una joven sentada sola. Algo en su quietud le atrajo.

Su cabello rubio, recogido en un moño, y sus gafas de montura negra no podían ocultar su belleza. Los elegantes accesorios realzaban sus pómulos altos y su boca carnosa. Se acercó para verla mejor. Ella no se percató de su presencia y no dio muestras de que se hubiera inmiscuido en su privacidad.

La joven estaba sentada como una estatua con las manos cruzadas sobre el regazo. Sus ojos oscuros estaban clavados en un cuadro. Era un misterioso retrato de un joven capturado en eterna contemplación. Los ojos del sujeto estaban ocultos al espectador. Era un misterio por qué Botticelli había elegido pintar al joven con los ojos bajos. El joven era apuesto, casi hermoso. Unas gruesas ondas de pelo oscuro enmarcaban su rostro. Vestía una elegante túnica de terciopelo rojo que lo distinguía como hombre de la realeza o de rango. Sin embargo, la riqueza no podía disipar la abrumadora tristeza impregnada en su rostro. En tres cuartos, sus cejas marcadas con nitidez retrataban a un hombre de extrema sensibilidad, con un rostro y un comportamiento más propios de un poeta que de un hombre de negocios.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Reconoció la obra de Giuliano de' Medici: ya la había visto en Berlín. Pero nunca había presenciado una reacción tan visceral ante un cuadro como la de aquella joven. La mujer estaba tan absorta en su contemplación que él podría haberse puesto a cantar y ella no se habría inmutado.

Se detuvo unos instantes, inexplicablemente atraído por su serena belleza. Ella empezó a susurrar al cuadro, pero él no pudo escuchar lo que decía. Extrañamente, las luces se atenuaron y la oscuridad se cernió sobre él y la joven. Al mirar hacia arriba, se dio cuenta de que la claraboya mostraba un cielo azul y despejado.

¿Qué demonios está pasando?

Una niebla se arremolinaba en el suelo, formando una cortina gris que los separaba de los demás visitantes del museo, completamente ajenos a lo que ocurría.

Una repentina ráfaga de luz sobre el cuadro impulsó a Alex a proteger a la mujer. Se apresuró a agacharse frente a ella, pero ella seguía mirando el cuadro como en estado de trance.

"¿Estás bien?", preguntó. Se sintió obligado a protegerla, pero ¿protegerla de qué?

Lo que ocurrió a continuación le hizo dudar de su cordura.

Sus ojos cambiaron de color, pasando del marrón oscuro al verde bosque. Su mirada se fijó en el joven del retrato como si estuviera vivo y frente a ella. Su expresión reflejaba un amor radiante y apasionado. Intenso. Lo consumía todo.

Le dejó sin aliento.

Alex miró de nuevo el retrato y lo que vio le aceleró el pulso.

El joven del cuadro cobró vida. Giró la cara, abrió los ojos y miró fijamente a la joven, sus ojos oscuros reflejaban la misma intensidad y anhelo que los de ella.

Alex se quedó atónito. Nunca en su vida había presenciado un amor tan intenso en una sola mirada, y mucho menos dirigido a un retrato de un joven que había muerto hacía más de cinco siglos atrás.

Sacudió la cabeza, tratando de aclarar su visión. En cualquier momento esperaba escuchar la voz de Rod Serling.

Una nueva ráfaga de luz, como un relámpago, salió disparada del

BELLE AMI

cuadro hacia ellos. Reaccionando instintivamente, Alex cubrió a la mujer con el pecho y los brazos, sintiendo cómo la sacudida le golpeaba en la espalda. No fue dolor, exactamente. Pero una sacudida le aturdió.

Se apartó de la mujer, esperando que estuviera bien. Y entonces ocurrió algo extraordinario. Ella le miró directamente a los ojos, le puso las manos a ambos lados de la cara y le habló.

"Ti amerò per sempre. Te amaré para siempre". Alex no podía apartar los ojos de ella mientras hablaba.

"Sei l'unico uomo che amerò mai. Eres el único hombre al que amaré siempre".

Alex había vivido la mayor parte de su vida en Europa y dominaba el italiano.

Entendió cada palabra que ella pronunció.

Ella se inclinó y apretó los labios contra los suyos, provocándole para que respondiera. El deseo se apoderó de él, sus dedos se enredaron en la seda de su pelo, liberándolo de los confines de su moño. Una cascada de ondas oscuras caía por su espalda. Sus lenguas bailaron juntas y él se perdió en su beso durante un largo instante, sin aliento.

Al recuperar la compostura, se apartó de su boca deliciosa. La mujer lo miró con el mismo amor intenso que había dirigido al cuadro momentos antes. Sus ojos seguían siendo del color del musgo verde bosque. Estaba hipnotizado. Le recorrió un anhelo que jamás había sentido antes. Deseaba a esa mujer con todo su ser. Sorprendido por su respuesta visceral, la soltó y se echó hacia atrás, con la mirada perdida en el cuadro del joven. Se sintió aliviado al ver que el retrato había vuelto a la "normalidad", y el rostro del joven se apartó una vez más.

La joven volvió su rostro hacia el de ella. "Siamo insieme in questo", susurró. "Devi aiutarmi. È il nostro destino". Estamos juntos en esto, y debes ayudarme. Es nuestro destino".

Sin decir una palabra más, se levantó y salió de la galería, caminando a través del remolino de niebla gris, desapareció.

La galería volvió a llenarse de luz, la nube se disipó y el zumbido de los visitantes que pasaban llenó sus oídos. Nada indicaba que hubiera ocurrido algo fuera de lo normal.

El corazón le latía con fuerza, se levantó del suelo y se sentó en el banco. Sentía la cara caliente y febril. El sorpresivo beso lo había desenchajado. Diablos, toda la experiencia lo había desquiciado.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Intentó encontrar una explicación convincente.

Llevaba dos años sin sufrir ataques de estrés postraumático. Un año de intensa terapia le había servido para mitigar los efectos de cuatro despliegues en Afganistán, rematados por una fractura compuesta que casi le costó la pierna izquierda cuando el Humvee en el que viajaba voló por los aires. Cerró los ojos, respiró hondo y concentró su mente hasta que pasó la tormenta. Esto no parecía TEPT. Era algo totalmente diferente.

Los objetos inanimados no cobran vida. *Debe haber sido la luz jugando con mi imaginación. ¿Y el beso? Sí, ha pasado demasiado tiempo... Este caso me debe estar afectando.*

El caso era un enigma. Había sido contratado por Max Jaeger para encontrar una pintura que podría no existir. La demanda de Max se basaba en las cartas de un historiador del arte que desapareció de la faz de la tierra setenta y tres años atrás durante la evacuación de Florencia en la Segunda Guerra Mundial. El tío de Max, Gerhard Jaeger, había escrito a su madre en Alemania hablándole de un gran descubrimiento: un retrato de boda de Leonardo da Vinci mal atribuido.

Una reunión con Alberto Scordato, director del Museo Paul Getty, había conducido a Alex hasta Los Ángeles. En un sorprendente giro de 180 grados, Scordato, asesor en el caso y ferviente defensor de la existencia del cuadro, se había echado atrás y había declarado que el cuadro nunca había existido.

Por lo que Max le había contado, Alex sospechaba que el director estaba en su propia búsqueda del tesoro para encontrar el cuadro. Irónicamente, Alex ya había estado investigando a Scordato, contratado en privado por un miembro de la junta directiva del Museo Getty, que también era amigo íntimo de la familia de la madre de Alex. El miembro del consejo mencionó extrañas discrepancias financieras en relación con Scordato, sobre todo en su cuenta de gastos.

Alex miró el reloj y se fijó en la hora. Más tarde reflexionaría sobre el extraordinario encuentro con la misteriosa joven. Tenía que mantenerse alerta para su reunión con Scordato.



BELLE AMI

"El DIRECTOR LE ESTÁ ESPERANDO." La asistente de Scordato le hizo pasar.

Un hombre que estaba detrás de un enorme escritorio de cristal se levantó y se acercó. Su traje de seda azul, impecablemente planchado, crujía al moverse. A Alex se le pusieron los pelos de punta cuando se dieron la mano. La sonrisa de Scordato era tan sincera como la de un vendedor de aceite de serpiente. Scordato le hizo señas para que tomara asiento frente a su escritorio y volvió a sentarse al otro lado de la mampara de cristal.

Sin perder tiempo, Alex fue directo al grano. "Max Jaeger me ha contratado. Estoy investigando la desaparición de un cuadro que su tío pudo llevarse de la Galería Uffizi durante la evacuación de Florencia en 1944."

"Como usted sabe, señor Caine, estoy bien informado de esa supuesta obra de arte desaparecida", dijo con un ademán de su mano delicadamente manicurada. "Yo también fui contratado para investigar y encontrar el cuadro. Sin embargo, como le dije a Max hace unas semanas, he llegado a la conclusión de que esta historia de un da Vinci extraviado es un cuento de hadas."

"¿En serio? ¿Cómo ha llegado a esa conclusión?". Alex frunció el ceño, inclinándose hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. "Por lo que tengo entendido, se pasó todo el verano en el Four Seasons de Florencia mientras ensalzaba ante Jaeger, por teléfono desde su lujosa suite, la importancia de sus métodos de investigación".

Scordato se puso rígido ante el insulto implícito. "Mi investigación en el Uffizi no produjo registros de tal posesión, y he cambiado de opinión, no creo que el cuadro haya existido jamás".

"¿Y las cartas de Gerhard a su madre en las que hablaba del cuadro con todo detalle?".

"Simplemente los desvaríos de un hombre que quería impresionar a su madre". Se encogió de hombros. "Planeaba desertar y se había enamorado de una italiana. Creo que toda la historia del da Vinci fue un engaño, una distracción. Lo más probable es que robara la obra de algún artista de menor categoría con la esperanza de conseguir algún dinero para tenderle una trampa a su amante."

"Max considera que las cartas son reales y que Gerhard hizo un descubrimiento asombroso y sólo quería proteger el cuadro".

"Max sólo quiere limpiar la mancha en el nombre de su familia encontrando este da Vinci y donándolo a un museo". El hombre cree que su tío fue un héroe".

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Alex entrecerró los ojos reclinándose en la silla. "Un da Vinci recién descubierto en el mercado actual podría valer cientos de millones de dólares en cualquier subasta pública. Una gran fortuna para un solo hombre".

"Soy el director de una de las instituciones más prestigiosas del mundo". Scordato respondió bruscamente, enderezó la columna y levantó la barbilla. "Sus insinuaciones están muy por debajo de mi dignidad".

Aquel hombre era un mentiroso. "Sabe, Scordato, he investigado su llamada dignidad en lo que se refiere a su fastuoso estilo de vida".

El brazo del hombre mayor se levantó, su dedo índice apuntando a la puerta. "Sal de mi oficina, Caine, o llamaré a seguridad y haré que te echen".

Alex se levantó. "No será necesario. El hedor de aquí me está afectando".

"Te lo advierto, Caine, aléjate de mi camino o lo lamentarás". Alex le ignoró mientras salía por la puerta. Su encuentro con Scordato fue exactamente lo que esperaba. El tipo era un sinvergüenza y quería el da Vinci.

Salió del Getty enfadado consigo mismo, preguntándose si el resto del día sería mejor o peor. Miró el reloj. Había quedado con una historiadora del arte para tomar una copa dentro de unas horas. Se la había recomendado su amigo Michael Hoffman. Un antiguo alumno de Michael había hablado maravillas de ella y había dicho que tenía una mente brillante. Alex necesitaba una experta en el Renacimiento italiano para resolver el caso, así que se puso en contacto con ella y le explicó el trabajo que le iba a encargar. Intentó contratarla por teléfono, pero ella rechazó su oferta. Esperaba que, en persona, podría convencerla.

Le ofreceré más dinero y la convenceré de que resolver este caso... le traerá reconocimiento internacional. Después de todo, ¿no es dejar su huella en la historia lo que todos los historiadores de arte buscan? Todos rezan por hacer el próximo gran descubrimiento.

CAPÍTULO DOS

*Los Ángeles, California Hoy
Agosto 3*



l fin a buen resguardo. Se sintió aliviada.

Ángela cerró la puerta de la casa de huéspedes y arrojó su bolso al sofá. Había ocupado la pequeña habitación desde su llegada a Los Ángeles. Un amigo de su mentor, el profesor Hoffman, le había conseguido un alquiler barato, lo que era una bendición para una chica del Medio Oeste que sirvió mesas durante toda su carrera mientras se dejaba la piel por una beca y ganaba muy poco dinero como becaria de arte.

Pero ahora, todas sus esperanzas y sueños se habían ido al traste. Temía ir a trabajar. Lo que antes le producía un inmenso placer, sumergirse en el arte del Renacimiento, se había convertido en una pesada carga. Scordato se había encargado de arruinarlo. Sus días transcurrían llenos de ansiedad, incapaz de concentrarse, esperando que no la llamara a su oficina. Se sentía vigilada, incluso acosada. Entre las miradas lascivas de Scordato y la falta de sueño, caminaba sobre el filo de una navaja. No podía aguantar mucho más. Bostezó. Cansada. Siempre estaba cansada. El sueño se había convertido en su enemigo o, mejor dicho, la falta de sueño.

Era muy temprano, y no se reuniría con el detective hasta las 7:30 p.m. Una siesta sería como un sueño hecho realidad. Se descalzó y se tumbó en la cama. La casa era tan silenciosa que podía escuchar el crujido de las paredes y los suelos. El acoso de Scordato, la gran carga

BELLE AMI

de trabajo y la falta de sueño habían hecho mella en su cuerpo y su mente. Cerró los ojos y se entregó al agotamiento...

Florenxia, Italia Agosto 3, 1475

FIORETTA, ya es hora...

"Gracias, Fioretta, por acompañarme". Leonardo se mesaba la barba. "Lorenzo insistió en que asistiera a esta celebración. Es el mayor mecenas de las artes de Florenxia, y rechazarlo habría sido un acto suicida."

Fioretta alzó la vista hacia el hombre alto y fornido que tenía a su lado. Leonardo iba elegantemente vestido con una rica túnica de brocado y polainas. La tomó del brazo y la acompañó hasta los escalones de una estructura parecida a una fortaleza. El sol se ponía y el palacio estaba rodeado de cientos de antorchas encendidas.

"Soy yo quien debe agradecerte, Leonardo. Estoy encantado de ver el palacio de los Medici y de conocer al venerable Lorenzo. Aplaudo al hombre tan inteligente como para cortejar a tu genio. Espero caerle bien".

"Te adoraré, estoy segura". Los brillantes ojos azules le centelleaban. "Le cautiva cualquier mujer que pueda igualar su ingenio, y tú, querida muchacha, estás más que a la altura".

Al entrar en el salón principal, Fioretta se sintió abrumada por todos los tesoros que la rodeaban y por la extravagancia de los Medici. Largas mesas cargadas con comida y bebida en exceso. Los ciudadanos, profusamente ataviados, brillaban tanto como las antorchas que iluminaban la sala. Arcos abiertos conducían a patios donde Fioretta podía ver a los invitados paseando por los jardines o parados entre las esculturas. Anhelaba salir y encontrar un lugar tranquilo donde observar las interacciones de la élite florentina.

Leonardo le entregó una copa de vino y le susurró: "Prepárate. Lorenzo viene hacia nosotros".

Al otro lado de la sala, Fioretta vio a una mujer escultural con el pelo dorado, ojos brillantes y un rostro resplandeciente. "Leonardo ¿es Simonetta Vespucci?", susurró. "La mujer es impresionante".

"Sí, Simonetta es una belleza clásica, pero tú eres una rara joya exótica", le sonrió él.

Aunque Fioretta era pequeña, Leonardo insistía en que era tan guapa como la alabada Simonetta. Pero, nuevamente, su mejor amigo estaba prejuiciado.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Leonardo la adoraba y respetaba, le brindaba numerosas atenciones. Sus pensamientos se interrumpieron cuando su anfitrión se plantó ante ella. Enderezó la columna hasta alcanzar su diminuta estatura, con la esperanza de causar una buena impresión.

"Lorenzo, te presento a mi muy querida amiga, Fioretta Gorini".

Vio los ojos más negros que jamás había visto. Le recordaban a aceitunas maduras. Hizo una reverencia e inclinó la cabeza en señal de respeto. Él le tomó la mano y la levantó, con sus ojos bailando divertidos.

"El placer es mío, signorina". Se volvió hacia Leonardo y le preguntó: "¿Cómo es que un artista ha llegado a conocer a la mujer más bella de Florencia?".

Fioretta se sonrojó. "Signore, por favor, no hace falta que me lluevan cumplidos".

"No decir la verdad sería un insulto a la grandeza de Dios y de sus creaciones".

"Preferiría ser apreciada por mi erudición e inteligencia que por el efímero don de la belleza".

Lorenzo se giró hacia Leonardo, con la risa brillando en sus ojos. "Ahora sí que estoy intrigado. La verdad filosófica de tu Fioretta es tan sorprendente como su belleza. Continuaremos esta conversación en otro momento, pues tengo que recibir a muchos invitados. Debo saber dónde encontraste esta joya". Hizo una reverencia y se movió con elegancia entre la multitud.

Fioretta dio un sorbo a su vino, considerando su interacción con Lorenzo. El hombre es un interesante equilibrio entre poder y perspicacia intelectual, por no mencionar la abundancia de encanto.

"Leonardo, ¿te importaría si tomo un poco el aire? Ya sabes que no me gustan las multitudes".

"Ve, querida. Me reuniré contigo enseguida".

Volviéndose hacia las puertas que daban al jardín, se encontró a sí misma en el foco de la mirada de un hombre. Su mirada no tenía nada de siniestra, al contrario, era simplemente inquisitiva. Notó el gran parecido con Lorenzo, pero las facciones del más joven estaban decididamente compuestas en un semblante mucho más agradable. Era impertinente, pero ella se negó a apartar la mirada. Seguramente se dará cuenta de lo vergonzoso que es para un caballero comportarse de esa manera.

BELLE AMI

Ambos se negaban a desviar la mirada. Sintió que el calor le subía por el cuello. Señor, por favor, no permitas que me desmaye. La forma en que me mira me emociona.

Los ojos del joven se clavaron en ella, pero no hizo el menor movimiento para acercarse. El hechizo se rompió cuando una hermosa joven agarró el brazo del hombre y atrajo su mirada. Aprovechando la oportunidad para escapar, Fioretta se apresuró a salir y encontró un banco cerca de una fuente borboteante para sentarse y recuperar la compostura. Sus latidos ahogaban el mundo que la rodeaba. ¿Quién es?, se preguntó.

"Ahí estás, Cara". La voz de Leonardo la devolvió a la realidad. "Pronto cenaremos y luego podremos partir. Estos acontecimientos me resultan tediosos".

Ella tomó su mano entre las suyas, acariciándola. "Sí, pero es importante que te mezcles con los clientes. Algún día se volverán locos por ti y se pelearán por hacerse con las creaciones de tu genio". Sus delicadas cejas se alzaron. "Pobre de mí, probablemente no tendrás tiempo para tu amiguita".

"¿Tiempo para ti? Para una musa que me toca como a un pífano". Le pellizcó la barbilla. "Definitivamente no".

"Hum." Ella retiró la mano de él y cruzó los brazos sobre el pecho. Siempre se indignaba cuando Leonardo no estaba a la altura de sus burlas.

Un guardaespaldas de los Medici se acercó a ellos. "El Signore Lorenzo ha solicitado que usted y su acompañante cenén en su mesa, Maestro".

Leonardo se levantó y le tendió la mano. "Será un gran placer".

Siguieron al hombre hasta un comedor privado donde una mesa elegantemente vestida brillaba con cristal y porcelana de Murano. Se sentaron cerca de Lorenzo.

Fioretta echó un vistazo a la mesa y se encontró una vez más Fioretta echó un vistazo a la mesa y se encontró de nuevo mirando a los ojos del hombre al que había seducido. La bella dama, que había interrumpido antes, charlaba a su lado, ajena a su atención. Fioretta se sonrojó, apartando la mirada. Alentarlo hubiera sido una locura. Esta vez lo ignoraría. Su atención se centró en el anfitrión, que se dirigió a ella. En pocos minutos, estaba inmersa en una animada conversación filosófica entre ella, Lorenzo y Leonardo sobre si el arte que carecía de representaciones religiosas era inferior. Mientras tanto, sentía que los ojos del joven se posaban en ella...

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Ángela, vuelve...

Ángela se despertó asustada. Su corazón latía con fuerza y le costaba recuperar el aliento. Ansiaba volver al sueño y al joven. ¿Por qué?

Fioretta Gorini era la amante de Giuliano, el hermano de Lorenzo. Su cuerpo temblaba. El hijo de Giuliano y Fioretta llegó a ser el Papa Clemente VII.

Se volvió hacia la mesilla de noche, abrió el cajón y sacó un sencillo diario de cuero negro. Había llenado casi todas las páginas del diario. Página tras página de notas sobre sus sueños. Extraños y misteriosos sueños de las últimas semanas. Sueños sobre Fioretta Gorini, su vida y su amistad con Leonardo da Vinci. Ahora añadía también a Giuliano de Medici.

Al mirar el reloj, se dio cuenta de que había pasado una hora. Necesitaba ducharse y cambiarse. Envío un mensaje al detective para avisarle de que llegaría tarde.

CAPÍTULO TRES

*Los Ángeles, California Día
Agosto 3*

E

s ella.

Alex estuvo a punto de atragantarse con su Martini al ver el reflejo de la joven en el espejo. Se giró en su taburete, con el corazón palpitándole en el pecho, y se quedó pasmado, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Ángela Renatus y la chica que me besó delante del cuadro eran la misma persona.

Alex había conseguido dos asientos en la barra del Bistró Prossima Volta, uno de los locales de moda de Los Ángeles. El local estaba abarrotado. Los hipsters que se agolpaban allí durante la hora punta de la cena se apiñaban alrededor de la ornamentada barra de caoba, bebiendo y probando una amplia variedad de antipastos italianos.

Dejó el maletín en el taburete de al lado, ignoró las miradas furibundas y pidió un Martini seco. Bebió un sorbo sin apartar los ojos del espejo italiano que se extendía por la pared. Podía ver la reflexión de la entrada del restaurante y a todos los que entraban. Ángela le había avisado por mensaje de texto que llegaría tarde. No le dio una descripción de sí misma, y él no le preguntó. Qué raro. Alex nunca se olvidaba de preguntar. Toda su carrera se basaba en descubrir ese tipo de detalles. Y entonces, ella entró. Y lo supo. Supo que era ella.

Su oscuro cabello, recogido en un elegante moño, realzaba sus pómulos de estrella de cine. Sus ojos marrones de terciopelo, enmarcados por unas gafas con montura negra, contrastaban con sus exuberantes labios rojos como el rubí. Con una blusa blanca y una falda lápiz gris, se detuvo mientras observaba el restaurante, sin darse cuenta de que todos los hombres volteaban la cabeza para mirarla.

BELLE AMI

¡Maldición! No era el único hombre que se sentía atraído por la sensual mirada de la bibliotecaria. Recordó a la mujer tentadora que lo había besado con desenfreno y se removió en su taburete. No podía conciliar su comportamiento dispar. Era como si se tratase de dos mujeres distintas.

Cuando sus miradas se cruzaron en el espejo, le sorprendió no ver ninguna reacción ni reconocimiento. Se le aceleró el pulso. ¿Cómo es posible que no me reconozca o que al menos muestre un atisbo de sorpresa?

Miró el reloj.

No era lo que él hubiera esperado. Vergüenza, sí. Probablemente confusión y acusaciones, pero no este total olvido de la pasión erótica que los había consumido.

Se levantó y la llamó. "Ángela, Alex Caine."

Ella se abrió paso entre la multitud. "¿Cómo sabías que era yo? Creo que olvidé darte una descripción".

"Sólo una suposición."

"¿Prefieres Alex o Alexander?"

"Todo el mundo me llama Alex", dijo con una sonrisa, ofreciéndole la mano.

Ángela sonrió y la tomó. "Encantada de conocerte".

¡Maldita sea! Una sonrisa preciosa con un sexy hoyuelo en la mejilla izquierda. El contacto de su mano le produjo una sacudida. Sus ojos se abrieron ligeramente y su mano tembló en la de él.

"Es raro", susurró, como para sí misma.

"¿Qué es raro?", preguntó él, simulando desconocimiento. ¿Ella también lo siente?

Ella sacudió la cabeza y se le escapó una carcajada. "Lo siento, ha sido un día muy largo y creo que necesito relajarme. Me alegro de que hayas llamado. El profesor Hoffman es uno de mis amigos más queridos y mi mentor".

Alex levantó el maletín y lo puso a sus pies, pidiéndole con un gesto que se sentara. "Conozco a Michael desde hace años. Me ha apoyado mucho en mi trabajo".

Ella asintió y se sentó. "Michael es una bóveda de conocimientos y siempre está dispuesto a ayudar".

Su mirada era directa pero sin reconocer que se habían besado unas horas antes delante del cuadro de Botticelli. *¿Como diablos se puede besar a alguien así y no acordarse?*

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Arrugó las cejas mientras continuaba mirándolo. Alex se rió. "¿Tengo algo en la cara?"

"Perdóname. Un tono rosado coloreó sus mejillas. "Son tus ojos.

Son tan inusuales".

Se sentó y se rascó la mejilla. "Sí, me lo dicen muy a menudo". Su ojo izquierdo era azul pálido y el derecho avellana. "Puedes culpar a mis padres por la extraña combinación. Aunque nadie más en mi familia los tiene de dos colores".

Se les acercó el camarero. "Ángela, ¿lo de siempre?"

Ella no le quitó los ojos de encima. Y ella debería haber respondido al camarero. Algo brilló en su mirada. No reconocimiento. Pero algo profundo. Intenso. De repente deseó que estuvieran de nuevo en el Getty, sentados frente al cuadro, y no en un bullicioso y abarrotado restaurante.

"Hola, Ángela", repitió el camarero. "¿Deseas lo de siempre?" Su expresión se aclaró y miró al camarero. "Lo siento, Tim. Sí, por favor, sería genial. Ah, y algunas de esas deliciosas albóndigas".

"Comeré las albóndigas, también. Y póngalo en mi cuenta." "Entendido, amigo."

"No puedo permitirte hacer eso", protestó ella.

"No seas tonta. Yo te llamé". Él sonrió. "Además, soy yo el que tiene una cuenta de gastos".

Ella negó con la cabeza y se rió. "Yo definitivamente no tengo una de esas".

Alex dio un sorbo a su Martini. No podía dejar pasar su falta de reconocimiento, y necesitaba probarla para ver si esta actuación suya iba en serio. "Además de intentar convencerte de que trabajes en este caso conmigo, estoy aquí por negocios. De hecho, hoy me reuní con el director del Getty".

Sus ojos se abrieron de par en par. "Sabías que trabajaba en el Museo Getty. ¿Por qué no me dijiste que planeabas estar allí? Podríamos haber tomado un café".

"No quería molestarte en el trabajo. Ver el Getty fue un placer, pero un breve café no me daría tiempo a conocerte ni a aprender mucho sobre tu experiencia". Alex llevaba años estudiando el lenguaje corporal y las expresiones faciales. Sabía cuándo alguien decía la verdad o la eludía. Parecía genuinamente sorprendida, lo que la hacía más misteriosa y lo que ocurría en la galería aún más extraño.

BELLE AMI

El camarero le sirvió una sangría blanca. "Salud". Ella chocó su vaso con el de él y tomó un sorbo. "¿Cómo estuvo tu reunión con el director?"

"No te ofendas, pero digamos que no soy fan de él". Ella asintió con la cabeza y miró su bebida.

"Corrígeme si me equivoco, pero a ti tampoco parece agradarte".

Bebió otro sorbo. "Tengo algunos problemas con el señor Scordato".

Él no le insistió sobre los problemas con el director. Su atención se centraba todavía en su inolvidable beso en el museo. "Sabes, tengo la extraña sensación de haberte visto hoy".

Ella levantó sus elegantes cejas. "¿Sí?" "Sí, en el Getty".

"No, es muy poco probable. Rara vez salgo de mi mesa en el centro de investigación". Ella sacudió la cabeza, y un mechón de pelo se soltó. Empezó a levantar la mano, queriendo llevarle el pelo detrás de la oreja, pero se detuvo justo a tiempo y cogió su bebida en su lugar. Tenía que averiguar por qué Ángela no recordaba nada de lo sucedido ese mismo día.

Esta mujer es una terrible mentirosa, o es sonámbula.

"Entonces, ¿qué hace exactamente un detective de arte?"

"Recupero arte robado y perdido. Principalmente para particulares y compañías de seguros".

"¿Está aquí para una investigación?" "Sí."

"¿Puede hablarme de ella o es un asunto de alto secreto?"

"Estoy buscando un cuadro no atribuido de Leonardo da Vinci que desapareció en 1944".

"Oh, ahora lo entiendo. Mi especialidad es el Renacimiento y, en particular, el Maestro".

"Por eso Michael te recomendó. Pensó que podríamos ayudarnos mutuamente. Ya sabes, unir fuerzas. Quizá estábamos predestinados a encontrarnos", dijo, utilizando una frase parecida a la que ella utilizó en la galería del Getty. Estamos juntos en esto, y tú debes ayudarme. Es nuestro destino. "No creo en el destino. Por desgracia, no sé cuánta ayuda podría darte. No he encontrado nada en mi investigación que apunte a que falten cuadros de da Vinci, aunque todo es posible. En mi campo, es más probable que los cuadros existentes se hayan atribuido erróneamente a otro artista. Cambiar la atribución de una obra de arte suele conllevar un análisis técnico e histórico. Muchos expertos deben ponerse de acuerdo, y pocos son proclives a hacerlo".

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

"¿La idea de una obra maestra nunca antes descubierta en algún polvoriento desván no suscita tu interés?".

"Yo sé que ocurre constantemente en programas de televisión como Antiques Roadshow. La tatarabuela de alguien tenía una pintura peculiar en su salón, o alguien compró una escultura inocua en una venta de garaje, y resulta ser obra de un artista famoso". Ángela negó con la cabeza, con una media sonrisa en la mejilla. "¿Pero un Da Vinci? Eso es difícil. Su producción era esporádica y la mayoría de sus obras eran encargos de mecenas adinerados. Me parece imposible que la abuela de alguien se hiciera con una Mona Lisa perdida". "Estoy de acuerdo. Pero mi cliente tiene algunas cartas de un tío durante la Segunda Guerra Mundial. El hombre era un historiador de arte alemán sirviendo bajo mando alemán cuando ocuparon Florencia. Le escribió a su madre que había descubierto una pintura en particular, un retrato de boda. La pintura fue atribuida a un estudiante de da Vinci, pero este historiador

creía que había sido creado por la mano del maestro".

Ángela frunció sus delicadas cejas. "Es una historia increíble, casi demasiado increíble. ¿Sabes el valor que tendría un Da Vinci sin descubrir?".

Se echó a reír. "Sí, comparto tus sospechas. Me resulta un poco exagerado, pero estoy seguro de que conoces el Da Vinci recientemente encontrado y vendido en una subasta. Se vendió por más de cuatrocientos millones, así que merece la pena investigarlo".

Ella asintió. "Entonces, ¿qué pasó con Gerhard? ¿Y el cuadro?"

A Alex se le erizó el vello de los brazos. "Has dicho Gerhard, y nunca te dije su nombre".

BELLE AMI

Sus ojos se nublaron de confusión. "Pero lo dijiste. Te oí decir que Gerhard era el tío y el autor de las cartas".

"No, Ángela, no lo dije. Simplemente dije que el tío de mi cliente".

Ella parecía incrédula. "Hubiera jurado... Qué extraño... ¿Está seguro?". Se estremeció.

Le tomó la mano. Tenía la palma húmeda. "No pasa nada. A lo mejor me has leído el pensamiento", bromeó.

Ella miró fijamente su mano, pero no la apartó. Él sintió una chispa, la misma sensación que le invadió en el Getty. Quizá le había leído el pensamiento. Sabía que debía soltarle la mano, pero no podía. Lo que quería era estrecharla entre sus brazos y besarla de nuevo.

"¿Dónde vives cuando no persigues obras de arte robadas?

Retiró la mano y tomó su bebida.

"Vivo en Florencia. Cuando ella se apartó, le recorrió una extraña sensación: un anhelo, como si al tomarla de la mano se sintiera unido a algo precioso.

"Es una broma. Mi sueño es ir a Florencia. Aún no he estado allí, lo cual es una locura para alguien cuya vida profesional gira en torno al Renacimiento", bromeó ella. "¿Por qué vives allí?"

"Porque la mayor parte de mi trabajo se basa en Europa Occidental, y Florencia es una de mis ciudades favoritas. Fue una elección fácil. Este viaje al sur de California es algo fuera de lo común para mí. Me sorprende que no hayas realizado prácticas en Florencia; suele ser habitual en historia del arte". Sonrió. "Piensa que, si trabajas para mí, vivirás en la eternamente bella Florencia".

"El profesor Hoffman mencionó que usted y yo tenemos mucho en común". Ella sonrió. "Esperaba que mis prácticas en el Getty incluyeran estudios en Florencia, pero las cosas no me han ido bien aquí".

"¿Quieres hablar de ello?"

"Prefiero no hacerlo ahora. No quiero perder el apetito". "Buena idea, porque aquí vienen las albóndigas".

El camarero puso dos cuencos humeantes delante de ellos y comieron.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

"Hmmm, son fantásticas", dijo Alex. "¿Qué tal si también pido una pizza? Esto apenas va a acariciar mi estómago". Se rió.

"Adelante. Me apunto". Ella le devolvió la sonrisa. "Normalmente cuido mis centavos, pero ya que tú invitas, puedo darme el gusto".

"Bien". Agarró el menú. "Veamos con qué otros deliciosos bocados podemos deleitarnos. Llevo demasiado tiempo viviendo en Italia y, como la mayoría de los italianos, la comida se ha convertido en una obsesión".

"No te lo discutiré. La cocina italiana es mi favorita".

"Me encantan las mujeres que no tienen miedo a comer". Arrugó las cejas. "Sin embargo, tenemos que ampliar tus horizontes más allá de las albóndigas".

"Me gusta la pizza".

"Entendido", rió entre dientes.

Alex pidió una muestra de platos y una botella de Barolo. Cuando no pudieron probar bocado, hizo que el camarero empaquetara las sobras para ella. Alex se ofreció a llevarla a casa y ella aceptó. Silbó por lo bajo cuando se detuvieron frente a una gran mansión. "Muy elegante. Creía que estabas contando los céntimos".

"Es preciosa, ¿verdad? He sido afortunado. Un amigo de Michael me permitió alquilar la casa de huéspedes de atrás por una canción. ¿Te apetece una taza de té o de café antes de volver al hotel?".

"Una taza de café sería genial".



ÁNGELA le indicó el camino hasta una puerta lateral. Acababa de conocer a Alex, pero se sentía a gusto con él. Segura. Como si lo conociera de toda la vida. Era cierto que confiaba en la opinión de Michael Hoffman sobre Alex. Pero había algo más. Cuando él le tendió la mano durante la cena, sintió que una corriente de energía la recorría. Una conexión como nunca antes había sentido. ¿Por eso no quería que terminara la noche y lo invitó a tomar un café?

El sendero del jardín conducía a la pequeña casita, rodeada de parterres de flores.

BELLE AMI

A Ángela le encantó su aspecto de casa de pan de jengibre. Al acercarse, se dio cuenta de que algo iba mal. La puerta de su casa de invitados estaba entreabierta.

"¿Te has dejado la puerta abierta?" preguntó Alex. "Qué... no... yo jamás...".

Alex sacó una pistola de un arnés de hombro bajo su chaqueta deportiva. "Ponte detrás de mí".

"¿Qué? ¿Tienes una pistola?"

"Sí, ahora ponte detrás de mí y quédate cerca", susurró. "No hables, ¿vale?"

Ella asintió y le siguió. Los trozos de madera del marco de la puerta estaban esparcidos por el suelo. No podía imaginarse lo que habrían utilizado. ¿Tal vez un destornillador y un martillo? Hablando de martillos, sintió que el corazón le martilleaba en el pecho.

Estaba oscuro por dentro, pero Alex parecía tener ojos de gato mientras se movía con eficacia y seguridad recorriendo las habitaciones. Sus ojos se adaptaron a la luz de la luna que se filtraba por la ventana. Parecía que un tornado hubiera atravesado el salón. Los cojines y almohadas del sofá estaban tirados a un lado y los cajones abiertos y tirados por el suelo. Era un lugar pequeño, pero Alex revisó todos los armarios, debajo de las camas y en cualquier lugar donde pudiera haber alguien oculto. El lugar había sido saqueado a fondo, pero quienquiera que lo hubiera hecho hacía tiempo que se había ido.

Se dirigió a ella. "No pasa nada".

Mientras seguía a Alex por lo que antes era su refugio seguro, la conmoción fue mayor de lo que podía soportar. Las lágrimas corrían por su rostro. Tembló y se rodeó con los brazos. No hacía frío, pero no podía dejar de temblar. "¿Quién podría hacer algo así?"

Él enfundó la pistola, le pasó el brazo por los hombros y la llevó hasta el sofá. Recogió los cojines, los colocó en su sitio y la sentó. "Parece un robo, pero ¿por qué a ti cuando hay una mansión repleta de cosas buenas? Creo que deberíamos avisar a tu casero".

"Están fuera de la ciudad". Sus ojos barrieron la habitación. "¿No tiene todo el lugar un sistema de alarma?"

"La tienen en la casa principal, pero no aquí". Se cruzó de brazos. "Solicitaré que instalen una cuando les cuente lo que ha ocurrido".

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

"¿Tendrás alguna idea de quién pudo haber hecho esto?"

"No, yo... no puedo imaginarlo."

"¿Quieres llamar a la policía?"

"No sé qué hacer". Se quitó las lágrimas con la mano. "No tengo nada aquí que tenga algún valor".

"Bueno, es obvio que alguien piensa lo contrario". Miró a su alrededor, observando el desorden. "¿Tienes guantes?"

"Espera." Entró en la cocina y volvió con unos guantes.

"Estos servirán. Póntelos y echa un vistazo para ver si falta algo. Los guantes evitan la contaminación de la escena del crimen. Puedo llamar a un amigo detective para que abra un expediente si falta algo importante. Pero supongo que fue un trabajo profesional y no encontrarán nada".

"Vale. Haré lo que consideres mejor".

Sacó el móvil del bolsillo. "Mientras revisas, buscaré un cerrajero 24 horas y arreglaré la puerta. Y luego tú y yo podremos ordenar".

"Gracias, Alex. No sé qué habría hecho si no hubieras estado aquí".

Sonrió. "A trabajar."

Se puso los guantes y se dirigió al dormitorio. Todo lo que había en la mesilla de noche había caído al suelo. Se puso de rodillas y buscó en el suelo y debajo de la cama. Encontró el reloj, las gafas de leer, un bolígrafo, horquillas para el pelo, el libro que estaba leyendo y algunas monedas sueltas, pero su diario no aparecía por ninguna parte. ¿Por qué iba alguien a llevarse mi diario? Buscó por todo el dormitorio, el armario y el baño, ordenando las cosas mientras buscaba, pero no había ni rastros de él.

"¡Alex!" Se sintió tonta cuando él entró corriendo. Él va a pensar que estás loca.

"¿Estás bien?"

"Sí, estoy bien. Es sólo que me falta algo". "¿Qué?"

"Mi diario."

"¿Te han robado el diario?" Su mirada burlona la hizo erizarse.

"No es mi diario. Es un registro de mis sueños, patrones de sueño".

Ladeó la cabeza, interrogante. "¿Por qué no preparamos un café y hablamos? Necesitas sincerarte conmigo sobre lo que ha estado ocurriendo".

BELLE AMI

"Yo apenas te conozco..."

Él enarcó las cejas ante su comentario, y ella se mordió la lengua, dándose cuenta de lo desagradecida que debía sonar. Suspiró, arrepintiéndose de su comentario precipitado. Alex era amigo de Michael. Por supuesto, podía confiar en él. Entre el acoso de Scordato y ahora el robo, estaba muy nerviosa. "Lo siento, eso fue grosero de mi parte. Gracias por ayudarme. Ahora necesito un amigo".

Verle sonreír la hizo sonreír.

"Arreglaré las cosas aquí mientras nos preparas café".

Ella asintió y entró en la cocina. Al menos el ladrón no había robado la cafetera. Sacudió la cabeza ante la ironía. Su cafetera Keurig se la había regalado su padre cuando fue a la universidad. Hija de un soldador de Lake Bluff, Illinois, Ángela no estaba acostumbrada a las extravagancias, y el elegante aparato de cocina era importante para ella porque venía de su padre.

Unos minutos después, se sentía mejor con una taza de té de manzanilla en las manos, sentada junto a Alex en el sofá. "No he dormido bien últimamente".

"¿Y eso por qué?", dijo, mientras soplaba su café negro.

"Comencé a tener pesadillas y a padecer insomnio cuando inicié mis pasantías en el Getty". Hizo una pausa para dar un sorbo a su té. "Así que investigué y descubrí que escribir los sueños puede ayudar a dar sentido a lo que ocurre. De ahí mi diario de sueños".

"¿Te ha ayudado?" "No.

"¿Te importaría contarme de qué se tratan tus sueños?"

"Me eché una siesta antes de vernos esta noche -sé que suena raro para alguien de mi edad, pero como ya he dicho, últimamente no he dormido bien- y soñé con una joven que era amiga de Leonardo Da Vinci, y que iban a una fiesta en el palacio de Lorenzo de Médicis. Una locura, ¿eh?".

"¿ Son tus sueños siempre los mismos?" No se estaba riendo de ella, lo que la hizo sentirse menos chiflada.

"No, son diferentes, pero lucen como cápsulas del tiempo de eventos ocurridos hace mucho tiempo".

"Tal vez mi llamada inicial sobre mi investigación y tu estrés en el trabajo pueden haber desencadenado tu sueño".

"No, estos sueños comenzaron mucho antes de hablar contigo". Tomó otro sorbo. "Pero hay algo más..." Dudó, preocupada por lo que él pudiera pensar de ella.

"Créeme, no hay nada que puedas decir que no me haya encontrado antes".

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Se aclaró la garganta. "A veces, estoy en mi escritorio en el trabajo, y no sé cómo llegué allí. Es como si me hubiese perdido un trozo de tiempo, y no sé si me he desmayado delante del ordenador o me he ido a alguna parte".

"¿Lo anotaste en tu diario también?"

Ella asintió. "Lo necesito de vuelta, Alex. Es importante para mí".

"Lo entiendo perfectamente". Puso la taza sobre la mesita. "Mencionaste que tus prácticas en el Getty han sido estresantes".

Ella asintió.

"Supongo que tu estrés está relacionado con Alberto Scordato".

"Me acosa. Tocamientos inapropiados, insinuaciones. insiste en que tenemos que cenar para hablar de trabajo". No se dio cuenta de lo fuerte que apretaba su taza hasta que Alex la cogió y la puso sobre la mesa. La tomó de las manos, su tacto la tranquilizó, pero sus ojos brillaban de ira.

"Scordato es un cabrón. ¿Reportaste a Scordato?"

Ella negó con la cabeza. "Es muy poderoso en el mundo del arte y temo que me ponga en la lista negra. Trabajé duro para conseguir estas pasantías, y ahora toda mi carrera profesional peligra".

Ella había estado mirándose las manos entre las suyas, pero cuando levantó la vista, se encontró con sus llamativos ojos de distinto color mirándola. La preocupación que reflejaban la tranquilizó, un puerto seguro en medio de la tormenta.

"Tengo que preguntarme si Scordato está detrás de tu robo".

"¿Por qué? Ella apartó las manos a regañadientes.

"Porque es el responsable de que te sientas miserable en el Getty. Y está conectado con el Da Vinci desaparecido".

"¿Cómo está conectado?"

"Era el consultor de Max Jaeger, mi cliente. Scordato renunció después de pasar todo el verano en Florencia, y ahora declara que la pintura no existe".

Se inclinó hacia adelante. "Pero nunca le mencioné el diario". "¿Se lo contaste a alguien?"

Se incorporó, con los ojos muy abiertos. "Se lo conté a Kathryn, su ayudante".

"Bueno, supongo que hemos resuelto el caso del diario de sueños desaparecido".

BELLE AMI

Su teléfono sonó, lo sacó del bolsillo y buscó el mensaje. "El cerrajero viene en camino. Mira, lo último de lo que tienes que preocuparte es de ese gilipollas. Se está haciendo tarde y no voy a dejarte sola esta noche".

"¿Qué quieres decir?"

"Lo que quiero decir es que te vas a la cama, y yo voy a dormir en el sofá. Mañana arreglaremos este lugar, y te llevaré al trabajo. Mantente alejada de Scordato. Me encargaré de él..."

"¿Qué vas a hacer?"

"No puedo decírtelo ahora, pero no tendrás que preocuparte por él nunca más."

"Espero que tengas razón".

Tomó su mano y la apretó. " Haré todo lo que esté en mi mano para que ese depredador reciba su merecido".

"Es muy poderoso, Alex".

" Puede ser poderoso, pero es falible. Tengo una importante reunión para comer, pero te recogeré después del trabajo. Creo que deberíamos cenar y hablar de tus planes futuros".

Ambos se levantaron. "Gracias por escuchar mi triste historia". Ella se alisó el pelo. "¿Sigue en pie la oferta de trabajo después de todo esto?". Señaló la habitación revuelta.

"Sigue en pie, Ángela. Creo que formaríamos un gran equipo. Sé que acabamos de conocernos y que no es asunto mío, pero deseo ayudarte". Sonrió. "Ahora duerme un poco. Hablaremos más por la mañana".

Fue al armario de la ropa blanca, cogió una manta, toallas y un cepillo de dientes y los dejó en el sofá mientras él hablaba por teléfono con el cerrajero. Le dio las buenas noches, se metió en su habitación y cerró la puerta.

Veinte minutos después, luego de darse una ducha caliente, Ángela se tumbó en la cama y se quedó contemplando el techo. El ulular de un búho resonaba al otro lado de la ventana. Daba vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Temía volver al trabajo mañana y tener que rechazar las insinuaciones del director. Alex le había dicho que se mantuviera alejada de él, y ella lo intentaría.

Cuanto más pensaba en Alex, más deseaba aceptar su oferta de trabajo. No sería la estrella dorada que esperaba para su currículum, pero tendría la ventaja de vivir en Florencia. Además, podría ser exactamente lo que necesitaba para volver a encaminar su vida.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Sólo había un problema. Se sentía atraída por Alex. ¿Qué mujer no lo estaría? Era cariñoso, inteligente, exitoso y sexy. Pero ese era un terreno delicado. Tendría que tener cuidado de no involucrarse emocionalmente. Ya tenía suficientes problemas para defenderse de la atención no deseada de Scordato, preocupada de que pudiera ponerla en la lista negra. Pero esto era diferente. Luchar contra tus sentimientos por un caballero de brillante armadura era difícil. Suspiró, abandonando sus tumultuosos pensamientos. Ella necesitaba dormir.

Tomó una almohada adicional y la colocó bajo sus rodillas. Utilizando una técnica de respiración profunda sobre la que había leído, exhaló un gran suspiro, inspiró profundamente por la nariz, aguantó unos segundos y lo soltó lentamente por la boca. Repitiéndolo varias veces, sus párpados se volvieron pesados, su cuerpo se hundió en la suavidad de la cama... Su mente empezó a vagar cuando una brisa la envolvió, metiéndose bajo sus piernas y hombros, levantándola. Más ligera que el aire, abrió los ojos en completa oscuridad. Al escuchar una voz, gira la cabeza y vislumbra una brillante luz a lo lejos, al final de un túnel. No tenía ni idea de si había flotado o caminado, pero no sintió miedo cuando el viento se levantó, arremolinándose a su alrededor, impulsándola hacia adelante. Cada vez más cerca, hasta que pudo ver a una joven de pie sobre un charco de luz.

Extendió la mano y tocó el hombro de la mujer.

Fioretta...

CAPÍTULO CUATRO

*Florencia, Italia
Estudio de
Leonardo Da Vinci
Septiembre 1ro, 1475*

A

“ migo mío, has estado trabajando en este boceto mío durante horas. Estoy agotado. Leonardo y yo debemos tomar un descanso y estirarnos". Se levantó de la tarima donde estaba tumbada, con el cuerpo envuelto en una sábana.

Fioretta bostezó, olvidando taparse la boca. Se estremeció, sintiendo un cosquilleo en el hombro. Su tía le había advertido que el mismísimo diablo podía pillarte desprevenida y entrar en su cuerpo cuando bostezaba. Se sacudió la tontería, pero se cruzó de brazos por si acaso. Su tía siempre intentaba asustarla y la reprendía por salir, incluso al mercado. Y sobre todo por su amistad con Da Vinci. Si su tía supiera que Fioretta posaba para Leonardo, le daría un ataque apoplético. Por desgracia, los secretos le resultaban necesarios para disfrutar de la vida.

"Si es necesario, Fioretta. Pero estoy cerca de conseguir lo que he estado buscando, y me gustaría continuar una vez que hayas tenido tiempo de descansar."

"Leonardo, debes practicar la paciencia". Caminó alrededor del artista para contemplar el dibujo. "¿Es así como me veo?" Leonardo miró su dibujo y frunció el ceño.

"Creo que tienes que trabajar un poco más en este...".

Un golpe en la puerta puso fin a sus palabras. Leonardo abrió la puerta y se inclinó.

BELLE AMI

Fioretta recogió su ropa y trató de llegar al fondo del estudio, pero tropezó con la sábana y cayó al suelo. Leonardo, *¿por qué no me avisaste?* Cuando levantó la vista, se encontró con unos ojos marrones tan oscuros que parecían negros. Un joven vestido a la realeza la observaba fijamente.

"Giuliano de' Medici, te presento a mi modelo y amiga Fioretta Gorini".

Oh Dio, es el impertinente joven señor del Palazzo Medici. Al verla sin ropa, debe pensar que es una mujer tonta o lasciva. ¿Quién más posa para los artistas? Estaba segura de que se le notaba el rubor desde la raíz del pelo hasta los dedos de los pies. Se esforzó por acomodar la sábana adecuadamente para poder estar de pie sin revelar nada de su cuerpo.

Él sonrió y se inclinó para ayudarla a levantarse. "A su servicio, signorina. "Me disculparé si no hago una reverencia".

Leonardo recuperó su ropa y se quedó allí con una sonrisa en la cara. Ella tomó su vestido, todavía aferrada a la sábana, y con toda la dignidad que pudo reunir, salió de la habitación para cambiarse.

Podía oír a los dos hombres conversando en voz baja y riendo a carcajadas. Estaba decidida a comportarse con dignidad y bajar a Giuliano de Medici de su pedestal. En cuanto a Leonardo, ya le daría su merecido más tarde.

Cuando regresó al estudio, estaba perfectamente vestida. Se había soltado el pelo, que le caía suelto sobre los hombros porque no tenía peine con el que domarlo. Oyó que Giuliano respiraba agitadamente cuando la vio, y volvió a inclinarse. "Pido disculpas, Fioretta, por mi comportamiento impropio. Por favor, perdóname".

"En verdad, me debes dos disculpas". Su profunda reverencia acentuó su dignidad.

"¿Dos?"

"Por favor, discúlpeme unos minutos". Leonardo recogió sus dibujos. "Necesito tomar algunas notas sobre nuestra sesión, Fioretta. Estoy seguro de que podrás entretener a nuestro invitado como es debido".

Frunciendo el ceño, vio a Leonardo retirarse a la parte trasera de la casa, y luego se volvió hacia Giuliano. "Sí, dos." Levantó dos dedos, fijando su mirada en él. "La segunda es por las molestias que me causaste en tu palacio".

"Le ruego que me perdone. Me temo que fui arrastrado por su belleza e incapaz de encontrar algo que se le comparara con favor. He estado preguntando por usted desde entonces".

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

"Usted no es un poeta, señor. Sólo porque me hayas encontrado con un atuendo comprometedor, no crea que podrá seducirme con tales declaraciones." El semblante de Giuliano se hundió. "Por favor, permítame, Fioretta. No quiero insultarle, engañarle ni seducirle. Simplemente hablo con el corazón".

" Haría bien en enseñar a su corazón a ser respetuoso con esta dama".

Giuliano se arrodilló y le tomó la mano, apretándola contra sus labios. "Soy su sirviente. Sólo deseo conocerla mejor, Fioretta. Por favor, concédame la oportunidad de demostrarle lo que valgo".

Sus labios en su mano le hicieron hervir la sangre. No entendía lo que le estaba pasando. Su ira se había disipado, sustituida por el deseo de compartir su compañía. Nunca un hombre se había arrodillado ante ella. Le dio vértigo, y su rostro se sonrojó.

Giuliano se levantó sin soltarle la mano. "¿Cree que podríamos empezar de nuevo? Siento que el destino está actuando aquí. Creo que Dios nos ha reunido".

Sus ojos se posaron en la mano de él. "Tal vez podamos superar la incomodidad de esos primeros momentos. Pero dejemos a Dios fuera de esto".

"Me encantaría".

Ella sonrió, encontrándose con su mirada. "¿Le traigo una copa de vino?" "Sí, si quiere compartir una conmigo".

Volvió con dos copas. "¿Nos sentamos en el jardín? Hace buen tiempo".

"Sí, donde usted quiera. Soy su sirviente".

Le condujo fuera y se sentaron en un banco cerca de la fuente. El sonido del agua y el zumbido de las abejas acompañaban su conversación.

"Fioretta, ¿puedo atreverme a preguntarle cómo llegó a conocer a Leonardo y por qué, en una ciudad tan pequeña como Florencia, nunca antes le había visto en el palacio? No estará comprometida, ¿verdad?".

"No soy de Florencia, sino de Siena". Sonrió. "No estoy comprometida, y no me importa contarle cómo llegué a posar para el Maestro".

"Por favor, cuénteme. Es una historia que me interesa mucho".

BELLE AMI

"De acuerdo." Le contó sobre su encuentro en el mercado con Leonardo y su deseo de pintarla. Giuliano se rió a carcajadas de su primer encuentro con el artista y de cómo se pelearon por una berenjena en el mercado, cada uno intentando disuadir al otro de comprarla. También contó la triste historia de la muerte de sus padres y de verse obligada a vivir con su tía, una mujer sin compasión por ella. Giuliano le tocó la mano, sus ojos irradiaban calidez y comprensión. Los minutos se convirtieron en una hora. Giuliano parecía no tener ningún lugar en la tierra en el que prefiriese estar. Y entonces, como si se tratara de la cosa más natural del mundo, se inclinó hacia ella y la besó.

Sus ojos se cerraron y ella apretó más sus labios contra los de él.

Era la primera vez que la besaban. Cuando rompieron el beso, ambos estaban sin aliento.

Ella abrió los ojos y lo encontró mirándola. Se inclinó más hacia él. " De nuevo, por favor."

La brisa le hizo cosquillas en la nuca y el jardín comenzó a girar a su alrededor. Atrapada en un torbellino, se adentró en un túnel oscuro, lejos de la luz. La fuerza del viento la abrumaba. Luchaba por respirar, pero sus pulmones se negaban a llenarse.

"Giuliano, ayúdame"

Unos brazos fuertes la rodearon, anclándola.

Se despertó sobresaltada, tragando aire como si hubieran pasado horas desde la última vez que respiró. Tenía el cuerpo bañado en sudor y los ojos llenos de lágrimas. Se llevó los dedos a los labios, sintiendo aún la ardiente huella de un beso.

Abrió los ojos y se dio cuenta de que Alex la abrazaba, consolándola. No tenía sentido. "Alex..." Sacudió la cabeza, tratando de concentrarse en el aquí y el ahora. "¿Por qué me abrazas?

"He oído que me llamabas".

"¿Te estaba llamando?"

"Debes haber tenido uno de esos sueños".

"No, no un sueño...." Esto era diferente. De alguna manera, se había proyectado en el pasado por su propia voluntad. Le dolía la cabeza. "Por favor, necesito un vaso de agua."

Mientras Alex iba a por el agua, ella se quedó contemplando el techo, preguntándose qué significado tendría su sueño o su visión. Ni siquiera sabía cómo llamarlo. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Estaba su visión relacionada con el Da Vinci desaparecido que Alex estaba buscando? ¿Eran sus sueños anteriores parte del rompecabezas? Y si era así, ¿estaban Alex y ella predestinados a encontrarse? Su mente daba vueltas y vueltas, plagada de preguntas sin respuesta.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Alex le tendió un vaso y ella bebió el líquido frío. La reanimó.

"¿Quieres más?"

"No, estoy mejor, pero no me apetece hablar del sueño".

"Vale, no te presionaré, pero no puedo ayudarte si no confías en mí".

"Lo sé, Alex". Ella le dedicó una sonrisa vacilante. "Sólo necesito dormir un poco y pasar el día de mañana. Gracias por todo lo que haces por mí". Le cogió la mano y sintió inmediatamente una oleada de calor.

Alex también lo sintió. Podía verlo en sus ojos.



Él podía verlo en sus ojos, la atracción que había entre ellos. Cada vez que se tocaban, su mundo se inclinaba. Quería consolarla, pero también la deseaba. Necesitaba que confiara en él. No era sólo por Scordato y la investigación, era algo más. Algo profundo en sus entrañas.

"Ángela, tengo que confesarte algo". "¿Qué clase de confesión?"

"Nos conocimos antes... bueno, en realidad no nos conocimos, pero sí interactuamos". Mierda, ya estaba echando a perder la explicación. "Déjame empezar por el principio. Ayer, cuando fui al Getty a ver a Scordato, tenía tiempo libre antes de la reunión, así que deambulé por el museo. Vi a una mujer sentada ante el retrato de Giuliano de Medici, de Botticelli". Hizo una pausa, buscando en sus ojos algún recuerdo, pero no lo había.

"No lo comprendo. Si nos hubiéramos conocido, me habría acordado de Alex.

¿De qué hablas?"

"La mujer hablaba en italiano, idioma que domino, y me sentí irremediablemente atraído por ella".

"De acuerdo."

"Permítanme aclarar, sé lo que vi y oí, y no experimento visiones, al menos no de ese tipo. El hombre del cuadro y la mujer hablaban entre ellos. Los vi y los escuché".

BELLE AMI

"Eso es bastante extraño."

"Créame, sólo se pone más raro. La mujer se volvió hacia mí y me dijo: "Te amaré para siempre. Eres el único hombre que amaré. También dijo que estamos juntos en esto, y debes ayudarme. Es nuestro destino. Luego me besó".

"Está bien... Y, ¿qué tiene que ver eso conmigo?"

"Todo. Eras tú. Eres la mujer de la galería".

Ángela retrocedió como si fuera una serpiente que se enrosca para atacar. "No recuerdo nada de eso. ¿Cómo pudiste no decírmelo? En el restaurante, actuaste como si fuera nuestro primer encuentro".

"No supe que la mujer en trance del Getty eras tú hasta que entraste por la puerta del bistró. Me sorprendió muchísimo al no reconocermelo, y menos aún que no recordaras aquel beso".

"¿Por qué no me lo dijiste cuando llegamos?"

"¿Bromeas? Entraron en tu casa. Sólo podía pensar en tu seguridad. Supongo que se me olvidó. Te pido disculpas".

"¿Dijiste que hablaba italiano?" "Sí."

"¿Y te dije que estábamos destinados a estar juntos?" "Sí."

"No entiendo nada de esto ni lo que significa."

"Créeme, yo tampoco". Se pasó las manos por el pelo. "Pero siento que mi encuentro contigo en el Getty está relacionado con tus sueños".

"Todo esto es tan extraño. Debemos resolverlo".

"Lo haremos. Seguiremos hablando mañana". Miró el reloj; eran las tres de la madrugada.

"Pero mientras tanto, creo que los dos necesitamos dormir".

Ella asintió, pero pareció dudar. "¿Puedo preguntarte algo más?"

"Claro."

"¿Te ha gustado?" "¿Qué?"

"El beso."

"Claro, lo disfruté".

Sus labios esbozaron una sonrisa. "Me alegro de que al menos uno de los dos recuerde...".

"¿Recordarlo? Yo jamás lo olvidaré".

Su sonrisa se convirtió en una mueca. "Gracias".

"De nada. Ahora duerme un poco".

CAPÍTULO CINCO

Los Ángeles, California

Día

Agosto 4

E

l aroma de café recién preparado. Al ponerse la bata, Ángela salió del baño y se dirigió al dormitorio, sonriendo ante el gesto considerado de Alex.

Unos minutos más tarde, salió, abrochándose el cinturón de su vestido envolvente con estampado coral. De camino a la cocina, observó los cambios en el salón y sacudió la cabeza, asombrada. ¿Se había imaginado el robo de la noche anterior? ¿Cómo había logrado Alex colocar todo en su sitio sin hacer ruido?

Lo encontró junto a la cafetera, sin rasurar, aún con la ropa de la noche anterior y con un aspecto de lo más sexy. Ver a un hombre en su cocina era tan fuera de lo común, pero por alguna razón, con Alex, se sentía natural.

"Buenos días, Alex. ¿Lograste dormir algo anoche?"

"Buenos días, Ángel." Frunció los labios mientras ponía dos tazas de café humeante sobre la mesa. "El servicio militar tiene sus ventajas, y funcionar con menos horas de sueño es una de ellas".

Ella ladeó la cabeza ante el apodo desconocido. "Me llamaste Ángel".

"Así es. ¿Te molesta?" Sus cejas se alzaron en forma de pregunta.

BELLE AMI

El calor cubrió su rostro. "No, claro que no. Es sólo que nunca nadie me había llamado Ángel. Mi padre me llama Angie, pero todos los demás usan mi nombre completo. Supongo que nunca inspiré un apodo en nadie que no fuese mi padre...."

"A mí me gustan los apodos". Me guiñó un ojo.

"¿En serio?" Ella no pudo evitar sonreír ante su expresión descarada. "¿Cuál es tu apodo?"

"Semental".

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rió al escucharlo.

"Lo digo en serio. Los chicos de mi unidad SEALs me pusieron Semental".

"¿Por qué no me sorprende?". Cruzó los brazos sobre el pecho, con una sonrisa exagerada en la cara.

"Oye, no es lo que piensas". Sus manos se levantaron en fingida inocencia. "Me encanta cocinar, y eso me hizo llamar mucho la atención".

"Ah, ya veo. Cortejas a las mujeres con tu talento culinario".

"Entre otras cosas."

"Bueno, semental, tendrás que cocinar para mí..." Al darse cuenta de su comentario atrevido, su cara se sonrojó ante la lenta sonrisa de él. "Hum, gracias por preparar el café y limpiar el salón. No he escuchado nada. Ni una silla moviéndose, ni un cajón abriéndose. Tampoco escuché tu ducha".

"Otra ventaja del servicio militar: el sigilo".

Ella se acercó a la nevera al mismo tiempo que él se sentaba. Chocaron y ambos se echaron a reír. Alex le tendió la mano y la sujetó por los hombros.

"Uy, mal momento", bromeó ella.

"Creo que es un buen momento. Él sonrió con las manos calientes en los hombros de ella. Sus extraordinarios ojos tenían un brillo pícaro, como si estuviera pensando en burlarse de ella con bromas sensuales. Pero la sorprendió por completo dando un paso atrás, extendiendo el brazo con aire caballeresco y haciendo una reverencia cortés.

"Después de usted, milady".

"Gracias, milord". Ella hizo una reverencia. Maldición, es demasiado atractivo y divertido para coquetear con él.

"¿Cómo has dormido?" Sacó una silla de la mesa de bistró y se sentó.

Sacó un cartón de leche de la nevera y se sentó al otro lado de la mesa. "Nada mal, después de ese sueño o visión o lo que fuere. I

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Supongo que tu presencia mantuvo alejado al hombre del saco".

"Encantado de poder ayudar. ¿Tienes tiempo para parar a comer tortitas? No tenemos ningún restaurant IHOP en Florencia, y tengo antojo".

No pudo evitar sonreír. ¿"IHOP"? Yo tengo visiones de la Florencia renacentista y de Leonardo Da Vinci, ¿y tú tienes visiones de tortitas?".

"Te dije que la comida juega un papel importante en mi felicidad. Y el desayuno encabeza mi lista".

"Las tortitas de arándanos suenan como el paraíso. Ciertamente conoces el camino al corazón de una chica. Hagámoslo."



Me agrada. Joder, me gusta mucho.

Alex la dejó en el Getty después de su extravagancia de tortitas del IHOP. Ella no recordaba haberse divertido tanto con nadie mientras hacía lo que no era nada.

Abrió el portátil, se puso manos a la obra y se sumergió en la investigación y el análisis. Estaba tan concentrada en su trabajo que al principio no se dio cuenta de que su teléfono se encendía ni oyó el zumbido de la línea de conferencia. Lo descolgó y Scordato la llamó al oído.

"La quiero en mi oficina ahora".

Antes de que ella pudiera contestar, él colgó.

Ella se preparó para un nuevo enfrentamiento.

"Ángela, querida". Él se acercó a su mesa con una sonrisa de oreja a oreja. "Es hora de que tengamos una charla sincera". Su mano se posó en su hombro, presionando los tendones de su clavícula.

Ella se puso rígida y se apartó de su mano. Sus ojos se entrecerraron y su sonrisa se transformó en un ceño fruncido.

Es Jekyll y Hyde vestido de Armani. No puedo seguir así.

Avanzó hacia ella, aprisionándola contra el escritorio. "Sabe que cientos de candidatos compitieron por este puesto". Su dedo índice trazó una línea en su mejilla. "Y yo te elegí a ti para este importante puesto. Pero ese futuro brillante que imaginaste sólo puede lograrse si trabajas conmigo, no contra mí. Con trabajo duro, compromiso y dedicación". Su dedo se movió hacia la apertura de su blusa. "Y sobre todo, pasión".

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

"Le ruego me disculpe. Yo-" Antes de que pudiera apartarse, su mano la agarró por la garganta, empujándola contra su escritorio. La presión de su mano la obligó a abrir la boca, vulnerable a la invasión de su lengua.

Con arcadas, se esforzó por apartarlo mientras él la golpeaba con la pelvis y le subía el vestido con la otra mano.

Jadeando, luchó contra su férreo agarre. "¡Basta! ¡No!"

Sus labios bajaron por su cuello y mordieron con fuerza la sensible piel de su hombro.

Consiguió liberar el brazo y, agachándose, le apretó los testículos con todas sus fuerzas mientras le golpeaba el pie con el tacón del zapato.

Él la soltó con un aullido. "Perra."

Corre. Corre, corre. Ángela salió dando tumbos por la puerta, moviéndose tan rápido como podía.



"ALEX, ¿me estás diciendo que, además de esta prueba de los trapicheos y sobornos por cuenta propia de Scordato, también le ha hecho insinuaciones no deseadas a una de las pasantes?"

Alex estaba sentado en un lujoso despacho de un rascacielos de Beverly Hills, frente a Carl Fellows, presidente del consejo de administración del Getty.

"Es una amenaza para el bienestar y la reputación de su organización". Alex se inclinó hacia delante. "Estoy seguro de que si habla con las empleadas y con otras pasantes, encontrará un patrón de comportamiento despreciable".

Fellows asintió mientras tomaba notas en su tableta. Magnate inmobiliario y ávido coleccionista de arte, Fellows había sido elegido presidente del consejo el año anterior. También era un viejo amigo de la madre de Alex. Hacía seis meses, se había puesto en contacto con Alex y le había contratado en privado para investigar a Scordato. Durante años habían circulado demasiados rumores y Fellows quería llegar al fondo del asunto. Cuando Jaeger se puso en contacto con Alex en relación con el cuadro de Da Vinci, Alex se preguntó por qué Scordato había renunciado a su trabajo como asesor de Jaeger, teniendo en cuenta que Jaeger le había dado carta blanca en cuanto al sueldo y una cuenta de gastos suntuosa. No encajaba en el modus operandi de Scordato. Alex estaba seguro de que el cabrón quería el cuadro para él solo y trataba de disuadir a Jaeger de que continuara su investigación.

BELLE AMI

"Me has dado todo lo que necesito para presentarlo ante la junta", dijo Fellows, guardando el archivo en su maletín.

"Espero que esté de acuerdo en que Scordato necesita ser despedido como mínimo. Si quieren mi consejo, deberían plantearse emprender acciones legales contra él".

Carl acarició su cuidada barba de chivo. "Tienes toda la razón, y ten por seguro que el consejo no consentirá ningún escándalo. Había escuchado rumores sobre el comportamiento depredador de Scordato, pero nunca tuve pruebas".

"¿Por qué demonios no investigaste antes si tenías un indicio?". A Alex se le revolvió el estómago. "¿Quién sabe cuántas otras mujeres fueron sometidas a las viles tácticas de este imbécil?".

"¿Crees que esta joven presentará cargos?". "No lo sé, pero mi consejo para ella sería que lo hiciera".

"¡Alex, por el amor de Dios!" Fellows levantó la mano. "Te prometo que me encargaré de Scordato, y no volverá a estar en posición de ejercer poder sobre absolutamente nadie".

"Asegúrate de eso, Carl". Alex se levantó.

"Alex, quiero que sepas cuánto te agradezco tu labor al encontrar pruebas concretas contra él. De hecho, llamaré a tu madre en cuanto terminemos esta reunión y le diré que el Getty está en deuda contigo."

"Gracias por el voto de confianza, Carl. Sólo asegúrate de atrapar a ese bastardo".

Alex condujo de vuelta al Getty, decidido a convencer a Ángela de que trabajara para él. Durante su reunión con Carl, no dejó de pensar en ella. ¿Cómo había llegado a formar parte de su vida en tan poco tiempo? Sentía una conexión con ella que no se correspondía con el hecho de haberla conocido. No era su *modus operandi* habitual, pero ella le había llegado.

Estacionó el auto y la buscó, pero no la encontró en su escritorio.

Cuando preguntó a la recepcionista por Ángela, se alarmó al saber que había recogido sus cosas y se había largado de allí sin decir palabra.

¡Mierda! Scordato.

Estuvo tentado de irrumpir en la oficina de aquel gilipollas y darle una paliza allí mismo, pero tenía que encontrar a Ángela. Estaba preocupado por ella. Tenía que haber una razón para que ella no lo hubiera esperado en el Getty. Si hubiera dejado su trabajo, podría haberse ido a casa. Le envió un mensaje de texto, pero no obtuvo respuesta. Entonces cayó en cuenta. Él sabía dónde la encontraría.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Como el día anterior, se encontraba sentada en estado sonambúlico frente al retrato de la habitación roja. Él se sentó a su lado y esperó. ¿Reaccionaría ella a su presencia?

Sus ojos estaban clavados en el cuadro. Podría haber sido invisible. La luz de la galería cambió. Todo seguía igual que el día anterior. El retrato se volvió luminiscente. Los ojos del joven se abrieron. Pero en lugar de mirar a Ángela, el joven dirigió su mirada hacia él.

"No hemos cumplido nuestra promesa", se dirigió a él el joven. "¿Es que no lo ves? Nuestra querida Fioretta está en grave peligro".

Alex no contestó. Sacudió la cabeza, esperando estar alucinando y no perdiendo la cabeza.

"Los asesinos volverán a matar", continuó el joven. "Se sienten impulsados a poseer el cuadro. La respuesta está en Florencia. Debes regresar con Fioretta... pero ten cuidado... Dondequiera que ella vaya, también irán esos dos diablos, Pazzi y Baroncelli".

"¡Espera!" Alex no podía creer que estaba hablando con una pintura de siglos de antigüedad. "¿Cómo puedo encontrar a esos hombres?"

"Sabrás quiénes son... No le falles de nuevo. O nos condenarás a todos a la eternidad...."

Alex se levantó y se acercó al cuadro, pero el joven había vuelto su mirada hacia Ángela. Por su rostro corrían lágrimas.

"Ángelo mio", susurró. "No llores por mí. Sigue a tu corazón y reclama tu destino. El tiempo ha cambiado... Lo que fue antes volverá a ser. Encuentra la pintura. Encuéntrala y conoce la verdad".

"Amore mio, no me dejes." Ángela extendió la mano hacia el cuadro.

Llorando ahora abiertamente, cada sollozo desgarrador le hirvió la piel a Alex. Su dolor era su dolor. Su dolor era el dolor de él. Cada latido del corazón de ella resonaba en el pecho de él. Cada fibra de su cuerpo se esforzaba por tocarla. No podría contenerse aunque lo intentara. La estrechó entre sus brazos.

Sus ojos marrones se volvieron verde bosque y se clavaron en los suyos. Fuerzas invisibles lo atrajeron hacia ella. A pocos centímetros de los suyos, sus labios susurraron: "Prometiste que estaríamos juntos para siempre, e hiciste un juramento ante Dios". Sus manos se movieron sobre su pecho y acariciaron los planos de su cara, cada toque marcándolo, poseyéndolo. Ninguna célula de su cuerpo era capaz de resistirse.

BELLE AMI

Se había pasado toda la vida controlando. Era un hombre lógico, un hombre que manejaba situaciones, buscaba respuestas y resolvía misterios. Cuando sus labios se unieron a los de ella, fue como un relámpago blanco que le recorrió las venas. Quería tumbarla en medio de aquella galería pública y llenarla con su cuerpo, su corazón y su alma.

"Giuliano", susurró ella. "Mio caro sposo."

Recuperando la cordura, se separó de su abrazo. Le respondió en italiano. "No soy Giuliano. Soy Alex Caine, y no soy tu marido". ¿Pero no había insinuado Giuliano que eran la misma persona?

En un abrir y cerrar de ojos, el hechizo se rompió.

La confusión nubló los ojos de Ángela. Conmovido, vio cómo sus ojos verde musgo volvían a ser marrones, y entonces ella se desmayó en sus brazos.

Levantando la mano, ahuecó su hermoso rostro, esperando a que despertara.

Que volviera a él.

Miró hacia el cuadro. Era Giuliano de' Medici quien le había hablado. Ahora sólo era un cuadro. Sólo un cuadro. Reprimió una carcajada. Intentó analizar lo sucedido. ¿Tenía que creer que él y Ángela habían vivido antes, habían sido amantes antes, se habían casado antes? Todo el concepto estaba fuera de este mundo.

Necesitaba investigar sobre Giuliano de Medici. Necesitaba entender cómo funcionaba la reencarnación. ¿Reglas? ¿Estoy pensando en reglas? Sacudió la cabeza ante sus descabellados pensamientos. No le daba mucha importancia a la religión. Había sido testigo de demasiada destrucción en el mundo en nombre de la religión. La reencarnación era otra charlatanería que mantenía a la gente en la ignorancia y la llevaba a cometer locuras peligrosas.

Sin embargo, lo que vio no era un sueño. Estaba bien despierto, en plenitud de facultades. El joven del cuadro había cobrado vida y le imploraba que actuara. Que la protegiera. Que le dijera quién era en realidad.

Jesús, ¿es posible que yo fuera ese hombre y Ángela fuese Fioretta?

¿Podría ser un misterio que nos ha estado acechando durante 500 años?

Todo lo relacionado con su encuentro parecía planeado como si una mano invisible dirigiera la acción.

BELLE AMI

Él tenía tantas preguntas sin respuesta. Aunque nuestras vidas lejanas resurgieran, ¿qué tenían que ver con nosotros el tío de Max, un soldado alemán, y la evacuación de Florencia?

Se le escapaban esas respuestas, pero sabía que residían en Ángela. Ella era la clave para desentrañar el misterio. Sospechaba que el director del Getty, Alberto Scordato, también lo sabía.

"Ángel, despierta."

Sus ojos se abrieron de golpe y lo miró aturdida antes de que su visión se aclarara y le

echara los brazos al cuello. "Alex, estoy tan feliz de que estés aquí. ¿Cómo supiste dónde encontrarme?"

"Recuerda que te dije que aquí es donde te vi por primera vez. Salgamos de aquí, Ángela. Tenemos mucho de qué hablar y no quiero hacerlo aquí". Tuvo la tentación de besarla de nuevo, pero eso tendría que esperar hasta llegar al fondo de lo que le había ocurrido aquella mañana. Se le ocurrió que cada centímetro del Getty tenía cámaras de vídeo de seguridad. Eran peces en una pecera, y un tiburón estaba rondándola.



LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

ALBERTO tomó un trago de whisky. Carl Fellows, el jefe de la junta del Getty, le había llamado para concertar una reunión. Esa zorra de Ángela debió chillar. Pero no tenía pruebas, sólo su palabra contra la de él. Él dijo/ella dijo. No estaba preocupado. Incluso si esos tontos de la junta lo dejaban, nada de eso importaría una vez que tuviera el Da Vinci en sus manos. Sus labios se torcieron en una mueca de desprecio mientras observaba el vídeo del día de la sala roja en la pantalla de su televisor. Lo rebobinó por tercera vez y volvió a verlo.

Charles casi había enloquecido cuando se enteró de que las cámaras habían fallado y no había ninguna grabación del día anterior. Por suerte, había conseguido las imágenes de hoy.

Era extraño, por no decir otra cosa. Ángela había vuelto a la sala roja y estaba sentada ante el Botticelli en trance. Caine estaba tras el Da Vinci, así que no se sorprendió del todo cuando Caine se unió a ella en el banco. Lo que no podía entender era qué le había hecho preguntar: "¡Espera! ¿Cómo encuentro a estos hombres?". ¿De qué hombres hablaba? ¿Y por qué se acercó y se dirigió al cuadro?

Alberto se pasó los dedos por el pelo plateado. No había nadie más en la habitación, así que con quién demonios estaba hablando Alex, y por qué Ángela de repente gritaba: "Amore mio, no me dejes". Por no hablar de su llanto y de que Caine la abrazara y la besara. Aquello no tenía ningún sentido.

Mientras observaba cómo se besaban Ángela y Alex, se dio cuenta de que el encuentro entre el detective y la pasante podría ser beneficioso para él. Si la chica era la clave para encontrar el cuadro, el detective podría ser el instrumento para desentrañar el misterio. Todo lo que Scordato tenía que hacer era mantenerlos en su punto de mira y hacer su movimiento cuando fuese el momento adecuado. Hacerse con el cuadro y librarse del dúo dinámico.

Se le ocurrían numerosas posibilidades para deshacerse de los dos. Quizá una pelea de amantes que acabara en asesinato y suicidio.

Pero no podía hacerlo solo. Necesitaba un cómplice. Alguien en quien pudiera confiar. Necesitaba la ayuda de su primo Enrico Fortuna. Los lazos de Enrico con la Mafia le vendrían muy bien. Tomó su celular y marcó un número.

"Cugino, ¿vienes stai? Tengo una oferta que hacerte". Se rió. "Una oferta que no podrás rechazar".

BELLE AMI

"Te escucho", dijo la voz grave al otro lado.

"No, por teléfono no. ¿Por qué no voy a Toscana de visita y hablamos de todo?".

"Bene. Podemos cazar un poco. Creo que me debes una posibilidad de igualar las cosas", dijo Enrico con una risita ronca.

"Cuando te diga lo que tengo en mente, créeme, no estarás llevando la cuenta. Estarás celebrando la puntuación de tu vida".

"En ese caso, ¿cuándo vienes?". Preguntó Enrico.

"Te llamaré mañana".

"Arrivederci."

"Ciao."

CAPÍTULO SEIS

*Los Ángeles, California Día
Agosto 4*



“o voy a matar.” Alex apretó el volante mientras conducía de vuelta a casa de Ángela.

"Me alegro de haberme librado de él". Ángela se abrazó a sí misma, frotándose las manos por los brazos.

"¿Estás segura de que estás bien?". Sus ojos se llenaron de preocupación.

"Me sentiré mejor cuando subamos al avión". De camino a su casa, Ángela le contó a Alex la última escapada de Scordato y cómo se había librado de él. El problema era que no sabía qué había pasado después de salir de la oficina de Scordato hasta el momento en que se encontró en brazos de Alex en el banco frente al cuadro de Giuliano de Médicis. Alex le dijo que debía de haber tenido otro desmayo. "Dios, debo salir adelante". Se frotó la frente. "¿Y si me desmayo mientras conduzco o cruzo una calle muy transitada?".

"No te preocupes, estaré contigo a partir de ahora". Le miró con recelo. "Quiero decir al menos hasta que averigüemos qué está ocurriendo", corrigió él. "No dejaré que te pase nada. Por cierto, estás contratada". Sonrió.

Ella soltó un suspiro. "Espero poder serte útil. No quiero que pienses que hago esto como una manera de escapar".

"¿Bromeas? Tengo suerte de tenerte trabajando conmigo en esta investigación. Además, hay tantas coincidencias extrañas aquí. Creo que es el destino que nos hayamos encontrado".

BELLE AMI

Ella le dirigió una mirada. "¿De verdad?"

Él giró hacia la entrada. "Hay una razón por la que está pasando esto, y de alguna manera está conectada con tus sueños. La única forma de averiguarlo es encontrando ese cuadro".

Ella asintió, con los ojos llorosos. No sabía qué habría hecho si Alex no hubiera estado con ella la noche anterior y hoy.

Alex aparcó el coche y la acompañó hasta la puerta. La detuvo cuando sacó las llaves de su nueva casa.

"Toma, sujeta mi maletín. Yo entraré primero". "¿Crees que sea necesario?"

"No voy a poner nada más allá de ese idiota." Alex sacó su pistola y entró. Unos instantes después, regresó y le abrió la puerta, quitándole el maletín de las manos.

Se quitó los zapatos y dejó el bolso en el sofá, y suspiró de placer cuando sus pies cansados y descalzos tocaron el suelo de azulejos de la cocina. Sirvió té helado en dos vasos, volvió al salón, le dio un vaso a Alex y se acurrucó a su lado en el sofá.

"¿Y qué hay de tu diario?" Alex se terminó el té de un trago y dejó el vaso vacío junto al maletín y el iPad en la mesita. "Podría entrar en casa de Scordato y robárselo".

El pánico se apoderó de ella. "¿Y si te hieren?"

Él le puso la mano encima. "Te prometo que no me pasará nada. Pero no puedo prometer que no le haga daño a él".

Ella negó con la cabeza. "No pasa nada. Probablemente lo esté utilizando para sus fantasías retorcidas y enfermizas". Se estremeció e hizo una mueca.

"Ahora sí que quiero darle una paliza".

"¿De verdad crees que el consejo de administración lo despedirá?" "Lo tienen bien muerto".

"Gracias a ti".

Le dedicó una sonrisa torcida y se rascó la sombra de las cinco en la cara. Ella sorbió su té, tratando de no pensar en lo sexy que era. Estaba tentada de dejarse llevar y besarle de nuevo. *Nos hemos besado dos veces y no recuerdo nada. ¿No te parece injusto?*

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Alex miró su reloj. "Aún es temprano para cenar y tengo que hacer unas llamadas que me tomarán un rato. ¿Por qué no las hago yo aquí y tú descansas un rato y luego te das una ducha?"

"¿Seguro que no te importa quedarte aquí un rato?"

"¿Bromeas? No sería un buen caballero de brillante armadura si no lo hiciera". Se levantó y le hizo una reverencia cortesana, haciéndola soltar una risita. "Además, tengo mi oficina aquí mismo". Levantó su iPhone y su iPad. "Y pasé por el hotel antes de mi reunión de esta mañana. Tengo todo lo que necesito".

Ángela le dijo que se sirviera lo que quisiera en la cocina. Una ducha fresca era justo lo que necesitaba para borrar de su piel las mugrientas huellas de las manos de Scordato. Unos minutos más tarde, Ángela se puso uno de sus conjuntos favoritos: un jersey doble de cachemira rosa y cuello redondo con unos vaqueros blancos ajustados. Le sentaba bien y era lo suficientemente elegante para ir a cualquier parte. Un par de sandalias doradas de tacón alto le daban el brillo suficiente para la cena. Se giró frente al espejo de cuerpo entero y su mirada se fijó en la cortina de la ventana. *Fioretta. ¿Qué intentas decirme...?*

Reconfortada por la presencia de Alex en la habitación contigua, se quitó los zapatos y se estiró en la cama. ¿Podría obligarse a tener otra visión? Respiró lenta y profundamente y dejó que su mente se dejara llevar mientras su cuerpo se hundía en la suavidad de la cama. Una vez más, una suave brisa le hizo cosquillas en la piel y la levantó. Abrió los ojos y se encontró de nuevo en un túnel oscuro. El viento aumentó, arremolinándose a su alrededor, impulsándola hacia una luz blanca y la figura de una mujer...

Florenia, Italia Enero 10, 1478

FIORETTA GORINI SE ESTREMECIÓ cuando una suave brisa le hizo cosquillas en la piel. Echó un vistazo a su espalda, pero una pesada cortina cubría la ventana. Había oído hablar de mujeres sabias que tenían una segunda vista y podían predecir el futuro... Se cruzó de brazos y apartó sus oscuros pensamientos. Era un día feliz para ella. El día más feliz de su vida. Se acarició el cordón del cuello que descansaba justo por encima de sus pechos turgentes.

BELLE AMI

Engastado en oro e incrustado con gemas raras, fue un regalo de Giuliano. La doncella de su señora, Katerina, ató la cinta de seda blanca entre sus rizos oscuros.

"Mi señora, está usted radiante."

"Gracias, Katerina." Fioretta abrazó a su criada, con la felicidad brillando en sus ojos.

"El Signore Giuliano seguramente se quedará sin palabras".

Fioretta se sonrojó y sonrió a la menuda mujer rubia que había sido la criada de su señora desde que tenía memoria.

"Estoy de acuerdo con Katerina", declaró una voz masculina. "Estás resplandeciente de belleza".

Fioretta se volvió y sonrió a su querido amigo. Leonardo acababa de entrar en el salón.

"Ayudaré a la cocinera con los toques finales de la comida y me aseguraré de que todo esté en orden". Katerina salió de la habitación.

"Maestro, ¿está seguro de que me encuentro perfecta?". Fioretta hizo una pirueta, su vestido de terciopelo blanco se arremolinaba a su alrededor. "Quiero que Giuliano esté contento cuando me vea".

Leonardo sonrió. "Fioretta, sei bellissima. Eres realmente un ángel enviado del cielo para robar los corazones de los hombres mortales. Puedo asegurarte que Giuliano estará más que complacido. Está locamente enamorado de ti".

Corrió hacia Leonardo y lo abrazó. De puntillas, miró los ojos azules de su amigo. "¿Pensará que soy tan bella como Simonetta o mi semejanza en el retrato de boda?".

"Fioretta, aunque soy un artista, no estoy a la altura de la tarea de capturar tu verdadera belleza. Sólo Dios es capaz de crear tal perfección. Simonetta era una belleza renombrada, pero contrariamente a lo que se dice, fuiste tú y no ella quien cautivó el corazón de Giuliano". Le besó la frente.

Ella le tomó la mano. "Leonardo, antes de que lleguen todos, quiero darte las gracias".

"¿Por qué, bella?"

"Si no nos hubiéramos conocido en el mercado, no sé cómo habría sobrevivido a la soledad de vivir en Florencia. Abriste tu corazón a un desafortunado huérfano y me diste el regalo más extraordinario, tu amistad."

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

"Ese fue un día muy afortunado para mí. También encontré un amigo". Las líneas finas alrededor de sus ojos se arrugaron con su sonrisa. "Según recuerdo, discutimos por una berenjena. Los dos tomamos la misma berenjena y usted, chica lista, hizo todo lo posible por disuadirme de dicha berenjena, insistiendo en que este espécimen era una verdura de lo más desafortunada, y que debería elegir otra. Si mi memoria no me falla, alegaste que la berenjena, que ninguno de los dos soltó, era amarga e insípida, y yo repliqué que estaba seguro de que era de sublime sabor. Fuiste una chica sumamente astuta al usar tales artimañas femeninas conmigo y pensar que podrías embaucarme."

"Te negaste a ceder, sin importar cuántas veces te di mis latigazos".

"Ah, sí, pero eso me llevó a captar tu extraordinario color de ojos". El científico calculó las probabilidades de tal color, pero el artista soñó con pintar esos ojos del color del musgo verde del bosque."

Ella le sacudió el dedo. "Tienes que admitir que fui valiente, arriesgándome a la ira de mi tía por visitar tu estudio sin una chaperona adecuada. Si se hubiera enterado, me habría encerrado en mi habitación por toda la eternidad".

"Tu tía es una vieja cuervo que no tiene ni un ápice de previsión para ver la singular joya que eres".

Fioretta suspiró, sin querer pensar en la mujer indiferente que se convirtió en su tutora tras el fallecimiento de sus padres. "Mi tía no cree que una mujer necesite educación. Considera inadecuado que las mujeres diserten sobre los temas de los hombres".

"Es una tonta, Fioretta. Igualaría tu capacidad de razonar a la de un hombre. Dios te concedió no sólo belleza sino una mente aguda".

"Hablando de mi belleza, Maestro", inició ella con una sonrisa pícara. "Por favor, ¿puedo ver el retrato antes de que lleguen?".

Antes de que pudiera responder, llamaron a la puerta principal. Leonardo pasó suavemente la mano por la mejilla de Fioretta. "Parece que el novio ya está aquí, signorina".

Leonardo abrió la puerta y el frío viento de enero sopló ráfagas de nieve al interior del estudio. Su camisa azul brillante y su jubón de cuero contrastaban fuertemente con la apagada luz invernal. Su voz profunda transmitía calidez y cordialidad cuando Giuliano de Medici entró acompañado de un hombre. "Mi señor, bienvenido a mi humilde casa y una bienvenida a su querido amigo, el poeta", saludó Leonardo. "Paolo", llamó por encima del hombro a un ayudante de pelo rizado que vino corriendo. "Ven a coger las capas de nuestros invitados y trae vino".

BELLE AMI

Giuliano volteó hacia su compañero sonriendo. "Ángelo Poliziano, poeta, humanista y querido amigo, quiero presentarte a Leonardo Da Vinci, el artista más brillante de toda Florencia".

Leonardo rió. "Si no el artista más grande, sin duda el más distraído". Leonardo estrechó la mano de Ángelo. "Por desgracia, emprendo un proyecto y me veo atraído por otro, lo que frustra a los que me contratan".

"Tus múltiples esfuerzos no son más que el signo de una mente brillante. Tal elogio de un Medici no es fácil de ganar. Estoy encantado de conocerte," dijo Ángelo.

"El placer es mío. Esperaba con impaciencia este momento. Debe saber que conozco bien su poesía. Mi favorita, por supuesto, es su Estrofa para el Magnificent Giuliano de Medici".

Giuliano refunfuñó. "Ángelo, ese poema tuyo no ha hecho más que fomentar la idea errónea de mi relación amorosa con Simonetta. Nadie me cree cuando les digo que lo que compartíamos era un amor poético y cortesano que no se hallaba en la alcoba, sino en la mente."

"Todos la queríamos, ¿verdad?" dijo Ángelo. "Su pérdida, a una edad tan temprana, fue una tragedia, y no inmortalizarla habría sido injusto. Respaldo mi trabajo, independientemente de que se malinterprete o no. Sólo tú y Simonetta sabéis la verdad, y ella está con Dios".

Giuliano se encogió de hombros. "Que el mundo piense lo que quiera. Pronto se revelará la verdad de a quién amo".

"Giuliano, te imploro que expliques...." Fioretta había estado observando el intercambio entre los hombres. Ella y Simonetta se habían hecho amigas poco después de que Giuliano empezara a cortejarla, y el recuerdo de la muerte de Simonetta el día de su boda la entristeció. Dio un paso hacia adelante y la mirada de Giuliano se detuvo en ella. Levantó la mano, haciendo callar a Ángelo.

Fioretta hizo una reverencia a los hombres y se dirigió a Giuliano. Él se inclinó con deferencia hacia ella. "He echado de menos cada instante separado de ti, Cara. Sólo estoy vivo cuando estoy en tu presencia".

Amo a este hombre. Poniéndose de puntillas, acercó sus labios a los de él en un beso de bienvenida. "Mi señor."

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

"Fioretta..."

"Giuliano, amore mio, ¿Has hablado con tu hermano? ¿Ha aceptado?"

Una nube de desdicha pasó por el rostro de Giuliano. "Lo ha prohibido".

"Oh..." Ella se hundió decepcionada.

Giuliano le levantó la barbilla. "No importa, dolcezza mia. Yo estoy aquí, ¿verdad? Nuestro matrimonio seguirá adelante esta noche, como prometí. Desafiaría al mismísimo Dios para casarme contigo y legitimar a nuestro hijo".

Ella le abrazó y le dio una docena de besos en la cara. "Eres demasiado bueno conmigo, mi amor".

Giuliano carraspeó y ella dio un paso atrás, bajando la mirada. "Ahora, Ángelo mio, déjame presentarte a mi querido amigo".

Había estado tan concentrada en Giuliano que apenas había prestado atención a los otros hombres. Sintió que se ruborizaba. "Perdóname, Giuliano. Debo aprender a comportarme con más discreción".

"Nunca, amore mio. Pronto gritaré mi amor por ti desde el campanile de Giotto para que todo el mundo lo sepa". Señaló al hombre mayor que estaba a su lado. "Este es Ángelo Poliziano, de quien tanto te he hablado. Será testigo de nuestro matrimonio, Fioretta".

Ella hizo una reverencia. "Gran poeta, nos honras. Me conmovió tu estrofa glorificando a Simonetta. A quien honres con un verso así será inmortal. Creo que tus poemas durarán más que nuestras breves horas en esta tierra".

Ángelo se inclinó: "No sólo eres la personificación de la belleza, sino que eres caritativo en tu ensalzamiento y sabiduría".

Giuliano sonrió. "Leonardo, creo que corresponde un brindis".

Fioretta aplaudió. "Maestro, primero, por favor muéstrenos el retrato. No soporto seguir esperando".

"Estoy a sus órdenes, bella dama. Sólo espero haber hecho justicia a su belleza. Ruego que pienses que os he immortalizado a ti y a Giuliano como la poesía de Ángelo immortalizó a Simonetta y Giuliano." Leonardo retiró la hoja de un caballete, revelando su obra de arte.

El extraordinario cuadro representaba a la joven pareja de pie, uno junto al otro, con las manos extendidas como si estuvieran a punto de tocarse. Giuliano, vestido de terciopelo rojo florentino, miraba con amor el rostro de su pretendida. Fioretta llevaba el mismo vestido blanco de terciopelo que ahora, pero miraba hacia el exterior sosteniendo la mirada del espectador. Su sonrisa era una obra de arte, no del todo realizada, como si tuviera un secreto que sólo ella conocía.

BELLE AMI

Ambos amantes parecían volar sobre la ciudad de Florencia, con la magnificencia del Duomo a sus espaldas. Un estandarte que anunciaba el escudo de los Medici llevaba cinco bolas rojas. Los cinco palos estaban adornados en un estandarte amarillo a su izquierda. La pintura era magnífica y estaba realizada con un detalle exquisito. La belleza de los dos amantes era hipnotizante.

Ángelo susurró: "Leonardo, has captado la frescura de la juventud y el amor y, al mismo tiempo, has elevado su poder por encima de la Iglesia y el Estado. El cuadro es a la vez poderoso y trascendente".

"El artista sólo puede pintar lo que ve y siente".

"Amigo mío, me siento humilde ante tu talento y tu grandeza", dijo Giuliano. Levantó la mano de Fioretta hasta sus labios y la besó. "Amore mio, el Maestro te ha dado la inmortalidad".

Fioretta sonrió y se acarició el vientre. "Cada cuadro del Maestro vivirá para siempre, pero mi inmortalidad descansa aquí, con nuestro hijo. Rezo para que nuestras familias acepten, amen y abracen a este niño".

"Sucederá, tesoro mío. Te lo prometo". Se inclinó para besarla, con los ojos rebosantes de amor.

Leonardo levantó su copa. "¡Por tu futuro, Salute!"

Una vez formalizado el matrimonio por parte de un sacerdote, que había jurado guardar el secreto, los celebrantes se sentaron a degustar una comida sencilla pero deliciosa.

Fioretta se levantó de la mesa. A su regreso, estaba a punto de descorrer las cortinas que separaban el vestíbulo del estudio principal cuando oyó a Giuliano y Ángelo cuchichear. "Giuliano, tú plan me preocupa. Un matrimonio no aprobado por Lorenzo está destinado al desastre. Estoy preocupado por ti, amigo mío, y por Fioretta. Estás contraído en matrimonio con otra, ¿o lo has olvidado?"

"Imploré a Lorenzo que sancionara este matrimonio, pero se negó. Le recordé que, mientras él se casaba para aumentar el poder de los Medici, yo no lo haría. Le advertí que me casaría por amor y nada menos. No me privará de mi felicidad".

Fioretta contuvo la respiración y se asomó por entre las cortinas. Los dos hombres estaban de pie cerca de una mesa de trabajo donde se exhibían docenas de dibujos a lápiz de plata de Leonardo sobre caballos y extraños artilugios mecánicos. Ángelo levantó un dibujo y lo estudió.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«¿Dónde vive Fioretta? Ciertamente no aquí con Leonardo».

«Ella vivía con su tía, pero esa situación ya no se tolera. He comprado una villa para ella, cerca de la Via Larga. La adoro demasiado. Te digo que no hay nada que no haría por ella».

«¿Y si Lorenzo descubre, antes de que nazca la niña, que no has obedecido sus deseos?».

«Lorenzo no sólo es mi hermano. Es mi maestro, mi mentor y mi mejor amigo. Somos como el pan y el vino de la Eucaristía. Uno sin el otro es impensable. No te preocupes, Ángelo. Luego de que nazca el bebé, anunciaré mi matrimonio con Lorenzo. Le daré la oportunidad de levantarse y reconocer al niño y a Fioretta. Discutirá, desafiará, pero nunca romperá los lazos de sangre. Terminará aceptando».

«Rezo para que tengas razón, amigo mío».

Giuliano apretó el hombro de Ángelo. «Ven, volvamos a la fiesta. Es tiempo de celebración».

Fioretta soltó el aliento que había estado conteniendo y se cubrió el vientre protectoramente con las manos. Por mucho que quisiera a Giuliano, sabía que era impulsivo. No podría descansar tranquila hasta el nacimiento del bebé y obtener la bendición de Lorenzo.

Volvió a la mesa. Acariciando la mejilla de Giuliano, preguntó: «¿Necesitas algo, esposo?».

«Sólo escucharte llamarme esposo cada día de mi vida.»

«Una simple petición que cumpliré con alegría.» Ella apretó sus labios contra los de él, provocando un sonoro aplauso de Ángelo, Leonardo, los guardaespaldas de Giuliano y Katerina, que se había unido a ellos.

El vino se prolongó hasta bien entrada la noche y todos brindaron por los recién casados, pero ninguno fue más sincero que el que Giuliano dirigió a su amada. «Te prometo, amore mio, que esta vida nunca nos separará. Te amaré hoy, mañana y hasta la eternidad. Nuestro retrato de boda hablará de nuestro amor mucho después de que tú y yo hayamos dejado este mundo».

Fioretta apoyó la mano en el rostro de su amado, vertiendo todo su amor en su mirada. Al sentir otra brisa que le hacía cosquillas en la nuca, la habitación empezó a girar a su alrededor.

El viento la levantó y la arrastró hacia un túnel oscuro.

Retrocediendo en espiral, cerró los ojos...

BELLE AMI



Ella abrió sus ojos. Sus manos alisaron el suave edredón de la cama. La puerta del armario estaba abierta, tal como la había dejado. El despertador de la mesilla marcaba las 6:30 de la tarde. Todo seguía igual y, sin embargo, todo había cambiado.

No fue un sueño.

Yo era Fioretta Gorini.

El amor de mi vida era Giuliano de Medici. Mi amigo más querido era Leonardo Da Vinci.
Se incorporó, balanceando las piernas sobre la cama. El corazón le latía con fuerza en el pecho.
Alex.
Es el único que puede ayudarme a entender lo que ocurre. Tengo que confiar en él.

CAPÍTULO SIETE

*Los Ángeles, California Día
Agosto 4*

E

El restaurante estaba cerca de West Hollywood. La Puerta Francesa fue todo lo que Ángela esperó que fuese, acogedor, con velas y flores en cada mesa. Alex pidió una botella de Puligny-Montrachet. Agitó el vino en la copa, dejándolo respirar, inhaló la fragancia y dio un sorbo. Satisfecho, Alex indicó al camarero que lo sirviera. Cuando el camarero se fue, Alex alzó su copa hacia ella.

«Por los nuevos comienzos.»

Ella acercó su copa a la de él: «Por los nuevos comienzos», y ambos bebieron un sorbo.

«Lucías preocupada en el viaje hasta aquí. ¿Pudiste descansar antes de salir?».

«Sí y no. Dejó el vaso. «Tuve otro sueño. Pero no era un sueño. Ahora estoy segura de que he tenido visiones de vidas pasadas».

Alex puso su mano sobre la de ella. «Cuéntame.»

«Vi mi boda: la boda de Fioretta y Giuliano». «Pero yo creía que nunca se habían casado».

«¿Cómo lo sabes?» Ángela lo observó, curiosa por oír su respuesta.

«He estado investigando sobre la familia Medici.»

«El registro histórico está mal. Fioretta y Giuliano se casaron secretamente».

Su ceño se frunció. «Entonces, ¿estás diciendo que la verdad ha estado oculta durante 500 años? Menudo secreto».

Ella asintió. «Hay más....»

BELLE AMI

«¿Más?»

Entonces se mordió el labio, indecisa sobre si debía revelar algo más. Buscando sus ojos y queriendo desahogarse, decidió tantear el terreno. «Fioretta Gorini y Giuliano de Medici se casaron en el estudio de Leonardo Da Vinci en Florencia. El regalo que les hizo fue un retrato de boda, un cuadro impresionante de Fioretta y Giuliano».

«Maldición.» Sacudió la cabeza. «¿Era la primera vez que tenías una visión de su boda y del cuadro?».

«Sí, ¿por qué?»

«Por el diario. Está en las viscosas manos de Scordato».

Pensó en las anotaciones de su diario, muchas de las cuales incluían fragmentos de sus sueños, pero carentes de la conciencia que tenía ahora. «A pesar de lo asustada que me siento de que Scordato tenga mi diario, no hay nada escrito sobre el cuadro o el matrimonio secreto».

«Estoy seguro de que tiene los días contados». Alex rellenó sus vasos. «Por desgracia, puede que la junta sólo le eche y, no queriendo suscitar publicidad negativa, acepte no procesarle si se va en silencio».

Una ráfaga de ira la atravesó. «¿Por qué harían eso?»

«Un juicio largo y prolongado no les beneficia. Es mejor minimizar el escándalo y obligar a Scordato a un acuerdo de confidencialidad en el que ninguna de las partes hable de lo ocurrido.»

«¿Y por qué Scordato aceptaría eso?»

«Tienen suficientes pruebas exculpatorias para destruirlo». Tomó su mano entre las suyas. «¿Has pensado en presentar cargos?»

«No. Ella negó con la cabeza. «No quiero volver a verle». «Mi oferta sigue en pie».

«¿Qué oferta?»

«Darle una paliza».

Ella esbozó una sonrisa. «Te avisaré si cambio de opinión». A pesar de la preocupación de Ángela por Scordato, o tal vez a causa de ella,

Alex la entretuvo con historias de sus viajes. Cuando llegó el camarero, Ángela se decidió por el queso de cabra con costra de pistachos, remolacha asada y lubina mediterránea. Sonaba demasiado bien para dejarlo pasar. Alex pidió los raviolis rellenos de espinacas y queso y el confit de pechuga y muslo de pato con salsa de mermelada de naranja sanguina.

«Y mi bella amiga y yo compartiremos los cannoli, pero no apures los platos; no tenemos prisa». Alex le guiñó un ojo.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Todo lo que Alex hizo, incluido ese guiño, le resultó atractivo. Su instinto le decía que confiara en él. En poco tiempo, se había convertido en su salvavidas. A pesar de lo que había pasado en los últimos meses, Ángela estaba deseando trabajar con Alex. «Estoy muy ilusionada con nuestro viaje. Casi no puedo creer que vaya a Florencia contigo».

«Yo también estoy emocionado. Sé que estaremos trabajando, pero enseñarte Florencia y verla a través de tus ojos... Tengo la sensación de que me recordará por qué me encanta vivir allí.»

«No te preocupes si no funciona. Siempre podrás despedirme».

«Eso no va a pasar». Sonrió. «En todo caso, estoy seguro de que una vez que resolvamos el caso, recibirás un montón de ofertas de museos y universidades de todo el mundo».

«De hecho, ya he recibido ofertas de varias universidades para dar clases». «¿Lo sabías?»

«¿Por qué sonríes?» Le costaba evitar que su corazón diera volteretas. «¿Tan difícil es creer que me puedan ofrecer un puesto de profesor en instituciones educativas venerables?».

«Acabo de imaginarte entrando en una clase de historia del arte de primer curso con ese precioso pelo y esas piernas de infarto y a la administración tratando de entender el repentino aumento de matrículas masculinas en historia del arte. El tuyo sería el curso más popular del campus». Movié las cejas. «Hmmm, me hace considerar la idea de volver a la escuela».

Rompió en carcajadas. Alex era encantador, eso estaba claro. Tendría que mantenerse alerta si no quería enamorarse perdidamente de él.

¿Y qué si lo hacía?

La cena estuvo perfecta. Su conversación, como el vino, fluía con facilidad.

Alex se inclinó hacia adelante; la intensidad de su mirada la hizo sentir como si fuera la única persona del mundo que le importaba. «Conozco tu amor por el arte y tu trabajo, pero háblame de tu infancia».

BELLE AMI

Sonrió y le dio un sorbo a su vino. «Soy una chica de pueblo del Medio Oeste. Crecí a las afueras de Chicago, en Lake Bluff, una pequeña ciudad a orillas del lago Michigan, cerca de la base naval de Lake Bluff. Allí trabajaba mi padre. Mi madre murió al darme a luz. Mi mundo giraba en torno a los libros. Mis mejores amigos residían entre las páginas de historia, el arte y las novelas literarias. Me moría de ganas de escapar y escribir mi propia vida», dijo con una sonrisa de autodesprecio y encogiéndose de hombros. «Ahora le toca a usted desnudar su alma, detective».

«¿Tienes un par de horas que perder?».

A Ángela le encantó la forma en que se rascaba la barbuda mandíbula mientras pensaba.

«Mi padre pertenecía al cuerpo diplomático y mi madre era una experta en hacer y deshacer maletas. Nuestras vidas estaban en constante movimiento. Nos mudábamos mucho, así que no tengo muchas raíces. Cuando me fui a la universidad, mi madre se dio por vencida. Nos dijo a mi padre y a mí: «¡Basta!». Se divorciaron, mi madre se volvió a casar y mi padre se ha dedicado a la vida de soltero. Mi madre vive en San Francisco y mi padre en Londres. Los veo una vez al año, turnándose entre Acción de Gracias y Navidad. Supongo que podría decirse que esa temprana vida nómada me convirtió en una especie de ermitaño.

«Al terminar la universidad, me rebelé y me alisté en la Marina. Me entrené como

SEAL y fui desplegado en Afganistán. Cuando me retiré, no quería tener nada que ver con el mundo real, así que hice una maestría en historia del arte. El arte me parecía una gran vía de escape. Intenté dar clases, pero no tuve paciencia. Un amigo resultó ser mi primer cliente: un Dalí robado. Lo recuperé y el resto, como se suele decir, es historia».

«¿Estás diciendo que el mundo académico no es el mundo real?». Se cruzó de brazos. «Porque te aseguro que puede ser tan despiadado como cualquier otra profesión, salvo los Navy SEALs».

Él negó con la cabeza. «No, no me refería a eso, pero necesitaba sumergirme en algo que no incluyera bombas y guerras».

«Debió de ser una lucha terrible volver a casa y readaptarte a la vida civil».

Una nube pasó por su rostro, sus ojos se oscurecieron. «Me resulta difícil pensar en aquellos años. Estaba muy unido a los chicos de mi unidad... no todos sobrevivieron. Una parte de ti también muere ahí fuera. Con ellos». Exhaló su aliento. «Lo siento, nunca se lo había contado a nadie.»

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Apoyó la cara en las manos mientras le escuchaba. Sus orígenes eran tan diferentes como la noche y el día. Su infancia fue privilegiada, la de ella no, y su servicio militar la dejó asombrada. Nunca se había mostrado vulnerable con ningún hombre, nunca había querido desprenderse de esa parte de sí misma que mantenía oculta. Pero desde que conoció a Alex, sintió una atracción irresistible. Por primera vez en su vida, la posibilidad de arriesgarse le parecía algo que valía la pena.



ÁNGELA se paró a las afueras del restaurante mientras Alex pagaba al aparcacoches y recogía su coche. La noche estaba cálida y los jazmines que trepaban por el enrejado de la entrada del restaurante perfumaban el aire. Un sentimiento de satisfacción la invadió; cerró los ojos e inhaló el fresco aroma floral.

Desprevenida, una gran fuerza chocó contra ella y la derribó. Completamente aturdida, tardó un momento en recuperarse lo suficiente como para comprender lo que ocurría a su alrededor. Un hombre se había abalanzado sobre ella, seguido de otro que se abalanzó blandiendo sus pistolas. Una joven la seguía de cerca, gritando a pleno pulmón que se detuvieran. Los dos hombres gritaban, forcejeando en el suelo a escasos centímetros de donde yacía ella, intentando recuperar el equilibrio.

Ángela se incorporó sobre sus piernas temblorosas y se agarró al enrejado para estabilizarse. A través de la niebla en su cabeza, se hizo evidente que estaban luchando por la mujer. Uno de ellos había engañado a la mujer del otro. Todo el mundo estaba tan ocupado filmando el drama con sus teléfonos móviles que nadie se había percatado ni molestado en ayudarla. Intercambiando golpes contundentes, los dos hombres eran un desastre ensangrentado mientras el sonido de las sirenas que se acercaban se hacía más fuerte. Un mareo la invadió y, como en una película, todo se oscureció...

BELLE AMI

Florenxia, Italia

Catedral del Duomo Pascuas, Abril 26, 1478

FIORETTA SE MOVIÓ LENTAMENTE entre la multitud de cristianos piadosos. El peso de su embarazo le impedía avanzar por el pasillo. Giuliano la escoltó hasta la catedral y la rodeó para protegerla. Afortunadamente, sus compañeros florentinos le abrieron paso, apartándose para que pudiera llegar a la parte delantera de la nave.

Se detuvo ante el altar y miró hacia arriba para admirar el altísimo techo de la Cattedrale De' Santa Maria Del Fiore. La Pascua era su época favorita del año. La celebración de la resurrección de Cristo combinada con la celebración de las raíces paganas de la Pascua y el equinoccio de primavera, creaban una festividad que también abrazaba el renacimiento de la tierra y la vida tras el letargo del invierno. Esta Pascua era especialmente conmovedora, ya que daría a luz al mes siguiente.

Rebosañte de alegría por tener su primer hijo con Giuliano, Fioretta esperaba que el hermano de éste, Lorenzo, aprobara finalmente el matrimonio y lo anunciara públicamente.

Tenemos que empezar nuestra verdadera vida juntos. No más esconderse tras puertas cerradas.

Rezó para que Lorenzo abrazara a su hijo y le diera su bendición. Era imposible que no lo hiciera. Sabía cuánto se querían los hermanos. ¿Cómo podría Lorenzo no desear la felicidad de Giuliano? Cuando conoció a Lorenzo en la celebración de la Vía Larga, le pareció un hombre muy intenso, pero encantador y razonable. Recordó sus cumplidos, no sólo hacia su persona sino también hacia su mente. Leonardo y Giuliano le habían asegurado que Lorenzo quedaría impresionado por su ingenio y deslumbrado por su belleza interior tanto como por su perfección exterior. Rezó para que tuvieran razón.

Giuliano pasaba la mayoría de las noches en su villa con ella, pero la noche anterior debido a una infección en el ojo, había dormido en el palacio de los Medici. Su marido tomaba todas las precauciones para proteger la vida del bebé que crecía dentro de ella. A veces su felicidad parecía un sueño. Incluso durante su única noche separados, le había extrañado terriblemente y no podía esperar a ver su apuesto rostro.

Las voces del coro se elevaron hasta la cúpula celestial, sonando como un coro de ángeles. La nave se llenó de fieles y Giuliano tardó una eternidad en llegar. Estaba a varios metros de ella. Como siempre, en público, mantenían las distancias.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

No puedo esperar hasta el mes que viene, cuando nazca el bebé. Por fin se acabarán todas estas insensateces.

Sus miradas se encontraron, y sus ojos dijeron más de lo que sus palabras podrían transmitir. La alegría la invadió y estuvo a punto de expresar en voz alta lo que sentía. Su sonrisa y su astuto guiño le dijeron que había leído sus pensamientos.

Gracias, Dios, por bendecir nuestro amor.

Giuliano observó a la multitud, probablemente buscando a Lorenzo. Ella también había buscado a su hermano, pero no pudo encontrarlo entre la multitud de fieles.

La campana tocó la Elevación de la Hostia, y la multitud se detuvo. Todas las miradas se centraron en los sacerdotes del altar. Era el más sagrado de los momentos, cuando los sacerdotes entonaron la escritura «*accepit panem in sanctas ac venerabiles manus suas... tomó el pan en sus santas manos...*» Un destello de luz llamó su atención y se volvió, vislumbrando el destello del acero. «¡Oh, Dios mío, deténlo!» Ella gritó en agonía cuando un hombre clavó su espada en el pecho de Giuliano.

Sus ojos se abrieron de par en par y se tambaleó hacia atrás. «¡Toma, traidor!», gritó el asesino mientras otro hombre se le unía, clavando una segunda espada en su amado. Sus gritos espeluznantes se elevaron por encima de la multitud, resonando en la iglesia. «¡Giuliano! ¡Giuliano!»

Era como ver una escena de una obra de teatro. Fioretta no pudo hacer nada mientras su marido caía al suelo en un charco de sangre. Intentó llegar hasta él, pero sus amigos la agarraron y la apartaron de la locura hacia las puertas de la iglesia. «¡Dejadme!», gritó, pero fue inútil.

Como una estampida de ganado, la multitud pisoteaba todo a su paso. Fioretta hizo todo lo posible por proteger su abdomen y al niño que llevaba dentro, pero la multitud de fieles presa del pánico se daba codazos y empujones, tratando de escapar.

Fioretta luchó contra la bilis que le subía por la garganta. Su escolta la arrastró y la llevó fuera de la catedral. Sollozaba y se desmayaba, y unos brazos fuertes evitaban que se desplomara en el suelo. De alguna manera, consiguieron un carruaje y la introdujeron en él. Se hundió en el asiento, sollozando. «¡Ti hanno amazzato! ¡Oh Dio! Amore mio. Querido Dios, te han asesinado».

BELLE AMI

Cuando llegaron a la villa, los criados se la llevaron, dieron las gracias a los hombres de Giuliano por llevar a su ama sana y salva a casa y la llevaron rápidamente a su cama. Mientras se la llevaban, oyó a los hombres relatar los horribles sucesos que habían tenido lugar. El asesinato de Giuliano se repetía una y otra vez en su mente. Lloraba desconsoladamente. «Lo dejaron solo en el pórtico de la iglesia». En un estado de delirio, suplicó. «Alguien tiene que ayudarlo».

A partir de entonces, todo se volvió un borrón febril. Fioretta se despertó varias horas después, con la luz del sol de la tarde atravesando su cama. Oía las siete campanadas del campanile de Giotto, que se hacían eco del desastre que había asolado la república. Las campanas indicaban que la ciudad estaba en peligro y llamaban a todos los florentinos a tomar las armas y prepararse para defender la república. Se reunirían en la Piazza della Signora para proteger la sede del gobierno.

Se quedó dormida hasta que oyó un alboroto escaleras abajo: sus criados discutían con alguien. La puerta de su habitación se abrió de golpe y Leonardo entró como una tormenta. Con su larga melena rubia, alborotada y despeinada, parecía un loco. «Leonardo, amigo mío». Ella abrió los brazos y él corrió hacia ella.

«Fioretta, lo lamento mucho. Vine lo antes posible, y luego tuve que convencer a tus tontos sirvientes para que me dejaran verte.»

«Me alegro de que hayas sido persistente.» Las lágrimas brotaron de sus ojos, golpeando la colcha. «¿Me has traído noticias?»

Se sentó en el borde de la cama y le tomó la mano. «La ciudad es un caos. El palacio de los Medici es una fortaleza armada. La gente se une a su causa, y las calles están llenas de hombres cantando ¡Palle! Palle!» Los bailes eran simbólicos de la casa de los Medici. «Los conspiradores son perseguidos uno a uno, juzgados culpables y castigados con la muerte inmediata. La turba está hambrienta de sangre y venganza. La ciudad se ha convertido en un lugar de locura y se prepara para un asalto».

«¿Quién hizo esto, Leonardo? Quién me arrebató a mi Giuliano?». Las lágrimas que nunca se secarían llenaron sus ojos.

«Se especula que los Pazzi y el sobrino del Papa son los responsables».

«¿El Papa conocía este malvado complot?»

«Créame, la culpa nunca le alcanzará, y quedará impune, al menos en esta vida. Después, encontrará su recompensa en el Infierno, rezo. Gracias a Dios, no te hicieron daño, y el bebé está a salvo».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Sí, mi pobre niño huérfano está bien. Pero yo soy un barco sin timón a la deriva en el mar. Todos mis sueños se han ido al garete. No hay futuro, sólo el pasado y su gloria». Su voz se quebró. «Mi amor ha muerto, y no tengo deseos de vivir».

Los ojos de Leonardo brillaron de ira. «No escucharé semejante estupidez. Tienes un hijo para pensar en un hijo de los Medici. Debes recomponerte. Dios te ha dado una mano trágica, pero debes superarlo por el bien del pequeño».

«Sé que tienes buenas intenciones, amigo mío, pero no estabas allí. No viste lo que le hicieron, y nunca podré borrarlo de mi mente». Sus ojos se iluminaron en el retrato de boda que había frente a su cama, y se cubrió la cara con las manos y lloró.

Él la rodeó con sus brazos. «Tienes un amigo, Fioretta. Nunca te abandonaré».



ALEX SOSTENÍA A UNA SOLLOZANTE Ángela en sus brazos.

Estaba desconsolada desde que la encontró inconsciente. La policía quería que declarara, pero Alex les había dicho que era imposible. Había mentido, explicando que Ángela era epiléptica y que había tenido un ataque y necesitaba ser llevada a casa inmediatamente. Haciendo uso de su condición de detective, informó al agente de que ella no recordaría nada de lo ocurrido y no ayudaría en la investigación. El agente, que tenía muchos otros testigos, les dejó marchar.

Estaba loco de preocupación por ella y sabía que no estaba en condiciones de volver a casa. Hizo lo más sensato y la llevó a su hotel.

Ella estaba tan aturdida que volvió a desmayarse cuando él abrió la puerta de la habitación. La llevó hasta la cama y la tumbó. Puso una toallita bajo el chorro de agua fría y se la apretó en la frente.

Ella se despertó y abrió los ojos. «¿Dónde estoy? «Estás en mi habitación».

El rubor que llenó sus mejillas le hizo sonreír. Desde el momento en que se conocieron, sintió una atracción y algo más profundo, un anhelo que lo dejaba sin aliento cada vez que la tocaba.

«Estabas completamente ida, y el hotel estaba más cerca que tu casa».

BELLE AMI

Se aferró a sus brazos, con los ojos muy abiertos por el miedo. «Vi cómo asesinaban a mi marido en una iglesia...», susurró. «Yo estaba allí. Podía oír el coro, ver el interior del techo abovedado... Era la misa de Pascua. Grité y pude sentirlo todo como si fuera mi memoria....»

«Ojalá hubiera estado allí para ayudarte a superarlo», dijo en voz baja. «¿Cómo ocurrió todo?»

«No lo sé exactamente... Me derribaron esos dos tipos luchando y luego me desmayé. Pero recordé la visión». Se le llenaron los ojos de lágrimas. «Fue horrible, Alex, ver a Giuliano asesinado.»

«Lo siento mucho.» Le acarició la mejilla, deseando narrarle su propia charla sobrenatural con el cuadro de Giuliano, pero luego tendría que explicarle por qué no se lo había contado antes. No quería disgustarla más, sobre todo después de todo lo que había pasado con Scordato y sus propias visiones.

«Probablemente debería irme a casa». Ella se movió para levantarse.

«No vas a ninguna parte, Ángela. Dormirás aquí en esta cama. Yo dormiré en el sofá de la otra habitación».

«Pero...»

«Sin peros. Pediré que envíen un kit de aseo.

Mañana iremos a tu casa a recoger tus cosas».

Cuando ella lo rodeó con los brazos y enterró la cara en su hombro, él preguntó: «¿Estás bien?».

Ella se echó hacia atrás y le miró. «No. Estoy preocupada y asustada».

Le apartó una lágrima que resbalaba por la mejilla con los nudillos. «Todo va a estar bien. Te prometo que no te va a pasar nada malo. Sé lo que hago».

Ella sonrió, conteniendo las lágrimas. «Mi guardaespaldas, ¿eh? Me protegerás del lobo feroz».

La forma en que ella lo miró hizo que su sangre se calentara. «Alex, yo...»

Antes de que pudiera terminar la frase, él la estrechó entre sus brazos y sus labios se pegaron a los de ella. Cada parte de él la tocaba, la necesitaba, la deseaba. Ella le devolvió el beso, rodeándole el cuello con los brazos y presionándole el pecho con sus pechos. Deseoso de ella, gimió: «Ángel....». Sus labios se deslizaron por su cuello, inhalando, apretando besos y saboreándola.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Todo lo que deseaba era hacerle el amor, pero no podía. No después de lo que había sufrido con ese depredador enfermo de Scordato. Todavía no. No aquí. No cuando ella estaba tan vulnerable. No me aprovecharé de ella, aunque, Dios mío, la deseo. Apoyó la frente contra la de ella, luchando por el equilibrio, deseando que su cuerpo obedeciera.

Tenía los ojos cerrados, y su lucha por recuperar el control estaba grabada en sus delicadas facciones.

«Voy a hacer esa llamada ahora. Te conseguiré un cepillo de dientes....» Su garganta se cerró, y sus palabras salieron como un zapato raspando grava.

«De acuerdo.» Ella se había quedado sin aliento, y eso le agradó más de lo que podía admitir. «Ese beso...»

«Te pido disculpas. No debí hacerlo....» «No te disculpes. Yo también lo deseaba».

Sonrió y le recogió el pelo suelto sobre los hombros. El deseo brilló en sus ojos, como los de él. Pero no se aprovecharía de ella. Ella estaba vulnerable y él no quería que su respuesta fuera negativa.

Iba a ser una muy larga noche.

CAPÍTULO OCHO

Florencia, Italia
Día Agosto 10

F

lorencia le robaba el aliento.

Ángela miraba por la ventanilla del coche, que los transportaba a lo largo de la calzada Lugareño Amerigo Vespucci. Estaba impresionada por la puesta de sol. Las nubes de vivos colores que reflejaban la luz púrpura, rosa y amarilla del crepúsculo se reflejaban en el agua del río Arno.

Pellízcame. Debo de estar soñando.

Cuando las puertas del ascensor dieron al apartamento de Alex, jadeó. La entrada presumía de una pared pintada al fresco con una escena agraria etrusca primitiva. La paleta de colores verde mar y marfil inspiraba relajación, tranquilidad y contemplación.

Era como entrar en un spa de lujo sacado de las páginas de la revista In Style. Un precioso suelo de madera de tablones anchos conducía a un salón bajo, rodeado de ventanales que daban a una terraza envolvente.

Ángela disfrutó de las vistas de la ciudad antigua. El espectacular y centenario Duomo di Firenze, la magnífica cúpula flotante de Filippo Brunelleschi, dominaba el horizonte.

La casa de Alex estaba situada en el corazón de la ciudad, en un ático de dos plantas del Palazzo Rucellai, un edificio histórico de 1446. El barrio era peatonal y evocaba la época en que las bocinas de los coches y los motores de combustión no eran la música ambiental de la ciudad. Tener que aparcar a cierta distancia de casa era una molestia en caso de lluvia, pero hacía de la

Via della Vigna Nuova una calle tranquila.

«Tu casa es increíble. El negocio de la recuperación de obras de arte debe de ser muy lucrativo».

Esbozó una sonrisa. «Paga las facturas. La alquilo en verano durante unos meses y se mantiene sola».

BELLE AMI

«¿Adónde vas? No me imagino un lugar mejor que estar aquí».

«Tengo una pequeña villa y un viñedo cerca de Montefioralle».

Se le erizaron los vellos de la nuca. «¿Montefioralle? Dónde he oído ese nombre antes?».

«Es un pueblo diminuto y antiguo en las colinas de Chianti. Es un destino turístico bastante conocido».

«No, es otra cosa. Cuando dijiste Montefioralle, sentí que conocía el lugar y logré visualizarlo en mi mente». Sus ojos se abrieron de par en par de emoción. «¿Y si hay una conexión de algún modo?».

«Sólo hay una forma de averiguarlo». Él sonrió y la abrazó. «Prometo llevarte allí».

«Gracias. Ella le devolvió el abrazo, con los ojos entrecerrados. Respiró su aroma a cítricos del bosque y absorbió el calor de su cuerpo nervudo. Todo ángulos, planos y músculos. *Podría acostumbrarme a esto.*

«Primero tenemos que investigar en Florencia», dijo cuando se separaron, “pero podríamos ir el fin de semana”.

«Creo que estar aquí ya me está ayudando». Ella casi se inclinó hacia atrás en su abrazo. Casi. Se detuvo justo a tiempo. Sería tan fácil perderse con él, ¿y luego qué? Confiaba en él instintivamente, hasta la médula. Pero sentirse físicamente segura no era lo mismo que sentirse emocionalmente segura. Su estilo de vida itinerante gritaba «jugador». Sin embargo, no había sido más que cariñoso y dulce, prácticamente tontorrón, con sus guiños exagerados y su movimiento de cejas. Tonto o no, probablemente tiene novias en cada ciudad importante a la que viaja. Estás aquí para trabajar, para resolver este misterio. Eso es. Introduciendo las manos en los bolsillos, se dibujó una sonrisa en los labios.

«Bien, me alegra escucharlo». Le levantó las maletas y ella le siguió por una escalera de caracol hasta el segundo piso.

Pasó la mano por la barandilla: «Esta escalera es de Le Corbusier, ¿verdad?».

Él le sonrió por encima del hombro. «Sí, lo es. La compré en una subasta. Me encanta su amplitud, cómo muestra las vistas».

«Es increíble.

«Me alegra que te guste».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Abrió la puerta a un dormitorio con una sala de estar con una biblioteca de pared a pared, un gran ventanal y una pared pintada con un fresco ilusionista en trampantojo que representaba una escena de Pompeya. En un rincón de la habitación había un antiguo escritorio barroco italiano con una silla. La cama estaba en un rincón del salón, detrás de una cortina. Las paredes gris y blanco paloma estaban adornadas con fotos de la campiña italiana cubiertas por una capa de niebla que reflejaba los colores suaves y apagados del dormitorio.

Dio una vuelta para asimilarlo todo. «Es el dormitorio más bonito en el que he estado».

«Espera a ver el dormitorio principal». Le guiñó un ojo. «Te enseñaré el apartamento cuando te hayas instalado».

«Ya me lo imagino». El calor en su cara le hizo desear que oscureciera. Ni se te ocurra, Ángela.

«¿Tienes hambre? ¿Gustas comer algo?» «Famélica.»

«Hagamos algo al respecto». Sonrió. «¿Por qué no deshaces la maleta, te aseas y te reúnes conmigo abajo cuando estés lista? Sigue tu olfato hasta la cocina».

La ducha la relajó y rejuveneció. Estar en Florencia era muy emocionante, pero no descansaría hasta encontrar el cuadro. El ir y venir entre el pasado y el presente la asustaba, y su último viaje de vuelta había sido emocionalmente agonizante. Presenciar el horrible asesinato de Giuliano la había abrumado de dolor. Fue una agonía, y se sacudió los trágicos recuerdos. Aún tenía dificultades para procesarlo todo, especialmente la idea de que estaba recordando su propia vida pasada como Fioretta.

¡Ya basta! Lo que hubiera sucedido en su vida pasada estaba en el pasado. Tenía esas visiones por una razón, pero debía vivir su propia vida. Se puso un par de leggings negros y una blusa de seda color crema con un cinturón negro y siguió el aroma del ajo y la salsa de tomate hasta llegar a una reluciente cocina de azulejos blancos y brillantes electrodomésticos de acero inoxidable.

Alex estaba junto a los fogones con un delantal atado a la cintura. Apoyada en la pared, sonrió mientras él arrancaba varias hojas de una planta de albahaca que crecía en el alféizar de la ventana. Alex enrolló las hojas y las chifló con pericia antes de echarlas en la espesa y burbujeante salsa. Revolvió y probó. «Perfetto».

BELLE AMI

«Te gusta cocinar, ¿verdad, Semental?»

Echó la cabeza hacia atrás y se rió. «Te dije que soy irresistible, encantador y hago una Marinara excelente».

«No te olvides de la humildad».

Se rió mientras abría un paquete de linguini y lo metía en el agua hirviendo. «Esto no es cocinar; es sólo recalentar, pero me encanta cocinar. Es una buena terapia. Sobre todo cortar. No creerías todo lo que me viene a la mente mientras estoy picando».

¿Por qué todo lo que dice y hace tiene tanto efecto en mí? Ella estaba luchando para mantener su distancia y mantener su relación en un nivel profesional. La intimidad sólo

confundiría las cosas, sobre todo porque estaban aquí para investigar la desaparición de una obra maestra, no de luna de miel ni en una escapada de enamorados. Pero por mucho que se dijera a sí misma, no podría detener las locas sensaciones que la invadían cuando estaba cerca de él. Nada de aquello tenía sentido.

La voz de Alex interrumpió sus cavilaciones.

«¿Por qué no vas a la biblioteca? El vino está servido y las ensaladas verdes mixtas están en la mesa. Yo termino aquí y llevo la pasta».

«¿Vamos a comer en la biblioteca?»

«Mi biblioteca tiene doble función como mi comedor más formal. O comemos allí o en la cocina. Pensé que te gustaría la biblioteca».

«Sabía elección para un ratón de biblioteca». Se rió. «¿Necesitas que lleve algo a la mesa?»

«El pan está en el horno calentándose, señora bibliotecaria. ¿Puede usted traerlo?»

«Ese sí que es un trabajo para el que estoy hecha porque soy una inútil en la cocina». Se echó hacia atrás, colocando las palmas de las manos detrás de ella, en el borde de la encimera. «Cuando crecía, mi padre no tenía tiempo para cocinar y normalmente compraba comida para llevar de camino a casa».

«Si quieres aprender, te enseñaré. Puedes empezar como mi sous chef. Cocinar no es un gran misterio. En realidad es una cuestión de química y sabor. Y algo que a la mayoría de los italianos, tanto hombres como mujeres, les encanta hacer».

«Entonces espero mi primera lección culinaria.»

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

¿Es esto estar en una relación? ¿La simple comodidad de estar juntos en la cocina? No era muy buena cocinera, pero la idea de aprender de Alex le parecía lo más deseable del mundo.

No podía dejar de sonreír mientras abrazaba la panera contra su pecho y caminaba por un largo pasillo hacia donde Alex había dicho que se encontraba la biblioteca. Al abrir las puertas dobles de madera, respiró hondo. En la pared opuesta a la entrada había otro ventanal con una vista espectacular del Duomo. A ambos lados, las paredes contenían estanterías repletas de libros. En el centro de la espaciosa sala había una enorme mesa de madera tallada con sillas de comedor tapizadas en terciopelo rojo. Del techo colgaban dos candelabros de cuatro brazos, y en cada esquina había una antorcha art déco que proporcionaba una cálida luz ambiental.

Sobre la mesa había dos cubiertos de porcelana fina, plata de ley, y copas de vino de cristal rellenas de burdeos oscuro. Dejó la cesta de pan y se acercó a las estanterías.

Alex entró en la biblioteca cargando una cazuela tapada y la colocó sobre la mesa. «Vamos, comamos esta pasta mientras está caliente. Luego podrás decidir si mi biblioteca cumple tus altas expectativas».

«Ya he encontrado al menos una docena de libros que estoy deseando leer.

Es una colección impresionante».

«Aunque tengo un máster en arte y trabajo en el mundo del arte, a veces siento que soy todo músculo y nada de cerebro. Coleccionar libros de arte es una afición que me viene muy bien en mi trabajo». Destapó la pasta y la fragancia de los tomates y la albahaca hirviendo a fuego lento inundó el ambiente. Ángela se inclinó hacia delante e inhaló.

«Vaya, huele delicioso».

«Lo está. Con facilidad, sirvió a los dos. Levantó su copa. «Ahora, el vino es algo de lo que sé. Este es un Tignanello de 1985, un excelente vino». Sujetó la copa con delicadeza por el pie, agitó el vino de color burdeos e inhaló. «Perfecto. Acercó su copa a la de ella. «Por que encontremos el cuadro y resolvamos este asunto de la reencarnación para poder seguir con las alegrías de la vida. Como cocinar, comer y conocernos mejor».

BELLE AMI

«Brindo por ello». Bebió un sorbo. «Hmmm, sin duda podría acostumbrarme a este vino.» La perspectiva de conocerlo la llenó de súplica y la desinhibió.

Empezó a rallar un trozo grande de parmesano sobre su plato. «Dime cuándo».

Ella sonrió, no dijo nada y siguió sorbiendo su vino.

Él ralló y ralló y ralló, lanzándole una mirada interrogativa cuando ella permaneció en silencio. «¿Estás comiendo un poco de pasta con tu parmesano?».

«No, es que me encanta verte rallar».

«Bueno, en ese caso» Él sonrió y se flexionó los antebrazos mientras daba un último rallado.

Ella soltó una carcajada. Me encanta coquetear con él...

La comida estaba deliciosa. A Ángela le dio un vuelco el corazón cuando él partió un trozo de pan crujiente y lo utilizó para hacer girar la pasta alrededor del tenedor. Su pasión por la comida, el arte y los libros coincidía con la suya. Deseó poder recordar cuando lo besó delante del retrato de los Medici. Dos veces. El beso de la noche anterior la había dejado sin aliento.

«Entonces, ¿qué hay en la agenda para mañana? ¿Por dónde comenzamos, detective?»

«Pensé que podríamos echar un vistazo al Uffizi. El museo cierra los lunes al público. Pero la directora es mi amiga y seguro que estará encantada de guiarnos en una visita privada. Le mandé un mensaje y debería recibir respuesta pronto. Tengo curiosidad de ver tu reacción cuando veas el arte en persona».

«¿Qué crees que pasará cuando lo vea?».

«No lo sé, pero parece un buen punto de partida. Es la colección ha estado en el Uffizi desde 1769. Es probable que el retrato de boda estuviera allí durante la Segunda Guerra Mundial».

«Probablemente tengas razón. Tendría sentido».

«Exacto. Por eso creo que ver el arte en persona podría desencadenar algunos recuerdos enterrados.»

Ella asintió. «¿Una visita privada a los Uffizi? Sí que tienes influencia. Y después, ¿qué?».

«Luego la iglesia de San Lorenzo, donde están enterrados Giuliano y Lorenzo».

«Ah, por supuesto. Es donde está la obra maestra inacabada de Miguel Ángel. Nunca la terminó porque fue llamado a Roma para un pequeño proyecto llamado la Capilla Sixtina».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«¿Llamas a la Capilla Sixtina un pequeño proyecto?» Se rió. «¿Qué más sabes de la tumba donde habitan las obras maestras del maestro?».

«Quizá pueda sorprenderte cuando estemos dentro». Ensartó unas cuantas hojas de ensalada crujientes con el tenedor y se las llevó a la boca, saboreando la mezcla de zumo de limón ácido y aceite de oliva virgen extra suave y con cuerpo. «Planea hacerme trabajar duro, detective».

«Sí, pero sería un pésimo anfitrión toscano si no te sirviera el vino y la cena como es debido. Todo ese arte seguro te abrirá el apetito. Pensé que podríamos ir a uno de mis restaurantes favoritos. Al menos sé que tenemos algo en común, a los dos nos gusta comer». La sonrisa maliciosa que se dibujó en sus labios hizo que su corazón palpitara. Oh Dios, ahí va otra vez. Maldita sea, no vayas por ahí, Ángela. Mantén la compostura o nunca llegaremos al fondo de este misterio.

Ella susurró: «¿A qué peligros me llevas, Casio, que quieres que busque en mí lo que no está en mí?».

«Bien, sabelotodo, ¿de qué se trata?» «Shakespeare, Julio César, Acto II.»

«¿Y a qué, si puedo preguntar, te refieres?»

«No estoy seguro. Las palabras me vinieron solas». Sacudiendo la cabeza, trató de despejarla.

«¿Me equivoco, o ese pasaje infiere que soy un espejo que refleja cosas dentro de ti que no puedes ver?». Había un fuego en sus ojos.

«No lo sé». Miró su plato. «No sé por qué se me ocurrió». Giró el tenedor en círculo, haciendo girar una hebra de espaguetis a su alrededor. Necesitaba distraerlo y distraerse.

«Creo que es relevante. Quizá haya algo enterrado en tu subconsciente. Es como lo que sentimos cuando nos besamos, la sensación de habernos besado antes. Estoy teniendo tantos problemas como tú, Ángela, tratando de entender esto, y también estoy luchando contra un impulso de besarte de nuevo.»

«¿En serio?», exclamó. La intensidad de los llamativos ojos de Alex, de diferentes colores, la dejó sin aliento. Sacudió la cabeza como si intentara convencerse de que no se sentía atraída por él. Sí, buena suerte. «No creo que pueda soportar más confusión ahora mismo». Ella no quería decir nada acerca de lo mucho que quería que él lo intentara. En lugar de eso, se introdujo el remolino de pasta en la boca.

BELLE AMI

Alex le tendió la mano y le tomó la de ella. Ella sintió chispas al instante mientras le miraba fijamente a los ojos.

«No haré nada hasta que tú lo desees, Ángela. Te lo prometo. Será primero tu movimiento».

«Gracias. Aprecio tu capacidad para resistirme».

«Resolvamos este caso y conozcámonos mejor en el proceso. En cuanto a resistirme a ti, estoy fracasando miserablemente».

Le encantaba pasar tiempo con Alex e intercambiar historias de la infancia de cada uno, pero apenas podía mantener los ojos abiertos. La llevó directamente a la habitación de invitados y le dio un ligero beso en la frente antes de dirigirse a su propia suite, lo cual fue una suerte, porque un minuto más y ella habría dado el primer paso. Y eso habría sido un desastre. Estaba emocionalmente agotada por todo lo ocurrido en los últimos días, por no hablar de los seis meses que llevaba trabajando para Scordato. La fresca y sedosa ropa de cama le dio la bienvenida y en instantes se quedó profundamente dormida...

Florenzia, Italia

Mayo 26, 1478

EL DOLOR LE ROBO a Fioretta el aliento. Fue como si le arrancaran las entrañas. Las contracciones eran tan intensas que se mordió el labio y gotas de sangre mancharon la ropa de cama. «Dios, llévame ahora», gritó entre jadeos. «Trae al médico, Katerina. Algo va mal. Y que Alfonso traiga a Leonardo».

Una oleada tras otra de dolor sacudía su cuerpo. La espera del médico fue interminable. Katerina entró corriendo en la habitación. «Ya está aquí, Señora».

El médico parecía haber salido de la cama. La barba desaliñada, la capa manchada y su aliento nocivo le provocaron arcadas. Otro dolor la golpeó y luchó por recuperar el aliento.

«¿Cuánto tiempo lleva así? ¿Han llamado a las comadronas?»

«Todavía no estoy muerta», siseó Fioretta. «Por supuesto, han sido llamadas. Haga algo». Otro dolor la golpeó y gritó. «¿No puede ver que algo va mal? ¿De qué me sirves si no puedes ayudarme?». Presa de otra contracción, gimió: «Sácalo. Por favor, sácame a este niño».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

La mirada del médico recorrió la habitación. «Lo siento, signorina Gorini, no hay mucho que pueda hacer. Su parto es duro, y el bebé está luchando por entrar en el mundo. Dejaré un brebaje para las parteras. Están familiarizadas con su dosis y uso, lo que aliviará un poco tu dolor».

Fioretta apretó los dientes cuando otra oleada de dolor la atravesó. Arañó las sábanas, estrujándolas bajo sus dedos. «Déjame», le gritó. Él se inclinó y se marchó rápidamente. «¡Dios mío, ese hombre es un inútil!» gritó.

Llegaron las comadronas y levantaron la cabeza de Fioretta para administrarle el asqueroso brebaje que había dejado el médico. Ella tuvo arcadas. «¡Esto es vil! Prefiero morir antes que beberlo».

«Debe seguir las instrucciones del doctor, signorina». Fausta, una de las comadronas, le vertió el líquido en la garganta.

Fioretta tragó apretando los ojos. «¿Por qué ha maldecido Dios a las mujeres con la tortura del parto?».

«Estamos malditas desde Adán y Eva en el Jardín del Edén», dijo Gabriella, la otra comadrona. «Ahora debes caminar; colocará al bebé en la posición correcta para el parto». Con la ayuda de Katerina, las comadronas levantaron a Fioretta de la cama.

«No puedo caminar. ¿Dónde está Leonardo?»

«Él espera abajo. No te preocupes por él. Alfonso se ocupará de él».

«Pero yo lo necesito», gruñó ella.

«Sería indecoroso y difícil para él. Es un hombre, después de todo. Vendrá cuando nazca el niño». Fioretta sabía que Leonardo, además de artista, era un hombre de ciencia y que ver el parto le resultaría fascinante, pero no tenía fuerzas para discutir.

Katerina y las comadronas sostuvieron a Fioretta mientras rodeaban la habitación. Cada paso era una pesadilla de dolor. Lloraba como un animal herido y maldecía a las tres mujeres como si fueran el origen de su agonía. Se agarró el estómago mientras avanzaba a trompicones, con las manos clavadas en sus axilas. «Brujas, eso es lo que sois. Volved al infierno de donde vinisteis». *Lo único que quiero es hundirme en el suelo y morir.*

BELLE AMI

La tortura se prolongó durante horas. Las comadronas y Katerina se turnaban para arrastrar su cuerpo dolorido hasta el retrato de boda. «Me hiciste esto, Giuliano, y luego me abandonaste». Aspiró y se echó hacia atrás antes de doblarse. «Eres un traidor y un canalla por haberme causado semejante agonía. Quiero arañarte la cara. AAAH!» Clavó las uñas en la piel de la mujer mientras se dirigía al retrato en otro agónico paseo por la habitación. «Cuando vuelva a verte, te mataré», resolló, y luego gritó: “Giuliano, perdóname, vuelve a mí”.

«Respire, ama, concéntrese en el niño», la tranquilizó Katerina.

«¡Ya no más! No daré un paso más. Por favor, debo descansar».

Afortunadamente, las mujeres la ayudaron a subir a la cama. Retiraron la silla de partos de la habitación. Las sábanas frescas pronto se empaparon de sudor y sangre. Fioretta oyó a las comadronas susurrar: «Desaparecerá por la mañana, pobrecita. Su fuerza y su vida disminuyen a cada minuto que pasa. Ahora está en manos de Dios». Las tres mujeres se persignaron.

Las tontas creen que no puedo escucharlas. Sé que voy a morir. Quiero morir. Todo lo que me queda es ser liberada de este niño y unirme a mi amado Giuliano.

«Katerina», susurró.

Katerina tomó la mano de Fioretta, con la miseria estampada en el rostro. «Sí, Signora, ¿qué puedo hacer por usted?»

Otro dolor la desgarró y apretó la mano de la mujer con fuerza, clavando las uñas en la piel de su sirvienta. Su grito desgarrador llevó a las comadronas hasta su lecho. Con lo que le quedaba de fuerza, se abalanzó sobre ella. «¡Por favor, Dios!» Sintió que su cuerpo se vaciaba, y el bambino se le escapó con un chorro de sangre. Fioretta se recostó, murmurando una oración. Dio gracias por el alivio adormecedor del parto. Gabriella lo abrazó y su llanto surcó el aire, sustituyendo al de ella.

Katerina levantó la cabeza de Fioretta y le hizo tragar unas gotas de agua. Gabriella lavó y envolvió rápidamente al niño, poniéndolo en sus brazos.

Se le escapaba la vida, la sangre se filtraba por las sábanas. Fausta, trabajando febrilmente, la limpió y la envolvió lo mejor que pudo. Los ojos oscuros de la mujer revelaron lo que Fioretta ya sabía.

Se estaba muriendo.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Hijo mío. Te llamaremos Giulio». Le besó la cabeza, el pelo oscuro suave y espeso. Susurró: «Pronto conocerás a tu abuela y a tu familia. Yo no estaré contigo, pero amor mío, tu padre, y yo velaremos por ti desde el cielo si Dios lo permite».

Fioretta miró a su leal sirvienta y amiga. «Katerina, trae a Leonardo. Y necesito que vayas al palazzo de los Medici y llames a Lucrezia Tornabuoni, la madre de Giuliano, y la traigas aquí. Deprisa».

«¿Qué debo decir, Señora?»

«Dile que es un asunto de vida o muerte que concierne a los Medici.»



LEONARDO SE SENTÓ sobre el borde de la cama, sosteniendo la mano de Fioretta. «¿Qué puedo hacer por ti, mi musa, mi queridísima amiga?»

«No me queda mucho tiempo, Leonardo». Ella miró sus brillantes ojos azules, tan queridos para ella. «He llamado a Lucrezia para confiarle a mi hijo a su cuidado. Pero no podía dejar este mundo sin despedirme de ti, mi queridísimo amigo».

«No.» Sus lágrimas cayeron mientras apretaba sus labios contra la mano de ella. «Me dejarás, pero sé que Giuliano te espera».

«No llores. Es por lo que rezo. Lo que Giuliano prometió». Su mirada se desvió hacia su retrato de boda. «Me has dado amistad y la inmortalidad».

«Te echaré de menos, Fioretta. El cuadro nunca te hizo justicia».

«Te equivocas. El cuadro es una obra maestra, y serás conocido como el mejor artista de todos los tiempos».

Sacudió la cabeza.

«Conoce la verdad como yo la conozco».

Levantó su mano y la besó una vez más. «Leonardo, mis fuerzas menguan, y me queda una tarea más en esta tierra».

Se inclinó para besarle la frente. «Adiós, amigo mío. Hasta que nos volvamos a ver».

BELLE AMI

Minutos después llegó la madre de Giuliano. Era alta, majestuosa y estaba vestida de luto. Un velo blanco le ocultaba el pelo, pero ni siquiera la angustia de perder a su hijo podía robarle su belleza. Sus ojos recorrieron la habitación. De espaldas a Fioretta, miró hacia el retrato de boda. Después de un momento, se volvió hacia Fioretta, posando su mirada en el niño. «¿Qué puedo hacer por usted, Signorina?»

Fioretta tomó aliento y utilizó sus últimas fuerzas para contar la historia de Giuliano y su amor.

«Mía cara, madre, te ruego amabilidad y perdón. Tu hijo, Giuliano, fue el amor de mi vida, y este niño, al que he llamado Giulio, es la prueba de nuestro amor. Nos casamos en el estudio de Leonardo Da Vinci, y Ángelo Poliziano fue nuestro testigo.»

«Fioretta, tú y Giuliano mediaron en esta unión sin aprobación. Este matrimonio no fue sancionado por Lorenzo, el jefe de nuestra casa. Ambos sabíais que Giuliano estaba prometido a otra».

«Sí, lo sé, pero Giuliano juró que Dios mismo no podría separarnos. Tú, más que nadie, sabes lo obstinado que era Giuliano. Pretendía anunciar nuestro matrimonio después de que naciera nuestro hijo y rogar a Lorenzo por su bendición.» Los ojos de Fioretta se llenaron de lágrimas. «Ahora, eso nunca sucederá».

«¿Qué me pides, Fioretta?»

«Pido su bondad y su perdón, Signora. No viviré esta hora, y le suplico que tome a su nieto y lo críe como suyo. Que ocupe el lugar que le corresponde como un Medici».

Lucrezia no respondió. Sus ojos recorrieron la habitación, posándose de nuevo en el retrato de Leonardo. Se acercó para examinar el cuadro. «¿Es el retrato de tu boda?»

«Sí. Giuliano se lo encargó al maestro Leonardo Da Vinci». Fioretta se secó las lágrimas que la cegaban. «Dijo que sería nuestra inmortalidad».

«¿Puedo tenerlo?»

«¿Cuidarás de mi hijo y lo criarás como un Medici?»

Lucrezia miró en dirección al retrato. «Mi hijo te quería bien.»

«Tu hijo me está esperando. Me prometió que estaríamos juntos por toda la eternidad. El nuestro fue un amor fuera del tiempo. Eterno.»

«Tu matrimonio deberá mantenerse en secreto. No será reconocido, y el niño crecerá creyendo que es un bastardo. Hay alianzas que considerar.»

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Eso no importa para mí. Giulio es un Medici, y a los ojos de Dios, Giuliano y yo nos casamos. Lo importante es Giulio Medici, mi figlio. Lo que importa es que el hijo de Giuliano crezca y se convierta en un hombre de importancia en el seno de su familia.»

Lucrezia se sentó en el borde de la cama de Fioretta y acarició el rostro del infante. «Yo amaba a mi hijo. Quizá su hijo cure los corazones de nuestra familia. Se parece mucho a Giuliano». Sonrió.

Fioretta apretó los labios contra la cabeza de Giulio y lo besó. «Addio cuore mio.» Las lágrimas la cegaron mientras contemplaba a su bebé por última vez. «Toma a mi hijo y vete.

Ven a por el cuadro cuando me haya ido. Deseo que sea lo último que contemple. Gracias, Signora».

Lucrezia levantó al niño dormido. «Ve en paz, Fioretta. Que Dios te acompañe».

«No es Dios quien estará conmigo. Será Giuliano».



No habría descanso para él esa noche. Los sentidos de Alex permanecían alerta, sabiendo que Ángela estaba en la habitación contigua. Desde el primer momento en el museo, cuando la miró, se sintió impulsado a protegerla. Descubrir que era la reencarnación de Giuliano de Medici no hizo más que aumentar su determinación de protegerla. Diablos, era más que eso. Era una necesidad hasta la médula. Salió de la cama, caminó descalzo hasta el balcón y contempló las luces de la ciudad a la que llamaba hogar. Sólo en calzoncillos, la brisa nocturna le hacía cosquillas en la piel. Florencia había sido muy buena con él. Esperaba que siguiera siéndolo.

Un grito lastimero en el pasillo le hizo entrar corriendo a la habitación de Ángela, la tomó en sus brazos y la estrechó con fuerza.

Ella lloraba en sueños. Alex no sabía si despertarla o abrazarla hasta que se detuvo. Sus ojos se abrieron de golpe y sus palabras le helaron la espina dorsal. «Giuliano, amore mio, me has esperado. Le dije a tu madre que lo harías».

Ella temblaba contra él, llevando su imaginación a lugares a los que no debía ir. Intentó separarlos unos centímetros, pero Ángela se estrechó aún más contra él. Necesitó todas sus fuerzas para no besarla. «Ángela, has tenido una pesadilla. Soy Alex Caine, y estás en Florencia, en mi apartamento. ¿Recuerdas?».

Se le aclararon los ojos, pero continuaba aferrada a sus brazos. «Alex, lo siento». Ella lo soltó y se recostó en la cama. «Supongo que fue otra pesadilla».

«¿Recuerdas algo?»

«Di a luz a mi hijo y luego fallecí».

Empezó a temblar de nuevo y a derramar lágrimas. Él la abrazó mientras ella le contaba todo lo que había soñado. «Dios mío, primero experimenta el asesinato de su marido y luego el agonizante nacimiento de su hijo, sólo para morir desangrada».

Alex no podía seguir ocultándole lo que sabía. Tenía que contarle lo ocurrido en el Getty y su extraordinaria conversación con Giuliano.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Ya estaba medio enamorado de ella... Maldición, *¿a quién quería engañar?* La amaba. Nunca creyó en el amor a primera vista, pero esto era diferente, él la conocía, era inexplicable. Siempre la había conocido en su alma. Mañana. Se lo diría al día siguiente, después de que visitaran a los Uffizi. Estaba agotada, y ahora no era el momento de aumentar su carga.

La abrazó durante toda la noche. Al final, ella se durmió, y él no tardó en unirse a ella en el sueño, con los brazos aun envolviéndola.

CAPÍTULO NUEVE

Florencia, Italia

Galería Uffizi

Día Agosto 11

«**P**rimero, daremos una vuelta y luego disfrutaremos de un buen café expreso». Celestine Marchesi vestía un elegante traje beige, muy fino y discreto. Llevaba el pelo grueso y oscuro recogido en un tocado a la francesa. Había recibido a Alex y Ángela con exuberantes besos en ambas mejillas. Luego los condujo a través del Atrio de Lorena, donde les saludaron los bustos de mármol de los miembros de la familia Médicis. Sin entretenerse, avanzaron a través del pasillo hasta el Corredor Este, donde se encontraban las salas del museo dedicadas a diferentes periodos artísticos y artistas específicos.

«Sé que te interesan sobre todo aquellos artistas que pintaron en vida de Giuliano y Lorenzo de Médicis, así que, si no te importa, les dedicaré nuestro tiempo». Celestine exudaba una atractiva mezcla de encanto italiano y suave confidencia.

«Excelente, eso es exactamente lo que tenía en mente», dijo Alex.

Fuera de la galería de Botticelli, Ángela se detuvo. Puso la mano en la pared y la deslizó por el panel. «Aquí hay una puerta que conduce al Corredor de Vasari».

«¿Cómo lo sabes?». La voz de Celestine pasó de la calidez a la sospecha.

BELLE AMI

«No lo sé.» Ella se sonrojó. «¿Tal vez lo leí en alguna parte?».

«Sabes», dijo Alex, “recuerdo que hicieron un documental de la BBC sobre eso hace algún tiempo”.

«No recuerdo que hayan grabado esta entrada», Celestine se encogió de hombros, “pero supongo que es posible”.

«Crisis evitada», susurró al oído de Ángela mientras seguían al director.

Ella soltó un suspiro. «Gracias por eso».

«Te cubro las espaldas, nena». Le guiñó un ojo y le susurró: «Y es una espalda muy bonita».

Ella sacudió la cabeza y le hizo un gesto con el dedo mientras seguían por el pasillo.

«Encima de nosotros está el techo original de vigas de madera del teatro Mediceo. Las salas diez a catorce albergan las colecciones que creo que más le interesarán».

Se detuvieron ante El nacimiento de Venus y La Primavera de Botticelli.

Los cuadros más emblemáticos del amado maestro.

Ante su grito ahogado, Alex le rodeó la cintura con el brazo. «Ángela, ¿estás bien?

Ella le miró y él vio unos ojos verde bosque llenos de tristeza: los ojos de Fioretta.

Apenada, susurró en italiano. «La mia amica, Simonetta. O Dio, Sandro l'adorava, la sua morte lo ha distrutto».

Celestine agrandó los ojos. «¿Estoy oyendo bien? ¿Acaba de decir mi bella amiga Simonetta? ¿Cómo podía saber que Sandro Botticelli adoraba a Simonetta y que su muerte la había destrozado? Eso no serían más que especulaciones románticas».

«Ángela lleva meses estudiando el cuadro con todo detalle como parte de su investigación», dijo Alex con suavidad, rodeando los hombros de Ángela con un brazo y acercándola para que Celestine no pudiera verle los ojos. «Seguro que es solo agotamiento y desfase horaria», mintió Alex. «¿Puedes darnos unos minutos de privacidad?».

«Por supuesto. Te espero en la galería Da Vinci». Celestine se adelantó. Esperaba que no le interrogara sobre su endeble explicación del comportamiento de Ángela. Cuanta menos gente supiera de sus regresiones a vidas pasadas, mejor.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Ángela se arrojó a sus brazos y lloró contra su pecho. Cuando por fin levantó la vista hacia él, con la cara a escasos centímetros de la suya, sus expresivos ojos encendieron su deseo. Todos los pensamientos de intentar calmarla se esfumaron y, sin poder contenerse, reclamó su boca y su lengua se adentró profundamente en sus labios entreabiertos. La habitación giraba a su alrededor como si estuvieran en un tiovivo. La realidad y el presente se perdieron en una pasión que lo invadió como un incendio estival. Luchando por recuperar el control, rompió el beso y se sintió aliviado al ver de nuevo los seductores ojos marrones de Ángela.

Un rubor rojo intenso coloreaba sus mejillas. «Alex, ¿por qué me besas en el museo? ¿Dónde está Celestine?»

Se restregó una mano por la cara. «Te lo explicaré más tarde. Ahora mismo, tenemos que encontrarnos con ella en la sala quince, la galería Da Vinci».

Le sujetó del codo. «Después de que veamos los cuadros de Da Vinci, le pediré a Celestine que nos enseñe algunas pinturas de los ayudantes de Leonardo, en particular de Salai y Boltraffio. Lo más probable es que el retrato de la boda se atribuyera a uno de ellos. Quizá cuando veas su trabajo de cerca, puedas determinar si el cuadro que estamos buscando es de Da Vinci o de uno de ellos.»

«Boltraffio era el mejor artista de los dos, pero ahora estoy seguro de que el retrato es un Leonardo Da Vinci».

Alex asintió. «Es posible que el propio Lorenzo de Médicis creara el encubrimiento. Supongamos que no quería que el mundo se enterara del matrimonio de Giuliano y Fioretta. Qué mejor manera de asegurarse que atribuyendo el retrato a un artista desconocido. Garantizaría que el cuadro permanecería en las sombras de la historia».

«He pensado lo mismo», dijo ella. «En cierto modo supone un gran reto para la búsqueda. No sólo el cuadro, sino desvelar la verdad histórica oculta. Me hace preguntarme cuántas otras cosas que consideramos ciertas sobre el pasado están ensombrecidas por ideas falsas y encubrimientos.»

Rió entre dientes. «Oye, eso no sólo se aplica al pasado. También tenemos muchos encubrimientos en el presente».

«Seguro que tienes razón».

«La sala quince contiene la Anunciación de Da Vinci y su inconclusa Adoración a los Reyes Magos. También contiene el Bautismo de Cristo de Verrocchio», explicó Alex.

BELLE AMI

A Ángela se le iluminan los ojos. «Leonardo ayudó a pintar el Bautismo de Cristo. Estudió en el taller de Verrocchio y fue uno de los ayudantes de Verrocchio en su taller».

Se unieron a Celestine, que, por suerte, no mencionó lo que había ocurrido en las habitaciones de Botticelli.

Mirando el cuadro, Celestine preguntó: «Ángela, ¿qué te parece? La mayoría de los historiadores creen que este ángel fue pintado por la mano de Da Vinci. Parece distinto de la mano de su maestro Verrocchio, ¿verdad? Se dice que el ángel se parece a Leonardo de niño».

Ángela asintió. «Sí que se le parece. Leonardo me dijo que a menudo pintaba su propia imagen en sus obras. La consideraba su firma».

Celestine la miró boquiabierta. Alex se aclaró la garganta.

«Por las descripciones que he leído... al parecer, Leonardo era muy guapo de joven. Muchos de los que le conocieron han escrito sobre su belleza física. Veo su mano en la dulzura y empatía del rostro y en los rizos luminiscentes del ángel. Leonardo estaba obsesionado con el cabello y era meticuloso a la hora de reproducirlo. Probablemente también trabajó en gran parte del fondo, porque las pinceladas ostentan su estilo característico».

Celestine sonrió. « Ángela, tienes buen ojo. ¿Continuamos y luego tomamos el café?».

El resto de la mañana lo pasamos admirando las esculturas del pasillo de conexión. El techo, de estilo grotesco, estaba pintado con extraños arabescos de animales y plantas. Contemplaron la Virgen del Cuello Largo, de Rafael, Tiziano y Parmigianino.

Celestine y Ángela siguieron hablando de la escasa pero extraordinaria producción de Leonardo. Alex disfrutó escuchando a Ángela exponer sus amplios conocimientos sobre la época. No sólo se sentía magnéticamente atraído por ella, sino que también le impresionaba su mente analítica. Sus ideas sobre la lucha de Da Vinci entre sus esfuerzos científicos y artísticos eran perspicaces. Demostraban su profundo conocimiento del genio renacentista.

Al finalizar la visita a las galerías, Celestine les sirvió un rico y oscuro café expreso en su espaciosa oficina. Les habló de las capillas de los Médicis y de la iglesia de San Lorenzo, que tenían previsto visitar después de comer.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Ángela se disculpó para ir al baño. No deseaba alarmar a Alex, pero su cabeza palpitaba y sentía un zumbido en los oídos. Una avería delante del director de los Uffizi era suficiente. Siguió las instrucciones de Celestine por el pasillo, deteniéndose una vez para apoyarse en la pared frente a una puerta cerrada. Había oído voces fantasmales durante todo el recorrido. A veces fuertes, a veces débiles, como un sintonizador de radio. Había hecho todo lo posible por mantener la calma y permanecer alerta. Estaba ocurriendo de nuevo. Las voces le llegaban desde el otro lado de la puerta. Intentó apartar los pies, pero no pudo. *Reconozco esas voces...* Levantó la mano para llamar, la puerta se abrió y una ráfaga de viento la empujó al interior.

Sus ojos tardaron un minuto en adaptarse a la oscuridad. Las persianas estaban bajadas y había muy poca luz. Un hombre discutía con una mujer en italiano. Ángela sabía leer italiano, pero entender la velocidad de la conversación era otra cosa. La pareja la ignoraba como si fuera invisible. El corazón le latía tan fuerte que parecía un címbalo chocando en sus oídos. La habitación giró a su alrededor. La puerta se cerró tras ella y se estremeció, sintiendo que el pasado volvía a suplantar al presente.

Centrando su atención, se percató de que el hombre llevaba un uniforme de oficial del ejército alemán de la Segunda Guerra Mundial. La mujer llevaba un vestido con hombros acolchados y cintura estrecha. Eran jóvenes y guapos, él rubio, ella morena y de ojos saltones.

Con los instintos a flor de piel, Ángela intuyó que la italiana era ella en una vida pasada. Igual que Fioretta. Pero, ¿por qué le mostraban a esa mujer y a ese hombre? No tenía sentido preguntárselo. La visión estaba claramente destinada a ella.

El hombre se detuvo, sus botas altas y pulidas reflejaban la luz del sol que entraba por las persianas, que ahora estaban mágicamente abiertas.

«Sofía, los aliados avanzan y en los próximos días evacuaremos Florencia. No dejaré el cuadro aquí en Florencia. Debo mantenerlo a salvo y devolverlo cuando termine esta locura de guerra».

Sofía frunce el ceño y cruza los brazos por encima de la cintura. «Gerhard, no puedes simplemente llevarte algo que no es tuyo. Eso es robar y es demasiado peligroso. Ya es suficientemente malo si los alemanes nos atrapan, pero si nos atrapan los partisanos, no nos irá mejor. Nos acusarán de robar patrimonio italiano, y sólo Dios sabe lo que nos harán».

BELLE AMI

«No nos atraparán. Estos tontos no saben lo que tienen. La primera vez que vi este retrato, supe que era la mano de Leonardo Da Vinci. Esta pintura persigue mis sueños, y no la dejaré en el camino de la guerra. No está a salvo aquí. ¿Y si alguien le toma cariño y la roba? ¿Y si cae una bomba y le da accidentalmente al Uffizi? Si pudiera, me los llevaría todos, cada preciosa pieza de arte de este museo. Cualquier cosa con tal de mantener estos tesoros de valor incalculable a salvo y fuera de peligro.»

«Gerhard, Florencia no será arrasada. Las obras de arte estarán a salvo». «No de los ladrones, Sofía. Esta pintura aparentemente sin valor, sin atribuir podría ser fácilmente robada y posteriormente vendida en el mercado negro. No dejaré que eso ocurra».

El hombre rodeó la cintura de la mujer con las manos y tiró de ella hacia sí. Ella no se resistió, pero le pasó los dedos por el pelo rubio. «Ven conmigo, Sofía. Debemos estar juntos. Es verano; iremos a los Apeninos y encontraremos un pequeño pueblo para esperar a que acabe la guerra. Esconderemos el cuadro y lo recuperaremos cuando haya paz. Podemos devolverlo si quieres, o si somos listos, nos lo quedaremos. No tiene valor a sus ojos, sólo el trabajo de un estudiante inferior. No lo extrañaran».

«¿Y qué tal si digo que no?»

Él rió. «Siempre dices que no». Rozó sus labios con los de ella, su lengua rozando su boca. «Y luego dices que sí». La besó con ferocidad, con pasión, y ella le devolvió el beso con febril abandono.

«Mi pequeña descarada, sabes que no puedes vivir sin mí». Sus manos recorrieron su cuerpo, sus dedos presionando su piel como si él fuera un escultor y ella un montón de arcilla. «Te necesito, desde la primera vez que te vi».

Ángela miraba, hipnotizada, incapaz de moverse. Su corazón latía con fuerza y la adrenalina corría por sus venas. La temperatura de la habitación subió por el calor del beso de Sofía y Gerhard, y Ángela sintió que una gota de sudor se deslizaba entre sus pechos. Se sentía avergonzada y excitada al mismo tiempo. No quería mirar, pero era incapaz de parar. Esto no era nada parecido a viajar en el tiempo y proyectarse astralmente dentro del cuerpo de otra persona. Era como ver una película.

La mano de Gerhard acarició el pecho de Sofía, su pulgar rodeó su pezón, y ella gimió, susurrando: «Caro, te deseo. Aquí. Aquí y ahora. Aquí no hay nadie, sólo nosotros».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Gerhard gimió, y su mano lo apartó todo del escritorio. Empujándola contra el escritorio, le levantó la falda y empezó a tocarla de formas que provocaban suaves gemidos de placer.

Ángela mantenía los pies anclados al suelo y sus mejillas ardían como si una fiebre la estuviera consumiendo. Respirando hondo, apretó las piernas, intentando detener las punzadas.

Los dedos de Sofía aflojaron el cinturón de Gerhard y le bajaron la cremallera, tirando sus pantalones al suelo. Ella suplicó. «Te quiero dentro de mí. Te necesito. Ahora mismo».

Era todo el estímulo que Gerhard necesitaba. Empujó a Sofía sobre el escritorio. «Abre las piernas», le ordenó.

Ella no se movió. Un susurro de sonrisa se dibujó en sus labios. «Sofía, haz lo que te digo. Tú quieres esto y yo también. Abre las piernas».

«Lo quiero, amor mio. Pero me encanta cuando pierdes el control. Cuando tomas lo que quieres».

La agarró de las piernas y las separó. Inclinandose sobre ella, agarró un mechón de pelo y tiró de su cabeza hacia atrás. Le lamió el cuello y, como un soldado que ha encontrado el punto débil de su enemigo, la penetró con embestidas que la hicieron gritar. «¿Estás contenta ahora, Cara? ¿Es así como te gusta?»

«Sí... sí... sí... no pares».

Mareada y débil, Ángela cayó de rodillas.

Gerhard aceleró su ritmo, profundizando cada vez más, hasta que Sofía se puso rígida, clavándole las uñas en la espalda, y gritó su nombre. Con una explosión de energía, se puso rígido y rugió: «Dio mio, te amo». Se desplomó sobre ella y sus labios encontraron los suyos.

Sofía le enredó los dedos en el pelo mientras él la besaba. Luchó por recuperar el aliento. «Creo que ésta es la única sala del museo en la que no hemos hecho el amor. Otra muesca en tu cinturón, mi amor».

«Te amo, Sofía. Vendrás conmigo, ¿sí?»

Sus dedos acariciaron su cara. «Yo también te amo, Gerhard. Sí, y que Dios nos proteja. Iré. Pero tengo una idea mejor. Iremos a casa de mi familia; si Dios quiere, mis hermanos no nos rechazarán».

BELLE AMI

La joven pareja se besó una vez más. Cuando los amantes se separaron, Gerhard miró directamente a Ángela. Fue entonces cuando ella vio sus ojos: uno azul pálido y el otro color avellana. Su mundo empezó a girar y a dar vueltas, y entonces todo se oscureció...



“Mierda!” A Alex casi se le doblan las rodillas cuando entró corriendo en la oficina y vio a Ángela tumbada en el suelo, inconsciente. Comprobó su respiración y, tomando su bolso, rebuscó en él, sacó un frasco de desinfectante de manos, lo abrió y se lo puso delante de las narices. Cuando abrió los párpados, suspiró aliviado.

«Eres tú...», suspiró ella.

La abrazó, acariciándole el pelo y la espalda. «¿Qué ha pasado?» «Estaban aquí, en esta habitación... un hombre y una mujer».

Miró alrededor de la habitación. «¿Qué hombre? ¿Qué mujer?» «Gerhard y Sofía.»

«¿La misma pareja que estamos investigando?»

«¡Sí! Él llevaba un uniforme de oficial alemán, y ella estaba vestida como una estrella de cine de una película antigua. Muy guapa». Ángela le agarró de la camisa; sus ojos parecían aturdidos. «Discutían sobre el cuadro de Da Vinci, sobre llevárselo. No se atrevía a dejarlo aquí. Quería esconderlo. Era una locura, yo podía verlo todo, pero ellos no podían verme a mí. Ahora lo sé...». Su respiración se aceleró como si estuviera corriendo una carrera. A Alex le preocupaba que empezara a hiperventilar.

«¿Qué sabes, Ángel?» Le acarició la cara sonrosada.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

“Soy ella. Yo soy Sofía.” Ella ahora temblaba. «Y vi los ojos de Gerhard. Me estaba mirando». Le ahuecó la cara entre las manos. «Tenía los ojos de otro color. Tus ojos. ¿Me estoy volviendo loca, Alex?»

«Calla, cálmate, cariño». Volvió a estrecharla entre sus brazos y, al sentir el pulso martilleante en su cuello, se preocupó. «Todo va a estar bien. Te lo prometo». Su propio corazón empezó a latir con fuerza en su pecho. Ángela sabía que era Fioretta, y ahora sabía que era Sofía. Ambas mujeres tenían una conexión con el cuadro. Alex sabía que él había sido Giuliano en una vida pasada, y por lo que Ángela le había contado sobre los ojos de Gerhard, era posible que él hubiera sido Gerhard en una vida pasada. Un oficial nazi, nada menos. Joder. Esto se estaba complicando demasiado. «¿Qué más recuerdas?»

Ella se apartó, con las mejillas rojas de vergüenza. «No había nada más.

Eso fue todo».

La miró a los ojos. Le ocultaba algo. Intentaría llegar al fondo del asunto más tarde. Tú también ocultas algo, amigo. La culpa se revolvió en sus entrañas. Ángela estaba pasando por este calvario, pensando que estaba sola, pero no lo estaba. Tenía que contarle lo que sabía, y pronto, o podría perderla. «Demos por terminado el día. Podemos volver a casa, descansar, comer y hablar».

«De acuerdo, hoy no estoy para nada más. Me siento como si acabara de correr una maratón».

«Ángel, recuerda que estas personas ya no están vivas». La ayudó a levantarse del suelo, sujetándola mientras se tambaleaba. «No ejercen ningún control real sobre tu vida. ¿De acuerdo?»

«Sí, lo sé», respondió ella frunciendo el ceño. «No es que haya ido buscando esto. No sé cómo hacer que pare. De camino al cuarto de baño, oí las voces, y fue como si una especie de fuerza sobrenatural me empujara dentro». Empezó a temblar de nuevo. «Tengo miedo de continuar siendo arrastrada más y más profundamente. ¿Y si acabo en este estado de sueño y no puedo volver?».

«No dejaré que eso te ocurra. Te lo prometo», dijo Alex con firmeza. Le rodeó los hombros con el brazo y le dio un abrazo de lado mientras se encaminaban desde el Uffizi. Se negaba a pensar que pudiera perderla por culpa de aquella extraña y rastrera posesión. Todo aquello parecía una extraña novela paranormal. A este paso, no le sorprendería que un vampiro apareciese en su puerta.

Sus vidas pasadas, por alguna razón, se entrometían, pero él no permitiría que le robaran su vida presente o su futuro. Sin importar lo que viniera después, juró protegerla. Sin importar el riesgo.



Más allá de las ventanas del apartamento de Alex, Florencia brillaba como una joya. Alex había cancelado la reserva para cenar y en su lugar había pedido una pizza y una ensalada en un bistró local, cuyos restos permanecían aún sobre la mesa de la biblioteca.

«Sé que estás molesta, pero ¿podemos hablar de lo que ha pasado?». Puso su mano sobre la de ella.

«No estoy molesta, te lo aseguro». Ella suspiró. «Siento estar tan callada. He estado intentando recordar quién era antes de que todo esto comenzara».

Se rascó la barba incipiente y decidió intervenir. «Hay algo que debo decirte».

Ella levantó una elegante ceja. «Puedo ver que estás ansioso porque te estás rascando un lado de la cara».

«Ah, así que estás conociendo mis manías, ¿no?». «Sí, pero me gustas de todos modos».

Le levantó la mano y le besó la palma. «Bien, porque tú también me gustas».

Ella se sonrojó, y fue todo lo que él pudo hacer para no estrecharla entre sus brazos y besarla sin respirar, pero tenía que decírselo antes de que pudieran continuar. «Igual que sabes que tú eras Fioretta y Sofía...». Exhaló un suspiro. «Sé que en vidas pasadas fui Giuliano, y por lo que me contaste de los ojos de Gerhard, yo también debo haber sido él».

«Por supuesto». Le tomó la mano. «Si fuiste Giuliano, es lógico que también fueras Gerhard».

«No me hace mucha ilusión haber sido nazi en una vida pasada». Se rascó la nuca con la mano libre.

«Gerhard no era malvado», dijo en voz baja. «Lo sabes, ¿verdad?». Se encogió de hombros. «Bueno, supongo que no podemos elegir nuestras vidas pasadas. Pero lo compensé en ésta. Esta vez estaba en el lado correcto». Esbozó una media sonrisa.

«Eres un buen hombre, un hombre valiente». Le apretó la cara con las manos. «No puedo ni imaginar por lo que pasaste en Afganistán. Espero que algún día puedas compartirlo conmigo».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Quiero hacerlo. Dios, cuánto lo deseo. La miró a los ojos aterciopelados, brillantes de belleza luminiscente. Nunca había hablado de su época de servicio con nadie, salvo con su terapeuta y otros veteranos. Nunca había querido hacerlo hasta que conoció a Ángela. Puede que hubieran estado juntos en vidas pasadas, pero él ansiaba conocerla en ésta.

Tenía que confesar lo que sabía. «El cuadro frente al que te sentaste en el Getty. El de Botticelli...»

«¿Sí?»

«Tu último día en el Getty, tuviste el encontronazo con el gilipollas de Scordato y acabaste sentada en el banco frente al Botticelli. Te desperté de un estado de trance, ¿recuerdas?».

Ella asintió.

«No te dije que el cuadro me hablaba. Giuliano me dijo que no había sabido proteger a Fioretta, y que era mi deber protegerte a toda costa porque el pasado estaba condenado a repetirse.»

Ángela jadeó. Se apartó, se levantó y empezó a caminar. «El cuadro te habló. Giuliano te habló. ¿Por qué no me lo dijiste antes?»

«Al principio, no sabía qué pensar, y necesitaba procesar todo. Y estabas tan angustiada por lo de Scordato, y luego te desmayaste fuera del restaurante y tuviste otra visión. Estabas pasando por tantas cosas que no podía echártelo encima».

« Pero es precisamente por eso que debiste decírmelo». Cruzó los brazos sobre el pecho. «Estaba pasando por tantas cosas... me sentía sola».

«No estás sola». Se levantó y le puso las manos sobre los hombros. «Mi prioridad era mantenerte a salvo y alejarte de Scordato. Iba a decírtelo después de llegar a Florencia, y ahora te lo digo. Perdóname».

«¿De verdad crees que todo esto es cosa del destino?». Sus labios temblaron y sus ojos se llenaron de lágrimas.

«Nos besamos dos veces delante de ese cuadro. Tus ojos cambiaron de color de marrón a verde. Hablabas en italiano. Me dijiste que me querías y que estábamos destinados a estar juntos».

«Estaba en trance».

«Sí, pero sabías que era yo. En algún nivel, sabías que yo era Giuliano y Alex», dijo suavemente.

Las lágrimas le corrían por la cara. La estrechó entre sus brazos y la abrazó con fuerza.

«No más secretos», susurró con fuerza. «Por favor, debemos ser sinceros el uno con el otro. Prométemelo».

BELLE AMI

«Te lo prometo... Hablando de eso, siento que en tu visión de esta tarde ocurrieron muchas más cosas que no compartiste conmigo». Él se reclinó hacia atrás y vio su rubor rojo rubí.

«Sí, pero estaba avergonzada por lo que vi....»

«¿Qué viste?» Él sonrió ante su expresión de sorpresa.

«Sofía y Gerhard hacían el amor apasionadamente sobre el escritorio. Era de lo más erótico y no podía apartar la mirada». Ella abrió mucho los ojos y se sonrojó aún más.

Él sonrió. «Mierda, eso debió de ser muy ardiente». «Pero eso no fue lo más extraño».

«Sigue...» Él le movió las cejas, haciéndola reír. «Hablaban en italiano, y entendí cada palabra que dijeron....»

«¿Es eso todo?» Se divertía tomándole el pelo.

Ángela se inclinó más hacia él y susurró: «Cada vez que la tocaba, lo sentía como un recuerdo sensorial, y yo....». Sus mejillas adquirieron un tono carmesí más oscuro. «Lo disfrutaba». Bajó la mirada, claramente avergonzada.

¡Maldición! Sus palabras habían despertado a su propio gigante adormecido. Quería llevarla a su habitación y pasar los próximos días en la cama, disfrutando de cada centímetro de su delicioso cuerpo. Pero no podía. No ahora, no cuando ella necesitaba su fuerza para apoyarse. «Bueno, eso es mucho mejor que algunas de tus otras visiones pasadas.»

«No es gracioso, Alex».

«Lo siento, el humor es un mecanismo de supervivencia», admitió. «Durante un tiempo me planteé hacer monólogos, pero me di cuenta de que se me daba fatal».

Ella arqueó una ceja. «Creo que fue una sabia decisión».

«Ay». Ambos se rieron y él volvió a ponerse serio. «Tus yos del pasado te están buscando por alguna razón, y tiene algo que ver con el Da Vinci desaparecido».

«Quizá... pero creo que hay algo más. Tal vez nuestras vidas pasadas quieren ayudarme a detener el ciclo que se repite. Y cada vez son más fuertes, más exigentes. Es como si estas vidas se fusionaran con la mía y se apoderaran de mi vida». Ella se llevó los dedos a las sienes.

Él retiró las manos y le masajeó suavemente las sienes.

Ella suspiró y un suave gemido se escapó de sus labios. «Lo descubriremos. Juntos. Te prometo que no dejaré que te pase nada».

«No estoy segura de que puedas evitarlo. Parece que yo soy el conducto, y estas vidas pasadas no van a soltarme. Supón que Giuliano se manifestara en el Botticelli y te dijera que me protegieras porque Pero

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

la historia se repite. Eso significa que se avecina un peligro.

¿Qué?»

Su frustración fue tan grande como la de él. Él no tenía ninguna respuesta para ella, al menos no todavía. «Ojalá tuviera la respuesta al misterio, pero juntos lo resolveremos. Sigo pensando que hay una cuenta que saldar, alguna venganza cósmica que debe ser satisfecha».

«Parece que yo soy el cebo».

«No en mi guardia.» Le acarició la cara. «Me gustaría llevarte a la iglesia de San Lorenzo, donde están enterrados Lorenzo y Giuliano. Mañana, si te apetece».

Ella asintió.

«Luego creo que deberíamos tomarnos un descanso y dirigirnos a mi viñedo en Montefioralle. Nos permitirá descansar un poco de todo». Tenías la fuerte sensación de que Montefioralle forma parte de este misterio. Aunque no sea así, nos dará la oportunidad de relajarnos y respirar el aire fresco del campo. Podremos leer, ir de excursión o hacer lo que queramos. Tengo que hablar con mi jefe para ver cómo va la vendimia».

«Eso sería maravilloso». Suspiró. «Pase lo que pase, tenemos que ser sinceros el uno con el otro a partir de ahora», dijo.

«Te lo prometo». Le besó la mejilla y volvió a abrazarla. No importaba el peligro que le acechara, la protegería con su vida. Eso no significaba que no estuviera preocupado. Poco a poco, con cada episodio, los sueños y las visiones se hacían más viscerales y debilitantes.

¿Cómo diablos puedo evitar que esto le haga daño?

BELLE AMI

CAPÍTULO DIEZ

Florencia, Italia

Iglesia de San Lorenzo Día 12 de Agosto

E

ra magnífica.

Ángela quedó anonadada cuando entró en la iglesia de San Lorenzo para ver, en persona, el pináculo de la arquitectura renacentista diseñada por Brunelleschi y Miguel Ángel. Recorrió la nave en un silencio reverente. Renacimiento significa renacimiento y San Lorenzo era una de sus obras maestras. La iglesia era una refutación de la Edad Media que la había precedido. Gracias a la familia Médicis, los grandes artistas se animaron a construir un monumento que abrazara el aprendizaje y la sabiduría humanistas. Sus logros enriquecieron al mundo desde entonces.

«Entonces, profesor, ¿me dará una lección de historia del arte o se guardará la historia para usted?».

«En realidad, esta iglesia está muy relacionada con nuestro misterio. Tras la muerte de Giuliano y Lorenzo, Miguel Ángel fue contratado por su compañero de juegos infantiles, el cardenal Giulio de Medici, para diseñar y construir aquí la Nueva Sacristía. No sé si lo sabes, pero Miguel Ángel era como el hijo de Lorenzo y creció en el palacio de los Medici».

«¿Giulio de' Medici?»

«Giulio era hijo de Fioretta y Giuliano. Más tarde se convirtió en el Papa Clemente VII».

Alex silbó. «Nuestro hijo, el Papa, ahora hay una pluma en nuestra gorra».

Ángela sonrió. «Lo hicimos bien, ¿no?»

BELLE AMI

« Ya lo creo que sí cariño». Tras recorrer el pasillo central de la basílica, Alex levantó la vista hacia la cúpula situada bajo el crucero y contempló el fresco de Vincenzo Meucci La gloria de los santos florentinos. «Saber que estuvimos aquí antes supera todo lo que hubiera podido imaginar. Hábleme de la Sacristía Nueva, donde estoy enterrado».

«El diseño de Miguel Ángel para la Sacristía Nueva era un espacio que encarnaba simbólicamente la 'Vida Humana'. Tras la muerte, el alma quedaría libre para perseguir los placeres de una vida deportiva activa y la vida contemplativa y filosófica. Su diseño coincidía con la búsqueda espiritual de Miguel Ángel y su creencia en el más allá».

«¿Miguel Ángel creía en la reencarnación?»

«No. No hay pruebas de ello. Creo que sus creencias estaban más influenciadas por su devoto catolicismo y más una creencia en el más allá espiritual.»

Alex y Ángela salieron de la iglesia y recorrieron su perímetro hasta la parte trasera, donde se encontraba la entrada a la Capilla de los Príncipes. La capilla se construyó para exhibir la grandeza y la riqueza de los Grandes Duques Medici. Los altos muros del mausoleo estaban decorados con incrustaciones de mármol, granito, jaspe, alabastro, lapislázuli, coral y nácar.

La compleja tumba barroca y su elevada cúpula decorada con frescos eran un derroche de lujos, pero ese no era el destino de Alex y Ángela. El motivo de su visita era la planta baja.

En la Sacristía Nueva sólo podían entrar unas pocas personas a la vez. Finalmente, Ángela se colocó al principio de la fila con Alex detrás. Cuando el grupo que les precedía saliera, les dejarían pasar. Justo cuando los turistas salieron, Ángela entró primero. Mirando por encima del hombro, se dio cuenta de que Alex se había detenido a mirar algo. Antes de que se diera cuenta, la puerta se cerró de golpe, encerrándola dentro.

«¡Alex!» Golpeó la puerta, pero no oyó nada al otro lado. Un soplo de viento le susurró al oído y se dio la vuelta, apoyando la espalda contra la puerta. Asustada y confusa, su mirada recorrió el claustrofóbico espacio donde los sacerdotes se vestían antes de officiar la misa. La capilla funeraria era cuadrada y densa, con una altura que superaba su anchura y longitud. El segundo piso, diseñado con falsas ventanas de mármol macizo, aumentaba la sensación de opresión e hizo que Ángela se estremeciera. Recordó que un historiador del arte había comparado la capilla con el purgatorio. Entendía la sensación de aprisionamiento. En ese momento, no estaba segura de poder salir.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Sólo en la parte superior, donde se elevaba la cúpula, se expresaban las posibilidades del cielo y la libertad. De las ventanas circundantes descendían delgados chorros de luz. Levantó la cara hacia la luz, con la esperanza de vencer el miedo que se le había agolpado en la boca del estómago.

La historiadora del arte apartó sus temores y se acercó a las monumentales esculturas de Miguel Ángel de la Noche y el Día que acababan con la estatua tallada de Giuliano, que posaba relajado y pechugón. Estaba representado como un guerrero romano a sus anchas. En la pared opuesta, Amanecer y Atardecer, que flanqueaban la escultura de Lorenzo. Esta figura, decididamente más introspectiva, parecía contemplar la vida, la muerte y la eternidad. Supuestamente, ambas estatuas representaban a los primos homónimos de Giuliano y Lorenzo, pero Ángela siempre había intuido que en realidad se trataba de Giuliano y Lorenzo, cuyas efigies Miguel Ángel había planificado pero nunca esculpido.

La escultura de Giuliano era un símbolo idealizado de la perfección física y la belleza del hombre, y era la escultura más bella del mundo y que ella había convertido en su predilecta.

Mientras contemplaba la estatua, sus ojos se llenaron de lágrimas. La belleza del genio de Miguel Ángel la hizo llorar. Podría haber permanecido en un estado de contemplación si una voz susurrante no hubiera llenado sus oídos. *Fioretta, amore mio*.

Volteó, pero no había nadie. Unos dedos invisibles le rozaron el pelo y volteó de nuevo, con el corazón desbocado en el pecho. Se le puso la piel de gallina en los brazos al sentir un aliento frío en el cuello que le susurraba: «Fioretta, ho aspettato un eternità per essere riunito a voi». Repitió las palabras en un susurro: «Mi querida esposa. He esperado tanto tiempo para reunirme contigo». ¿No acababa de decirle a Alex que no creía que los fantasmas del pasado pudieran intervenir en el presente? Sin embargo, estaba siendo acariciada por Giuliano, un hombre que llevaba muerto más de quinientos años.

La luz de la capilla se atenuó, proyectando sombras sobre las estatuas monumentales. Ángela giró en círculo, la capilla girando a su alrededor, intentando encontrar el origen de la voz fantasmal que continuaba recitando palabras de amor. «¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me persigues?»

Se tumbó en el suelo, cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos. Intentó bloquear la voz que invadía su mente. «No soy *Fioretta*. Soy *Ángela*», repitió una y otra vez.

BELLE AMI

Le respondió el silencio, y la temperatura se hizo más fría en la capilla. Abrió los ojos y se quedó helada de miedo. Caminando hacia ella, no caminando, sino flotando, había un hombre, un hombre que ella conoció en un instante. Era un Giuliano de Medici joven, con el pelo oscuro levantado como si caminara al aire libre, y una brisa soplaba entre sus cabellos negros. Unos ojos oscuros como la noche la miraban. Tomando sus manos, la levantó del suelo, abrazándola. Le acarició la espalda y le acercó los labios a la oreja, provocándole escalofríos.

«Por favor», suplicó Ángela, “¿qué quieres de mí?”.

Sus labios presionaron los suyos hasta que estuvo segura de que se desmayaría en el suelo. La sangre le pulsaba con fuerza en los oídos, como el rugido del océano cuando uno se pone una concha contra la oreja. Su corazón chasqueaba contra su pecho como si quisiera salirse de la cavidad torácica. Lo único que deseaba era que Alex entrara por la puerta para salvarla.

La voz que le hablaba no era audible; le llenaba la cabeza, ahogando cualquier otro pensamiento. Ángela, tú eres la única que conoce el destino de nuestro cuadro, pero otros lo están buscando. Hombres malvados no se detendrán ante nada para conseguir el cuadro, incluso hasta el asesinato. Debes destruirlos.

-su maldad debe terminar aquí en esta vida.

Para liberar tu memoria, debes hacerte una con Alex. Cuando dos se conviertan en uno, serán guiados a nuestro retrato de boda. Dos veces hemos sido separados. Sólo como uno se puede romper el maleficio. Él es tan prisionero del pasado como tú. La libertad está a tu alcance. Las líneas del tiempo se borrarán, y el mal será erradicado. El amor volverá a enriquecer tu vida. Esta vez no te será arrebatado. Tú tienes el poder de liberarnos a todos. Marsilio Ficino, mi maestro, dijo: «El alma existe en parte en la eternidad y en parte en el tiempo». Lo escribió para nosotros, Fioretta. Recuerda sus palabras. Debes liberarnos a todos. Es hora de que esto termine... termine... termine...

La voz de Giuliano resonó y se desvaneció.

La figura fantasmal que la sujetaba desapareció antes de que inhalara el siguiente suspiro. En algún lugar, el golpeteo de los fiscos contra la madera coincidía con el latido de la sangre en sus sienes. Se deslizó hasta el suelo y la oscuridad cayó como un telón sobre el escenario.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI



ALEX ESTABA FRENÉTICO, él y varios guardias de seguridad intentaron sin éxito forzar la puerta de la sacristía.

«No lo entiendo, Signore. Esta puerta nunca está cerrada. No se explica por qué no podemos abrirla. Quizá tengamos que llamar a los vigili de'l fuoco».

«Maldita sea, los bomberos no van a derribar estas puertas y arriesgarse a dañar este tesoro histórico. ¿No hay otra forma de entrar?»

«No. La entrada a la iglesia fue sellada permanentemente hace años, y esta es la única forma de entrar o salir».

«Ayúdenme. Pongamos ambos los hombros en la puerta».

Con un esfuerzo concertado, embistieron la puerta con los hombros. Sin la menor resistencia, la puerta se abrió y entraron a trompicones, cayendo ambos en su impulso. En el claustrofóbico espacio, la figura inmóvil de Ángela fue lo primero que vieron. Alex corrió hacia ella. Arrodillado, le levantó la muñeca y le tomó el pulso. «Su pulso es estable, gracias a Dios. ¿Puede traerme un poco de agua?»

«Sí, enseguida vuelvo».

Alex levantó a Ángela en sus brazos. «Ángel, vuelve conmigo». Echó un rápido vistazo al mausoleo. Las estatuas de mármol parecían mirarle fijamente; la inquietud le hizo estremecerse. El guardia volvió con una botella de agua. Alex la abrió y, echándose un poco de agua en las manos, le bañó la cara. Ella abrió los ojos y él le acercó la botella a los labios. Ella bebió un sorbo y lo miró. Había algo de ensoñación en sus ojos, una mirada lejana, pero él se alegró de ver que sus ojos eran castaños y no verde bosque.

BELLE AMI

«Alex, ocurrió de nuevo.»

«Lo sé, Ángel. Yo también he visto algo». «Lo viste. ¿Qué cosa?»

«No puedo estar seguro, pero por el rabillo del ojo, juro que vi pasar a Giuliano. Fue un borrón, pero suficiente para llamar mi atención. Por eso me detuve, y luego la puerta se cerró de golpe. Me he vuelto loco intentando llegar hasta aquí, hasta ti».

Levantó la mano para acariciarle la cara. «No pasa nada. Intenta protegernos».

«Tres veces he visto a Giuliano. ¿Qué significa todo esto? Creía que eras tú quien tenía una segunda vista». Le cubrió la mano con la suya.

Ella frunció el ceño. «Cada vez que le veías, estabas conmigo....». Sus ojos se abrieron de par en par. «Que me cuelguen. Tú eras el catalizador y el conducto. Pudo comunicarse conmigo a través de ti. Debo reconocerlo.

reconocerlo. Es inteligente». «Y tú también».

Le besó la palma de la mano. «Salgamos de aquí, y ya me contarás todo cuando estemos en casa. ¿De acuerdo?»

Su mirada era suave y confiada, y casi lo destripa. En combate, entendía las reglas del combate, quién era el enemigo y cómo derribar a un objetivo. En su trabajo de investigación, sabía cómo localizar ladrones y llevarlos ante la justicia. ¿Pero en este caso? ¿Cómo iba a proteger a Ángela de fantasmas centenarios? Y después de esta última hazaña de Giuliano, se preguntaba si esos espíritus le estaban ayudando o entorpeciendo. Vida pasada o no, Giuliano se estaba convirtiendo en un grano sobrenatural en el culo.



SCORDATO sorbió un café expreso en el balcón del hotel en Florencia, suspirando de placer. Durante dos días, su primo Enrico había seguido a Ángela y Alex. Enrico era un «soldado» de la Mafia desde hacía mucho tiempo, un experto en seguir y evitar ser detectado. Pero contaba con la ayuda de un contacto muy singular, un antiguo espía ruso que ahora se ganaba la vida lucrativamente como hacker a sueldo. Y una mujer, nada menos. Trabajando para la Mafia y varias organizaciones terroristas, la hacker, conocida solo como «Madam X», costaba una fortuna por sus servicios, pero valía cada céntimo.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Su visita privada a los Uffizi y ahora a la Capilla de los Príncipes era toda la prueba que precisaba para saber que el cuadro de Leonardo tenía todo que ver con los Medici y, muy probablemente, con Giuliano de Medici. Pieza a pieza, el rompecabezas sobre quién o qué aparecía en el cuadro iba tomando forma.

La emoción corría por sus venas. Pronto haría su movimiento. Cuanto más pensaba en Caine, más ganas tenía de acabar con él. Era evidente que el Señor Héroe era el responsable de su despido. La junta directiva del Getty, al presentarle las pruebas, no querían un escándalo y le pidieron que dimitiera, alegando motivos personales. También le denegaron la indemnización por despido. Él se rió en sus caras y firmó la absurda carta que habían redactado. Esos idiotas no tenían ni idea de lo que era capaz de hacer. Perdieron una mente brillante. Además, pronto sería más rico que Creso. Por no hablar de la fama que disfrutaría luego de encontrar al Da Vinci desaparecido. Sería alabado desde todos los rincones del mundo, y todos los grandes museos y galerías clamarían por su presencia. Sólo los compromisos del orador le bastarían para vivir lujosamente el resto de su vida.

Una vez que sacara a Caine del camino, Scordato drogaria Ángela y usar su mente para llegar a la pintura, entonces él usaría su cuerpo para obtener el placer que ella le debía. Ella debía pagar por resistírsele.

Se revolvió en la silla, con la polla agarrotada ante la perspectiva de hacer lo que le diera la gana con ella. Ella le había despertado el apetito depredador. No podía dejar de pensar en su último encuentro y en cómo ella lo había vencido físicamente y se había librado. Le excitaba imaginar que a ella le gustaba lo rudo. Se aseguraría de que ella recibiera exactamente lo que deseaba. Podría incluso retenerla un poco, o tal vez se la entregaría a Enrico y le dejaría disfrutar de ella antes de matarla.

Terminó su espresso y llamó a su primo para asegurarse de que todo estaba en orden.

«¿Pagaste a nuestros chicos de los recados?» «Sí.»

«Dales sus órdenes.» «Considéralo hecho.»

«Todo está encajando en su lugar, Enrico.»

«Un viejo dicho de la Mafia: “La fortuna è dalla parte dei forti”». «Estoy de acuerdo, la fortuna está del lado de los fuertes».



TRÁS LAS VENTANAS del apartamento de Alex, Florencia brillaba como un océano de diamantes. Ángela no pudo evitar preguntarse qué pensarían hoy los Medici de su ciudad. Ensimismada en sus pensamientos, dio un sorbo a su copa de vino. Desde que habían regresado de la Basílica, intentaba comprender las palabras de Giuliano y su significado.

Se apartó de la ventana y miró a Alex, sentado en el sofá. Tenía los ojos bajos, clavados en su copa de vino. Cuando levantó la vista, su rostro se retorció de angustia.

«Ángela, sé que estás molesta y sé que te he fallado, pero te juro que no se repetirá».

«No estoy molesta contigo, Alex». «Te lo juro...»

«No eres tú Alex. Sólo intento recordar quién era antes de que todo esto comenzara».

Dejó el vaso en la mesita y se acercó a ella. «Te prometo que no estás sola». Se llevó la mano a los labios. «No entiendo por qué, pero cada instinto que poseo me dice que superaremos esto juntos. No pararé hasta que seas libre y encontremos ese cuadro».

Buscando en sus ojos, sólo descubrió sinceridad. Lo necesitaba de tantas maneras que la asustaba. Si él la traicionaba, sería una daga en su corazón. «Hoy me ha besado».

Un fuego se encendió en los ojos de Alex. «¿Quién te ha besado?».

«Giuliano me ha tocado, me ha besado. Fue extraño, pero no me sentí amenazada. Dijo cosas... cosas que no estoy segura de entender».

«¿Qué cosas?»

Podía sentir cómo le ardían las mejillas. «Giuliano dijo que tenemos que convertirnos en amantes y que el escondite del cuadro no se revelará hasta que lo seamos. Dijo que algunos malvados buscan el cuadro y que podrían matarnos por él. Dijo que debemos destruirlos de una vez por todas. De lo contrario, nunca seremos libres».

Los labios de Alex se crisparon. «Mi hombre, Giuliano, es todo un proxeneta, este, casamentero. Y yo que quería darle una paliza. ¿Qué más dijo?»

«No voy a hacer el amor contigo sólo porque un fantasma diga que debo hacerlo».

«No, por supuesto que no. Mucho de lo que te dijo Giuliano suena parecido a lo que me dijo a mí». Le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia el sofá. «Me alegro de que salgamos de Florencia la semana que viene. Los dos necesitamos descansar de fantasmas y

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

visiones. Montefioralle debería servirnos.

El aire fresco del campo, las vistas. La pizza casera». Levantó las cejas sugestivamente. «Te sentirás mejor en cuanto lleguemos. Te lo garantizo».

«No, por supuesto que no. Mucho de lo que Giuliano te dijo suena como lo que me dijo a mí». Le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia el sofá. «Me alegro de que salgamos de Florencia la semana que viene. Los dos necesitamos un descanso de fantasmas y visiones. Montefioralle debería servirnos. El aire fresco del campo, las vistas. La pizza casera». Levantó las cejas sugestivamente. «Te sentirás mejor en cuanto lleguemos. Te lo garantizo».

Ella levantó las cejas y sonrió, imitando su expresión exagerada. «Sí que sabes cómo llamar mi atención. El aire fresco está bien

-pero seducirme con pizza no es justo. De verdad, Alex, estás descubriendo todas mis debilidades».

«Oye, sólo sigo las instrucciones de Giuliano». Sonrió.

«Me emociona conocer tu viñedo». Sonrió. «Y relajarme. Estos episodios son muy agotadores y necesito tiempo para recuperarme. Todos estos descubrimientos de vidas pasadas son confusos, sobre todo cuando se suman a la confusión emocional de una nueva... nueva... - casi dijo relación y se detuvo en el último segundo-, bueno, nueva... todo. Necesito poner distancia entre el pasado y el presente, aunque sólo sea por un tiempo».

«De acuerdo». Miró su reloj. «¿Dónde diablos está el reparto de comida?». Llamó al restaurante y, tras una breve conversación, colgó. «El restaurante está atrasado en sus entregas. Voy a ir a recoger el pedido. ¿Estarás bien aquí sola? Cierra la puerta cuando me vaya».

«Claro. Voy a poner la mesa.» «Vuelvo en un instante.»

Inmerso en sus pensamientos sobre Ángela, Alex prestó poca atención a la gente con la que se cruzaba por la calle. A pocas manzanas del Palazzo Rucellai, se metió en un callejón que era un atajo hacia el restaurante. Se dio cuenta demasiado tarde de que le seguían. Un hombre gigantesco se le acercaba por detrás. Instintivamente, echó mano a su pistola y maldijo al darse cuenta de que se la había dejado en casa.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Mirando hacia delante, divisó a otro matón que avanzaba hacia él desde el otro extremo del callejón, bloqueando cualquier posible huida. El segundo asaltante era delgado, más bajo y estaba más lejos. Por su postura y su acercamiento vacilante, se dio cuenta de que era la amenaza menor.

Scordato. Tiene que ser él. ¿Quién más podría estar haciendo esto? Alex no estaba trabajando en ningún otro caso. Max le había pagado generosamente para ser su cliente exclusivo hasta que se encontrara la pintura. No, esto apestaba a Scordato.

Alex se había puesto en contacto con Fellows hacía un par de días, mientras preparaba la cena para Ángela, y el miembro de la junta del Getty le informó que habían despedido a Scordato. Alex se alegró de ello, pero también significaba que el cabrón estaba libre para dar rienda suelta a sus maquinaciones y complots. Scordato ya se habría dado cuenta de que él, Ángela o ambos le habían delatado y le habían despedido. Podría ser por venganza.

Pero ahora no había tiempo para pensar en su odiado adversario. Sólo su entrenamiento militar le salvaría el pellejo. Le superaban en número, y sabía que debía atacar preventivamente. Ninguno de los hombres llevaba un arma, pero eso no significaba que no estuvieran armados.

Tan pronto como el Gigante Verde estuvo justo detrás de él, Alex golpeó como un rayo con una patada giratoria, aterrizando sólidamente en los genitales del tipo. El matón se dobló, maldiciendo. Pero Alex aún no había acabado con él. Siguió con un puñetazo en el plexo solar, mandando al gigante al suelo.

Alex dirigió su atención hacia el segundo asaltante, pero volteó demasiado tarde. El larguirucho se movía claramente más rápido que su amigo, el Gigante Verde, y corrió hacia él con una cuchilla. Alex levantó el brazo, la hoja atravesó su chaqueta de cuero y le cortó la piel. Sintió un dolor punzante.

Aprovechando la descarga de adrenalina que le recorría el cuerpo, se concentró en el enjuto matón. el larguirucho lo rodeó cautelosamente, con la cuchilla preparada, y sus ojos iban y venían de Alex a su compañero, que se retorció en el suelo. Alex se abalanzó sobre él y, con los puños bien apretados, golpeó la mandíbula del larguirucho, haciéndole retroceder bruscamente. Siguió con una patada en las costillas, y la cuchilla voló.

BELLE AMI

Detrás de él, el Gigante Verde estaba todavía fuera de combate en el pavimento, excepto por un gemido ocasional. Un minuto más y se recuperaría lo suficiente para volver a atacar. Alex sabía que podía seguir luchando, pero también sabía que sus posibilidades de ganar disminuían. Estaba sangrando como un cerdo atascado. Mirando al gigante, que empezaba a moverse, se volvió y asestó un potente golpe en el cuello del larguirucho, precisamente en el nervio vago. El hombre cayó como una piedra, el golpe de Alex alteró su presión sanguínea y su ritmo cardíaco.

Alex se agarró el brazo herido para contener el flujo de sangre y



y corrió hacia el final del callejón. El restaurante estaba a menos de una manzana de distancia.

ALEX SE HABÍA AUSENTADO por menos de una hora, pero pareció una eternidad para Ángela. Se paseaba inquieta, con terribles situaciones repitiéndose una y otra vez en su mente. Cuando escuchó la llave en la puerta, corrió hacia la entrada, gritando su nombre. Alex apenas había puesto la cerradura, el pestillo y la cadena de seguridad cuando ella lo abrazó. «Estaba tan preocupada por ti».

Alex jadeó, dejando caer la bolsa de comida. Ella sintió cómo se ponía rígido y, dando un paso atrás, vio la sangre. «Dios mío». Horrorizada, se quedó mirando su chaqueta rota y ensangrentada. «¿Qué te ha pasado?»

El brazo ileso de él la acercó. «No te preocupes, sólo es un rasguño. Me pondré bien».

«¿Pero qué ha ocurrido?»

«Dos matones me emboscaron en un callejón. Por mi culpa...» »¿Por qué?» Ella le acarició la cara. «¿Te robaron?»

Su vacilación le dijo todo. «Scordato fue el culpable.»

«Créeme, mi brazo no es nada comparado con lo que esos dos matones están sintiendo ahora».

«Alex, esto no es un juego. ¿Quién sabe hasta dónde llegará si es capaz de esto?»

«A partir de Ahora seremos más cautos. El delincuente probablemente sólo está tratando de asustarme porque me culpa por que la junta lo despidió. Y sabemos que quiere el cuadro. No tiene trabajo, y su carrera está en juego, por lo que está intensificando su juego «.

« Estoy asustada, Alex. Podrían haberte matado».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Cariño, llevo mucho tiempo haciendo esto. Puedo manejar a un par de matones». Le acarició la cara. «¿Por qué no te encargas de llevar la comida a la mesa mientras me cambio de ropa?»

«Nos ocuparemos de la comida más tarde; quiero ver ese corte». «Por favor, Ángela, haz lo que te pido».

«No.»

Le pasó el brazo por la cintura y subió con él. Como un general del ejército, le dijo que se desnudara y le preguntó dónde estaba el botiquín.

Volviéndose hacia él, se quedó sin aliento al ver la sangre que rezumaba del profundo corte de su brazo. «Necesitas puntos».

«No es nada, Ángela. Hay esparadrapo en el botiquín».

«No es nada.» Se mordió el labio. Reprimiendo las lágrimas, limpió el corte, aplicó crema antibiótica y lo vendó firmemente.

«¿Por qué no volviste enseguida? «Tenía hambre y quería recoger la comida.

Puso los ojos en blanco. «¿Qué vamos a hacer con Scordato?». «No te preocupes por él. Una vez que encontremos la pintura, se arrastrará bajo la roca de donde salió, con el rabo entre las patas». «¿Y si lo intenta de nuevo? ¿O hace algo peor?»

«Estaré listo para él». Su mano le tocó la mejilla. «Confía en mí, Ángela. Te protegeré».

«No soy yo quien me preocupa. Eres tú». «No te preocupes. Te prometo que todo saldrá bien».

Su mano bajó hasta el hombro de ella. Un temblor la recorrió. Apartó la mirada y se concentró en cerrar la cremallera del maletín médico, luchando contra el ardiente deseo de exigirle más. Si abría la caja de Pandora, no habría vuelta atrás. El fuego que ardía entre ellos la consumiría y quemaría todas las defensas emocionales que le quedaban.

CAPÍTULO ONCE

Florencia, Italia
Día Agosto 18

“Mi señora, su carruaje la espera».

Ángela estaba segura de que debía estar soñando. «¿Es éste su coche? Alex abrió la puerta de un reluciente Ferrari Testarossa rojo.

«No, es sólo uno de mis coches». Sonrió y cerró la puerta del acompañante. «Una de mis aficiones es comprar coches viejos, arreglarlos y revenderlos. Pero éste es nuevo y me muero por estrenarlo».

«Nunca he estado en un coche que valga más que una casa en mi ciudad». Ella pasó la mano por el lujoso salpicadero de cuero.

Él se aclaró la garganta, con la cara desencajada mientras cargaba las maletas y las guardaba en el maletero.

«Los detectives privados de arte deben cobrar muy bien», añadió ella con una sonrisa, suavizando su comentario mientras él ocupaba el asiento del conductor. Por lo que le había contado sobre su infancia, sin duda había crecido en un entorno más afable que el suyo.

«Me pagan bien por hacer lo que hago». Se encogió de hombros con una media sonrisa. «Me gustan las cosas finas, pero no diría que soy extravagante». Accionó el contacto y la bestia cobró vida.

Debería haber imaginado por su casa que Alex Caine sólo se conformaba con lo mejor, pero no pudo evitar quedarse boquiabierto ante el rugido del tigre. Si eso no era una extravagancia, no sabía qué era.

«Lo siento», dijo. «No pretendía sugerir que fueras un tipo adinerado y playboy».

Él rió. «Bueno, si pasar la mayor parte del tiempo en mi garaje arreglando coches viejos me convierte en un playboy, entonces supongo que tienes razón».

BELLE AMI

«¿Qué tan rápido va este auto?»

«Muy rápido. ¿Quieres conducir?» Sus ojos se iluminaron con su desafío. «¡Ni hablar! No sabría por dónde empezar».

«Parece que tengo algo más que enseñarte. Ponerte al día en cocina y conducción de Ferraris podría llevarme años».

«Años, ¿eh?»

«Los matices y detalles podrían llevar incluso toda una vida. Permíteme». Alargó la mano hacia ella para alcanzar la correa del cinturón de seguridad y, con un movimiento suave, tiró de ella y la encajó en su sitio. Su proximidad y la forma en que la miraba fijamente a los labios la dejaron sin aliento.

Dios, ojalá me besara de una vez. Había sido su marido y amante en dos vidas pasadas. ¿Dejaría que el destino continuara su curso una vez más? *No, no estaba preparada para eso.*

«Hoy te sientes bastante arrogante y seguro de ti mismo, ¿verdad? Contuvo la respiración, esperando que sus bromas calmaran sus nervios.

Él sonrió. «Eso es lo que un coche con coglioni le hace a un tío. Lo vuelve valiente». Le guiñó un ojo y se acomodó en el asiento.

Ella se rió y sacudió la cabeza ante sus ocurrencias. Tenía un sentido del humor tonto y divertido, algo que había echado mucho de menos en su vida. Era refrescante y, la verdad, disfrutaba con sus bromas.

«Tengo algo para ti». Alargó la mano detrás de su asiento y tomó una cartera de cuero. Sacó un sobre dorado y se lo entregó.

«¿Qué es esto?»

«Las cartas de Gerhard que traduje. Puedes leerlas mientras conduzco. Te mantendrá ocupada mientras rompo la barrera del sonido. Hay veinticinco, pero las más relevantes están arriba. Tratan sobre la pintura y Sofía».

«Te puedo decir, por mi visión de ella, que Sofía se llamaba muy bien».

Ángela reflexionó. «Me recordaba a su tocaya Sofía Loren, ardiente y sexy».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Alex sacó el Ferrari de su plaza de aparcamiento y se dirigió a la salida. «Me alegro de haberme perdido esa parte de tu ilustre vida pasada. No me habría gustado verte hacer el amor con otro hombre».

«Ese otro hombre eras tú, Alex».

«Supongo que tienes razón, pero no tengo ningún interés en competir con una versión pasada de mí mismo. Además, la nueva es un modelo muy mejorado». Sus cejas se movieron provocativamente.

Ella soltó una risita. Otra cosa que le parecía adorable era el escandaloso movimiento de cejas de Alex. «No tienes que preocuparte por la competencia de los hombres muertos».

«¿Es eso un aval para mi currículum? ¿Estás pensando en hacerme una prueba?».

«No, sabelotodo». Puso los ojos en blanco. «Sólo digo que puestos a elegir entre vivo o muerto, me quedo con la versión viva, que respira, caliente y con sangre corriendo por sus venas».

Se rió y dio un puñetazo al aire. «¡Punto! Uno para el Alexmeister».

Ángela abrió el sobre y sacó las páginas que contenía. Le llamó la atención la pulcra caligrafía. Joder, qué perfeccionista era. Supongo que eso es lo que los internados hacen por ti.

Alex tenía razón. Cuando llegaron a la carretera principal, Strada regionale 222 Chiantigiana, estaba tan inmersa en las letras que ni siquiera se dio cuenta de que Alex había cambiado de marcha sin problemas. El motor ronroneó mientras el gran tigre Testarossa se desataba y el paisaje pasaba borroso.

Mayo 10, 1944

Cara Mama:

Los extraño demasiado, pero si hay un lugar que siento como mi hogar, es Florencia. La ocupación es buena para mí, ya que mis obligaciones no consisten en conquistar a mis hermanos italianos, sino más bien en ganarme su confianza y cooperación. Estoy aquí para proteger el arte, aunque estoy seguro de que el Führer acabará teniendo otros planes.

Trabajo en el Museo Uffizi, que recordarán por albergar muchos de los tesoros artísticos más significativos de Florencia, en particular la colección de los Médicis. No tengo palabras para describir la belleza de las joyas que alberga este palacio. Cada día me siento maravillado. Poder examinar y estudiar estas obras maestras del Renacimiento es un sueño hecho realidad. Ojalá fuese en otras circunstancias.

BELLE AMI

Como dato al margen, estoy trabajando con una historiadora del arte aquí en la Uffizi. Está muy cualificada y bien informada y no parece tenerme rencor, lo que hace que nuestra relación sea agradable. Se llama Sofía, y le diré que está muy lejos de ser una académica al uso. Gracias a ti y a tu insistencia en hablar sólo italiano cuando papá no estaba en casa, tengo ventaja sobre todos los demás oficiales alemanes que necesitan traductores.

Sofía y yo conversamos sobre arte e historia, lo que hace que nuestros desacuerdos sean emocionantes y estimulantes. Como tú, mamá, es una mujer decidida y dispuesta a defender sus creencias. Debo admitir que me cae muy bien...

ÁNGELA MIRÓ HACIA ARRIBA y dio un vistazo al magnífico paisaje toscano que pasaba junto a su ventana. Reflexionó sobre Gerhard, un hombre con lealtades divididas, que debía amar a su patria y se horrorizaba ante el auge del culto a la muerte del nazismo.

En cualquier otro momento, que no fuera una época de guerra, habría llevado una vida inmersa en el mundo académico, escribiendo artículos y enseñando en una universidad. Gerhard era el tipo de hombre que respondía a su sensibilidad. Compartían una pasión común, lo que reforzaba su afinidad con él. Hojeó las cartas en las que se le informaba de poco más que de su rutina diaria y de su creciente afecto por Sofía.

Junio 10, 1944

Cara Mama:

Seguramente ya habrás escuchado que Roma ha caído en manos de los Aliados y que Alemania está librando una dura batalla. He oído que hay una invasión aliada en Normandía. Se acerca el fin.

Nuestras pérdidas aumentan día a día, y es dudoso que podamos mantener Florencia por mucho más tiempo. Sin embargo, trato de mantener mis pensamientos en el trabajo que tengo entre manos. Me preocupa constantemente el arte tan delicado y perecedero. No puedo concebir la idea de que una bomba caiga sobre la más bella de las ciudades. Haría cualquier cosa por proteger los tesoros irremplazables que abundan aquí. Me horroriza pensar que lo que costó más de mil años construir podría ser erradicado en un instante.

Hablando de tesoros, he hecho un descubrimiento digno de mención. Sofía y yo estábamos buscando en los almacenes y encontramos una pintura que me llamó la atención. Se trata de un retrato de boda renacentista como nunca antes había visto. Como muy pocas obras de la época llevan la firma del artista, los historiadores se han basado exclusivamente en la documentación histórica para autenticar una obra, en su propia experiencia del estilo del artista o en su instinto.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Sofía me dio el gusto y buscamos en los archivos documentación sobre el cuadro. El sublime retrato, Mama, era propiedad de la familia Médicis. Se atribuye al taller de Leonardo Da Vinci, es decir, a uno de sus alumnos. Sin embargo, no se nombra a ningún alumno en concreto. Mamá, estoy convencido de que este cuadro sólo pudo ser pintado por da Vinci.

La delicada pincelada y la atención al detalle, el pelo trenzado de la joven novia con incrustaciones de perlas y su hipnotizadora sonrisa llevan la firma de Da Vinci. Ella mira desde el retrato con la misma sonrisa cómplice de la Gioconda. Me enamoré de ella. El fondo, ojalá pudieras verlo, es como una instantánea de Florencia tomada desde las alas de un ave en pleno vuelo.

Sólo el propio Maestro podría haber creado tal perfección. Sólo el propio Maestro podría haber imaginado esta perspectiva. Este es el tipo de obra que está más en peligro. Por considerarse insignificante y atribuirse a un artista menor, podría ser robada fácilmente por soldados que pensarían que ni siquiera se echaría de menos. Estoy decidido a que eso no ocurra.

Sofía y yo hemos discutido sobre esto sin cesar. Aunque a menudo dejo que mi bella compañera de trabajo saque lo mejor de mí en este tema, no tengo intención de acceder.

A estas alturas, te habrás podido dar cuenta de que mis sentimientos por Sofía van más allá de los compartidos entre colegas. De hecho, estoy muy enamorado y tengo intención de casarme con ella. Ya me habría casado con ella de no ser por esta guerra insoportable. Sé que la amarás, mamá. En muchos aspectos, se parece mucho a ti. Cabezota y decidida, pero con un corazón de oro. Tengo mucho más que contarte, pero tendrá que esperar hasta que te vuelva a ver.

Tu querido hijo, Gerhard

BELLE AMI

Ángela hizo una pausa en su lectura y miró por la ventana. Los cipreses bordeaban la carretera y, más allá, un mosaico de viñedos bordeaba las colinas. Tuvo una abrumadora sensación de déjà vu. *No es la primera vez que recorro esta carretera...* «Alex, ¿desde cuándo tienes este viñado?».

«Lo compré hace dos años.» «¿De quién era antes?»

«Era parte de la finca de una anciana. Era la última de su familia que eligió vivir en el campo y atesoraba la vida agraria. No sé cómo se llamaba. Estuvo un tiempo en custodia antes de salir a subasta. La mía fue la puja afortunada. ¿Por qué lo preguntas?»

«Sé que he estado aquí antes.»

«Qué extraño. A mí me pasó lo mismo la primera vez que vine. Me enamoré de la zona desde el primer momento. Pasé una semana buscando una propiedad con mi agente inmobiliario. Al principio, pensé en un chalet de fin de semana que no requiriera demasiado mantenimiento. Nunca soñé con tener un viñado, pero se convirtió en una obsesión cuando vi Casa del Sole. Tenía que tenerla».

«Estoy deseando verla».

«Te va a encantar. La casa principal es un poco rústica, pero tiene buenos huesos, y me gusta un poco la cutrez de la misma. La única parte que he modernizado totalmente es mi dormitorio y la cocina. Está un poco desfasado con el resto de la casa, pero la mezcla de viejo y nuevo se adapta a mi gusto».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Me pregunto dónde estaba la casa de la familia de Sofía. Las cartas dicen que era de Chianti. Esto es Chianti, ¿no?»

«Chianti es la denominación de la región vinícola específica del vino. Abarca muchos pueblos, pero Montefioralle definitivamente está en el corazón del Chianti».

Se quedó mirando por la ventana. «Sé que he estado aquí antes. Debe de haber un ayuntamiento donde guarden los registros, o quizá la iglesia. ¿Qué te parece?»

«Creo que es una gran idea. Al menos sabemos el apellido de Sofía, Caro, pero dudo que encontremos algo sobre Gerhard Jaeger».

«Eso es cierto, pero tal vez asumió otro nombre, otra identidad. Al menos es un comienzo».

Miró por la ventana a la luz que se filtraba entre los árboles. Un destello de luz solar la cegó. Parpadeó y levantó la mano para bloquear la luz. Por el rabillo del ojo, vio movimiento. Entrecerró los ojos y vio a un hombre persiguiendo a una mujer. La mujer reía, corría y de vez en cuando se giraba para ver lo cerca que estaba el hombre de ella. Sus cabellos oscuros bailaban alrededor de sus hombros y le ocultaban la cara cuando se volvía para mirarle. El hombre alto y rubio se acercaba y estaba a punto de alcanzarla. Ángela estaba hipnotizada por la romántica viñeta preguntándose qué pasaría cuando atrapara a la joven. El Ferrari tomó una curva y, con un suspiro de decepción, perdió de vista a la pareja.

«¿Los has visto?»

Alex le robó una mirada. «¿Que si he visto a quién?»

«¿La hermosa pareja que corría entre los árboles?»

Le dedicó una sonrisa curiosa. «Es sólo un hermoso paisaje, cariño».

Un escalofrío le recorrió la espalda. Fue una visión. Se había abierto una ventana. Dos mundos superpuestos, uno aquí y ahora y otro setenta años antes. «Nos vi, a ellos, a Sofía y Gerhard. Corrían, reían». Una gran tristeza la invadió. «Eran felices, estaban enamorados. ¿Qué ha pasado?»

Alex le tomó la mano. «No lo sé, Ángela, pero significa que estaban aquí, en Montefioralle. Tu segunda visión lo confirma».

BELLE AMI

Las lágrimas le nublaron la vista. «Así es, ¿verdad? Estamos en el buen camino y cada vez más cerca de la verdad».

«Quería alejarte de toda esa locura y estrés, pero lo único que he hecho es acercarte más a ella».

«No creo que pueda evitarlo. El misterio no nos abandonará hasta que se resuelva. Estamos siendo guiados, Alex».

«Supongo que tienes razón». Alex condujo por un camino de grava y se detuvo ante unas pesadas puertas de madera. Un cartel anunciaba CASA DEL SOLE, UVA E VINO. Pulsó el timbre y una voz femenina respondió: «Sí».

«Ciao Maria, sono Alex.»

«Bentornato, Signore Alex.»

Alex condujo lentamente por el sinuoso camino de entrada y tres perros que ladraban rodearon el coche moviendo la cola. «Acabamos de poner un portón eléctrico. Tengo que pedirle un control a María. María y José son una pareja que trabaja para mí. José se encarga del viñedo y María de todo lo demás. Estaría perdido sin ellos».

«Interesantes nombres bíblicos, María y José».

«Ja, nunca se me había ocurrido. María es como el tipo de madre universal, y José es el tipo fuerte y silencioso. Es un hombre de pocas palabras pero un hombre de acción. Tuve mucha suerte de encontrarlos. Son de Rumania. Cuando compré la casa, la pareja, que se había ocupado de todo para el propietario anterior, se jubiló.»

«Entonces, ¿María y José nunca conocieron a la dueña anterior?»

«No, nunca la conocieron.»

Alex rodeó una fuente en la que había una estatua de Baco borracho sosteniendo una copa de vino. Se sentó a horcajadas sobre un barril de vino con un surtidor que arrojaba un chorro continuo de agua de color burdeos a la pila de la fuente. «Muy ingenioso, Alex».

«Ojalá pudiera atribuirme el mérito, pero estaba aquí cuando compré el viñedo. Alguien tenía sentido del humor».

Alex saltó del coche y ayudó a Ángela a salir. Estaba rodeada por tres perros que la lamían y se disputaban su cariño. «Son preciosos. Echo de menos al labrador de mi padre, Misty». Ella se inclinó, permitiéndoles el acceso a los besos. «¿Qué son?» Soltó una risita mientras los perros buscaban palmaditas en la cabeza. «Nunca había visto estas razas».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«¡Seduti!» Las grupas de los tres perros golpearon el suelo y sus ojos se clavaron en Alex. «Todos son de raza italiana». Frotó la cabeza de la perra robusta y peluda de color caramelo. «Esta es Zabaglione, la llamamos Zaba, y es una Spinone. Es una raza antigua de perros de caza».

Acarició la cabeza del segundo perro, de pelo corto con manchas marrones oxidadas y conmovedores ojos verdes. «Esta jovencita es Amarena, o Ama a secas. Es una Bracco Italiano, una pointer italiana. La encontrarás muy femenina. Persigue pájaros, ardillas, conejos y cualquier cosa que se mueva durante todo el día, pero cuando le das de comer es tan delicada y educada como una princesa».

Frotó el corto pelaje rojizo del tercer perro. «Y por último, pero no menos importante, mi compadre, el otro amo y señor de la casa, Tiramisú, al que llamamos Misu. Es un Segugio Maremmano, un sabueso italiano. Misu y yo seguimos juntos; él viene a mí con sus problemas de chica, y yo le confío los míos».

La risa de Ángela hizo que los tres perros se pusieran en pie. Volvieron a lamerle las manos y a girar en círculos, suplicando atención. «De alguna manera, no te imagino con problemas de chicas».

«Tal vez sea porque no hay chicas en mi vida. O mejor dicho, no había chicas», dijo con un guiño. «Mira a esos traidores abandonándome por ti».

«Tienen un gusto excelente y pueden detectar a un blanco fácil». Siguió rascando y acariciando mientras alzaba la vista y contemplaba la fachada de piedra de la casa, donde viejas enredaderas de buganvillas trepaban por las columnas de piedra. Grandes macetas de terracota repletas de rosas blancas flanqueaban los escalones de piedra que conducían a la puerta principal. Toda la carpintería, las contraventanas, los marcos de las ventanas y los arcos de las puertas de doble hoja estaban pintados de azul celeste. Dos viejas glicinias nudosas cubrían el porche y sus flores amarillas contrastaban con el exterior de estuco blanco y el tejado de tejas rojas.

«Alex, esta casa es preciosa. No debes cambiarla nunca».

Se rió. «No voy a hacerlo, sólo una pequeña reforma moderna, fontanería, aire acondicionado, lo aburrido esencial. Ya remodelé la cocina, y María me bendice regularmente por esa modernización. Pero si te gusta como está, así se quedará».

BELLE AMI

El calor inundó sus mejillas. «No pretendía decirte qué hacer con tu casa. No es mi asunto....»

Alex le tapó los labios con el dedo, haciéndola callar. «No, Ángela, por favor. Quiero que te sientas cómoda aquí. Además, ya te he dicho que me encantan los bordes desgastados y la calidad de la casa, y me imagino viviendo aquí a tiempo completo algún día, cuando sea viejo y canoso.»

¿Cómo sería mecerse en el columpio del porche, tomada de la mano de una versión más vieja de Alex? ¿Es tan descabellado pensarlo?

Una mujer regordeta y sonriente con rizos sal y pimienta, vestida con un delantal blanco sobre un sencillo jersey azul de punto de manga corta y una falda gris de línea A, abrió la puerta principal y salió al porche. Efusiva en su saludo, apretó la mano de Ángela hasta que, incapaz de contenerse, la abrazó con sus brazos en un fuerte abrazo de oso y la besó con fuerza en ambas mejillas. Ángela le devolvió el abrazo, sintiéndose inmediatamente atraída por aquella maternal mujer.

Mientras Alex hablaba en italiano con María, Ángela echó un vistazo a su alrededor. Hasta donde alcanzaba la vista, los viñedos trepaban por las laderas enrejadas que rodeaban la propiedad. Los olivos de hojas plateadas salpicaban el paisaje, protegiéndolo del sol de la Toscana. Dondequiera que mirara, Ángela disfrutaba de una vista de postal.

Alex sacó las dos maletas del coche y Ángela lo siguió hasta la amplia entrada. Los amplios suelos de madera, pulidos hasta alcanzar un brillo resplandeciente, se extendían hasta un acogedor salón con una inmensa chimenea de piedra. El hogar ennegrecido recordaba los cientos de incendios que había sufrido. Más allá del salón, unas puertas correderas de cristal daban al patio y a los jardines.

«Te llevaré más tarde a dar una vuelta. Nuestra gran comida del día es el almuerzo, y tengo la ligera sospecha de que María lo ha preparado todo para ti. Servirá al aire libre en el patio. El horno de pizza está preparado y listo, así que tenemos poco tiempo. Hay que hacer las tartas cuando las brasas están calientes».

¿Hacer pizza casera en un horno al aire libre en la Toscana? ¿He entrado en la portada de la revista Bon Appetit? Debo estar soñando. Primero Florencia y ahora la campiña toscana.

Alex estaba haciendo realidad todos esos deseos que nunca esperó que se hicieran realidad, y eso la asustaba. No quería que sus sentimientos por Alex se confundieran con el mundo que él le ofrecía o con sus vidas pasadas. Su atracción por él no era por tener una vida de cuento de hadas.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Deseaba que fuera por todas las razones correctas. Quería que fuera porque besarle le hacía temblar las rodillas, y mirarle a los ojos le producía un cosquilleo en la piel, y que cuando él la tocaba, su cuerpo se iluminaba como árbol de Navidad. Pero lo más importante era que quería ser su saludo favorito y su despedida más dura. Sabía que era un sueño de colegiala, pero era su sueño y no tenía intención de conformarse con menos.

Lo siguió escaleras arriba, y la sensación la inundó de nuevo, erizándole el vello del cuello y los brazos, esa sensación punzante de haber hecho eso antes, de haber estado antes en ese lugar. No sólo estaba repitiendo lo que ya había sucedido, sino que lo estaba repitiendo todo con el mismo hombre al que había amado en una vida pasada.

Otro mundo y otro tiempo apenas se ocultaban. Ángela tenía la sensación de que todos los recuerdos de sus vidas pasadas estaban fuera de su alcance, esperando a ser desbloqueados. Se encontraba sobre hielo fino, un hielo a punto de resquebrajarse. Cuando cediera, ¿se ahogaría en un río de tiempo sin fin, o se haría fuerte con el conocimiento de todo ello? ¿Podría corregir los errores del pasado?

Al subir las escaleras había un pasillo. «Aquí estamos. Alex empujó una puerta con el hombro. «Mi habitación está al final del pasillo». Dejó la maleta en el suelo de madera pulida.

La luz del sol entraba por una ventana vertical e iluminaba las paredes de cristal amarillo. En el centro de la habitación había una pesada cama con armazón de madera y cabecero de hierro forjado con un diseño curvilíneo. La cama estaba cubierta de sábanas de damasco color crema con múltiples almohadas de terciopelo crema y beige, una invitación a la siesta vespertina. Un gran armario de pesada madera oscura descansaba contra una pared lateral. Al otro lado, una puerta daba a lo que Ángela supuso que era el cuarto de baño. La habitación estaba decorada con tan buen gusto como su habitación en el apartamento de Alex en Florencia. Colgadas de la pared había fotografías de laderas con hileras y más hileras de viñedos repletos de uvas y olivares con antiguas prensas de aceitunas. En las fotos, el paisaje tenía un aspecto muy parecido al que habría tenido hace quinientos años y, desde luego, hace setenta. En las imágenes de la campiña toscana, el tiempo se había detenido.

Se acercó a la ventana y contempló la ladera aterrazada, donde crecían hileras y más hileras de vides cuidadas. Incluso desde esta distancia, podía ver que las vides estaban cargadas de fruta. «Alex, ¿cuándo es la vendimia en Chianti?»

BELLE AMI

« Nosotros lo llamamos la vendemmia, y suele ser el mes de septiembre, pero realmente es en el momento exacto en que las uvas alcanzan su plena madurez. No pueden faltar más de unas semanas, un mes como mucho».

«Suena increíble. Me encantaría verlo». Alex se colocó detrás de ella y la tomó por los hombros. Su tacto era como una droga, y ella no pudo evitar relajarse contra su pecho.

Su cálido aliento le producía un cosquilleo en la espalda. «Tengo la ligera sospecha de que lo harás».

Sintió que se derretía entre sus brazos. La proximidad de sus labios a su oreja le puso la piel de gallina e hizo que le flaquearan las rodillas. «¿De verdad?» Su voz sonó entrecortada a sus oídos.

«De verdad. La giró hacia él y bajó la cabeza, cubriendo sus labios con los suyos.

Con voluntad propia, ella le rodeó el cuello con los brazos y se estrechó contra él. El calor entre ellos se intensificó, y ella supo que cuando rompieran el beso, sus mejillas brillarían tanto como las luces de un árbol de Navidad. Sin aliento, sus labios se separaron, pero sus cuerpos siguieron apretados.

Él le besó la punta de la nariz. «Será mejor que no dejemos esperando a María y a José. Has expresado tu pasión por la pizza».

Ella fue incapaz de pronunciar palabras y asintió.

«Nos vemos abajo en el patio en unos minutos». Cerrando la puerta tras de sí. Se dirigió a la cama y se recostó en ella, sonriendo. *Admítelo, ese beso te dio vértigo. Y la verdad es que, si hubiera seguido besándote, ahora mismo estaría contigo en esta cama. Pero entonces nos perderíamos la pizza, y la pizza equivale al cielo.*



Necesitó todas sus fuerzas para salir de la habitación de Ángela. Un segundo más y no habría podido evitar ir más lejos. El beso, en fin, tenía derecho a robarle un beso, no había nada que hacer, pero había prometido esperar a que ella diera el siguiente paso. Joder, empiezo a arrepentirme de esa promesa. Estaba tan excitado que se dio una ducha helada antes de bajar las escaleras.

Más tarde, cuando volvieron a bajar y se sentaron a la mesa del patio, él sirvió dos copas de Prosecco y le entregó una a ella. Levantando su copa, brindó: «Por recuperar nuestro retrato de boda, resolver el misterio de Leonardo y avanzar más allá del pasado y hacia el futuro».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Ella chocó su copa con la de él. «No podría estar más de acuerdo». Sonrió. José dobló la esquina con una gran bandeja.

A Ángela se le iluminaron los ojos. «La pizza. Muero de hambre».

Su infantil entusiasmo le hizo cosquillas. Alex se alegró de haberla convencido de venir al campo. «Vamos. Se levantó, la tomó de la mano y la levantó de la silla. «Toma tu Prosecco. Sin soltarla, la condujo a la cocina exterior. Del horno de pizza salían columnas de humo. José lanzaba la masa al aire con pericia y colocó el círculo sobre la encimera de pizarra lisa. «José, questa è Ángela.»

José, un hombre alto, moreno y musculoso de amables ojos marrones, se levantó el sombrero e inclinó la cabeza respetuosamente. «Piacere».

Ángela le ofreció la mano y José se inclinó para besársela, dejando una blanca capa de polvo. Ella se rió: «No pretendía que me besaras la mano. Simplemente quería darte la mano, José».

Alex tradujo y todos se echaron a reír. María se unió a ellos y le entregó a José una copa de Prosecco. Después de otro brindis, sirvió la salsa sobre la pizza y la cubrió con mozzarella rallada. Luego, con un toque de humor, esparció hojas de albahaca fresca y la cubrió con un chorrito de aceite de oliva. José recogió el pastel y lo introdujo en el horno.

«Hmmm... Qué bien huele». Alex se volvió hacia ella con una sonrisa. «Prefiero la masa fina a la gruesa napolitana tradicional. ¿Y tú? ¿Tienes alguna preferencia?»

«Bueno, fina es mejor para mi figura», respondió ella poniendo los ojos en blanco.

Alex la miró. «Yo diría que, independientemente de gruesa o fina, tu figura me parece estupenda».

José sacó la pizza ligeramente carbonizada del horno caliente. María la cortó expertamente con una rueda y la sirvió con una sencilla ensalada verde y tomates frescos. Tras devorar el primer plato, José volvió al horno con Alex y Ángela a cuestas. Empujó las brasas hacia el centro del horno y colocó una rejilla sobre las brasas. En la parrilla cocinó un grueso filete de buey que, según explicó Alex, era una receta tradicional de la región, Bistecca alla Fiorentina. El filete se servía con espinacas salteadas en aceite de oliva con ajo laminado. Fue una comida celestial. María sirvió una tarta de limón de postre, café expreso y un aperitivo de licor dulce de Amaro Fernet Branca.

Varias copas de Prosecco ya habían hecho efecto, y a Ángela le pesaban los párpados.

BELLE AMI

«Alex, ¿te importaría mucho que tomara una siesta? No puedo mantener los ojos abiertos».

«Me parece una gran idea. Nada mejor que una siesta por la tarde». No pudo contener el fuego que se encendió en su interior ante la idea de dormir la siesta con ella. Por desgracia, hoy no.

Ella se levantó y, tambaleándose un poco, se agarró al borde de la mesa. «Creo que he bebido demasiado Prosecco», soltó una risita. «Y el vino ha acabado conmigo».

Alex se levantó y le rodeó la cintura con el brazo. «Ven, déjame ayudarte a subir».

Ella le dedicó una sonrisa tonta, con un adorable hoyuelo en la mejilla. Resistiendo el impulso de taparle los labios con los suyos, la llevó escaleras arriba y la sentó en el borde de la cama. Tiró de las sábanas y ella cayó hacia atrás, riendo como una adolescente. «Nunca me había emborrachado tanto durante el día». Ella susurró con los ojos abiertos como platos: «Es agradable».

Él sonrió ante su adorable expresión. *Podría realmente acostumbrarme a esto.* Le levantó las piernas y le quitó los zapatos. Ella movió los dedos de los pies y volvió a reírse. Suspiró, deseando meterse en la cama con ella. Se acercó a la ventana y cerró las cortinas, impidiendo que la luz de la tarde la molestara mientras dormía. «Disfruta de tu descanso, Ángela». Antes de cerrar la puerta, encendió el ventilador y la miró. Tenía los ojos cerrados y sonreía satisfecha.

De vuelta en su habitación, se tumbó con los brazos detrás de la cabeza, contemplando fijamente el ventilador giratorio. No hacer nada con Ángela era mejor que hacer algo con cualquier otra mujer que hubiera conocido.

El estruendo de un trueno resonó en la distancia, el sonido de una tormenta vespertina que se desplazaba por las montañas. Deseó tener a Ángela a su lado, envuelta en sus brazos. Sería tan agradable abrazarla mientras dormía. Cerró los ojos y dejó que su imaginación fuera donde su cuerpo anhelaba estar.

CAPITULO DOCE

Montefioralle, Italia
Septiembre 30, 1944

L

a última cosa que Ángela recordaba era sumergirse entre las almohadas y escuchar el estruendo de un trueno. Le lanzó un beso a Alexy corrió sobre una loma, sabiendo que él la perseguiría.

Grandes gotas de lluvia caían desde las negras nubes que se cernían sobre ella, y en cuestión de segundos llegó el aguacero. Se empapó hasta los huesos, pero a Ángela no le importó. Ni un poco.

Resbaló en el barro y rió cuando él la atrapó. Volvió la cara hacia él y sonrió a los preciosos ojos de su amado. «Gerhard...»

Gerhard le acercó el dedo a los labios. «Querida Sofía, tienes que llamarme Giorgio».

Ella besó la punta de su dedo. «Lo siento, pero a veces se me olvida. Giorgio Bandini, mi contable de Pisa. El hombre con el que me casaré este fin de semana en la iglesia de Santo Stefano».

«El hombre al que sus hermanos protectores casi disparan en el acto.»

«Cuando oyeron tu acento, ¿qué esperabas? Si no me hubiera puesto de rodillas y suplicado por tu vida, estarías plantado en la viña dando frutos». Sofía se rió. «Probablemente, te habrías convertido en un dulce Riesling».

«Acariciar tus labios como vino no habría sido un destino tan horrible».

BELLE AMI

« Qué romántico eres, Giorgio. Debemos agradecer a la Santísima Virgen que haya escuchado mis plegarias».

Tras horas de discutir con sus hermanos, les había convencido para que lo dejaran vivir. Sofía estaba consciente de que había sido el niño que llevaba dentro quien había decidido su destino. Ninguno de sus hermanos podía dejar huérfano a su futuro sobrino. Desde entonces, las cosas se habían estabilizado en una rutina satisfactoria. Sabía que sus hermanos no confiaban plenamente en él, pero habían acordado una tregua y le habían dado tiempo para demostrar su lealtad. Un paso en falso, y ella sabía que lo matarían.

Primero, el matrimonio que legitimaría a su hijo, y luego Giorgio Bandini, el falso contable de Pisa, aprendería el negocio del vino desde la plantación hasta la vendimia. Siempre hacía falta un cuerpo fuerte para trabajar la viña. Sofía era socia a partes iguales con sus dos hermanos solteros, Stefano y Roberto, y se aceptaba que, como marido, Giorgio asumiera el lugar que le correspondía.

Levantando el rostro hacia el cielo, la lluvia celestial cayó sobre su cara y su cuerpo. El cálido chaparrón de verano empapó su sencillo vestido de algodón amarillo, esculpiéndolo en sus pechos y piernas turgentes. Gerhard la atrajo hacia sí y sus labios se fundieron con los de ella. Ella conocía y amaba el fuego de sus ojos.

«Sofía, eres una diosa», murmuró. «Dio, ti voglio. Quiero hacerte el amor en esta suave alfombra de hierba, con tu cuerpo flexible y bendecido con nuestro hijo. Lo eres todo para mí».

Ella puso la mano en su mejilla y le acarició la cara. «Espera, ya casi llegamos a la cueva». Le tomó de la mano y le guió colina arriba.

Al llegar a la cima, la niebla los rodeaba, y pesadas nubes se arremolinaban a su alrededor, dándoles un aspecto fantasmal. El corazón de Sofía latía con fuerza por el esfuerzo de la escalada y la expectación de hacer el amor. Para complacer a sus hermanos, habían dormido separados desde su llegada a Montefioralle. Su sobreprotectora familia insistió en que se contuvieran hasta que el sacerdote bendijera su matrimonio en la capilla. Ella había protestado contra la ridícula idea, pero Gerhard, deseoso de ganárselos, la había convencido de que era lo mejor.

La cueva era un refugio, guardado en secreto por generaciones de Caros. Nadie conocía su existencia, salvo sus hermanos. En ella había grandes barriles de roble llenos de vino. Lo mejor de la producción de cada año, almacenado en las frías profundidades de la cueva para su añejamiento. En sus paredes había estanterías en las que se colocaban las botellas, algunas con más de cuarenta años. El camino de subida, aunque empinado, era transitable con un carro tirado por un burro.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Varias veces al año, la familia Caro bajaba sus mejores botellas de Chianti para venderlas en el mercado y disfrutarlas en las celebraciones.

Sofía pareció desplazar mágicamente una enorme roca hacia un lado. Se dio la vuelta y se rió al ver la cara de incredulidad de Gerhard. Alguien había ideado y ejecutado una proeza de ingeniería. Nadie en la familia Caro sabía qué patriarca había ideado una entrada tan ingeniosa. La respuesta a aquel enigma se había perdido para las generaciones siguientes. Pero cada generación sucesiva la había mantenido y guardado en secreto. Se había extendido entre la familia el rumor de que el propio Leonardo Da Vinci había diseñado el mecanismo. Qué emocionante si fuese cierto.

Sofía se deslizó por la estrecha abertura y Gerhard la siguió.

Gerhard la siguió. Estaba oscuro, pero Sofía conocía bien el lugar. La cueva había sido su refugio secreto desde la infancia. El santuario de una niña cuando sus dominantes hermanos eran demasiado para ella. Encendió una cerilla y una lámpara de queroseno; la luz y la sombra se deslizaron por las paredes, iluminando el interior. En cuanto volvió a colocar la roca en su sitio, el rugido del viento y la lluvia se convirtieron en un susurro.

Gerhard giró lentamente en círculo, con la cabeza levantada hacia el techo abovedado y las manos alisando las paredes blancas que algún ingenioso Caro había enlucido con yeso. Hacía fresco en la cueva y Sofía se estremeció. Gerhard la rodeó con los brazos y le frotó la espalda.

«Amore mio, quitémonos esta ropa mojada y pongámosla a secar».

Lo condujo al interior de la cueva, donde había un colchón de lino y mantas dobladas.

«Aquí esperaremos a que pase la tormenta, mi amor». Se tumbaron y se envolvieron en las mantas. Ella suspiró y apoyó la cabeza en el pecho de él. «Nunca he traído a nadie aquí. Es una regla familiar tácita. Ahora conoces el mayor secreto de la familia Caro. Si mis hermanos lo supieran, probablemente te cortarían la lengua». Soltó una risita. «O alguna otra cosa.»

«Pienso que podemos guardar este secreto entre tú y yo, Cara. Necesitaremos esa otra cosa. Planeo mantenerte descalza y embarazada». Le levantó la barbilla y cubrió sus labios con los suyos. Su aliento caliente le susurró al oído. «Déjame darte placer, mi amor. Hace tanto tiempo que nuestros cuerpos no son uno». Sus ojos bicolores brillaban con picardía. «Además, Cara, ya has hecho demasiado. Escalar montañas con nuestro hijo dentro. Debes dejar de hacerlo y cuidarte más».

BELLE AMI

«Nuestra niña será fuerte como su padre». «¿Y cómo sabes que es ella?» «¿Acaso eso es importante para ti?»

«No, claro que no. Si procreáramos una docena de niñas iguales a ti, estaría más que satisfecha».

«¿Una docena? Piensas a lo grande».

La abrazó, su aliento le acariciaba la oreja. «Sí, pero necesitamos más práctica. Esos hermanos tuyos nos están robando el placer». Ella respondió con un suspiro y apretó su pelvis contra él, provocando un gemido. «Después del domingo, no volveremos a dormir separados, amore mio».

«No podría pedir más, Sofía. Tú y nuestro hijo sois todo lo que querré».

Ella disfrutaba de sus juegos preliminares, de las bromas, de la forma en que su resistencia desaparecía cuando él la tocaba. Era como un hombre del Renacimiento, desarrollado en cuerpo y mente. Su amor la hizo atreverse. Lo acarició, conteniendo el aliento mientras él se endurecía contra su mano, hipnotizada por el deseo que ardía en sus ojos.

«Por mucho que quiera golpearte hasta el placer y escuchar tus gritos, Cara, seré suave». La penetró con movimientos lentos y suaves, cumpliendo su promesa y satisfaciendo a ambos.

Con un profundo suspiro, se relajó en la seguridad de sus brazos, disfrutando de la ondulación de su cuerpo dentro del de ella. Cuando los dos fueran viejos, apreciaría momentos como éste. Se preguntaba por el extraño giro del destino que había traído a Gerhard a su vida. Intentó recordar cómo era la vida antes de él. Trabajo y familia, pero sin amor ni pasión. Gerhard era la letra de su melodía. Juntos formaban una hermosa canción.

No recordaba haberse dormido, pero se despertó con el beso de Gerhard. «Seguro que la tormenta ha pasado. Será mejor que volvamos antes de que tus hermanos suelten a esos sabuesos para buscarnos».

Un rápido beso en los labios y ella se levantó. Antes de que se echara el vestido por la cabeza, Gerhard se arrodilló ante ella, acariciando y besando el pequeño bulto de embarazo que sobresalía de su vientre. «Te amo, mi piccolina, siempre te mantendré a salvo».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Al emerger de la cueva, Gerhard hizo rodar la piedra hacia atrás, y ésta se deslizó fácilmente en su sitio, y la abertura desapareció, y con ella la cueva secreta. «Quien diseñó esta entrada fue sin duda un genio». Tomó la mano de Sofía y comenzaron a bajar la colina.

Sofía respiró el aire fresco. Si no fuera por la guerra que asolaba Europa, no podría imaginar una vida más perfecta. El domingo, Sofía se casaría con el hombre que amaba. Sintiéndose afortunada y bendecida, se acarició el vientre, donde el hijo de su amor crecía a salvo en su interior. Se sentía animada, ilusionada por el futuro y saciada tras hacer el amor.

«¿Acaso hay algo tan fragante como el aroma de la tierra y los árboles después de un aguacero, excepto quizá la perfección de nuestro amor, amore? Deberíamos pasear por el viñedo a nuestro regreso, y las vides cargadas de uvas perfumarán el ambiente. Tal vez las uvas cubran el olor de nuestro sexo. Con su olfato tan desarrollado, mis entrometidos hermanos no podrán olfatear nuestra tarde de amor».

Gerhard sonrió y le apretó la mano. «Tus hermanos sólo están siendo protectores, y nuestros besos robados no han pasado desapercibidos para ellos. Te seguiría a todas partes, pero el único perfume que me apetece es el de tu cuerpo. No veo la hora de que nos casemos el domingo. Quiero pasar el resto de mi vida durmiendo envuelta en ti, il mio tesoro».

Estaba anocheciendo y la luz menguaba. El sendero era traicionero, resbaladizo y serpenteaba precipitadamente hacia las laderas cubiertas de viñedos. Un giro a pata de perro les puso cara a cara con un desconocido. Gerhard rodeó la cintura de Sofía con el brazo y la acercó a su lado.

«Disculpe», dijo Gerhard. «Esto es propiedad privada. ¿Se ha perdido?»

El corazón de Sofía retumbó en su pecho. El único acceso a este sendero era a través de la propiedad de Caro, y no había ninguna razón para que alguien ajeno a la familia lo utilizara. Había carteles de prohibido el paso a la entrada del sendero y en la parte delantera de la propiedad. Sonó una alarma, un aviso de que algo iba mal. Se hundió más en el abrazo de Gerhard.

BELLE AMI

El hombre se limitó a mirar a Gerhard, sonriendo. Sus ojos iban y venían de Gerhard a ella antes de posarse en ella. Sacó una pistola del bolsillo y les apuntó. Cuando habló, no lo hizo en italiano, sino en alemán. «Qué buen momento para una excursión vespertina». Miró a Sofía con aprecio. «Y una Fraulein tan sexy. Curiosamente, con toda la lluvia, tu ropa no está mojada». Miró hacia el sendero. «Tal vez, te escabulliste, y esos bonitos labios chuparon dein schwanz. Tal vez haya una cueva allá arriba, en algún lugar a salvo de la lluvia».

«Ponte detrás de mí, Sofía», susurró Gerhard. Sus ojos se entrecerraron, y sonrió fríamente a la alemana. Cuando habló, lo hizo en el alemán autoritario de un superior. «Lamento tus comentarios sucios. Le agradecería que mostrara un poco de respeto a mi esposa. No queremos problemas. Obviamente eres un desertor. En mi mochila, tengo comida y algo de dinero. Tómallo y déjanos ir. Este es un condado partisano, y será mejor que te vayas.»

«¿Escuchaste eso, Dietrich? Este hombre también es un desertor y se atreve a advertirnos que nos vayamos mientras él se acuesta con una puta italiana».

Desde detrás de ellos llegó la risa de otro hombre. «Esta no es una puta cualquiera, Franz. Esta es una belleza. Ni siquiera me importa que este gilipollas ya se la haya follado. Tomaré segundos o incluso terceros».

Gerhard se giró hacia un lado y empujó a Sofía detrás de él. Había dos desertores alemanes, uno bloqueando cada lado del sendero, y ambos hombres sostenían pistolas Luger apuntándoles. «Te advierto que no te acerques más».

Sofía temblaba de miedo. Desde lo más profundo de su ser le llegó una voz furiosa. «¡Tienen que irse! Mis hermanos se preocuparán y vendrán a buscarnos. Nuestros perros les darán caza y mis hermanos los matarán si nos hacen algo».

Los ojos del hombre llamado Franz brillaron. «Iremos, pero creo que no antes de haber probado un poco de lo que hay bajo tu falda». Se acercó a Sofía amenazadoramente. «Hacía mucho tiempo que no follaba con algo tan hermoso como tú, y apuesto a que eres una fiera en la cama». Se frotó la entrepierna. «Mein schwanz ist schon hart. Tu novio disfrutará viendo cómo te follan dos hombres de verdad».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Gerhard se lanzó sobre el hombre con un grito de rabia que resonó en las montañas. «¡No la toques, du Schwein!».

El arma que sostenía Franz se disparó. Los dos hombres cayeron al suelo, dando puñetazos y patadas. Dietrich gritó, agitando su arma salvajemente mientras intentaba disparar a Gerhard, pero Franz y Gerhard se retorcían y rodaban por el barro, chillando y gruñendo como leones en una lucha a muerte. Dietrich no podía hacer un tiro limpio.

Gerhard gritó: «Corre, Sofía. No mires atrás. Corre y grita». Pero Sofía se quedó helada, con los ojos mirando al suelo. «¡Vete!», gritó él.

Se dio la vuelta y echó a correr, pero entonces lo vio. Se agachó y recogió la pistola que Franz había dejado caer. Al darse la vuelta, vio a los dos hombres forcejeando, con los rostros magullados y ensangrentados. De repente, Franz echó el cuerpo hacia un lado, librándose del agarre mortal de Gerhard. Gritó: «Dispara a ese cabrón, Dietrich. Ahora».

Sofía gritó: «¡No!», mientras sonaba un disparo. Gerhard se quedó inmóvil. No estaba segura de lo que veía en la creciente oscuridad. Sólo sabía que esos monstruos no se la llevarían sin luchar.

Con ambas manos agarrando el arma, adoptó la postura del tirador y apuntó a Dietrich, y antes de que pudiera apuntar, le disparó en la cabeza. Cayó hacia atrás. Apuntó a Franz y oyó ladridos de perros y gritos de hombres. Venían sus hermanos. Gritó por encima del hombro: «¡Stefano, Roberto, ayúdenme!».

Franz también los oyó. Cargó contra ella, derribándola, y pasó corriendo a su lado llamándola zorra. La había dejado sin aliento, y ella yacía en el suelo, tratando de recuperar el aliento. Ignoró el dolor que le atenazaba el abdomen. Lo único que quería era llegar hasta Gerhard. Se arrastró hasta él y apoyó la oreja en su pecho. Los débiles latidos de su corazón resonaron en su interior. Tocó su cuerpo y sintió humedad. Levantó los dedos y vio que estaban enrojecidos por la sangre. Se incorporó y le puso la cabeza en el regazo. «Gerhard, cariño, ¿me oyes?»

Abrió los ojos. Apenas le oía susurrar su nombre. «Sofía, amore mio, estoy tan orgulloso de ti. Eres la mujer más valiente... que he...» Le costaba respirar.

BELLE AMI

«Gerhard, amor mío, resiste, por favor. Ya viene la ayuda». Podía oír a los perros ladrar, corriendo por el sendero.

«Es demasiado tarde, amor. Por favor, déjame hablar. Que sepas que te amé más que a nada en mi vida. Ojalá hubiera podido ver a nuestro hijo... por favor, perdóname por no quedarme aquí contigo».

«Gerhard, no...» No pudo contener los sollozos ni la rabia que la invadía. La idea de vivir su vida sin él era insoportable. «Quédate con el cuadro, Sofía. Por favor, guárdalo para nuestra hija. Es el único

«Es el único regalo que podré darle. ¿Me lo prometes?»

«No me importa el maldito cuadro. Sólo te quiero a ti, Gerhard.»

«Prométemelo, Sofía». Sus ojos se cerraron, y ella supo que lo estaba perdiendo.

Inclinó su frente hacia la de él, las lágrimas caían en riachuelos por su rostro. «Te lo prometo, amor mío. Prométeme que me esperarás».

Sus últimas palabras fueron un susurro. «Te esperaré por siempre».



Los ojos de Alex se abrieron.

¿Había escuchado un grito? Un trueno cruzó el valle y la lluvia golpeó el tejado. Las cortinas ondeaban como velas hinchadas por el viento. Se levantó de un salto y cerró las puertas francesas.

Luego volvió a escuchar el llanto de una mujer.

Corrió fuera de la habitación, corrió por el pasillo y abrió de golpe la puerta de Ángela. Se quedó un momento en el umbral, adaptando los ojos a la oscuridad. Ángela yacía en la cama, retorciéndose y llorando. Su corazón se retorció de dolor. La lluvia caía a cántaros, las cortinas volaban como fantasmas en la noche, y él se apresuró a asegurar las puertas francesas contra la embestida del viento. Se sentó en el borde de la cama y la abrazó. «Ángel, despierta. Es sólo un mal sueño, cariño». Le frotó suavemente la espalda y le acarició el pelo, calmándola con sus susurros tranquilizadores. «No pasa nada, Ángela. Estás a salvo».

Ella sollozaba y sus palabras se ahogaban en su hombro. «Fue horrible. Maté a un hombre, que te disparó, y otra vez te perdí».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Cariño, nadie me ha matado. Estoy aquí. Vivo. Sólo fue una pesadilla, y no me vas a perder».

Ella se apartó, buscando en sus ojos. «No, Alex, sucedió. Lo vi, todo. No quiero decir que te matara. Mató a Gerhard. En una montaña, en algún lugar, no estoy segura de dónde. Pero esto significa que ha sucedido dos veces. Has sido asesinado en dos de tus vidas pasadas. Y he tenido que verte morir. ¿No lo ves? No puedo dejar que eso suceda de nuevo».

«¿Ver qué? ¿De qué estás hablando?»

«Soy yo, Alex. Cada vez que estás conmigo. ¿No lo ves?» Sus manos se posaron a ambos lados de su cara. «Estamos malditos, Alex, somos el uno para el otro. Sólo nos atraemos la muerte y la destrucción. Ocurrirá de nuevo. Lo lamento. Necesito alejarme de ti, irme muy lejos. Tal vez entonces no ocurra. Tal vez pueda detenerlo. Pero la idea de dejarte me destroza».

«No vas a ir a ninguna parte, y no estamos malditos», dijo, poniendo sus manos sobre las de ella. «Esto es ridículo. No tienes nada que ver con esto, Ángel. Que algo haya pasado en otro tiempo, en otra vida, no significa que tenga que volver a pasar. No voy a dejarte ir».

La abrazó y la instó a que volviera a tumbarse. La calmó susurrándole cariños y besándola suavemente en la frente y las mejillas. Siguió besándola para quitarle las lágrimas mientras su respiración volvía a la normalidad. Al cabo de un rato, suspiró y se acurrucó en su abrazo. Sus brazos y piernas se entrelazaron mientras yacían juntos en la cama. Los únicos sonidos eran sus respiraciones entremezcladas y la lluvia que azotaba las ventanas...

Le resultaba difícil controlar el deseo que sentía por ella. Su cuerpo contra el suyo se apoderaba de él. Le sostuvo la mirada y vio la vulnerabilidad en sus ojos. Sus labios estaban tan cerca y ella también lo sentía. Podía sentir su deseo en la forma en que lo miraba. La forma en que temblaba contra él. Ella estaba librando la misma batalla...

Alex ya estaba harto de luchar contra lo que estaba destinado a suceder. Harto de luchar contra la corriente cuando lo único que quería era dejarse llevar mar adentro. Perderse en ella y sentir cómo les envolvían las olas de la pasión. Lo había deseado desde el primer instante en que la vio. ¿Hace menos de un mes? Parecía toda una vida. Diablos, se sentía como tres vidas. Ya no me importa mi promesa de esperar a que ella diera el primer paso. Algunas promesas están hechas para romperse.

BELLE AMI

Se inclinó y reclamó su boca. Sus labios ardieron sobre los de ella con un hambre que le sorprendió. Ardió en su interior, consumiendo todas sus dudas. Al principio, sintió que ella dudaba... Aun así, sus labios permanecieron unidos a los suyos, flexibles y sumisos, fundiéndose finalmente en pasión. Su beso le dijo que lo deseaba tanto como él a ella. Tomaron aire, jadeando.

Él podría haber parado ahí, como todas las veces anteriores, pero no lo hizo. Sus labios le rozaron la frente, le rozaron la sien, le llenaron la oreja con su cálido aliento, y luego su lengua trazó un camino por su cuello, con el aroma de ella embriagándolo. Nunca había sentido la necesidad de poseer a alguien tan desesperadamente. En esta ocasión, no se detendría hasta que ella fuera suya. Por lo que a él respectaba, podía quedarse en esa cama con ella el resto de su vida.

Ella suspiró, clavó los dedos en su pelo, arqueó la espalda, abriéndose a su hambre. Afuera, la tormenta arreciaba, pero no era nada comparada con la intensa tormenta de su interior. Ángela estaba equivocada. Estaban destinados a estar juntos. Estaba loco por ella. En lo más profundo de su ser sabía que estaban destinados a estar juntos.

«Alex... no deberíamos... temo... por tu vida».

«Claro que no. No hay poder en la tierra que pueda detenernos». Los pezones de ella se tensaron contra la camisa, presionándole el pecho, y ella gimió, como un canto de sirena que lo llamaba. Su corazón latía con fuerza y el deseo le recorría las venas. Le desabrochó la blusa y soltó el broche del sujetador con el pulgar y el antebrazo. Sus pechos se salieron de su confinación. Sus suspiros se convirtieron en gemidos cuando él llenó sus manos con el peso de ambos pechos y deslizó la lengua alrededor de sus pezones. «Dios, eres preciosa, nena».

Un relámpago cayó en algún lugar a lo lejos, y una luz blanca y cristalina llenó la habitación, pero todo lo que él podía ver eran los ojos cálidos por la expectación, los labios sonrosados por el beso. Corrientes de energía reverberaban entre ellos, cargando la atmósfera.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

El estruendo del trueno que siguió parecía haber liberado algo dentro de ella. Lo abrazó y se estremeció contra él. Se separó y se quitó la camisa por encima de la cabeza. Sólo podía pensar en el contacto de su cuerpo contra el suyo. Sus ojos lo miraron con admiración, aumentando su deseo. Luego, como un ciego que intenta descubrir la forma de algo, le pasó las manos por el pecho con delicadeza, haciendo que sus músculos se tensaran. Él no se movió. Esa lenta danza de descubrimiento era tan erótica. Dejándose llevar por ella, gimió cuando sus largos y delgados dedos recorrieron sus hombros y bajaron por su espalda, con la mirada clavada en la suya.

«Hacía tanto tiempo que quería tocarte», susurró Ángela. Esas palabras lo atrajeron como un imán.

Se tumbó a su lado y deslizó la mano desde el delicado hueco de su garganta hasta su abdomen, pasando por sus pechos. Se agitó, absorto en su belleza. «Sé que te prometí que esperaría a que dieras el primer paso», empezó con voz ronca, »pero han pasado tantas cosas en tan poco tiempo. No puedo detener lo que siento por ti, Ángela».

«No quiero que te detengas... Nunca antes había deseado de verdad que te detuvieras, y creo que nunca había deseado nada tanto. Es como si mi cuerpo se sintiera vivo por primera vez. He estado luchando contra esto por muchas razones, pero no quiero luchar más. Quiero saber a dónde nos lleva esto. Lo que se siente al ser completamente uno contigo»

Era un sentimiento tan dulce, que reflejaba lo que había en su corazón. Sus períodos de servicio le habían dado una fuerza y una fortaleza superiores a las de su edad. Su carrera le había proporcionado éxito y cierta satisfacción. Sin embargo, desde el momento en que conoció a Ángela, supo que su vida había cambiado para siempre. Estar con ella significaba para él más que cualquier otra cosa que hubiera experimentado. Acostarse a su lado, abrazarla, besarla, amarla era todo lo que le importaba. De algún modo, conseguiría que superaran ese tóxico síndrome de vidas pasadas y saldarían las cuentas. Encontrarían juntos ese condenado cuadro y resolverían el misterio. La historia no tenía que repetirse. La cadena podía romperse. De alguna manera, él cambiaría el resultado. Entonces pasaría el resto de su vida con esta increíble mujer.

«Ángel, te quiero conmigo. No tengo intención de que esto no dure». La atrajo hasta que cada parte de ella tocó cada parte de él.

BELLE AMI

Le encantó la risita de ella. «Te siento palpar contra mí».

«No puedo controlar esa parte de mi anatomía cerca de ti». Su risa retumbó en su pecho.

«Espero que sigas así».

«Ten cuidado con lo que esperas». La besó lenta y profundamente. Por el momento, controló su deseo, saboreando el dulce anhelo que crecía en su interior. Saboreando su sedosa piel con los labios y la lengua, acariciándola con las manos, quería imprimir su tacto en cada parte de su delicioso cuerpo. Bajó, provocando gemidos de deseo en ella mientras se dirigía a la fuente de su placer y la sentía hincharse bajo su lengua. Los gemidos de ella se hacían más fuertes a medida que él hundía más su cara en ella. Se contentó con adorarla con la boca hasta que se corrió. Era parte de la promesa que pretendía cumplir. Quería que ella lo dijera, que dijera que no podía vivir ni un minuto más sin él dentro de ella.

Cuando pensó que nada podía ser mejor que su sensación, su espalda y su cuerpo se puso rígido, temblando bajo sus labios. «Alex, te deseo».

La lamíó, completamente concentrado en complacerla. Cuando su orgasmo cesó, su cuerpo se relajó con satisfacción. Colgó los brazos por encima de la cabeza, suspirando. «Dios mío, Alex... Nunca había sentido nada igual».

Sus labios la recorrieron, saboreando cada centímetro. «¿Quieres más, nena?»

Su cuerpo se estremeció. «Sí... te quiero dentro de mí».

Podía oír la necesidad en su voz. Su propio cuerpo estaba tenso de deseo. Sus suspiros de placer, melódicos y sensuales, le aceleraron el pulso. Apenas podía contenerse de penetrarla. El tamborileo de la lluvia sobre los canalones, los aleros y el tejado reflejaba rítmicamente el latido de sus corazones.

Apoyando su peso, rodó sobre ella. Ella le había pronunciado las palabras que esperaba, y eso significaba más de lo que hubiera imaginado. La necesidad reprimida lo puso duro como una piedra. Temía hacerle daño, pero cuando la penetró lentamente, las caderas de ella se elevaron y lo envolvieron en sus dulces profundidades.

«Ángel», gimió. «No debería sentirme tan bien, nena. No voy a aguantar».

Ella sonrió, ondulando bajo él. «Quiero que lo recuerdes cada vez que me mires».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Confía en mí, no hay nada de qué preocuparse». Empujó rítmicamente dentro de ella, asegurándose de golpear su clítoris con cada penetración. Estaba a punto de correrse y, una cosa era segura, no se correría sin ella.

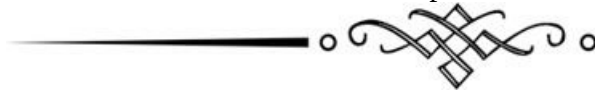
Sus cuerpos estaban empapados de sudor cuando sintió las uñas de ella clavarse en su espalda y la escuchó gritar. El dulce sonido de ella volcándose de nuevo lo llevó al límite, y él se hundió profundamente, endureciéndose con su liberación.

La estrechó entre sus brazos y se echó hacia atrás, abrazándola mientras su corazón volvía a la normalidad. Le acarició la espalda, provocándole suspiros de satisfacción. Sonrió y le besó la coronilla. Dormir toda la noche con ella entre sus brazos era algo a lo que podía acostumbrarse. Algo que deseaba más que nada.



CUANDO DESPERTÓ, el retumbar de los truenos se escuchaba a lo lejos. La tormenta se había alejado después de haber sido el inolvidable telón de fondo de la primera vez que Ángela y él estuvieran juntos. Recordar cómo hacían el amor provocó una sacudida en su organismo, provocando un cortocircuito en su mente que le impidió pensar en otra cosa que no fuera la pasión que ella había despertado en él. No esperaba descubrir a una sensual tentadora bajo su tranquilo y tímido exterior. Si no fuera por las persistentes quejas de su estómago, estaría encantado de quedarse en la cama con ella el resto del día. Se moría de ganas de volver a entrar en el fuego y sentir cómo lo envolvían sus llamas.

La casa estaba en silencio, adormecida como en deferencia a su descanso. Su manera de hacer el amor no parecía de este mundo. Se le pasó por alto que habían sido amantes en vidas pasadas, pero la única vida que le importaba era ésta. Lo único que sabía era que ella había hecho cantar de satisfacción cada parte de él.



Ángela
durmió segura en sus brazos mientras él estudiaba las tenues ojeras que ensombrecían sus ojos. Había estado exigente, agotándola con un ansia que parecía no tener fin. Finalmente la dejó dormir de madrugada. Incluso ahora, estaba tentado de despertarla con su hambre. Tendría que ser paciente y contentarse con abrazarla unos minutos más.

BELLE AMI

ÁNGELA ABRIÓ sus ojos y trató de orientarse en su entorno. Se encontraba en su habitación, técnicamente la habitación de invitados de Alex en Casa del Sol. Al soltarse de la sábana, se dio cuenta de que estaba desnuda. Una avalancha de imágenes eróticas de Alex y ella haciendo cosas de las que nunca se había creído capaz la bombardearon. Se habían amado de todas las formas posibles, y él la había hecho disfrutar cada vez. ¿Era todo un sueño?

Se movió en la cama y el dolor más dulce que jamás había sentido le hormigueó entre las piernas. No, no era un sueño. Los sueños no te dejan el cuerpo como si hubieras pasado por un maratón sensual. Se le escapó una sonrisa soñolienta y un ronroneo de satisfacción.

Se estiró, arqueando la espalda como un gato, y miró por encima de la cama. Su ropa estaba esparcida por el suelo. Ropa que habían tirado sin preocuparse de dónde podía caer. La evidencia y las vívidas visiones de ayer y anoche eran claras. La historia se había repetido. Amantes en vidas pasadas, ella y Alex eran amantes una vez más.

No quería pensar en cómo esas dos vidas pasadas acabaron en tragedia. Ahora mismo, su mayor preocupación era Alex.

¿Qué le diré cuando lo vea? ¿Cómo debo comportarme?

Estaba tan absorta dilucidando cómo comportarse que no escuchó el sonido del chorro de agua en el cuarto de baño. Se incorporó, intentando recordar lo que le había dicho en medio de la pasión.

Vaya momento para tener amnesia.

La puerta del baño se abrió y vio a Alex desnudo secándose enérgicamente el pelo con la toalla. A ella le encantaba el profundo color castaño de sus gruesas ondas, tan incongruente con los escarpados planos de su apuesto rostro. Sus miradas se cruzaron y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro. «Buenos días, guapa.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Buenos días», chilló. Sueno como una idiota. No podía dejar de mirar su hermoso cuerpo. Debía de estar ruborizada porque notaba el calor que le subía por el cuello hasta la cara. Pero, vaya, era hermoso. Era la primera vez que lo veía bien.

Verlo desnudo, recién bañado, un hombre en todo el sentido de la palabra, era excitante. De repente le costaba respirar y su cuerpo se calentaba como una tetera al fuego. En cualquier momento esperaba que le saliera vapor por las orejas y que sus labios se fruncieran en un silbido.

Dejó caer la toalla a los pies de la cama, disfrutando claramente de su inquietud. Luego, como un tigre, se abalanzó sobre ella y la atrajo hacia sí, con su cuerpo y el de él alineados en todos los lugares adecuados. «¿Continuamos donde lo dejamos?» Movié las cejas con una mirada lasciva.

Ella soltó una risita ante sus payasadas. «Yo... yo... necesito ir al baño». Se tapó la boca con la mano antes de que él pudiera besarla. Se zafó de su agarre, saltando de la cama y llevándose la sábana con ella. No iba a besar al príncipe azul con el aliento de la mañana.

Su risa retumbó en su pecho mientras colocaba sus musculosos brazos detrás de la cabeza y cruzaba los tobillos. Estaba perfectamente relajado, desnudo como un arrendajo. «Tómame tu tiempo, Ángel. No iré a ninguna parte».

Mientras ella avanzaba, las palabras de él la siguieron. «No tiene sentido cubrir lo que ya he visto.»

Respirando hondo, cerró la puerta tras de sí y apoyó la espalda contra ella. Le temblaron las rodillas y su corazón latió con fuerza, cada vez más deprisa, hasta que se hundió mareada en el suelo.

Tranquilo, mi corazón.

Incluso las cicatrices de batalla de su pierna, brazo y caja torácica no le restaban perfección, sino que aumentaban su atracción por él. Un dios herido, pero un dios al fin y al cabo.

En su mente de historiadora del arte, comparó la belleza masculina de Alex con las esculturas de Miguel Ángel. Alex era delgado y musculoso, perfectamente equilibrado, pero ella ya lo sabía.

Tenía que serenarse y recuperar la compostura. Una noche no significa para siempre. ¿Para siempre?

BELLE AMI

¿Acabo de presumir sobre la posibilidad de una relación permanente con Alex? Cálmate, chica. Lo que experimentaste fue lujuria mutua. Hemos estado trabajando hombro con hombro, y el enamoramiento estaba destinado a desarrollarse.

Hecho: *El hombre es tu jefe a todos los efectos.*

Hecho: *Las relaciones amorosas en el lugar de trabajo rara vez funcionan.*

Hecho: *tengo un miedo atroz a perderle.*

Hecho sobrenatural: *fuimos amantes en nuestras vidas pasadas.*

Apoyó los codos en las rodillas, apoyó la barbilla en las palmas de las manos y contempló su deliciosa situación. Estaba claro que Alex tenía su vida ordenada de una manera que le funcionaba. Soltero sin compromisos. Apartamento de lujo en Florencia, coches lujosos, escapadas al campo. Un trabajo excitante que le llevaba por todo el mundo a cambio de unos elevados honorarios y una extravagante cuenta de gastos.

Por otro lado, acababa de superar el típico modo de estudiante «muerto de hambre». Ya había arruinado su primer trabajo profesional «de verdad». Bueno, eso no era culpa suya, ya que su jefe era una serpiente lasciva. Tenía unos mil dólares en el banco y no tenía dónde vivir. Podía volver a casa de su padre, pero ¿qué iba a hacer aparte de trabajar en la biblioteca local?

Una vez resuelto el misterio y encontrado el Da Vinci... ¿qué pasaría después? Si fuimos amantes en nuestras vidas pasadas, ¿significa eso que resolver este misterio rompería nuestra conexión?

Ella no había pensado en eso antes. No tenía ni idea de lo que pasaría después... No quería perder a Alex, pero ¿y si lo perdía? ¿Y si todo se desvanecía cuando se resolviera la «emoción» del misterio que los rodeaba? Existía siquiera la posibilidad de convertirse en una pareja real después de este caso?

Sacudió su cabeza y empujó sus inseguridades al fondo de su mente. Se levantó del suelo y encendió la ducha, necesitada de lavar sus pensamientos negativos.

Salió del cuarto de baño recién duchada y envuelta en una toalla. Alex, como había prometido, no se había movido y se limitó a sonreírle. «Ven aquí.»

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«¿Es una orden, jefe?»

«Llámalo como quieras. Sólo te quiero aquí». Su tono sexy la hizo vibrar.

Se sentó en el borde de la cama e intentó no mirar por debajo de su cintura. «¿Puedo traerte algo? Vaya, pareces una Marilyn Monroe sin aliento.

«Puedes dejar de fingir que ayer y anoche nunca sucedieron».

Ella suspiró. «Sé que pasó, y que me encantó. A los dos nos encantó. Ha habido un fuego entre nosotros desde que nos conocimos. Ahora que lo hemos apagado, podemos volver a encontrar lo que vinimos a buscar, un Da Vinci desaparecido».

Intentó leer la cara de Alex. Sus ojos tenían un brillo peligroso. «Voy a fingir que no escuché eso. No he apagado nada». La atrajo hacia sí y apretó su boca contra la de ella. No la soltó hasta que todos los músculos de su cuerpo se relajaron. Cuando rompió el beso, la estrechó contra él, mordisqueándole los labios.

«Me muero de hambre, nena, y necesito reponer fuerzas. Vístete y nos vemos abajo para desayunar. Tenemos un día ajetreado». Puntuó su afirmación con un beso final y la soltó. Saltó de la cama y recogió su ropa del suelo. Sin pensar en su desnudez, salió por la puerta.

CAPITULO TRECE

Montefioralle, Italia
Día 19 de Agosto

A

ngela empujó la puerta batiente de la cocina. Los aromas de albahaca, mejorana, orégano, tomillo y café recién molido la recibieron. María estaba de pie junto a los fogones, con un brazo alrededor de un gran cuenco de metal y la otra mano sosteniendo una batidora mientras batía los huevos hasta obtener una espuma espumosa. Alex estaba sentado en la mesa de la cocina, leyendo el periódico y con una taza de café humeante delante. En cuanto ella entró por la puerta, él levantó la vista. Su sonrisa, como el sol, la bañó de calidez.

«Buongiorno, guapa.

«Buongiorno, Alex. Buongiorno, Maria». «Buongiorno, Signorina Ángela»

«Ven, siéntate, cariño. Te traeré café». Alex se levantó y le acercó una silla.

«Gracias. Puedo ayudar con algo?».

Alex volvió con la cafetera, le llenó la taza y puso la cafetera sobre un salvamanteles de cerámica. «Claro que sí. Puedes sentarte aquí, beber café y acompañarme. Créeme, sólo con mirarte mi día mejora». Sus fuertes manos le acariciaron los hombros, masajeándolos, y él se inclinó y le besó el cuello, inspirándola. Su aliento en la oreja le produjo un escalofrío. «Hueles delicioso. Si María no estuviera aquí, habría tenido que hacerte el amor sobre esta mesa. Quizá en otra ocasión», susurró, rompiendo su compostura.

No cabía duda; su relación se había intensificado por completo. El pulso de energía cuando Alex la tocaba no había hecho más que aumentar, y su mirada humeaba más ardiente.

Levantó la mirada justo a tiempo para recibir la presión de sus labios sobre los suyos. «Hmmm, esa es la mejor manera de empezar el día». Se retiró de su beso y se sentó a su lado.

BELLE AMI

«Dijiste que hoy tendremos un día ajetreado. ¿Te importaría compartir lo que tienes en mente?» Ella se esforzó por calmar su desbocado corazón.

«He estado pensando en esa sensación de déjà vu que tenemos sobre Montefioralle, y en ese sueño que tuviste ayer».

Se estremeció. «No fue sólo un sueño, Alex. Fue real. Sé que ocurrió».

«He estado al tanto de tus visiones, y son bastante impactantes. Aunque...» Sonrió. «Me gusta lo que pasó después de que tuvieras el mal sueño....»

«A mí también....»

«Eso es lo que esperaba que dijeras, porque te aseguro que no me arrepiento ni un minuto». Se inclinó hacia ella y le gruñó al oído. «Anoche no pude saciarme de ti y estoy deseando repetir».

«¿Hace calor aquí?» Ella se abanicó mientras unos toques de calor le subían por los hombros, el cuello y la cara.

«No, creo que está bastante agradable». Su cara se descompuso en una amplia sonrisa, haciéndola moverse en su asiento.

«Sí, seguro que sí». Ella resistió el impulso de pasar la mano por debajo de la mesa. Su lado atrevido quería borrarle la mirada chulesca de la cara con un simple roce de su mano en la parte interior del muslo. Oyó el canto de sirena de su vida pasada -Sofía- guiando sus pensamientos lascivos.

«Tenemos mucho trabajo que hacer hoy», le dijo. «La primera parada es el ayuntamiento. Necesitamos comprobar la historia de la Casa del Sole, quién fue su propietario y cuándo. También podemos comprobar los registros de nacimiento y defunción de Montefioralle desde el Greve. Hay unos treinta minutos a pie cuesta arriba desde Greve hasta Montefioralle. En el pueblo antiguo, la iglesia de Santo Stefano es el punto más alto. Seguro que tienen registros de hace cientos de años. A la vuelta, podemos echar un vistazo al antiguo cementerio. Luego almorzaremos y beberemos una botella de Chianti».

Se rió: «Sin duda sabes equilibrar el trabajo con el placer».

«Creo que descubrirás que soy un experto en eso. Y luego...»

«Y luego... ¿qué?»

«Y luego te llevaré al dormitorio, Scarlett, para nuestra siesta vespertina». Guiñó un ojo y se atusó un bigote de mentira.

Ángela estalló en carcajadas. Miró a María y agradeció que no hablara inglés.

«¿Te gusta mi imitación de Rhett Butler?»

«Yo que tú no abandonarías tu trabajo». Se rió entre dientes, dándole un golpecito en la nariz.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

María llegó con una frittata de un amarillo brillante que parecía como si hubiera arrancado el sol del cielo y lo hubiera ofrecido para desayunar. Tenía capas de calabacín y queso y estaba coronada con albahaca fresca y parmesano. A continuación había una cesta llena de pan italiano, un plato lleno de quesos y un tarro de ciruelas confitadas.

«Grazie, Maria. La segunda cosa mejor del mundo es su cocina».

«Signore Alex, sei proprio un diavolo.» Salió de la cocina, sacudiendo la cabeza y riendo.

«¿Qué le has dicho? Creo que te ha llamado diablo». Ángela cogió un trozo de la frittata de huevo, lo puso en su plato y cogió otro para ella.

«Sólo que lo segundo mejor del mundo es su cocina». «¿Qué es lo primero?» Cubrió un trozo de pan con confitura de ciruelas.

ciruelas.

«Hacerte el amor». “Alex!”

«¿Qué?» Se introdujo un bocado de frittata en la boca para contener la risa.

«Supongo que está acostumbrada a que traigas mujeres extrañas a casa el fin de semana».

«No está acostumbrada a nada de eso. Nunca había traído a nadie aquí. Este lugar es sagrado para mí. Nunca he querido que nada empañe lo que siento cuando estoy aquí».

Un cosquilleo le recorrió la espina dorsal, haciéndola estremecerse. ¿Sabe lo que me provoca cuando dices esas cosas?

Su expresión se volvió seria y se inclinó hacia delante, cogiéndole la mano. «Para alguien que puede ver sus vidas pasadas, seguro que no puedes ver la verdad de la presente. Quiero algo más que una breve aventura contigo. Siento que tenemos algo maravilloso entre nosotros, y sólo va a mejorar.»

«Supongo que me preocupa que nuestras vidas pasadas puedan ejercer una influencia indebida sobre nuestros sentimientos actuales».

«Oye, ¿dónde está esa mujer fuerte que no dejó que un baboso como Scordato sacara lo mejor de ella? La mujer fuerte que, a pesar de tener estas visiones abrumadoras, tiene la presencia de ánimo para figurar lo que significan? ¿Dónde está la mujer decidida dispuesta a arriesgarlo todo para resolver un misterio centenario? ¿O es que simplemente no me quieres?».

BELLE AMI

Las lágrimas le nublaron la vista. «Basta, Alex. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que no puedo vivir sin ti? ¿Qué te daré mi corazón y que si lo rompes, será mi culpa?».

Alex se levantó bruscamente, levantando su silla. Levantó a Ángela de su asiento, haciendo que su silla se volcara, y la rodeó con sus brazos. Ella no habría podido escapar aunque hubiera querido. Pero no quiso.

«Mírame», le ordenó en voz baja. Ella intentó apartar la mirada, pero él le levantó la barbilla, obligándola a mirarle a los ojos. «La verdad es que estoy hasta el cuello. ¿Entiendes lo que te digo? Eres tú quien podría romperme el corazón. Pero estoy dispuesto a arriesgarme porque... Demonios, ya estoy enamorado de ti».

Sus ojos se abrieron de par en par ante su declaración, y tembló.

«Y a la mierda el pasado y lo que haya pasado antes. Estoy agradecido si te trajo a mí en esta vida, pero el pasado no tiene nada que ver con lo que siento por ti».

Se le hizo un nudo en la garganta, tragándose las palabras que quería decir. Una sola lágrima se abrió paso por su mejilla.

Él maldijo de nuevo y la apartó con un beso. Siguió besándola en la frente, las mejillas y la barbilla hasta que le besó los labios con un beso que hizo que el suelo cediera bajo sus pies.

Cuando se separaron, ella encontró su voz. «Estoy tan loca por ti que me dejas sin aliento».

«Bien. Porque tú causas lo mismo en mí». Se zambulló en un beso rápido más, luego enderezó su silla. «Mi señora, por favor siéntese, y vamos a terminar de comer. Aunque podría deleitarme con tus labios y tu cuerpo durante días, ahora necesito otro tipo de sustento».

Ella asintió. Un movimiento de cabeza fue todo lo que pudo hacer porque aún se tambaleaba por el beso.



ELLOS comieron la frittata con mucho gusto. La fusión de cebollas salteadas con los huevos, el calabacín, la albahaca y el queso arrancó gemidos de placer a Ángela, lo que le hizo arrepentirse de haber preferido la comida al sexo. Tendría que remediarlo más tarde.

«Tendré que pedirle a María que me dé esta receta. Quizá hasta yo pueda dominarla». Ángela limpió su plato con un mendrugo de pan. Su teléfono vibró sobre la mesa. Lo miró. «¡Mierda! Es mi padre. Olvidé llamarle después de irnos de Florencia».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Es mejor que contestes. »

«Hola, papá.» Ella escuchó. «Estoy bien y siento no haberte llamado.» Ella asintió. «Sí, todo va genial con mi nuevo trabajo»

Alex la observó atentamente. Ella le lanzó un beso. «Mi jefe es increíble».

Sonrió.

«¿Scordato se puso en contacto contigo?» Miró a Alex, sus ojos cambiaron de alegría a preocupación. Alex ya había sido atacado por los secuaces del bastardo en Florencia, y eso era demasiado. Si Scordato estaba intentando hacer daño al padre de Ángela, haría todo lo que estuviera en su mano para protegerle a él y a Ángela, con pintura o sin ella.

Escuchó durante varios segundos, con la mano sosteniendo el teléfono. «Si vuelve a llamar, no le digas nada de dónde estoy... sí, que te envíe el cheque por correo». Ella asintió. «Te enviaré un correo electrónico y te pondré al tanto de lo que ha pasado... Sé que las llamadas de larga distancia son caras... Dale a Misty un fuerte abrazo de mi parte... Yo también te quiero, papá», dijo con voz gruesa.

Ángela dejó el teléfono sobre la mesa y miró a Alex. Él no dijo ni una palabra, mientras aguardaba a que ella hablara.

Ella respiró hondo. «Scordato llamó a mi padre, le dijo que había renunciado y se fue en malos términos. Seguro que sólo para preocuparle. Aunque ya le había dicho a papá que trabajaba contigo».

Se levantó y empezó a caminar. «El asqueroso se hizo el gran hombre y le dijo a mi padre que quería enviarme mi último cheque y le preguntó dónde debía enviarlo. Mi padre dijo que no sabía que todo eso era nuevo para él. Le dije... bueno, ya has oído el resto. Papá no es tonto. Nunca le diría nada a Scordato».

Continuó caminando. Alex se levantó de la silla y se interpuso en su camino. «No pasa nada. Me pondré en contacto con las autoridades locales de tu ciudad para que vigilen a tu padre. La junta echó a Scordato, y él sólo quiere jodernos. Sabe que estuvimos en Florencia y probablemente sepa que estamos aquí».

BELLE AMI

«¿Por qué estás tan tranquilo?» Sus labios temblaban, sus ojos llorosos. «Ya intentó hacerte daño una vez. ¿Y si vuelve a intentarlo?»

«Si vuelve a intentarlo, me encargaré de él. Yo también tengo recursos, Ángela». Alex la envolvió en su abrazo y le besó la mejilla. «Cuanto antes encontremos ese cuadro, antes podremos seguir adelante con nuestras vidas y librarnos de ese bastardo».



“ESTÁN EN MONTEFIORALLE, en el viñedo del detective.”

Scordato abrió una aplicación en su teléfono y marcó un número. Esperó a que se actualizara la tecnología de rastreo. En unos segundos, apareció un mapa con un punto rojo parpadeante que indicaba la ubicación aproximada del móvil de Ángela Renatus. Scordato estaba refugiado en la granja de su primo Enrico en Castellina, una base perfecta para sus operaciones.

«No se han movido de la casa desde que llegaron».

Una sonrisa lasciva se dibujó en el rostro de Enrico. «Apostaría mi nuevo rifle a que la está montando duro. Non mi dispiacerebbe proprio fotterla!»

«Todo a su debido tiempo, cugino. Ya tendrás tu oportunidad de follártela». Los primos eran tan diferentes como la noche y el día. Mientras que él había perseguido la fama y la notoriedad en el mundo del arte, Enrico había ascendido a través de las filas de los bajos fondos. Pero ambos compartían el mismo apetito por las mujeres.

Scordato dio un sorbo a su café, frustrado por el fracaso de los dos matones que habían contratado en Florencia. No importaba. Ahora estaban en territorio conocido, donde había pasado su infancia. Conocía la zona como la palma de su mano. Pronto pondría en práctica su plan.

«Dime, Alberto, ¿has figurado cómo nos quedaremos con el cuadro sin que los uffizi lo reclamen?». Su primo estaba junto a los fogones friendo panceta y huevos.

«Dentro de seis meses, cuando todo esto haya pasado y Caine y la chica sean sólo un recuerdo lejano, tú y yo encontraremos el cuadro en una vieja granja de algún lugar de la Toscana», respondió Scordato, tomando otro sorbo de café.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Enrico puso dos platos humeantes sobre la mesa.

«Hmmm, huele bien. Me muero de hambre». Scordato se zampó el abundante desayuno, cortando la crujiente panceta.

«Pero, ¿qué hay de los Uffizi? ¿No van a reclamar?», preguntó su primo, sentado frente a él.

«No. Durante mi investigación en los Uffizi el verano pasado, descubrí que cuando Gerhard se marchó con el cuadro, se llevó o destruyó los registros en los que figuraba como parte de su colección. No pueden hacer ninguna reclamación sin pruebas ni registros, y si las únicas personas que alguna vez supieron de su existencia están muertas.» Se encogió de hombros y sus ojos brillaron con malicia. «O pronto estarán muertas». Sonrió. «No importa. Por supuesto, nada de esto sería posible sin el encubrimiento de Lorenzo de Médicis».

«¿Qué quieres decir?»

«Lorenzo se llevó a la tumba el secreto de la procedencia del cuadro, al igual que Leonardo da Vinci».

«¿Por qué piensas que hicieron eso?»

«Alianzas familiares». Giuliano había sido prometido en matrimonio a otra persona. ¿Para qué agitar el barco con una promesa de matrimonio rota a una alianza importante, y un anuncio de un matrimonio no aprobado con otra persona cuando Giuliano estaba muerto? En cuanto a Leonardo, es fácil. Lorenzo debió aceptar garantizar que el hijo de Fioretta y Giuliano fuese criado como un Medici si Leonardo guardaba silencio sobre el cuadro. Debe haber sido gratificante para el Maestro ver al hijo de Fioretta convertirse en Papa».

«¿Pero por qué Lorenzo no quemó el cuadro y lo borró de la historia?»

«Un sacrilegio en la mente de Lorenzo. Había sido testigo de la bonfire de las vanidades de Savonarola y ya había visto suficientes cosas bellas esfumarse. Era un coleccionista de arte, no un destructor».

Enrico arrastró el pan por el plato, absorbiendo restos de yema amarilla. «¿Y el industrial alemán? Podría resultar problemático».

«¿Tus contactos son buenos? «Sí, siempre».

«Me parece que pronto le ocurrirá un terrible accidente a mi amigo alemán. Supongo que el precio para que ocurra es negociable».

Enrico dio un sorbo a su café, con los ojos fríos como el acero. «Sólo la muerte no es negociable».

BELLE AMI

CAPITULO CATORCE

Montefioralle, Italia
Día 19 de Agosto

A

lex condujo el Ferrari por una carretera sinuosa y polvorienta, cambiando de marcha con suavidad. Aceleraba rápidamente en las curvas, poniendo el potente coche a prueba. Ángela lo miró, curiosa por ver la emoción que le producía conducir el Ferrari. Llevaba gafas de sol de aviador y una sonrisa pícara. Alex era innegablemente atractivo y su seguridad en sí mismo la animaba. Entró en un pequeño aparcamiento y aparcó el coche entre un pilar de hormigón y un muro. Puso el freno de mano y se volvió hacia ella. «Puedes volver a respirar».

«Sabelotodo», refunfuñó ella, desabrochándose el cinturón de seguridad. «Te juro que disfrutas viéndome aterrada. Conduces como un italiano... loco».

«Esperaba que me agarraras, me apretaras la pierna o algo así». La miró por encima de las gafas de sol y le guiñó un ojo.

Amaba su jovialidad. Su alegría de vivir era contagiosa, sobre todo para un ratón de biblioteca que nunca había salido de Estados Unidos.

«Si te hubiera apretado la pierna, probablemente habrías estrellado tu nuevo y reluciente juguete».

«Sí, pero habría valido la pena». Bajó del coche, caminó a su lado y abrió la puerta. «Venga, vamos a buscar a Sofía y Gerhard».

La plaza principal de Greve, en Chianti, no era cuadrada en absoluto.

BELLE AMI

de una extraña forma triangular. El mercado central, la Piazza Matteotti, estaba repleto de turistas, fácilmente identificables por sus cámaras y mochilas. En los tres lados de la plaza había un pórtico donde tiendas de artesanía, boutiques y restaurantes estaban abiertos y bullían de compradores. Pasaron junto a un escaparate donde cientos de salchichones, jamones y otras carnes curadas se balanceaban tentadoramente sobre sus cabezas. El embriagador aroma de las carnes especiadas entraba por la puerta.

«Antica Macelleria Falorni es la carnicería más antigua de toda la Toscana. Llevan en este lugar desde 1729», dijo Alex con orgullo, como si él y el carnicero compartieran una historia común.

«Oh, podría definitivamente meterme en problemas ahí dentro». Ángela olfateó el aire como si estuviera en una perfumería.

«Pararemos a la salida de la ciudad y nos equiparemos. Les di la noche libre a José y a María. Pensé que estaría bien tener la casa para nosotros solos. Almorzaremos en Montefioralle. Para cenar, podemos picar vino, salami, jamón serrano, galletas saladas y queso en la cama.» Su sonrisa burlona prometía placeres más allá del salami y el queso.

Ahí va otra vez. Me acelera el corazón tanto como su Ferrari.

No podía verle los ojos detrás de las gafas de sol, y estaba aprendiendo que lo mejor que podía hacer con sus burlas era dar tanto como recibía. «Me parece una idea estupenda. Me encanta tener migas de galletas y queso en el trasero».

Se inclinó hacia ella y acercó sus labios a su oreja. «No te preocupes, estaré encantado de lamértelas».

Alex se había convertido rápidamente en un experto en desequilibrarla. Sus palabras la atravesaron como aceite en un motor. «Has disipado mis temores».

Se rió con ganas. «Vamos, nena, me estás robando toda la diversión. Sacarte de quicio, ver cómo te ruborizas, me dan ganas de matar dragones».

«Supongo que tendrás que divertirte en otra parte». «No, encontraré otra manera de llegar a ti.»

«Trabaja en eso, niño explorador, y tal vez se te ocurra algo que funcione. Podrías intentar frotar dos trozos de menta.»

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Oh, estate tranquilo, ya se me ocurrirá algo. Pero no te preocupes, hay otras cosas que estoy deseando frotar juntas....».

Eso dio en el blanco. Se alegró de llevar gafas de sol.

Alex les condujo a un edificio románico y, subiendo los escalones, entraron en las oficinas de la alcaldía. Mientras Alex preguntaba a la recepcionista dónde podían encontrar los registros oficiales de transferencia de tierras de la región de Chianti, Ángela estudiaba el techo abovedado y sus arcos de arista que descansaban sobre pilares cuadrados. Los pilares tenían frescos con escenas cotidianas de trabajadores arando los campos y recogiendo uvas.

Miró por las ventanas con parteluz y contempló lo rápido que había cambiado todo. Las pesadillas de ayer y anteayer habían traspasado la línea que separaba la realidad del ensueño. El pasado estaba alcanzando al presente, y eso la asustaba. Ver cómo asesinaban a los hombres que había amado en sus vidas pasadas no era algo que quisiera presenciar en esta vida. Alex podía creerse invencible, pero ella temía que su vida corriera peligro. Giuliano y Gerhard habían sido asesinados justo cuando el amor y la felicidad estaban a su alcance. Ahora, Alex y ella pisaban el mismo terreno y seguían sus pasos. Respiró hondo, calmando su acelerado corazón.

«Vamos, nena. Ahora vamos a la biblioteca pública».

«¿Qué hay allí?»

«Construyeron una nueva base de datos de última generación cargada con los registros públicos de todas las regiones circundantes».

El letrado del edificio rezaba Biblioteca Comunale. Ni en sus mejores sueños habría imaginado Ángela una estructura moderna en esta antiquísima ciudad. La biblioteca era arquitectónicamente sorprendente, construida sólidamente sobre bloques de travertino sobre los que descansaba una estructura de terracota envuelta en líneas acanaladas paralelas que parecían emular parras de uva. Su modernidad era incongruente, pero la fusión de lo antiguo con lo moderno resultaba de algún modo eficaz.

Alex presentó al bibliotecario una nota del alcalde en la que solicitaba que él y Ángela pudieran ver los archivos municipales posteriores a la unificación. La amistad de Alex con el alcalde y su contribución a su campaña habían valido la pena. Normalmente, para acceder al sistema informático y a los archivos se habría necesitado un permiso y una cita con la Soprintendenza Archivistica de Florencia. Alex era un experto en sortear la burocracia. Ignoró el asombro de Ángela. «En mi negocio, cuanto menos rastro de investigación dejes, mejor».

BELLE AMI

«Pero evitar el protocolo gubernamental y eludir los procedimientos puede meterte en problemas».

Sonrió. «No diré nada si tú tampoco lo haces».

Sentados hombro con hombro, encendieron un ordenador del centro tecnológico. Estaba claro que Alex tenía experiencia en buscar en los registros gubernamentales. En cuestión de minutos estaban consultando registros de ventas inmobiliarias de dos siglos de antigüedad.

«Vamos directamente al objetivo, Casa del Sole». El ordenador emitió un zumbido y al instante apareció todo lo relativo a la propiedad de Alex. Alex frunció el ceño. «Parece que compré la propiedad a Fioretta Rossi. No recordaba que el apellido Caro figurara en la transacción. Pero el apellido Fioretta tiene que ser algo más que una coincidencia, ¿no crees?».

Ángela no pudo ocultar su decepción. «Algo va mal. Lo presiento. Retrocede un poco más. Puedes acceder a los impuestos sobre la propiedad?».

Los dedos de Alex bailaron sobre las teclas. «¡Vaya!»

Ángela se acercó a la pantalla. Desde que se tienen registros, los impuestos han sido facturados y pagados por varios jefes de la familia Caro. «Entonces, ¿quién es Fioretta Rossi?».

«Eso es fácil de averiguar». Abrió la lista de contactos de su teléfono y marcó. Ángela estudió su rostro mientras hablaba con alguien al otro lado de la línea. Cuando colgó, la sorprendió con un beso. «Fioretta Rossi es la hija de Sofía Caro, vive en Roma. Mis agentes inmobiliarios me enviaron su número de teléfono». Miró su reloj. «Podemos llamarla después de cenar».

Ángela ahogó un nudo en la garganta. «Entonces todo es verdad. Sofía tuvo una niña y la llamó Fioretta por el cuadro. Debió querer honrar a Gerhard. Mis visiones y pesadillas son todas ciertas. En 1944 te asesinaron y yo maté al hombre que te disparó». Le cogió la mano y se la puso en la cara.

«Alex, ¿y si estamos en rumbo de colisión y la historia pretende repetirse? La idea de que yo sea la causa de que te ocurra algo:». Se le quebró la voz y no pudo terminar la frase.

«Tenemos que encontrar el cuadro, Ángela. ¿No ves que eso es lo que impide que la peonza gire? Si encontramos el cuadro, los muertos estarán satisfechos y quedaremos libres».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Tú no lo sabes. Quizá todo esto sea una trampa cósmica, y tú y yo sólo seamos peones. Además, no tengo ni idea de dónde está el cuadro».

« Vendrá a ti, lo recordarás. »

«Tengo miedo de recordar».

« Creo que no tienes elección.» Se inclinó hacia ella y la besó, suavizando la verdad.

Su frente tocó la de ella. «Sé que es duro, cariño, pero estamos tan cerca de encontrar ese cuadro. Una vez que lo encontremos, todo estará bien. Lo sé».

Ella asintió, deseando desesperadamente creerle.

Él se levantó y la arrastró con él. «Vamos, próxima parada, la iglesia de Santo Stefano y el antiguo cementerio. Es hora de ejercitarnos».

El sendero, muy transitado, serpenteaba entre arboledas donde la luz del sol moteaba el suelo. Alex y Ángela se movían entre luces y sombras. Cuando el sendero era lo bastante ancho, Alex caminaba a su lado y la tomaba de la mano, pero cuando se estrechaba, él iba delante y ella lo seguía. Fue una caminata de unos veinte minutos hasta el antiguo pueblo de Montefioralle, situado en lo alto de una colina. Rodeado de murallas de piedra, entraron por una de las cuatro puertas medievales originales a callejuelas estrechas bordeadas de casitas de piedra. Las entradas estaban adornadas con cerámicas llenas de flores y las jardineras rebosaban de geranios rojos. Las calles estaban pavimentadas con piedra pulida por casi mil años de pisadas.

Ángela no pudo evitar pensar en una Sofía embarazada subiendo con Gerhard y caminando por estos adoquines. En el punto más alto del pueblo estaba la Chiesa di Santo Stefano.

Al llegar a lo alto de una escalinata de piedra, hicieron una pausa para recuperar el aliento y contemplaron la edifice. No era impresionante desde fuera, más bien sencilla, de hecho.

«La iglesia tiene un aspecto más nuevo que el pueblo. Recuerda a la arquitectura gótica, pero sin tanta pompa ni circunstancia». Ángela frunce el ceño con curiosidad.

«Se quemó en algún momento y se reconstruyó en el siglo XVII o XVIII. No es exactamente nueva. Espera a ver el interior. Es realmente encantadora».

BELLE AMI

Alex empujó la puerta de madera y entraron en la iglesia vacía. En una hornacina sobre los bancos había tres vidrieras. El panel central representaba a San Esteban. A la izquierda del santo, una segunda vidriera representaba las imágenes de María y el niño Jesús, y el panel de la derecha representaba a José. De las ventanas salía una luz de colores iridiscentes que inundaba la amplia nave. Había un silencio sepulcral, y Ángela recordó que el sueño de Sofía y Gerhard de casarse en esa iglesia nunca se cumplió. En cambio, lo más probable es que el funeral de Gerhard se celebrara allí. Imaginó a Sofía y a sus hermanos llorando sentados en los bancos, rodeados de un pequeño grupo de vecinos y amigos que compartían su dolor.

Un cuadro llamó su atención y la atrajo. Estudió

la Virgen María y el niño Jesús, flanqueados por dos ángeles. «Yo diría que es del siglo XIII». Se acercó a la placa de identificación. «Se atribuye al Maestro de Bagnano o al Maestro de Greve. Siempre es difícil hacer una atribución clara de la época medieval. Una pieza importantísima para un pueblo tan pequeño».

Pasando al presbiterio, encontraron otras obras notables, pinturas de la Virgen María y Juan el Bautista y San Esteban del siglo XV, y una *Trinidad anónima de cuatro santos*.

«Impresionante», admiró Ángela.

«Montefioralle era una ciudad fortaleza propiedad de cuatro poderosas familias, entre ellas los Vespucci. Probablemente recuerdes el nombre de Américo Vespucio, el explorador».

Ángela frunció el ceño al contemplar el nombre. «¿Vespucci?

Era el apellido de casada de Simonetta».

«El marido de Simonetta era primo de Amerigo Vespucci». «¿Cómo sabes todo esto?»

Sonrió. «Hice los deberes y lo busqué en Google antes de salir.

Pensé que te impresionaría».

Ella no pudo evitar reírse. «Bueno, funcionó».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Un sacerdote anciano ingresó en el presbiterio, con la túnica ondeando en torno a su postura frágil y encorvada. Su rostro aceitunado y lleno de arrugas sonrió cuando Alex se acercó a él. El sacerdote miró varias veces a Ángela como si la reconociera. A ella le desconcertó su atención, pero no pudo evitar observar el intercambio de miradas. Se preguntó si el cura recordaría a Sofía y Gerhard. Calculó que en 1944 él no era más que un niño.

Al cabo de unos minutos, el cura y Alex se dieron la mano. Al darse la vuelta, el cura la saludó tímidamente con la cabeza. Alex le devolvió el gesto y luchó por ignorar la extraña sensación que le recorría la columna vertebral. «¿Has aprendido algo? ¿Por qué no dejaba de mirarme? Fue extraño, sentí que me conocía».

«Conocía bien a Sofía y a la familia Caro, pero no recordaba a Gerhard. También conocía a su hija, pero no recordaba su nombre. No te quitaba los ojos de encima porque pensaba que te parecías mucho a Sofía de joven. Creo que estaba tan asustado de ti como tú de él».

«¿Y los registros de nacimiento y defunción? ¿Los tienen?» «No, dijo que se perdieron en un incendio hace unos años». «Eso es lamentable. ¿Y ahora qué?»

«Dice que muchos miembros de la familia Caro están enterrados en el antiguo cementerio. Nunca he visto ni visitado ese cementerio. Me dijo que hay otro sendero a través de otra de las puertas del pueblo que te lleva a Greve. Es menos transitado y no se ve el cementerio desde el camino a menos que se sepa hacia dónde mirar. Creo que deberíamos comprobarlo».

«Vamos».

Había empezado a soplar un viento cálido y seco mientras descendían por el sendero. Caminaban en silencio. Los únicos sonidos que perturbaban la tranquilidad procedían del trinar de los pájaros o del zumbido ocasional de las abejas y los insectos que se cruzaban en su camino. Alex estaba concentrado en encontrar el espolón que conducía al cementerio.

La humedad era alta y Ángela sintió un hilillo de sudor correr entre sus pechos mientras se abanicaba para ahuyentar una molesta mosca. La forma en que el cura la había mirado la había perturbado. Era como si supiera más de ella que ella misma. El pasado y su historia de muertes y asesinatos le succionaban la vida y tenía que hacer que parara.

Estaba viendo el mundo a través de una lente oculta, a través de los ojos de otra persona. Y ahora volvía a sentirlo. Cada curva del camino le resultaba familiar. Se detuvo bruscamente, y Alex se volvió.

«Hemos llegado». Señaló hacia adelante. «Justo detrás de ese árbol».

Alex estudió su rostro. «¿Cómo lo sabes? No veo nada».

BELLE AMI

«No lo sé... pero lo sé». Ella le tomó de la mano y continuaron por el sendero.

Cuando se acercaron, vieron el arco de piedra y se asomaron por el recodo. Ángela lo adelantó, tomando la delantera. Cedió el control a su intuición y se dejó llevar hacia delante por una fuerza invisible. Más allá del arco había una verja que crujió estrepitosamente cuando ella la empujó y esparció por el cielo una bandada de faisanes, o tal vez urogallos. Sus graznidos rompieron la tranquilidad y le recordaron la famosa película de Hitchcock Los pájaros. Había asistido a un curso de teoría del cine en su licenciatura y se había convertido en fan del maestro del suspense.

Cuando todo esto termine, sólo quiero pasar el rato con Alex, ver películas antiguas, comer palomitas y besarnos. Necesito normalidad, y si eso es egoísta por mi parte, que así sea.

Cientos de lápidas en hileras desiguales decoraban la ladera, rodeada de altos cipreses que se doblaban con el viento. El cementerio estaba bien cuidado, aunque el cura le dijo a Alex que hacía por lo menos veinticinco años que no se usaba para enterramientos. Ahora era más bien un destino contemporáneo para excursionistas.

Alex sintió escalofríos. Era espeluznante cómo parecía cambiar el aire al cruzar la puerta. Unos dedos fríos le pasaron por el pelo y ella se rodeó con los brazos, tratando de resistir el calor. Con un pie delante del otro, sus ojos se concentraron en el frente mientras caminaba a propósito junto a las lápidas.

Se giró bruscamente y se detuvo. No necesitó mirar para saber lo que vería. La sencilla lápida de mármol blanco rezaba Sofía Caro, Amada Madre y Abuela, Nacida en 1919, Fallecida en 1987. Alrededor de la tumba de Sofía había otras tumbas de la familia Caro, incluidos los hermanos de Sofía, Stefano y Roberto, que habían muerto años antes que ella. Ángela se estremeció. *Estoy sobre mi propia tumba.* Si Alex no la hubiera atrapado, habría caído de rodillas.

«¿Estás bien?»

«Quiero ver el otro lado». «¿El otro lado de qué?»

«La lápida». Su voz suplicaba. «Por favor, ayúdame, me siento inestable.»

Alex la sostuvo con el brazo alrededor de la cintura mientras rodeaban la tumba. Alex leyó lo que estaba escrito en voz alta: «Giorgio Bandini (G.J.), amado de Sofía Caro y padre de Fioretta Caro, nacido el 12 de enero de 1917, fallecido el 30 de septiembre de 1944».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Giorgio Bandini» sólo puede ser Gerhard Jaeger. Sofía y Gerhard fueron enterrados juntos en la misma parcela. Ella mantuvo en secreto su verdadera identidad, posiblemente por el cuadro».

Ángela levantó la cara hacia las ráfagas de viento que agitaban los cipreses con un grito lastimero. El viento transportaba el aroma de las flores y las risas moribundas. Volvió la cabeza, y el tiempo se le escapó como arena en un reloj de arena...

Montefioralle, Italia

Agosto 10, 1944

Un joven perseguía a una mujer cuya risa sin aliento le espoleaba. Era tan ágil y veloz como un antílope, y cada vez que estaba a punto de atraparla, se le escabullía. Cayó de rodillas, riendo. Su tamaño y su fuerza no parecían ser rivales para la mujer que esquivaba su captura. Se levantó y esta vez embistió con la cabeza gacha y las manos y los dedos imitando los cuernos de un toro. Ella permaneció inmóvil, preparándose para el impacto, pero en el último segundo giró, enrollando su capa falsa, y él pasó sin hacer contacto. Se volvió y esta vez se acercó a paso lento y deliberativo. Ella cedió y abrió los brazos para abrazarlo, y él la abordó con suavidad. Rodaron como uno solo por la hierba y acabaron apoyados contra un obelisco.

«Ay», gritó ella. Ella trató de empujarlo, pero él la inmovilizó las manos por encima de la cabeza.

«Ahora te tengo. Dime dónde lo escondiste».

«No, es mejor que no lo sepas». Ella sacó la barbilla definitivamente. Él le hizo cosquillas. «Sofía, tienes que decírmelo».

Lágrimas de risa corrieron por sus mejillas, pero ella negó con la cabeza. Finalmente, él cedió. Le soltó las manos, apoyó la frente contra la suya y la risa desapareció de su rostro.

«¿Por qué? ¿No confías en mí?»

Sus manos acariciaron sus mejillas. «Por supuesto. Pero por nuestra seguridad, sólo uno de nosotros debe saber dónde está. Cuando termine la guerra, decidiremos' qué hacer con él. Te prometo que lo he escondido bien en un lugar seguro donde no será descubierto».

BELLE AMI

«Un argumento ridículo, pero me rendiré a tu voluntad porque te amo». Besó su frente. «Con gracia, pero no sin fastidio».

«Gracias.»

Miró alrededor del cementerio y sacudió la cabeza. «No puedo creer que el único lugar donde podemos estar solos es en un cementerio». Apretó los labios contra los suyos y ella respondió con entusiasmo, levantando las caderas para que su cuerpo se amoldara al de él. Él gruñó. «No voy a hacerte el amor en medio de un cementerio. Sería un imperdonable sacrilegio».

«Me hiciste el amor en todos los rincones del Uffizi, ¿y te preocupa un cementerio donde sólo pueden vernos los muertos?».

«El Uffizi era un lugar alegre para hacer el amor. El amor entre los muertos luce como una herejía».

Ella se echó a reír. «El amor nunca puede ser una herejía. Lo que sería cruel es atormentar a todas estas pobres almas y recordarles los placeres de la carne y lo que se están perdiendo.»

«Qué irreverente eres, Sofía. Dónde quedó la niña católica bien educada?».

«Nunca me he portado bien. Sólo tienes que preguntar a mis hermanos y ellos te lo dirán. Tal vez me castiguen». Se burló juguetonamente.

«Cuando estemos casados y seas mi propiedad oficial, quizá lo haga», sonrió.

Ella le golpeó el pecho con fingido enfado. «Nunca lograrás domesticarme, Gerhard Jaeger».

Ahora era su turno de reír. «Nunca cambiaría un pelo de tu cabeza, y juro por el sol y la luna que te quiero, con tu testarudez y todo».

«Cuidado», le amonestó ella. «Oh, no jures por la luna, la luna pecosa, la luna inconstante, que cambia mensualmente en su orbe circular, no sea que tu amor resulte igualmente variable».

«Esa, la conozco. Romeo y Julieta de Shakespeare. No nos compares con dos amantes condenados cuando tenemos toda una vida de amor por delante». La silenció con un beso...

Una densa niebla se extendió y los jóvenes amantes desaparecieron. Antes de que Ángela pudiera reaccionar, el llanto de una mujer la hizo callar. Cuando se volvió hacia el grito de dolor, vio a un grupo de plañideras acurrucadas. Dos hombres sostenían a Sofía, que sollozaba desconsoladamente. Frente al pequeño grupo había un humilde ataúd de pino cubierto de flores y una tumba recién cavada rodeada de tierra oscura. El rotundo vacío de las últimas palabras de amor de Gerhard a Sofía bañó el rostro de Ángela con lágrimas de compasión por su desconsolada encarnación pasada.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Sofía levantó la vista y la vio fijamente. Ambas se quedaron mirándose fijamente. Por un instante, dos vidas chocaron y se fusionaron, el pasado y el presente. Como si protestara por la extraña confluencia de los principios del tiempo, Sofía se desvaneció lentamente en la nada, con la mirada fija en Ángela. Ángela extendió la mano y gritó: «No te vayas».

Capítulo quince

Montefioralle, Italia
Día Agosto 19



Alguien la estaba sacudiendo, llamándola, y cuando ella le vio a los ojos con sus diferentes colores, el hechizo se rompió. «¿Qué has visto, Ángela? Vuelve conmigo». Ella vio su rostro llenó de sombras cuando una nube pasó, bloqueando el sol. «No puedo... por favor... llévame lejos de aquí».

La levantó y la sacó del cementerio a través de la verja y la entrada de piedra arqueada hasta el sendero, donde la dejó. «Vamos a buscar algo de comer y un vaso de vino.»

«Gracias por aguantarme. Debes pensar que soy una lunática».

«No eres un pájaro loco.» Alex le levantó la mano y le besó la palma.

Estaban sentados en una mesita de La Cantina, en la Piazza Trento, con una botella de Chianti entre los dos, bebiendo vino y esperando para pedir.

Cuando el camarero le presentó el menú, ella sonrió, pero negó con la cabeza. «Pide por nosotros, Alex, y podremos compartir lo que decidas». Tras un animado intercambio de palabras, el camarero se apresuró a hacer el pedido.

Ángela recorrió la sala con la mirada. Alex conocía bien el restaurante, pero Ángela lo examinaba todo con su ojo de historiadora del arte. Las paredes de piedra y el techo abovedado los envolvían en un capullo de piedra, ladrillo y mortero. La bodega era acogedora y fresca, con suelos de baldosas y estanterías que iban del suelo al techo con vinos regionales. Cada mesa tenía un jarrón de flores silvestres y velas encendidas que brillaban proyectando sombras sobre sus rostros.

BELLE AMI

«Dime qué sucede cuando tienes una visión. Un minuto estás conmigo, y al siguiente, estás en trance, y no puedo alcanzarte».

«Eso es lo desconcertante. Yo no desaparezco. Aparecen y es la sensación más extraña porque desaparece el presente».

«¿Gerhard y Sofía?»

Ángela asintió, y entonces se abrieron las compuertas y todo brotó de ella. Describió cada detalle hasta que Alex sintió que él también lo había visto. Lo que Sofía y Gerhard se decían. Lo que hicieron. Ángela compartió con lágrimas en los ojos la tristeza imposible que la invadió cuando el tiempo avanzó y se detuvo ante la tumba abierta. «Esta vez estaba como testigo, no participante, pero algo raro pasó». Ángela agarró la mano de Alex. «Sofía levantó la vista y juro que me miró directamente. Nos mirábamos fijamente, me reconoció y sabía quién era yo... y entonces me llamaste».

Todo lo que quería era protegerla, y estaba fracasando miserablemente en ello. Ella estaba siendo perseguida por fantasmas, pero no cualquier fantasma. Los fantasmas de sus vidas anteriores. Tragó su vino. «Ambos sabemos que esto está sucediendo por una razón, Ángela. Poco a poco te están dando las llaves para abrir la puerta».

«Y al menos sé que soy la única que sabe dónde está escondido el cuadro. Podríamos acabar con esto ahora si pudiera aprovechar ese conocimiento». Chasqueó los dedos y sus ojos reflejaron su frustración.

El camarero volvió con una pizza que sólo podía considerarse una obra de arte. Cerró los ojos e inspiró. «Huele muy bien. ¿De qué tipo es?»

«Pizza con tartuffi bianchi». Alex sonrió, encantado de que Ángela fuera tan aficionada a la comida como él. «Nada como la comida para cambiar la atención de mi chica. «Pizza con tartuffi bianchi, pecaminosamente buena». Levantó un trozo y se lo puso en el plato. «Mangia, mangia».

Alex sirvió más vino, riéndose cuando Ángela gimió tras morder la corteza. Quería que se relajara, que se dejara llevar. Se sentía culpable por haberla presionado demasiado, demasiado rápido. Indirectamente, él se lo había buscado. Él era el responsable de la nube negra que se había posado sobre su vida. La condujo a la boca del lobo al llevarla a Florencia y Montefioralle y ponerla en situaciones que desencadenaban visiones.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

No le satisfacía que ella hubiese estado en peligro todo el tiempo, que Scordato fuese una amenaza incluso antes de que él entrase en escena. Te lo compensaré, cariño, te lo juro. Una vez que encontremos el cuadro, podremos cerrar el caso y seguir con nuestras vidas.

Alex condujo el Ferrari a una velocidad más moderada porque Ángela estaba mareada y él tenía otros planes además de cuidar a un cachorro enfermo toda la tarde y la noche. Aparcó delante de la casa, se bajó de un salto y enseguida se vio rodeado por el comité de bienvenida: Zaba, Ama y Misu. Sus colas se movían como tres metrónomos en ritmo de contrapunto mientras le seguían alrededor del coche hasta el lado de Ángela. «Tranquilos, chicos». Intentó bloquear a los perros, protegiendo a Ángela de su exuberancia, mientras la ayudaba a salir del Ferrari.

«Alex, sólo están contentos de verte». Ella se agachó, y los perros le llenaron la cara de besos húmedos. Ella los frotó vigorosamente, riéndose de su entusiasmo.

«Corrección. Se alegran de verte. Yo sólo soy el intermediario que les entrega su nuevo juguete favorito».

«Eso no es verdad». Ella se levantó un poco temblorosa sobre sus pies y tropezó en sus brazos.

Sus brazos la rodearon con fuerza. «Bien, justo donde debes estar. Que sepan quién es el jefe. A quién acudes corriendo».

«No estarás celoso de los perros, ¿verdad?»

«Ya no». La besó. «He querido besarte todo el día. No esos pequeños picotazos que no llegan a transmitir lo que siento. La verdad es que quiero besarte todo el tiempo».

Ella le miró fijamente. «Bésame».

«Oh, eso pretendo». Le mordisqueó el cuello. «Pero tal vez podríamos ponernos más cómodos primero.» Él la sostuvo. «¿Estás bien para caminar?»

«Estoy bien.» Ella empujó su dedo en su pecho. «No te preocupes por mí».

Como si no me preocupara por ti cada minuto del día. «Está bien, sólo voy a buscar los comestibles.»

BELLE AMI

Se sentía como el flautista de Hamelín. Ángela le siguió hasta la cocina con los tres perros en fila detrás de ella. Vació las bolsas y guardó todo mientras ella le observaba con una sonrisa bobalicona. Los perros se reunieron a su alrededor.

Se apoyó en la encimera. «Me encanta pasar tiempo contigo. Has sido tan bueno conmigo...» Tuvo un hipo y se tapó la boca. «Oh, perdón.» Empezó a saltar sobre un pie mientras contenía la respiración.

Él estalló en carcajadas. «¿Qué estás haciendo?»

«Intento curarme el hipo». Ella continuó saltando arriba y abajo.

Su risa debió de ser contagiosa porque ella estalló en carcajadas entre hipo e hipo. Él la agarró. «Ven aquí. A mí también me encanta pasar tiempo contigo. Creo que te estás convirtiendo en un hábito que no deseo romper. Tu risa es parte de ello. Pienso que si ella puede reír tan fácilmente con lo que está pasando, imagínate la risa que llenará su mundo cuando toda esta mierda quede atrás».

Le rodeó el cuello con los brazos y se apretó seductoramente contra él. «Entonces, ¿me quieres por mi risa?»

«Eh, mira eso. Te he curado el hipo». Tenía la cara levantada y los labios a escasos centímetros de los suyos. Su pelo caía por su espalda, y él pasó sus dedos por él. «Hmmm, no sólo tu risa. Vamos arriba. Tengo una sorpresa para ti».

«Vamos, puedes encontrar una línea mejor que esa para llevarme a la cama.»

«No, en serio. Tengo una sorpresa para ti». Tomando su mano, la llevó

fuera de la cocina. Los perros, que habían esperado pacientemente moviendo la cola, le siguieron. Alex gritó por encima del hombro: «Dejadlo ya, amigos, no voy a compartirlo». Levantó la mano. «¡Fermi, una cuccia!» Se detuvieron. Entendieron la orden de su amo de quedarse.



ÁNGELA NO ESTABA TAN BEBIDA cómo estuvo más temprano. El viaje de retorno le había despejado el cerebro. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Quería a Alex, quería sentir cada parte de él. Cada vez que él la tocaba, chispas la encendían hasta el punto de la frustración. Tiró de ella por el pasillo más allá de la puerta de su habitación. «Alex, realmente quiero ducharme. Estoy toda mugrienta».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Sí, yo también.»

«Pasaste por mi habitación». Ella miró hacia su puerta.

«Creo que te equivocas». Él abrió las puertas dobles de su dormitorio. «Esta es tu habitación. Espero que no te importe, pero he hecho que María traslade todas tus cosas a mi dormitorio.»

Ángela se quedó con la boca abierta. Por encima, un techo artesonado con bóveda de cañón se elevaba casi diez metros. En una pared había estanterías que iban del suelo al techo. Una claraboya en el techo proyectaba rayos de luz vespertinos, acentuando las motas de polvo que bailaban como copos de nieve atrapados en un prisma.

Se quedó mirando una pared cubierta de cuadros, que debían de ser réplicas. De ser reales, su valor habría ascendido a incontables millones de dólares. Frunció las cejas.

«No pongas esa cara de perplejidad. Son réplicas de cuadros que he recuperado. Pasé tanto tiempo buscándolas que les tomé mucho cariño. De ahí la pared de arte dispar. En cuanto a los libros, los colecciono. Siempre estoy en algún rincón lejano del mundo, y es un pasatiempo agradable y una distracción».

«Es una habitación increíble, Alex. Impresionante. Tienes muchas aficiones».

«Las tengo. Pero tengo una nueva de la que nunca me canso. Una que hace que las demás palidezcan en comparación».

«¿Cuál es?»

«Tú.»

“Yo?”

«Sí, aunque yo te clasificaría más en la categoría de cosas sin las que no puedo vivir. Hobby es una subestimación de lo que eres para mí».

Se rió y sacudió la cabeza. «Esta biblioteca me da ganas de acurrucarme y leer un libro».

«Oh, aún no has visto nada». La tomó de la mano y la condujo a través de las puertas barrocas de madera tallada. El dormitorio principal era sobrio, de nuevo el incongruente tema moderno en una antigua casa tradicional. La pieza central era la cama con mesillas de noche aladas que parecían apoyarse en la pared del fondo. La cama estaba frente a una pared de ventanas que iban del suelo al techo, más allá de las cuales se extendía una interminable campiña de viñedos en terrazas que se elevaban por la ladera de una colina. En medio de las ventanas había una chimenea de gas. Alex pulsó un interruptor y salieron llamas disparadas de las piedras preciosas de color púrpura.

«Parece que la chimenea está flotando sobre el suelo. Toda esta modernidad en una casa de campo es tan extraña».

BELLE AMI

Alex pulsó otro interruptor y sonó el primer movimiento de la *Pathétique* de Beethoven. Hermosos tonos melódicos resonaban por toda la suite.

«Me encanta la yuxtaposición. El resto de la casa es acorde, pero este trozo es mi pequeña rebelión. Me gusta la sencillez, pero de alta tecnología». Sus cejas se alzaron con su desafío. «¿Quieres ver el baño?»

«No me lo imagino superando el dormitorio, pero así sigues sorprendiéndome».

Le guiñó un ojo. «Buena respuesta». Abrió la puerta y ella jadeó.

«Es... es... no sé qué decir». Sus ojos flitted de un extremo de la bañera a la otra. Todo era mármol Carrera blanco y cromo, pero la ducha era claramente la estrella. Un cubículo de cristal con una pared y el techo de mármol, dejando el resto de los lados de cristal. La pared que daba a la parte trasera de la casa le dejó perpleja. La pared de cristal del suelo al techo daba a los viñedos y al patio trasero. «¿Quieres que la gente te vea ducharte?».

Se rió. «Difícilmente». «Pero... no entiendo...».

«Es un cristal unidireccional. No puedes ver dentro, sólo fuera». «Entonces, ¿qué ves desde la parte trasera de la casa?» «Ves una ventana con cortinas, una ilusión óptica».

Ella negó con la cabeza. Él tiró de ella hacia la ducha.

«Levanta los brazos». Ella hizo lo que le dijo y él le pasó la camisa por la cabeza. Luego deslizó sus labios por su cuello y continuó desnudándola hasta que quedó completamente desnuda. La giró hacia la vista de los viñedos y se desnudó. Tiró toda su ropa fuera de la ducha y pulsó un botón en la pared.

Volvió a atraerla contra su pecho. Ella oyó un leve silbido y el agua del surtidor y los grifos de la pared salió a la temperatura perfecta. Cerró los ojos y levantó la cara, perdiéndose en la sensual sensación de sus labios y del agua palpitante en contacto con su piel.

«Esta es la ducha más sexy del planeta».

«Lo sé», murmuró él en su oído, “y te aseguro que vamos a hacer un buen uso de ella en el futuro, pero...”. Separó su cuerpo del de ella, y ella sintió su pérdida.

«Tengo el antojo de lavarte. De enjabonarte y tocar cada parte de ti».

La gravedad de su voz la atravesó como una corriente eléctrica. «¿En serio?»

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Sí, cariño». Vertió champú en la mano y le masajeó el cuero cabelludo. Ella cerró los ojos, concentrándose en una sensación que nunca antes había experimentado, salvo en un salón de belleza a manos de un desconocido. Pasaron unos minutos. Luego la puso bajo el agua y enjuagó el champú. Se llenó la mano de acondicionador y se la pasó por el pelo.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Sin quererlo, había tocado algo muy dentro de ella. Era huérfana de madre y todas las cosas que hacían las madres le eran ajenas. Era un dolor que nunca había aceptado. La dulzura de Alex le devolvió esos sentimientos de pérdida. Era como si él sintonizara psíquicamente con lo que la había lastimado y tuviera la misión de curarla.

«¿Qué pasa, Ángela? ¿He hecho algo mal?»

«No, Alex, todo lo que haces está bien. Yo no tuve una madre... que me lavara el pelo de pequeña... Yo... no sé qué decir».

«No digas nada. Sólo déjame complacerte. Si quieres gemir, no dejes que nada te lo impida». Bromeó.

Todo lo que él hacía le parecía el paraíso. Vertió jabón líquido sobre una esponja vegetal y le dio la vuelta. Frotando la esponja con movimientos circulares por la espalda y el trasero, la enjabonó con aroma a lavanda y romero. Ella suspiró de anhelo, su deseo por él iba en aumento. De pie detrás de ella, sus manos enjabonadas le masajeaban los pechos, bajaban por el vientre y seguían hasta el interior de los muslos. Ella gimió cuando él le pasó la rica espuma entre las piernas, haciéndola jadear de placer.

Le susurró al oído: «Ahora me toca a mí».

Verle allí desnudo y excitado la encendió aún más. «¿Puedo ayudar?»

«Estaba deseando que me lo pidieras».

Pasó las manos por su cuerpo enjabonado. Sus músculos se tensaron bajo sus dedos. Cuando tocó su pene, él gimió. «Cielos, nena, me estás haciendo difícil no follarte aquí mismo».

«Esto es muy divertido. No puedo decidir qué me gusta más, bañarte y sentir tu cuerpo duro o mirar por la ventana y ver el sol hundirse bajo la cresta de la montaña». Se dio cuenta de que se le estaba dando bastante bien burlarse de él como él se burlaba de ella.

«¿Por qué elegir?» Él se colocó frente a la ventana, ofreciéndole una vista de la puesta de sol y de su silueta. Sus manos buscaron de nuevo su virilidad. Le encantaba verlo cerrar los ojos, luchando por no sucumbir al placer.

BELLE AMI

Sus labios trazaron un camino a lo largo de su cuello y ella susurró: «Vale, eso ya es demasiado de algo bueno».

Él tiró de ella bajo el chorro de lluvia y la besó, clavándole su dureza en el estómago. El agua se derramó sobre ellos y los chorros de jabón y acondicionador brillaron sobre su piel antes de desaparecer por el desagüe.

Murmuró contra sus labios: «¿Terminamos aquí o en la cama?».

Ella gimió. «En la cama. Me tiemblan las piernas».

Sonriendo, cerró el grifo, abrió la puerta de la ducha y cogió una toalla gruesa del estante. La secó suavemente de pies a cabeza. «No sé quién disfruta más, si tú o yo».

«No puedo hablar de tu placer, pero el mío está por las nubes».

«Buena respuesta.» La envolvió en la toalla y tomó otra, secándose rápidamente. Luego la cargó y la llevó a su cama.

Quizá fue la ducha y la lenta y prolongada preparación para hacer el amor, pero cada terminación nerviosa de su cuerpo se sentía viva y respondía a cada caricia, a cada beso, a cada latido de su corazón, a cada presión de su cuerpo sobre el de ella y a cada palabra de adoración susurrada. Le hizo el amor como si fuera lo único que le importaba. Ella cabalgó sobre un mar de pasión hasta que alcanzó la cresta como una ola, deshaciéndose en un millón de puntos de luz.

Él la penetró rítmicamente durante el orgasmo hasta que su temblor se calmó, y luego, endureciéndose, se corrió, llenándole el oído con su gemido de placer. «Ángela, nunca me había sentido así», suspiró.

Las palabras de Alex desencadenaron otra ronda de excitación. Sus ojos se cerraron y se le escapó un gemido mientras se estrechaba contra él y volvía a alcanzar el clímax.

«Cada vez que te estremeces así, quiero volver a sentirlo», dijo él. «No puedo evitarlo, eres tú, mi reacción ante ti».

«Una parte de mí tiene miedo de dónde puede acabar esto. Tengo miedo de que la cera se derrita como una vela que arde por los dos extremos y no quede nada que quemar.»

«Tienes que confiar en que esto es más que una ocasión de hacer el amor. Tienes que creer que lo que estamos construyendo tiene raíces profundas. No entiendes que esas raíces están envueltas alrededor de mi corazón?».

Ella se acurrucó más en sus brazos. «Lo intento, Alex. Más que nada, deseo creer que todo esto es real».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Es totalmente real». Sobre la mesilla, el zumbido de su teléfono llamó su atención. «Espera, voy a ver». Cogió el teléfono. «Tengo el número de Lucrezia, la nieta de Sofía, en Roma. Será mejor que la llame antes de que sea demasiado tarde».

Marcó y Lucrezia descolgó. Le explicó que era el comprador de Casa del Sole y que tenía algunas preguntas que le gustaría discutir con su madre, Fioretta.

Ángela observó su rostro mientras escuchaba a Lucrezia. Tras lo que pareció una eternidad, Alex respondió. «Comprendo el estado de tu madre, y sé que crees que no me sería de ninguna ayuda, pero hablar con mi novia y conmigo podría desencadenar algo en su memoria. Me gustaría intentarlo».

Escuchó, juntando las cejas. «Sé que piensa que estoy perdiendo el tiempo, pero estoy dispuesto a correr ese riesgo. Si está de acuerdo, mi novia y yo volaremos a Roma en los próximos días y llamaremos a su madre siempre que sea conveniente. Le prometo que no haremos nada que la perturbe».

De nuevo, escuchó.

«Gracias. Le enviaré un mensaje con nuestro itinerario y me dirá a qué hora le viene bien».

Pausa.

«Muy bien. Espero tener noticias tuyas». Colgó y se volvió hacia ella.

«No lo entiendo. Qué ha dicho y qué es eso de ir a Roma». Ángela aún intentaba calmar el pulso después de oírle llamarla novia.

«Fioretta tiene Alzheimer, y Lucrezia no cree que su madre sea capaz de responder a ninguna pregunta, pero tengo un presentimiento sobre esto. Llámalo como quieras, intuición de detective o lo que sea, pero creo que cuando Fioretta y tú se encuentren, se abrirá otra ventana de la memoria.»

«¿Así que así, sin más, lo dejamos todo, dejamos Montefioralle y nos vamos a Roma por una corazonada?».

«Sí. Eso es lo que hacen los investigadores, y esto es una investigación, ¿no? Además, ¿qué tiene de malo que tú y yo emprendamos un viaje paralelo?».

«Nada, pero es mucho tiempo y dinero para gastar en una corazonada que podría no resultar. Sobre todo porque estamos avanzando mucho».

BELLE AMI

«Deja que yo me preocupe por el dinero. Sólo lamento que no podamos quedarnos más tiempo. Este va a ser un viaje de entrar y salir rápido. Tres días como mucho. Nunca has estado en la Ciudad Eterna. Creo que tendremos tiempo suficiente para visitar algunos monumentos».

No sabía por qué le molestaba dejar Montefioralle, pero probablemente él tenía razón. La hija de Sofía podría tener alguna clave del misterio. «¿Le contamos lo de la reencarnación y lo del cuadro?».

«No lo sé. Lo mejor es ir tanteando el terreno y ver si recuerda la cueva o si alguna vez oyó a su madre hablar de algún cuadro. También tengo curiosidad por saber qué sabe de su padre».

«Yo fui Sofía en mi vida pasada... Me parece una locura pensar que voy a conocer a mi propia hija». Su corazón se agitó en su pecho, imaginando su reacción mutua.

«¿Y yo? También es mi hija, aunque nunca me haya conocido».

«No entiendo por qué ocurre esto. ¿Por qué recuerdo cosas que es mejor no recordar? Hay una razón por la que la mayoría de la gente no puede recordar sus vidas pasadas. Verte a ti mismo y a la gente que quieres enfermar o morir es demasiado perturbador, y ser incapaz de cambiar las cosas es desgarrador. ¿Qué sentido tiene?»

«La cuestión es que hay lecciones que aprender. La cuestión es que tú y yo estábamos destinados a encontrarnos».

«Ciertamente sería más fácil si pudieras recordar, también. ¿Cuándo se levantará el velo para ti?»

«Aparte de las órdenes de Giuliano en el Getty y el truco que hizo en la sacristía, no creo que ocurra. Por alguna razón, tú eres el conducto. Por lo que he leído sobre la reencarnación, es inexplicable y raro que alguien recuerde su vida pasada. Hay una razón en tu caso porque nada de esto es accidental. Al menos, no creo que lo sea. Sólo espero que el hallazgo del cuadro nos cierre la herida y podamos seguir adelante».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

La abrazó fuertemente. «Hablando de seguir adelante, ¿qué tal si volvemos a donde lo dejamos?». La besó hasta que ella renunció a todo argumento, y luego, sólo para rematarla, añadió: «Y luego vamos a montar ese picnic con todas las golosinas que compramos. Tengo hambre y no puedo dejar de pensar en lamer las migas de tu cuerpo».

¿Cómo lo hizo? ¿Cómo encendió una llama en ella cuando tenía visiones catastrofistas? Un beso, y ella ya no podía pensar en otra cosa. ¿Cómo alguien que había pasado la mayor parte de su vida sola de repente se encariñó con un hombre hasta el punto de que toda razón se esfumó como un montón de hojas en el viento?

Trató de blindarse de cautela, de prepararse para lo que pudiera venir, y entonces él entró como un huracán, arrasando sus barreras y dejándola abierta y vulnerable. A su lado precavido le preocupaba que lo que estaba ocurriendo entre ellos se debiera a circunstancias inusuales. ¿Y si no duraba? Estaba sucediendo demasiado rápido y a una altura emocional demasiado grande. Si todo se derrumbaba, ¿qué los sostendría?

Ella era una historiadora que se dedicaba a analizar el pasado para abrir las puertas del debate. Ella planteaba hipótesis sobre las posibilidades, mientras que él era el detective que trabajaba febrilmente para llegar a una conclusión definitiva. El temperamento de Alex se reflejaba en su amor por los coches rápidos, y estaba en una carrera hasta la línea de meta. Eran polos opuestos.

Le besó la punta de la nariz. «Estás pensando demasiado.»

«Es lo que hago.»

«Piensa en esto.» La abrazó, llenándola de una pasión imposible de ignorar. Estaba perdida en su febril necesidad, en el empuje de su cuerpo dentro de ella, y no podía ver más allá, ni quería hacerlo. Todo lo que quería era subir a las vertiginosas alturas de la sensualidad y romperse como el cristal bajo él. El sexo, que nunca había sido esencial en su vida, ocupaba de repente el centro del escenario. Por el momento, guardó bajo llave sus preocupaciones y dejó que su corazón y su cuerpo gobernarán su cerebro. Había algo inimaginablemente hermoso cuando dos personas encontraban tal gozo en la unión de sus cuerpos, almas, corazones y mentes.

BELLE AMI

CAPITULO DIECISEIS

Roma, Italia
Día Agosto 22

E

l Mercedes Benz con chofer se alejó a toda velocidad del Hotel Hassler y se dirigió a Il San Lorenzo, en la Via dei Chiavari,

cerca de la plaza de Campo de Fiori. Alex se agarró con fuerza a la mano de Ángela en el asiento trasero. Ella miraba por la ventanilla para contemplar las vistas. Pasaron a toda velocidad junto al Coliseo, iluminado, y él la oyó suspirar. Su mirada se clavó en ella desde que salió del baño completamente arreglada y lista para salir.

«¿Te he dicho lo guapa que estás?». Pensar en sus deliciosos labios rojos sobre él le hizo estremecerse.

Ella notó su incomodidad. «Penny, ¿por tus pensamientos? Y sí, me lo has dicho al menos cinco veces. Pero puedes repetirlo; nunca me cansaré de escucharlo».

Llevaba una sencilla blusa blanca y una falda lápiz gris. La misma ropa que llevaba cuando se conocieron. En realidad, era la segunda vez que se veían; la primera vez estaba en trance en el Getty. Él sabía que sus opciones de vestuario eran limitadas. Un presupuesto ajustado significaba pocas compras frívolas. Quería llevarla a todas las boutiques de lujo de Roma y adornarla con una serie de prendas que hicieran justicia a su belleza, pero sabía que ella nunca lo permitiría. *La mimaré algún día.*

El Maître los sentó en una mesa vestida de lino blanco. El comedor era íntimo, con paredes color crema decoradas con arte moderno y fotografías. El techo abovedado de ladrillo visto mostraba una araña de cristal que proyectaba rayos de luz centelleante que impregnaban la estancia de un resplandor mágico. Desde su mesa, podían ver la terraza a través de las puertas de cristal y la luz del atardecer.

BELLE AMI

«Ésta realmente es la Ciudad Eterna, ¿verdad? Un lugar donde la elegancia y la decadencia conviven en el mismo espacio y tiempo», comenta Ángela.

« Esa es Roma, una antigüedad que se desmorona y un lujo sin igual». «¿Dónde vive Lucrezia?»

«En las afueras del centro de la ciudad. Se trata de un barrio muy lujoso».

«Bueno, estoy deseando ver cómo vive la gente adinerada de Roma.»

«Hablando de los adinerados, he estado pensando que después de encontrar la pintura y cerrar este caso, podríamos pasar algún tiempo viajando.»

«¿Viajando?»

«Sí, te gustaría conocer a mi madre y a mi padre, ¿verdad? Sé que me gustaría conocer a tu padre. Cualquier hombre que haya podido criar a una hija como tú es el primero de mi lista».

Se quedó boquiabierta.

«Eso suponiendo, claro, que tú y yo nos convirtiéramos en pareja». Él sonrió, disfrutando de la expresión de estupefacta incredulidad estampada en su rostro.

Ella cerró la boca y bebió un largo trago de su Bellini. «Creo que te estás adelantando demasiado, ¿no crees?».

«¿Te importaría permitirme una pequeña ilusión?».

Ella le cogió la mano y se inclinó para besarle, para darle las gracias, supuso. Sabía que su intención era rozar sus labios con los de él, pero la agarró por detrás de la cabeza y le dio un beso lento, profundo y prolongado.

«Así está mejor», murmuró contra sus labios. Besarla era una descarga de adrenalina. Le hizo pensar en cosas que nunca se había planteado. ¿Cómo sería despertarse cada día de su vida con ella, tener un hijo con ella?

La idea de confiar en ella, protegerla y dedicarse a ella le parecía natural. El matrimonio de los padres de Alex había sido un desastre, pero eso se debía a que su padre le engañaba y a que su madre no era la mujer más cariñosa del mundo. Ni él ni Ángela eran como ellos.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

El camarero carraspeó y se separaron riendo. A él, por supuesto, no le importaba quién le viera besándola. Diablos, la besaría en el escaparate de Macy's. «¿Quieres salir de tu zona de confort? Vivir un poco de forma peligrosa», le preguntó, levantando la ceja.

«¿Y hacer qué?». Ella se mordió el labio, y la lujuria onduló a través de él.

«Estaba pensando en pedir el menú degustación». Los ojos de ella se encendieron hambrientos, y de repente él deseó que se hubieran quedado en su habitación y hubieran pedido servicio de habitaciones. Había vivido treinta y dos años en este mundo, sobrevivido a un peligro sin parangón en Afganistán, vivido su ración de relaciones sin sentido, visto y hecho de todo, pero nada ni nadie le había afectado como Ángela. Ella hacía la vida sencilla y cada día especial.

Cuando el camarero puso el primer plato en la mesa, una colorida presentación de tres tartares de pescado diferentes, Ángela aplaudió. El camarero enarcó las cejas como si estuviera ante un extraterrestre. Luego se inclinó en deferencia a su aprecio infantil. Alex supo en ese momento que tenía un don del que no era consciente en absoluto. Su contagiosa alegría de vivir y la forma en que la gente reaccionaba a su energía positiva la convertían en un imán. Normalmente desconfiaba de los motivos de la gente, no era una característica que poseyera. Pero, al igual que el camarero, se había enamorado de ella y confiaba en que fuese auténtica y no tuviese nada que ver con ella. Intuyó que era otro de los misterios que le permitían conectar con el pasado. Para ser una académica de veintisiete años, parecía estar totalmente ajena a su poder.

Había contenido la risa cuando el rostro de Ángela se contrajo de

asco cuando el camarero le sirvió un plato de calamares a la plancha sobre un lecho de alcachofas a la menta. Pero, como la luchadora que era, mordisqueó con tesón un pequeño bocado. El arrebato llenó sus facciones, y su corazón latió con fuerza en respuesta. Había presumido de este restaurante, y ver la cara de Ángela cuando probó el primer bocado fue la confirmación de que había elegido correctamente. Si el paraíso yacía en un plato, él la había enviado allí.

Para cuando sirvieron los espaguetis alle vongole, una especialidad de la casa, ella emitía unos gemidos de placer tan exuberantes que a él se le tensaron los pantalones. «¿De verdad crees que es justo que muestres la misma cantidad de éxtasis cuando comes, concedido, comida deliciosa, que en el dormitorio?».

BELLE AMI

«Eso no es cierto, y lo sabes. Es que está buenísimo». Su cara se sonrojó mientras alcanzaba su vaso de agua. «Además, esto está mejor». Escondiendo su risa en el agua, él esperaba ver burbujas salir de su nariz.

«¡Touché!»

«Además, tú eres el que dice que te encanta verme comer. Sólo te lo agradezco». Arrancó un trozo de pan, lo mojó en el caldo y se lo llevó a la boca. Masticó, y sus gemidos exagerados hicieron que él se removiera en su asiento.

«Supongo que tendré que ponerte a prueba cuando volvamos a la habitación. Ver qué produce más respuesta, el sexo o la comida».

«Hazlo», añadió ella, «aunque puede que tengas que esforzarte un poco más. Estas almejas van a ser muy difíciles de superar».

Maldición. Justo cuando creo que no puedo caer más bajo... «Mañana no tenemos que estar en casa de Lucrezia hasta la una. ¿Crees que podríamos dar un paseo por la mañana?» Eso si puedes caminar después de que termine contigo esta noche. «Quiero enseñarte una de las mejores vistas de Roma, y nos dará la oportunidad de ver gran parte de la ciudad a pie, y se nos abrirá el apetito».

Sus ojos se abrieron de par en par. «Sería increíble. ¿Adónde iremos? «Ya lo verás cuando lleguemos. Un tipo tiene que guardar un par de sorpresas bajo la manga».

«Alex, me sorprendes a cada paso. A veces me siento como una pueblerina. Has viajado tanto y has estado en todas partes».

«Sí, pero siempre lo he hecho todo solo. Así que compartirlo contigo le da un nuevo giro. Es como volver a descubrir el mundo. Me pone ver las cosas a través de tus ojos».

El sol se había puesto cuando terminaron de comer y Ángela bostezó.

«Será mejor que te lleve al hotel o no podré probar mi teoría». «¿Tu teoría?»

«Me muero por ver qué te hace gemir más: las almejas y los espaguetis o yo».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI



El viaje en primera clase no estuvo muy diferente a lo que Ángela ya estaba acostumbrada, pero para Alex, pareció ser la norma. Su suite en el Hotel Hassler era tan lujosa y hermosa que no pudo evitar pasearse de una habitación a otra. Alex había reservado la Suite Medici en honor a su búsqueda del retrato de boda. Las impresionantes vistas desde la terraza daban a la Plaza de España y al corazón de Roma. La opulenta suite era un joyero dorado con muebles tapizados en piel de ante roja y un cabecero tapizado a juego. Se sentía como una niña en una tienda de golosinas.

Alex se sentó en el sofá, esperando a que dejara de dar vueltas. Finalmente, se dejó caer a su lado.

«¿Siempre vives así?» «Más o menos.

«No entiendo cómo recuperar arte puede ser tan lucrativo». Cruzó las piernas y se recostó en el sofá de felpa. «No parece posible».

Él se levantó y sirvió dos copas de champán de la botella que había pedido para la habitación y le entregó una a ella. «No he sido del todo sincero contigo». Levantó la copa. «Por nosotros.

Ella chocó ligeramente su copa con la de él y bebió un sorbo. No podía ocultar la preocupación en su voz. La idea de que le mintiera le revolvía el estómago. «¿No lo has sido?»

"No."

«¿Por qué? ¿Qué ocultas?» ¿Iba a confesarle que la había utilizado para conseguir el cuadro? ¿Su interés por ella se basaba únicamente en conseguir el Da Vinci? Un espasmo de dolor se apoderó de su corazón.

Se frotó la nuca. «El negocio de la recuperación de obras de arte es bueno, pero mi verdadero dinero procede de un fondo fiduciario».

Ángela trató de asimilar lo que decía. Él evitaba mirarla. Ella no sabía qué sentir, ira o dolor, o ambas cosas. «¿Por qué no me lo dijiste? ¿Creíste que resultaría ser una cazafortunas? ¿Tenías miedo de no poder confiar en mí? ¿Cuán rico eres?»

«¿Has oído hablar de la petrolera Crawford?»

BELLE AMI

«Vagamente. ¿Quieres contratarme?»

«Mi madre es una Crawford, y yo soy el único heredero. Tenemos una relación bastante tensa. Ella no reconoce nada de lo que he logrado por mi cuenta como importante. Lo único que le importa es que me convierta en el hombre que ella y mi abuelo prepararon para tomar el timón de Petróleos Crawford. Si mi abuelo se saliera con la suya, mi apellido sería Crawford. He estado luchando contra lo que ellos creen que es mi futuro predestinado la mayor parte de mi vida. Perdóname. Debería habértelo dicho desde el principio».

No podía respirar. Se llevó la mano al pecho. Se levantó y empezó a caminar. No sabía qué más hacer. Se le partía el corazón. «Te confié mi vida, ¿y no puedes confiarme tu historia familiar?» Si no seguía moviéndose, estaba segura de que explotaría. «He pasado toda mi vida evitando enredos. Aprendí temprano que cuando se trataba de mí, las mujeres estaban detrás de mi dinero y lo que ellas

podían obtener de mí».

Ella infló sus manos hacia arriba en un gesto desdeñoso. «Bueno, no tienes que preocuparte por mí. Cuando encontremos el cuadro, podrás volver a tus andadas de playboy. No quiero nada de ti». Las lágrimas corrían por su cara ahora, pero no le importaba. *Dice que me quiere, pero no sabe lo que eso significa. El amor es un asunto de confianza.*

Se levantó y la sujetó por los hombros, obligándola a mirarle a los ojos. «No lo entiendes. Te lo he ocultado porque temía perderte, Ángela, temía que no nos dieras una oportunidad. Te repito que nunca me había sentido así, pero parece que no lo asimilo».

Ella se apartó, rompiendo su abrazo. Le costaba respirar entre el nudo en la garganta y la opresión en el pecho. «Desde luego, no tenías mucha fe en mí. ¿Y por qué iba a creerte si me has mentido?». Se tapó la boca con las manos y contuvo un sollozo. Bajó las manos y respiró hondo. «No me contaste lo que habíamos hablado delante del cuadro de Botticelli en el Getty cuando tuve un ataque de ansiedad. No me contaste que Giuliano de Medici te habló desde el cuadro y te dijo quién eras en una vida pasada, y eso fue antes de que yo lo supiera del todo.»

«Ya te expliqué por qué esperé para decírtelo. Sólo quería a salvo lejos de Scordato».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Sacudió la cabeza, con la vista nublada por las lágrimas. Quizá estaba exagerando, pero para ella la sinceridad lo era todo.

«Tenía intención de contarte antes mis antecedentes y mi nivel contigo, pero no quería aumentar tu confusión con tantas cosas en marcha». Le tendió la mano, pero ella dio un paso atrás.

«Eso es lo que dijiste antes, Alex», ahora estaba en pleno llanto feo, pero no le importó. «Que no querías aumentar mi carga, pero tal vez no estás siendo del todo honesto contigo mismo. ¿Tal vez no estás realmente preparado para esto... sea lo que sea?». Sus manos se alzaron en el aire.

Él se acercó más a ella, con los ojos llenos de angustia. Esta vez ella no retrocedió. Le apretó los hombros con sus grandes y cálidas manos. Ella se puso rígida, deseando que su tacto no despertara todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Deseó poder resistirse mejor a él.

«No creo que esto funcione, Alex», suspiró, dispuesta a dejar de llorar. «Somos demasiado diferentes. *Oh Dios, esto es tan difícil*. «No sé cómo comportarme en esta situación en el que vives, pero ahora veo que estoy totalmente fuera de tu alcance. Eres un maestro del engaño». Estaba sollozando de nuevo y no podía parar ni decir nada más. Apenas podía respirar a causa de las lágrimas.

La abrazó y tiró de ella con fuerza. «Eres tú quien está fuera de mi alcance, Ángela», susurró entrecortadamente. «No te merezco. Siempre he tenido todo lo que he querido, o al menos eso creía. Todo eso cambió en un bar de Los Ángeles. Intenté resistirme a enamorarme de ti por el caso, pero cuanto más estábamos juntos, más profundamente caía». Se echó hacia atrás y le secó las lágrimas con los dedos. «Nunca esperé encontrar a alguien como tú. Por favor, perdóname. Quiero esto. Te quiero más de lo que he querido nada en toda mi vida. Juro que no habrá más secretos entre nosotros».

Sus llamativos ojos de diferentes colores se llenaron de sus propias lágrimas. Los mismos ojos de Gerhard Jaeger, el amante de Sofía Caro. Decía la verdad. Ángela lo sintió hasta lo más profundo de su ser. Lo sintió retroceder quinientos años hasta Fioretta y Giuliano. Ángela sabía que había amado al mismo hombre en diferentes vidas. Le estrechó la cara entre las manos. «Alex, debo saber que crees que no me importa el dinero. No me importa. Lo que me importa somos nosotros. Compartir nuestros corazones, cuerpos y almas. No podemos avanzar hasta que nos prometamos no más secretos».

BELLE AMI

«Cariño, perdóname, por favor. No más secretos. Te lo prometo».

«Aquí estamos en una de las habitaciones más bonitas del mundo, en una de las ciudades más hermosas del mundo. Estoy con el único hombre con el que siempre he querido compartirme. Abrázame, Alex. Hazme el amor». Ella quería olvidar todas las cosas que estaban en su contra, y todo lo que quería hacer era perderse en él.

«Nunca tendrás que pedirlo dos veces, Ángela». Él le sujetó las manos a la espalda y sus labios reclamaron los suyos.

Se dijo a sí misma que todo saldría bien y que podrían evitar que el destino se repitiera. Tenían que hacerlo.



ALEX SALIÓ a la terraza y disfrutó de la impresionante vista. Salía el sol sobre las torres de la iglesia de Trinità dei Monti, iluminando la ciudad con un resplandor dorado. Tomó un café y contempló la colina del Janículo y la cúpula de la catedral de San Pedro.

De regreso a la habitación, se sentó en el borde de la cama y observó cómo Ángela respiraba entrecortadamente mientras dormía. El aroma del amor se pegaba a su piel y a las sábanas. Anoche, su necesidad y su pasión habían sido desesperadas en su deseo y divinas en su realización. Había puesto su corazón y su alma en amarla, y cuando sus últimos suspiros de satisfacción se desvanecieron, se había envuelto a su alrededor y la había abrazado durante toda la noche.

Jamás había deseado acostarse con una mujer, jamás había querido escuchar los latidos de su corazón o su respiración cuando descansaba entre sus brazos. Tampoco se había deleitado nunca con la presión de la piel de una mujer sobre la suya, pero con ella sí. La suya era una simple necesidad, y ella la satisfacía con sólo ser.

Quería pasar cada minuto con ella. La despertó con un beso. «Buenos días, preciosa».

Un brillo pícaro iluminó sus ojos mientras estiraba las piernas. «Hmmm... Buenos días, semental».

Echó la cabeza hacia atrás y se rió. «Nena, mi objetivo es satisfacer».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Soltó una risita, lo puso a su lado y se envolvió en su abrazo.

Le pasó los dedos por el pelo y le encantaron las ondas gruesas y oscuras. «¿Cómo has dormido?

«He dormido bien. Sin sueños ni pesadillas».

«Eso es genial, cariño. ¿Ves lo bueno que soy para ti?».

Apoyando la barbilla en su pecho, le acarició la cara. «Eres bueno para mí, Alex. ¿Vamos a dar el paseo que prometiste?».

«Sí. A menos, claro, que prefieras quedarte en la cama para dar otro paseo por Ciudad Semental». Sus cejas hicieron el gesto.

«Oh, no...», dijo entre carcajadas. «Esta chica necesita descansar un poco de tus modales de semental. Y has quemado la cena de anoche y tengo hambre».

El rió entre dientes. «No creas que vas a disuadirme de mi tarea favorita».

«¿Estás de broma? Jamás se me ocurriría privarme, guapísimo hombre».

Intercambiando bromas, se ducharon juntos, se vistieron y tomaron café, cornetti y tortillas en el restaurante Palm Court, rodeado de antiguos muros cubiertos de hiedra. La abundancia de flores perfumaba el lugar.

Dejaron la mesa y se dirigieron hacia la salida. Ángela miró hacia arriba, protegiéndose los ojos, y observó las nubes platinadas que surcaban el cielo azul moteado. «Hace un día precioso para pasear». Entrelazó su brazo con el de él. «¿Qué tal si me dices cuál es nuestro destino?».

«Vamos, admite que te gusta cada vez que te sorprende». «Misterioso como siempre. ¿De qué signo eres?» «Escorpio.»

«Por supuesto. No es rival para mi sexto sentido de Cáncer».

«Eso no lo sé, pero seas lo que seas, te has metido en mi piel y eres el signo perfecto para mí».

La escalinata española estaba cubierta de gente sentada a esas tempranas horas. Por la tarde, sería difícil recorrerla debido a todos los turistas que se congregaban, hacían fotos y grababan vídeos en la escalinata más famosa del mundo.

Tomados de la mano, se dirigieron a la Piazza di Spagna y se detuvieron ante la fuente barroca creada por Bernini. Alex leyó la placa de referencia que traducía que la Fontana della Barcaccia, la Fuente de la Barca Fea, se terminó hacia 1629. «Historia reciente para una ciudad que se remonta a la Antigüedad», bromeó. «Las aguas que alimentan esta fuente proceden de un acueducto del año 19 a.C. construido por los romanos llamado Acqua Vergine. Eso sí que es antigüedad».

BELLE AMI

Continuaron por la bulliciosa Via Frattina, donde empezaban a abrir tiendas y restaurantes, pasando junto a la Basílica de San Lorenzo, con su fachada de color naranja pálido. Cuando llegaron al Museo Napoleónico, giraron a la derecha por el Lungotevere tor di Nona, donde pasearon junto al río Tíber. El tiempo era cálido, y Ángela se quitó el jersey y se lo anudó a la cintura.

«Mires donde mires, casi parece que el tiempo haya dejado de pasar». «Así es Roma. Una anciana que se niega a morir. Ella ha visto

conquistadores y civilizaciones ir y venir, sin embargo, ella sigue siendo eterna «. «De ahí el nombre, Ciudad Eterna.»

«Olvidé quién fue el que dijo que Roma existirá mientras exista el Coliseo; cuando el Coliseo caiga, también lo hará Roma; cuando Roma caiga, también lo hará el mundo».

Sonrió. «Ves, ahí vas sorprendiéndome otra vez». «Oye, no todo son coches veloces».

Cruzaron las aguas verdes y musgosas del río Tíber por el Ponte Príncipe Amadeo Suavoia Aosta. Poco más tarde llegaron a la Passeggiata del Gianicolo. Alex la siguió por detrás, disfrutando del contoneo de sus caderas mientras subía las escaleras hasta lo alto de la terraza del Janículo. Pensó en la descripción que Ángela había hecho de Sofía y en su parecido con Sofía Loren. Recordó al cura de Montefioralle comentando lo mucho que se parecía Ángela a Sofía. Suspiró y dio las gracias al destino por haberlos reunido en esta vida.

Rodearon la estatua del general Giuseppe Garibaldi a caballo, el hombre al que se reconocía por haber traído la unificación a Italia. Tomados de la mano, cruzaron la terraza para admirar las vistas.

Alex señaló. «Desde aquí se ve el centro histórico de Roma. El Panteón, el Altare alla Patria -un monumento que celebra la unificación-, el Castel Sant'Ángelo y la basílica de San Pedro».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Impresionante, mosaico de colores». Ángela suspiró.

«Sabía que te gustaría». La abrazó y ella se recostó contra él. Se quedaron en silencio, contemplando los tejados y las cúpulas.

«Mi vida ha estado tan patas arriba, tan fuera de control. Vivir unas horas en el presente es agradable, sin que nuestras vidas pasadas interfieran».

«Quiero hacer realidad todos tus sueños». « Sujétate fuerte a mí, Alex, y no te sueltes. »



ALBERTO SCORDATO marcó un número en su móvil.

Enrico respondió al primer timbrazo. «Ciao, come vanno le cose a Roma?»

«Sin incidentes. Roma es Roma. He estado recibiendo actualizaciones periódicas gracias a nuestra amiga, Madame X». Sin duda, tener un pariente en la Mafia venía muy bien. La misteriosa hacker de Enrico había vigilado de cerca al dúo. «Los dos se están comportando como amantes en su luna de miel. Qué está pasando ahí?»

«Estoy preparando las cosas para nuestra gran fiesta».

Eso significaba que Enrico estaba planeando la desafortunada muerte de su amigo alemán, Max Jaeger. *Daños colaterales por una buena causa.*

Alberto no pudo evitar el subidón de adrenalina que recorrió sus venas cuando se imaginó poniendo sus ojos sobre el esquivo cuadro.

Pronto, pensó. *Pronto será mío.*

CAPITULO DIECISIETE

Roma, Italia
Día Agosto 23

E

l conductor del hotel Hassler pulsó el botón de llamada y se abrieron las puertas de un chalet contemporáneo en el distrito XV. Alex se agarró con fuerza a la mano de Ángela mientras subían por un camino empinado hasta la puerta principal. La casa de tres plantas era de estuco blanco y madera y se abría a amplias vistas del perfil de la ciudad y las montañas que rodeaban Roma. Sus jardines estaban plagados de flores silvestres y lavanda que perfumaban el aire. Altos cipreses flanqueaban la calle. La casa daba a la ciudad y, a lo lejos, se podía ver la imponente cúpula de la catedral de San Pedro.

Alex observó la moderna estructura. «Esta casa debió costarles un dineral a Lucrezia y a su marido. Él es abogado y ella psicóloga. Probablemente por eso vendieron el viñedo. Parece de nueva construcción».

«Es una casa preciosa, pero no la cambiaría por la Casa del Sole». Le apretó la mano. «Yo tampoco lo haría».

Alex tocó el timbre y una mujer menuda, de ojos oscuros y almendrados y una salvaje melena de rizos negros, abrió la puerta y los saludó con un beso en ambas mejillas. Alex calculó que tendría unos cuarenta años, pero su piel aceitunada la hacía lucir más joven. Era guapa, pero Alex no le veía mucho parecido con Ángela, que, si se guiaban por el cura de Santo Stefano, era idéntica a Sofía Caro.

La hija de Fioretta, Lucrezia Conti, les saluda y sus ojos se abren de par en par cuando se posan en Ángela. «Perdona que te observe, ¿pero somos parientes? Te pareces a mi nonna, Sofía Caro».

Ángela vaciló, se le había ido el color de la cara y negó con la cabeza.

BELLE AMI

Alex intervino con suavidad: «A Ángela se lo preguntan muy seguido aquí en Italia por su pelo y sus ojos oscuros». Sonrió y se encogió de hombros.

Lucrezia también sonrió. «Supongo que debe de ser eso. Mi madre acaba de comer y está en su habitación. Tengo que hacer unos mandados, así que debo irme corriendo, pero Ana, la enfermera de mi madre, estará en la habitación de al lado por si la necesitáis. Debo ser honesta con usted, mi madre no responde. Rara vez sabe quién soy. A veces habla consigo misma o con mi padre, que ha fallecido, pero está completamente desconectada de la realidad.»

«Siento mucho lo de tu madre», dijo Alex. «Pero quiero que sepas que Casa del Sole está en buenas manos. La aprecio mucho y pienso mantener la tradición vinícola que inició tu familia. Tú y tu familia siempre seréis bienvenidos».

«Eres muy amable, Alex. Me alegra saber que el viñedo está en manos tan cuidadosas. Fue una decisión difícil renunciar a él. Vendimos Casa del Sole cuando mamá enfermó. Ya no podía mantener el viñedo, y vivíamos demasiado lejos para cuidarla a ella y al lugar. El bufete de mi marido está aquí y nuestras vidas también. No tenía sentido. Por desgracia, mamá empeoró drásticamente cuando la trasladamos aquí». Lucrezia se pasó los dedos por el pelo. «A mi abuela y a mi madre les encantaba Casa del Sole. Tenían una gran afinidad con la tierra, que me temo que yo nunca compartí. Lo único que siempre quise fue escapar de esa sociedad constrictiva y de ese mundo anticuado. Todos tenemos que seguir nuestro propio camino, supongo. Me ha llevado dos años superar mi culpa por vender el viñedo».

«Haremos lo posible por no disgustar a tu madre», le aseguró Ángela.

«Gracias. Por cierto, se me olvidaba preguntar, ¿qué estáis intentando averiguar de mamá?».

«Ángela y yo hemos oído rumores de que hay una cueva en la propiedad que se usaba para almacenar vino. Estoy interesado en averiguar si realmente existe».

«Oh, esa cueva.» Agitó la mano. «Llevo oyendo hablar de ella toda mi vida. Mi abuela murió con ese secreto. Nunca lo compartió con mi madre ni conmigo. Francamente, creo que era un fragmento de su imaginación. Yo quería a mi abuela, pero estaba pazza, loca como se dice». Lucrezia enfatizó su argumento girando el dedo índice alrededor de la oreja.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

« Ella nunca se recuperó del asesinato de mi abuelo. Era una total reclusa y una madre terrible. Creo que nunca hubo una cueva. Para Sofía era una forma más de controlarnos a todos. Le encantaba crear el misterio de esta cueva secreta llena de tesoros ocultos. Supongo que esperaba que nunca nos fuéramos, que nunca abandonáramos su precioso viñedo».

Alex asintió con la cabeza. «Probablemente tengas razón, pero ¿quién sabe?». «Desde luego, mi madre no, pero puedes intentarlo. Creo que le encantaría oír hablar de Casa del Sole, aunque no sepa de qué estás hablando. Te presentaré a Ana, que te enseñará la casa cuando hayas visitado a mamá».

Ángela apretó la mano de Alex para tranquilizarse y siguieron a Lucrezia hasta un ala del lado izquierdo de la casa. Llamó a la puerta y la abrió. La habitación estaba llena de luz solar que brillaba a través de unas correderas que iban del suelo al techo y daban a un patio-jardín privado. La habitación estaba decorada con antigüedades que probablemente habían sido traídas de Montefioralle. Las estanterías de una vitrina estaban repletas de fotos familiares enmarcadas. Ángela se acercó para verlas mejor. Tomó una foto en un marco antiguo. «¿Es Sofía?» La mujer se reía, con los ojos fijos en un hombre rubio y apuesto.

«Sí. Es la única foto de ella y Giorgio Bandini, mi abuelo. Lo mataron una semana antes de que se casaran. En esa foto está embarazada de un par de meses de mi madre. Según la tradición familiar, fue una tragedia terrible que destrozó a mi abuela».

«Muy triste», susurró Ángela. No podía creer que la verdadera identidad de Giorgio Bandini, Gerhard Jaeger, hubiera desaparecido tan completamente.

Lucrezia llamó en italiano: «Ana, el señor Caine y la señora Renatus han venido a ver a mamá».

Contestó una voz. «Estamos terminando y luego la llevaré».

«Gracias.» Lucrezia miró por la ventana y sonrió. «Este es mi lugar feliz. Mi marido y yo construimos esta casa con los beneficios de la venta de la Casa del Sole. Para nosotros, era lo correcto. Construimos esta suite específicamente para mi madre y la llenamos de objetos personales de casa, pero nada de eso pudo evitar que el Alzheimer borrara sus recuerdos.»

BELLE AMI

La puerta de la habitación se abrió y una enfermera en bata empujó una silla de ruedas con una viejecita diminuta hasta la sala de estar. La enfermedad que le había robado la memoria no podía borrar los últimos vestigios de su gran belleza, que se manifestaba en sus delicados pómulos y su melena de rizos rubios y grises. La mujer tenía la mirada perdida.

«Mamá, este es Alex, el hombre que compró Casa del Sole, y su fidanzata, Ángela. Han venido desde muy lejos para visitarte».

La mujer no mostró reacción alguna a las palabras de su hija. Sus ojos se desviaron hacia el jardín, y parpadeó rápidamente por la brillante luz del sol. A Ángela le dio un vuelco el corazón. Se acercó a Fioretta Rossi.

«Sus ojos son de dos colores diferentes».

«Sí, al parecer, mi abuelo tenía ese extraño rasgo....». La mirada de Lucrezia se posó en Alex, y sus cejas se fruncieron pensativa. «Qué raro...» Sus ojos pasaron de Alex a Ángela y viceversa.

«Mis ojos son de diferente color», Alex declaró lo obvio.

«Sí... Acabo de darme cuenta». Lucrezia sacudió la cabeza como si descartara una idea descabellada.

«Bueno, puedes culpar a mi madre y a mi padre. Supongo que no supieron ordenar sus genes». Sonrió. Su encanto cautivaba sin esfuerzo.

Lucrezia soltó una risita y se volvió hacia su madre.

Alex y Ángela intercambiaron una mirada. Por los pelos, dijo Ángela.

Alex asintió con la cabeza.

Lucrezia se agachó frente a la silla de ruedas y puso la mano sobre la de su madre. «Mamá, tengo que salir un rato, pero que tengas una agradable visita con Alex y Ángela. Ana está aquí si la necesitas».

Fioretta se quedó mirando al frente, como si la viera a través de su hija. Lucrezia besó a su madre en la mejilla y negó con la cabeza. «Lo siento, pero esto es exactamente lo que te advertí que pasaría».

«No pasa nada, Lucrezia, sabíamos que era una posibilidad remota», dijo Alex. «Quiero mostrarte mi agradecimiento enviándote una caja de nuestra nueva cosecha. Creo que estarás encantada».

«Sería maravilloso. Es la única ventaja que Giovanni y yo echamos de menos, aunque tenemos una bodega llena de vinos de Casa del Sole». Extendió la mano y la cogió entre las suyas. «Disfruten de su estancia en Roma».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Lucrezia se marchó y Ana, que había estado ordenando la habitación, se excusó, diciéndoles que la llamaran en caso de necesitarla.

Fioretta se quedó mirando por la ventana, ajena a su presencia.

Ángela acercó una silla a Fioretta y le tomó las manos.

Ella miró a los ojos.

«Se parece a su padre, Gerhard, ¿verdad? susurró Alex. «Sí, se parece. Debió de ser una belleza cuando era joven.

joven; todavía lo es. Tiene el pelo rubio de Gerhard y los gruesos rizos de Sofía». Fioretta miró directamente a Ángela, pero era como si no estuviera allí. No había conciencia cognitiva, ningún signo de que estuviera siquiera al tanto de la presencia de Ángela.

«Quizá si le hablas del viñado o de su madre, puedas despertar algún recuerdo. Tiene que quedar algo de la mujer que una vez fue».

«Lo intentaré. Acarició la mejilla de Fioretta, la piel bajo sus dedos tan delicada como el papel crepé. «Fioretta, Casa del Sole es tan bonita que debes echarla mucho de menos. Mi novio, Alex, compró tu viñado y tu casa, y me he enamorado de ella. Pero desde que llegué allí, he estado teniendo sueños... sueños que me dejan muy triste».

Alex le tradujo y vieron cómo Fioretta parpadeaba rápidamente y suspiraba. Alex y Ángela intercambiaron miradas. Fioretta escuchaba y comprendía.

«Soñé con una cueva y con dos personas que se amaban mucho en esa cueva. Creo que vi a tu madre y a tu padre. Lamento que no hayas podido conocer a tu padre, estaba tan ilusionado con tu nacimiento. En mi sueño, tus padres estaban profundamente enamorados».

BELLE AMI

Ángela esperó mientras Alex traducía lo que había dicho. Se miró la mano. Fioretta se la apretaba con tanta fuerza que sus nudillos se habían vuelto blancos. Miró a Alex, que le indicó con la cabeza que continuara.

«Alex y yo fuimos al cementerio de Montefioralle, y recé ante las tumbas de Sofía y Giorgio. Me alegró ver que estaban enterrados juntos. Tuve una visión en el cementerio -Sofía y Giorgio-» La voz de Ángela vaciló a mitad de frase. Una ráfaga de luz la cegó y se vio obligada a cerrar los ojos. El corazón le latía con fuerza en el pecho. La vena de la sien le palpitaba. El dormitorio de Fioretta se disolvió en una bruma gris, Alex y Fioretta se desvanecieron en una niebla espesa. Una mano tiró de ella. Una voz susurró en su mente. Ha llegado la hora...

Montefioralle, Italia Septiembre 30, 1952

Caminaba por una empinada colina en mitad de la noche. Corrientes plateadas de luz iluminaban el sendero, deslizándose dentro y fuera de las sombras cada vez que las nubes pasaban por delante de la luna. El viento soplaba a su alrededor, esparciendo las hojas, y aullando entre las ramas de los árboles que bordeaban el sendero. Portaba una linterna y se movía con determinación y seguridad. Cuando llegó a la cima, se dirigió directamente a una enorme roca que descansaba contra la montaña. Colocó la linterna en el suelo y empujó con su peso contra la piedra hasta que ésta se apartó, dejando al descubierto una abertura en la montaña.

Recogiendo la linterna, echó un último vistazo a su alrededor antes de deslizarse a través de la abertura y volver a colocar la roca en su sitio, encerrándose en ella. Se dio la vuelta, apoyó la espalda contra la pared y recuperó el aliento. Al levantar la linterna, la llama creó sombras danzantes en las paredes.

Sofía estudió la cueva. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que estuvo allí y muchas cosas habían cambiado, pero no en la cueva. La cueva nunca cambiaba. El tiempo permanecía inmóvil. Había sido su refugio contra sus hermanos mayores, que se burlaban de ella de niña. Ahora sus queridos hermanos ya no vivían. Roberto había muerto luchando como partisano contra los alemanes unos meses después del asesinato de Gerhard, y Stefano en un accidente de coche seis meses después. Una tragedia tras otra se habían cebado con la familia y con ella. Era la única superviviente de los Caro, la única que conocía la existencia de la cueva.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Las botellas estaban alineadas en estanterías. Algunas procedían de los primeros años de existencia del viñedo, del siglo XVIII. Algún día trasladaría esas botellas de valor incalculable al nuevo almacén de vino que había empezado a construir cuando heredó el viñedo. Temblaba. Dentro de la cueva siempre hacía fresco.

Se adentró en el fondo, donde había una cama. Apoyó la mano en el colchón mohoso y recordó que se había tumbado en la cama en brazos de su amor. Las lágrimas le nublaron la vista cuando se sentó en la cama y se envolvió los hombros con la manta raída y mohosa. Permaneció sentada durante un rato y dejó que los recuerdos la invadieran como las manos que una vez la habían acariciado. Su pérdida hizo que la rabia la invadiera nuevamente y se deshizo de la manta. «¿Por qué?», gritó en voz alta. Su voz resonó en las paredes de la caverna vacía.

Volvió sobre sus pasos hasta la cueva principal, donde se encontraba una hilera de grandes barriles alineados contra una pared. Hacía años que no se utilizaban para añejar vino. Los barriles estaban levantados del suelo, con las espitas oxidadas e inservibles por el tiempo y la negligencia. Se arrodilló, se puso boca arriba y, quitándose las telarañas, se deslizó bajo uno de los barriles. El barril era tan grande que sólo le sobresalían los pies. Luego salió a duras penas de debajo del barril, agarrándose a una mochila. Se limpió la suciedad de la cara y se incorporó. Se aferró la mochila al pecho como si fuera el objeto más preciado del mundo. Se levantó, se quitó la ropa y volvió a sentarse en la cama.

Su respiración era agitada cuando abrió la mochila y sacó un tubo de cartón. De él sacó un objeto enrollado. Con cuidado, desenvolvió el papel de seda y descubrió un lienzo rectangular con la pintura hacia fuera. Medía treinta y seis por treinta y dos pulgadas y no se había tocado desde el día en el Uffizi en que Gerhard y ella habían regresado de Florencia.

Las lágrimas caían de sus ojos mientras se dirigía al cuadro. «Sé que eres la razón por la que nos ha sobrevenido esta pesadilla. ¿Cómo es posible que un cuadro tan bello me lo haya arrebatado? Hay una especie de maldición sobre ti.

BELLE AMI

Quien te posee, muere. ¿Por qué te ha poseído? ¿Dime por qué?» Lloró. Sus lágrimas cayeron sobre el lienzo y ella las secó suavemente. El cuadro de Leonardo Da Vinci no respondió. Hermoso pero silencioso, su historia sólo la conocían los muertos y ella. Un retrato nupcial de dos amantes malditos. No tan distintos de ella y Gerhard.

Sofía se quedó sentada mirando el cuadro con silenciosa desdicha. «Giuliano de Medici y Fioretta Gorini ya no existen, y mi Gerhard tampoco. Un día yo ya no seré, y tú seguirás olvidada y ya no existirás. No puedo destruirte porque te amaba. Lo que puedo hacer es asegurarme de que nunca veas la luz del día, y de que desaparezcas de la historia. No me beneficiaré de ti, ni nadie lo hará». Volvió a envolver el cuadro y lo metió de nuevo en la mochila. Devolvió el cuadro a su escondite secreto dentro del barril, al que sólo se podía acceder a través de una trampilla oculta. Nadie más que Sofía conocía la cueva y sus secretos. Cuando ella muriera, los secretos de su interior morirían con ella.

Deslizó la losa para abrirla de nuevo, se coló por la grieta y volvió a colocar la roca en su sitio. Había comenzado a llover, y trató de no pensar en otro día en que dos amantes habían encontrado allí refugio de la lluvia, sólo para que dos asesinos destruyeran su felicidad. Apretó los puños y los golpeó contra la roca, gritando: «¡No!».

«Mamá», la llamó una voz asustada. Se dio la vuelta, con los ojos desorbitados por la ira y el dolor.

«¿Fioretta? ¿Qué haces aquí?»

«Lo siento, mamá. Te vi salir de casa y te seguí. Cuando desapareciste, me asusté mucho. ¿Adónde has ido?» La niña sólo llevaba un camisón, estaba empapada y temblando.

Sofía olvidó su enfado y corrió hacia su hija, levantándola en brazos. «Tesoro, no deberías haberme seguido».

«Lo siento, mamá. Por favor, no te enfades conmigo».

«No estoy enfadada, pero no debes volver a hacer eso nunca más. Prométemelo». «Te lo prometo, mamá.»

«Debes olvidar este lugar y lo que viste. Nunca, nunca vuelvas aquí».

«Sí, mamá.»

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Te castigaré, Fioretta, si alguna vez regresas aquí. ¿Entiendes?»

«Sí, mamá.»

Fioretta se aferró al cuello de su madre, con las piernas apretadas alrededor de su cintura. «Mamá, te amo».

«Si me amas, no debes volver aquí nunca más. Yo también te amo, cariño».

El agua corría por sus rostros, no sabía si por las lágrimas o por la lluvia. Apretó a Fioretta contra su pecho, susurrándole palabras de consuelo, mientras un viento repentino empezaba a arremolinarse a su alrededor como un mini tornado. Daba vueltas y más vueltas, levantándolas del suelo mientras madre e hija se aferraban con fuerza la una a la otra...

Ángela jadeó al caer en picado sobre su propio cuerpo. Abrió los ojos y miró a la anciana Fioretta, que le devolvió la mirada con angustia. Los brazos de Ángela rodeaban su frágil figura.

Fioretta repetía una y otra vez, aumentando el volumen de sus gritos. «Mamá, te amo. Mamá, te amo».



ALEX NO PODÍA CREER lo que estaba viendo. Fioretta y Ángela lloraban abrazadas. Por lo que pudo ver, ambas estaban juntas en el pasado, reviviendo un recuerdo traumático que había ocurrido hacía más de sesenta años.

La voz infantil de Fioretta se repetía una y otra vez como una aguja clavada en el surco de un disco. «Mamá, te amo». Sus ojos bicolor se clavaron en Ángela mientras sus súplicas se hacían más fuertes y fervientes. «Te amo, mamá. Por favor, perdóname».

Ángela abrazó a Fioretta, meciéndola de un lado a otro, alisándole el pelo con manos suaves, consolándola con cariños susurrados en italiano. «Shh... Non fa niente. E' tutto passato. Stai tranquilla. To voglio bene, ti vorrò sempre bene. Non fa niente. Ya pasó. No te preocupes. Te amo y siempre te amaré».

Lo que estaba pasando no tenía nada que ver con Ángela. Era Sofía hablando a través de ella, tranquilizando a Fioretta sobre algo que había ocurrido hacía muchos años. Supuso que era kármico, algo que se había interpuesto entre ellas en vida.

BELLE AMI

Fioretta se tranquilizó. Las últimas palabras de Ángela en italiano la habían tranquilizado. «Te amo, Fioretta. Siempre te he amado. Lo que haya pasado entre nosotras está perdonado. Eres mi hija y te quiero. Ambas sabemos que sería mejor para ti olvidar lo que pasó. Un día, pronto, volveremos a estar juntas». Besó la mejilla de la anciana. Y entonces, como si el esfuerzo de lo ocurrido la hubiera vaciado de vida, Ángela cayó desmayada. Alex la tomó en sus brazos.

La enfermera entró corriendo en la habitación, con los ojos muy abiertos. «Dio mio, ¿qué está pasando aquí?».

«No pasa nada», Alex miró a la enfermera y le pidió que le trajera un vaso de agua. Cogió la cara de Ángela con la mano y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Una vez más, había sido incapaz de protegerla, de mantenerla a salvo del pasado. La estaba destrozando y él se sentía impotente. «Cariño, háblame», le suplicó. «Vuelve a mí». ¿Cuántas veces iba a tener que pronunciar esas palabras?

Ana volvió con un vaso de agua y se lo dio a Alex. Luego fue a ver a Fioretta.

Unos instantes después, los ojos de Ángela se abrieron de golpe. «¿Dónde estoy?

Alex le acercó el agua a los labios. «Bebe, cariño. Estás a salvo. Te tengo».

«¿Qué ha pasado? Nunca había visto a Fioretta reaccionar así ante nadie». La enfermera sostuvo la mano de Fioretta.

«No estoy seguro», mintió Alex. «Ángela estaba hablando con ella, y luego tuvo un desmayo. Estábamos haciendo turismo esta mañana, y tal vez se deshidrató. Lo sentimos. No queríamos molestar a la señora Rossi».

«Estará bien, pero creo que será mejor que se vayan ahora. No puedo imaginar qué pudo haberla puesto así».

«Sí, por supuesto. Ángela, ¿crees que podrás aguantar?»

A Ángela se le llenaron los ojos de lágrimas y se las quitó. Se sentó y él la ayudó a levantarse. La anciana estaba tranquila y los observaba. Le tendió una mano temblorosa a Ángela.

Ángela la cogió y se inclinó para besar los dedos con venas azules. Los ojos de Fioretta se humedecieron. Ángela abrazó a la frágil mujer y acercó los labios a su oído. Susurró: «Te amo, Fioretta. Siempre te he amado». Le besó la mejilla y miró a la anciana con fijeza, luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Por favor, díglele a Lucrezia, gracias. Díglele que estaré en contacto». Alex corrió tras Ángela. La encontró agarrada a la barandilla de la escalera. Su cuerpo se agitaba con sollozos silenciosos. La abrazó y ella se acurrucó en su pecho.

«¿Crees que puedes caminar hasta el coche?» «Sí.

No le preguntó nada más hasta que la metió en el Mercedes y le abrochó el cinturón de seguridad. «Vale, creo que ya has sufrido bastante por hoy. Alfredo, llévanos de vuelta al hotel».



ÁNGELA ESTABA ASUSTADA. Los veinte minutos de regreso al Hassler le dieron demasiado tiempo para cavilar. El episodio con Fioretta la había agotado y sacudido hasta la médula. Todas sus experiencias en vidas pasadas habían sido visiones o sueños. Pero lo que acababa de ocurrir con Fioretta era diferente. De algún modo, Sofía la había seguido al futuro, habitando su cuerpo en el presente.

Me había convertido en Sofía. ¿Cómo es posible? ¿Es posible que cuanto más profundizo, más se apoderan de mí mis vidas pasadas? ¿Me estoy perdiendo a mí misma?

Por más que lo intentaba, no podía sacarse de la cabeza las palabras de Sofía sobre el cuadro. Hay una especie de maldición sobre ti. Quien te posee muere. Su temor por la seguridad de Alex la dejaba sin fuerzas.

Cuanto más pensaba en el cuadro y en su peligro inherente para Alex, más le preocupaba que fuera una señal de que no estaban hechos el uno para el otro. Una vez que sus temores se apoderaron de ella, no pudo librarse de ellos.

Tras regresar al hotel, Alex insistió en que se echara una siesta y ella accedió. Le besó en los labios y se tumbó en la cama. Él la cubrió con una manta y se sentó a su lado, apartándole el pelo de la cara.

BELLE AMI

No hubo palabras entre ellos.

Ella le amaba y temía por su vida.

A medida que los párpados se le hacían pesados, vislumbraba la preocupación en los ojos de él. Preocupación por ella, porque él no podía evitar que el pasado la arrastrara a sus oscuras profundidades. Tenía que recuperar el cuadro y tal vez entonces podría liberarse. Pero por el momento, Morfeo la llamaba y ella respondió, sumiéndose en un sueño profundo y sin sueños.

Cuando Ángela despertó, estaba en brazos de Alex. Miró sus extraordinarios ojos y los encontró llenos de remordimiento.

Él le acarició la mejilla. «Hoy, cuando desapareciste en el pasado, me di cuenta de lo indefenso que estoy. No pude protegerte y eso me carcomió las entrañas. He hablado mucho de mantenerte a salvo, y siempre te fallo. Me preocupa que esta maldita pintura me vaya a costar demasiado. Que vaya a perderte».

Sus palabras le recordaron lo que Sofía había dicho, *sé que eres la razón por la que esta pesadilla nos ocurrió. Por tu culpa me lo arrebataron. Quien te posee muere. ¿Por qué te tomó? ¿Dime por qué?* «No me estás fallando. Pero yo sí te estoy fallando. Tu relación conmigo sólo puede traer desastres». Su voz era áspera por el sueño y la emoción. «No pertenezco a tu mundo».

«Tú eres mi mundo». Inclino la cabeza para besarla. Un beso delicado y tierno que la hizo llorar. No pudo evitar que las fuerzas de la naturaleza los unieran. Estar con ella ponía en peligro su vida, y vivir sin él significaba una vida sin amor. Sólo podía esperar que, pasara lo que pasara, Alex estuviera a salvo del destino que le había deparado en sus vidas pasadas.

Retiró la manta y la puso de rodillas. La besó con una intensidad febril que derrumbó sus muros. Frenéticamente, se desabotonaron, desabrocharon cremalleras, bajaron cierres, dejando que sus ropas cayeran donde fuese.

Ella era un desierto árido, ansiando la tormenta que prometía saciar su tierra reseca. Le rodeó el cuello con los brazos, y la suave piel de sus pechos se apretó contra el áspero vello de su pecho. Se le escapó la respiración en un arrebato de exaltación. Nunca había sabido lo que significaba la pasión desenfrenada por otro. El sueño de la satisfacción y el miedo a perderse a sí misma amenazaban con borrar quién era. Le asustaba, pero no podía rechazar el placer prometido como tampoco podía renunciar a la comida y al agua. Ambos eran indispensables, y Alex se había convertido en indispensable para ella.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

¿era esto lo que Fioretta sentía por Giuliano, lo que Sofía sentía por Gerhard? ¿Eran ellos, Alex y ella, sólo la continuación de lo que había sido? Ninguno con voluntad propia, sino parte de un ciclo del destino escrito en las estrellas.

Él la besaba por doquier, deseoso de conquistarla. El calor entre ellos amenazaba con consumirla. El pasado estalló en su mente, deslumbrándola, reventando como las bombillas de una cámara antigua. Era como si Giuliano, Gerhard y Alex le hicieran el amor simultáneamente. Los cariños de Giuliano, la audaz pasión de Gerhard y Alex, que los encarnaba a todos, lo que hacía que su forma de hacer el amor fuese de otro mundo y sin igual. Ella no podía resistirse ni fingir indiferencia. Le pertenecía...

La forma en que la amaba era un regalo, una súplica, una entrega total de su corazón. Él le pertenecía, y ella a él. Con un gemido de pasión, la tomó, y ella gritó, empapándolo en su éxtasis.

Después, le susurró al oído. «Tomaré uno de tus hermosos orgasmos para empezar, pero mi amor, uno es sólo el principio. No creo que puedas resistirte a mí más de lo que yo puedo resistirme a ti. Nunca voy a dejarte ir. Voy a mantenerte cerca de mí, venga lo que venga. Te demostraré cada día y cada noche que somos el uno para el otro».

Sus palabras la encendieron y deseó cada parte de él. Cuando él volvió a penetrarla, ella abrió las compuertas y tomó todo lo que él tenía para darle. Se aferró a él como si no hubiese mañana.

CAPITULO DIECIOCHO

Montefioralle, Italia
Día Agosto 24

E

l día siguiente llegó, y volaron de nuevo a Florencia y de regreso a Montefioralle. Alex se concentró en el cambio de marchas mientras aceleraba su veloz máquina. Estaba decidido a no perder de vista a Ángela. Sus temores no habían hecho más que reforzar su deseo de mantenerla a salvo.

Cuando regresaron a la casa, la levantó en volandas y la llevó a su dormitorio. Haciéndole el amor, la mantuvo en la cama, donde él podría estar en caso de que sus vidas pasadas la llamaran. Su cama era segura. No podía mantenerla allí indefinidamente, pero sus inseguridades estaban causando estragos y afectando a su juicio. Tenía miedo de perderla. Temía que ella eligiera la lógica en lugar del amor.

Se despertó, enredado en las sábanas, con las piernas y los brazos entrelazados con los de Ángela, y el aroma de sus caricias, un perfume embriagador que permanecía en el aire. Alex tocó un mechón del oscuro cabello de Ángela y hundió la nariz en él, inhalando su embriagador aroma. Sintió la tentación de despertarla metiéndose dentro de ella. Empezar el día haciéndole el amor sería el paraíso. No podía saciarse de ella. Se contuvo sólo porque había hecho el amor con ella casi toda la noche y temía que estuviera adolorida.

Se le ocurrió que no se habían estado protegiendo. Probablemente ella esté tomando anticonceptivos, pero tal vez no. ¿Por qué no le preocupaba?

Tenía treinta y dos años, y tener un hijo no sería lo peor que podría pasar. Con ella, podría ser lo mejor. El matrimonio. Intentó imaginárselos como una familia. No en el Ferrari, eso estaba claro. En un bonito y seguro Range Rover. Sacudió la cabeza ante sus cavilaciones. *Quiero esto con ella. Pero tengo que llevarnos a la meta.* Resolver el misterio de la pintura.

BELLE AMI

Se arrebujó contra la espalda de Ángela. Su ronroneo le afectó como una llamada de apareamiento. Estaba cargado y listo en un instante.

«Buenos días», susurró ella.

«Buenos días, preciosa. Espero que hayas dormido suficiente».

«Bueno... en realidad no. Parece que alguien estaba decidido a robar la mayor parte del sueño».

«¿Puedo robar un poco más?» Él la apretó. Ella jadeó y él gruñó, chisporroteando por el torrente de chispas que estallaban en sus ojos. «Cariño, cuanto más das, más quiero».

«No pares». Se quedó sin aliento.

«Hmmm, nunca». La penetró por detrás, sus manos le acariciaron los pechos, sus dedos le rodearon los pezones y ella jadeó. Luego, gritó de placer cuando él bajó las manos hasta su húmeda intimidad.

Alex sabía que cuando las brasas arden tanto, consumen rápidamente todo lo que encuentran a su paso, y esta no era una excepción. Cuando ella se derretía con un grito de «Alex», él se volvía loco, y el mundo dejaba de existir, el tiempo se detenía y el pasado, el presente y el futuro se fundían en un momento de infarto. Ella era su criptonita.

En un mundo de felicidad, sus corazones latían al mismo ritmo, sus respiraciones se acompasaban y ninguno de los dos quería romper el hechizo.

Le besó la oreja. «Eres mía, cariño. Has abandonado esa ridícula idea de que no estamos hechos el uno para el otro, ¿verdad?».

«¿Cómo puedo siquiera considerar dejar a un hombre que no me ha dejado salir de la cama por más de doce horas?»

«Estoy considerando mantenerte aquí durante otras doce», apretó contra ella, amoldándose a sus curvas.

Ella se volvió hacia él. «¿Temes que desaparezca si sueltas mi cuerpo?».

Él asintió tímidamente. «Quizá. Parece que haré lo que sea para no perderte».

«Tú ganas. No me perderás, Alex. ¿Qué mujer no agradece ser adorada por el hombre al que ama? No estoy segura de por qué soy la afortunada que te ha robado el corazón, pero me alegro mucho de ser yo».

«¿Estás diciendo que me amas?»

Ella se levantó y le puso las manos en las mejillas. «Permíteme aclarar cualquier misterio en el que hayas estado trabajando. Sí. Te amo. Te amo. Te amo».

Sonrió como si le hubiera tocado la lotería. «Estoy satisfecho con esa respuesta».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Yo no». Ella le pasó los dedos por la cicatriz del hombro y él intentó no pensar en la devastadora explosión del Humvee cuando perdió a su mejor amigo Andy, y en los dolorosos meses de rehabilitación de aquellas heridas. Poco a poco, ella recorrió con delicadeza su pecho con los dedos, rozando la fina línea de vello de su abdomen hasta que lo agarró, deslizando suavemente la mano sobre él. Su respiración se volvió agitada. Era la primera vez que iniciaba una relación sexual con él. El cuerpo de él se puso rígido. Sus labios buscaron los suyos y él se dejó llevar, disfrutando cada instante en que ella reclamaba lo que deseaba.

Rodando sobre él, lo empujó hacia dentro y giró sus caderas contra él contra él, meciéndose a su ritmo interior. Apenas podía respirar. Era tan erótico verla bailar con él dentro. Sus labios entreabiertos eran tan dulces y tentadores. Incapaz de resistirse, le acarició los senos y con la otra mano le frotó ligeramente el clítoris. «Alex... qué bien se siente».

El calor de ella lo envolvió y no pudo contenerse. Dobló las piernas y las empujó dentro de ella, impulsándose mientras ella caía dentro de él. Gritaron el uno por el otro, estallando en un dulce éxtasis, y ella cayó sobre su pecho, temblando.

«Ángel, eso ha sido lo más sensual que he sentido nunca». Él gimió. Él sabía que esto era un gran avance para ella. Sexualmente ella estaba explorando algo que sólo se hace cuando estás en una relación de confianza y amor. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Era un regalo que atesoraría para siempre.

El inicio de su vida juntos.



BELLE AMI

ÁNGELA SE SECÓ el cabello y entró a la habitación. Alex estaba sentado en la cama, trabajando en su portátil. Se había ofrecido a ducharse con ella, pero ella se había negado. Necesitaba tiempo para pensar y refrescarse después de un día y una noche de hacer el amor. Estaba cansada y cada vez parecía estarlo más. Viajar atrás y adelante en el tiempo tenía un precio.

«¿Te encuentras mejor? Estoy preocupada por ti». Alex apartó el portátil.

«Sí, nada como una ducha de vapor caliente para relajarse de los problemas. Siento que no quisiéramos ducharnos juntos, pero necesitaba un poco de tranquilidad para pensar. Tengo demasiadas preguntas sin respuesta».

«Lo sé. Encontraremos las respuestas, Ángela. Te prometo que llegaremos al fondo de esto y seguiremos adelante». Le dio una palmada en la cama para que se sentara. «Nada de esto importará dentro de un mes».

«Espero que tengas razón. No creo que pueda aguantar mucho más». Se envolvió la cabeza con la toalla y se sentó a su lado.

«Nena, no te he presionado, pero ¿qué pasó exactamente entre Fioretta y tú?».

Había decidido que no le diría dónde se hallaba el cuadro. Se sentía fatal por ello, teniendo en cuenta que le había hecho prometer que no tendría más secretos y que estaba reservándose el mayor de todos. Pero no tenía elección. Tenía que protegerle. No iba a arriesgarse a que la historia se repitiera. No iba a ponerlo en peligro. Él corría más peligro que ella. Fue él quien fue asesinado en dos vidas anteriores. Incluso tan asustada como estaba, nada valía el riesgo de su vida. No importaba lo que dijera, la posibilidad de que esto fuera una repetición cósmica de lo que ya había ocurrido era real. Sabía que nunca podría convencerle de sus temores, así que lo mejor que podía hacer era mantenerle a oscuras.

En el avión, ella había ideado la respuesta a sus preguntas acerca de si su visión había revelado dónde estaba la cueva. «Viví un momento trágico en la vida de Fioretta y Sofía. Me encontré como Sofía subiendo por un sendero empinado. Era una noche lluviosa y me dirigía a la cueva secreta. Quería ver el cuadro que Gerhard tanto había amado. Era muy importante para él y sabía que me acercaría a él.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Nunca llegué allí porque Fioretta me siguió. Tenía tanto miedo de que cogiera un resfriado mortal y de perder a otra persona a la que quería. La reprendí severamente y la asusté. La niña suplicó mi perdón. No quería ser tan dura, pero se me partía el corazón. Era el aniversario de mi compromiso con el único hombre al que amaría, y ella lo había estropeado. Creo que Fioretta nunca olvidó aquella noche, ni la sensación de que su madre no la quería». Bien. No mentí. Sólo omití un poco de la verdad.

Se retorció interiormente mientras Alex estudiaba su rostro con ojos sagaces. No era una jugadora de cartas y esperaba haber conseguido una buena cara de póquer. «Entonces, ¿estás diciendo que en realidad nunca llegó a la cueva ni a la pintura?

lo que significa que no tienes ni idea de dónde está la cueva», preguntó.

Ella suspiró. «Todavía no».

«¿Quizá deberíamos empezar a peinar las colinas por encima del viñedo?».

«No creo que eso sea productivo. De lo único que estoy segura es de que la cueva está bien escondida. No creo que lleguemos a ninguna parte».

«Ya veo...» Su ceño se frunció. «Tuviste una reacción bastante fuerte a lo que viste».

«Fue tan desgarrador escuchar a Fioretta llorar Mamá, te amo, una y otra vez, tal como lo había escuchado en la visión. Quería darle un poco de paz».

«¿Qué le susurraste?»

«Era extraño, pero me vinieron las palabras en italiano: te amo, Fioretta, siempre te amaré. Quédate en paz. Eres mi niña y te amo». Su voz se quebró y las lágrimas resbalaron por sus mejillas. «No estoy segura de si le hice daño o la ayudé».

Alex la abrazó. «Ángela no llores. Has hecho lo correcto. Le diste paz a una anciana. La gente se tuerce a veces por lo que les pasa. Sofía perdió el rumbo tras perder a Gerhard, y Fioretta sufrió. Así es la vida, me temo».

«¿Te pasó eso con tu madre después de que tus padres se divorciaran?».

Se puso rígido. «Mi madre es otra historia completamente distinta».

«Puede que te haya fallado en muchas cosas, pero estoy segura de que te ama. Lo crees, ¿verdad?».

BELLE AMI

«Cuando se trata de tener fe, nunca he sabido qué creer. Desearía tener tu don para ver en mis vidas pasadas. Tal vez la fe y yo estemos resolviendo nuestro karma. Quizá yo fui su padre o su madre en una vida pasada y la defraudé». Se rió. «¿Quién sabe? Vaya, me estoy volviendo toda un espiritista psíquico».

Ángela sonrió. «Sí, lo próximo será que lleves un taparrabos y estés meditando en el desierto».

La acercó más. «Más rápido llegaré a ti con sólo un taparrabos puesto. Puedo ser tu gurú, siempre que no implique abstinencia». Allí fueron sus cejas de nuevo, y ella estalló en carcajadas.

«Piensa que no tendré que preguntarme si me levantas el ánimo». «Deliciosa boquita de orinal. Ese hermoso culo tuyo podría necesitar unas nalgadas».

«¿Seguro que estás preparado para el reto?» *Justo lo que necesitaba para distraerlo, una broma sexy. Los hombres y sus mentes unidireccionales.* No me quejo porque me distrajo a mí también.

«Confía en mí, dejaré mi marca.»

«Parece que mi ducha fue premonitoria.» «Parece que podrías necesitar otra.» «¿Alguna vez te sientes satisfecho?»

«No contigo cerca. Ducha caliente y sexo caliente es la mejor manera de empezar el día.»

Podría haberla enchufado a una toma de corriente. El calor recorrió su cuerpo como una oleada de electricidad, iluminándola. Esperaba no provocar un cortocircuito y fundir un fusible.

«¿De qué te ríes?» preguntó Alex.

«Intento averiguar cómo Ángela la académica se transformó en Ángela la diosa del sexo».

«Creo que eras un volcán inactivo esperando a entrar en erupción. Sólo hacía falta el hombre adecuado para despertarte».

«¿Y crees que eres el hombre adecuado?»

«Sé que lo soy. De hecho», su aliento caliente le llenó la oreja. «Siento que la lava se está acumulando, apenas capaz de contenerse». Sus labios recorriendo su clavícula la dejaron sin aliento. «¿Ves lo que quiero decir?», le susurró al oído. «Tu respuesta me dice todo lo que necesito saber».

«¿A esto le llamas química?»

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Sí, esto es lo que se llama una reacción química completa.» «Hmmm...»

«Todo lo que necesito hacer es añadir un ingrediente más.» La hizo rodar sobre su espalda y la inmovilizó debajo de él.

«¡Ay, tu portátil!»

«Uy, lo siento.» La sacó de debajo de ella. «Olvídate de la ducha. Ahora, ¿dónde estábamos?»

CAPITULO DIECINUEVE

Castellina, Chianti, Italia Día Agosto 25

E

l móvil de Alberto Scordato vibraba sin cesar en el bolsillo de su pantalón. Se echó el rifle por encima del hombro y contestó.

«Enrico, ¿vienes? ¿Has organizado la despedida de Max?»

«Sí.»

«¿Estás seguro de que no habrá rastros, ni preguntas?» «A todos los efectos, un desafortunado accidente.»

«Ya veo.» Aunque Enrico había adquirido teléfonos satelitales imposibles de rastrear, Scordato sabía que debía ser críptico por teléfono. Enrico era un buen soldado de infantería, y Scordato sabía que iba a asegurarse de que sus planes salieran sin ningún contratiempo. La muerte de Max resultó ser un cabo suelto que no pudo evitarse. Sabía demasiado y estaba detrás del cuadro, y Scordato no creía que la única razón fuese limpiar el nombre de su familia. En su mente, todo se reducía a dinero. Los planes de Scordato no podrían llevarse a cabo si Max no era eliminado.

Enrico interrumpió sus pensamientos. «¿Averiguaste lo que estaban haciendo en Roma?»

«Sí, gracias a Madame X». Algún día le preguntaría a Enrico cómo conoció a esa misteriosa mujer que hizo que sus objetivos se cumplieran prácticamente sin esfuerzo. Su primo nunca la había conocido, pero había conectado con ella a través de una red de intermediarios. Todo iba según lo previsto. Entre las conexiones de la Mafia de su primo y su propia brillantez, iban por buen camino para localizar el cuadro. «Estaban visitando a una mujer llamada Fioretta Rossi».

«¿Tiene ella alguna relación con el cuadro?». Preguntó Enrico.

BELLE AMI

«Indagué un poco en los registros públicos y Fioretta Rossi le vendió el viñedo a Caine hace dos años. Es hija de una mujer llamada Sofía Caro. Indagué más y me enteré de que, casualmente, Caro trabajó en el Uffizi en 1944, cuando Gerhard Jaeger estaba allí. No hay duda de que ambos debieron conocerse».

«El detective y la pasante se acercan al cuadro».

«Sí. Pero lo que encuentro particularmente interesante como historiador del arte es que su nombre era Fioretta, el mismo que el de la dueña de Casa del Sole. Fioretta era la amante de Giuliano de Medici y la madre de su único hijo, Giulio. Los vínculos de los Medici con Leonardo son incuestionables». Alberto se asomó a un ciprés y divisó un ciervo a lo lejos. «Dime, Enrico, ¿por qué Sofía Caro pondría a su hija el nombre de la amante de Medici?».

«Supongo que crees que es por el cuadro».

«La pièce de résistance es que Fioretta, probablemente con el aliento de su madre, llamó a su hija Lucrezia. Lucrezia Tornabuoni era la madre de Giuliano de Medici. Nada de esto puede ser una coincidencia».

«¿Cuándo haremos nuestra movida?»

«Pronto, Enrico, muy pronto. Todo es cuestión de tiempo. Quiero que la situación con el alemán se resuelva simultáneamente con nuestros planes para Caine».

«El jet del alemán ya está accesible, y mis hombres harán las modificaciones cuando des luz verde».

«Bien. Por cierto, planea comer venado durante un tiempo». Scordato desconectó y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo. Se colgó del hombro su rifle de caza de alta potencia, abrió el cerrojo, cargó cinco balas y cerró el cerrojo. Con pericia, Alberto levantó el rifle, alineó el ojo con la mira telescópica y enfocó hasta que vio al ciervo pastando a unos cien metros de distancia. Deslizó la palanca del seguro, respiró hondo, la soltó y se mantuvo firme. Apretó lentamente el gatillo y disparó. El ciervo tropezó y se desplomó hacia delante con las patas dobladas.

Sonrió, volvió al camión y dejó el rifle en el asiento trasero. «La cena está servida.»

CAPITULO VEINTE

Montefioralle, Italia
Día Agosto 26

A

l dejar Roma, Ángela necesitó una pausa del caso. Hicieron el amor, pasearon y jugaron con los perros, cocinaron espagueti y albóndigas y volvieron a hacer el amor. Alex esperaba que la relajación aliviara a Ángela de algunos de los efectos de su embrujo, pero Ángela había dado vueltas en la cama, murmurando en sueños, y Alex pasó una noche en vela preocupado por ella.

En un momento dado, se puso a gritar, luchando contra un demonio invisible, y le golpeó el pecho. El italiano y el inglés se entremezclaban en su mente torturada mientras sus sueños la hacían oscilar entre el pasado y el presente. Tuvo que sacudirla para despertarla, recordándole que estaba a salvo en sus brazos.

Estaba preocupado, las pesadillas empeoraban y, por mucho que la calmara y la abrazara, no podía ahuyentarlas. La búsqueda del cuadro le estaba pasando factura; se estaba hundiendo en las arenas movedizas del pasado.

Tras unas horas de sueño reparador, se despertó y contempló su rostro dormido. Tenía ojeras. Debería llevársela lejos, a algún lugar lejos de Montefioralle y Florencia y de los fantasmas que acechaban sus sueños. Se lo planteó, pero sabía que no serviría de nada. Lo único que pondría fin a las pesadillas era encontrar el cuadro. Sólo entonces ella sería libre. Sólo entonces ambos serían libres.

Con pesar, salió de debajo de las sábanas y abandonó el calor de su cuerpo. Necesitaba dormir.

Las persistentes discrepancias en su historia le molestaban. ¿Le estaba ocultando algo? No le contaba todo lo que había ocurrido. ¿Lo haría? Estaba seguro de que confiaba en él, así que ¿por qué iba a ocultarle información? Eso le golpeó de lleno.

BELLE AMI

Ella me está protegiendo. Teme que el pasado se repita.

De sólo pensarlo le dieron ganas de atravesar la pared de un puñetazo.

¿Acaso Ángela no entendía el peligro que corría?

Se vistió, decidido a actuar. Tenía que protegerla.

María y José aún no habían regresado de su fin de semana fuera. Su hijo tenía que trabajar y ellos se habían ido a cuidar a su nieta. Alex se alegró de disponer de más tiempo a solas con Ángela. Tenía la intención de presionarla para que le revelara toda la verdad sobre su visión de Fioretta.

Se dirigió a la biblioteca y abrió un panel secreto. Dentro había un surtido de armas y municiones. Empezó a cargarlas y a comprobar que todas estaban en orden de funcionamiento. *Si ese bastardo intenta acercarse a Ángela, lo mataré primero.* Cuando todas las armas estuvieron cargadas, las guardó por toda la casa en cajas ocultas. Puso su Glock favorita en la guantera del Ferrari por si tenían que escapar rápidamente. Sintiéndose mejor y preparado para cualquier eventualidad, volvió a la cocina.

Acababa de poner los ingredientes para el desayuno en la encimera cuando sonó el teléfono. El nombre de Max Jaeger apareció en la pantalla. Alex había mantenido sus mensajes de texto con Max al mínimo. Sin embargo, había mencionado el viaje a Roma, y Max probablemente estaba comprobando para una actualización.

«Buenos días, Max. ¿Cómo van las cosas en Múnich?»

«Guten morgen». Me siento como una rata en una rueda, siempre corriendo. ¿Has vuelto de Roma?»

«Sí.»

«¿Cómo te fue?»

«Muy bien. Nos estamos acercando. Pero si me preguntas si sé dónde está el cuadro, no lo sé. Al menos no todavía».

«Ya veo. Tengo noticias inquietantes que compartir contigo más tarde».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«¿Y por qué no en este momento? Prefiero no dejar volar mi imaginación».

«Tenemos que tener esta conversación en persona. Tengo algunos negocios en Florencia, y estoy viajando hoy. Creo que tenemos que ser cautelosos. Scordato ha reaparecido, y tus sospechas eran ciertas; va tras el cuadro».

«Fue expulsado del Getty. Y sé que tengo razón. Está en Europa, y no hay duda de que va tras el cuadro. Como te dije en mi anterior entrevista, estoy seguro de que los dos matones que me atacaron en Florencia eran hombres de Scordato».

«Sí, ¿quién habría pensado que un director de arte podría poseer tales tendencias criminales?»

«Scordato es un sociópata», dijo Alex a modo de advertencia. «Tienes que tener cuidado. Yo no apostararía nada por él».

Max se rió. «No te preocupes por mí. Tengo un equipo dedicado a garantizar mi seguridad. Yo tampoco confío en él, pero tienes que tener cuidado. Te llamaré cuando aterrice. Me gustaría quedar para cenar contigo y con Ángela».

«¿Por qué no cenamos en mi apartamento de Florencia? Te prepararé una comida italiana casera. Estaremos mucho más cómodos en mi casa y tendremos algo de intimidad. Podemos discutir todo entonces. Te enviaré un mensaje con la dirección. Estoy justo en el centro de la ciudad, en el Palazzo Rucellai. Digamos a las 7 p.m. cócteles.»

«Eso funcionará bien con mi horario.»

«Bien, lo espero con ansias. Max, creo que será bueno que tú y Ángela se conozcan».

«Sí, creo que es hora de que conozca a tu asesora. Tengo algunas preguntas para ella. Auf wiedersehen.»

«Ciao.»



ÁNGELA DESPERTÓ con el delicioso aroma a huevos y tocino. Se estiró e instintivamente buscó a Alex, pero la cama estaba vacía. *Supongo que María y José aún no han vuelto y Alex está cocinando.* Era fácil distinguir entre los desayunos italianos de María, llenos de hierbas y especias, y la cocina puramente americana de Alex. No era que una fuese mejor que la otra, los huevos con tocino sonaban muy bien.

BELLE AMI

Su noche había sido una serie de pesadillas. Por desgracia, no recordaba nada. Probablemente estaba demasiado agotada para recordar nada. Se dio cuenta de que había una diferencia entre el pasado que la llamaba y su intento de ver el pasado. No podía sacarse de la cabeza los gritos de Fioretta de te amo, mamá, ni la desesperación de sus ojos. ¿Por qué la gente hace daño a los que ama?

Pobre Alex, debe estar tan frustrado. ¿Cómo era posible que las pesadillas pudieran castigar tanto físicamente? La prueba estaba en su cuerpo. Le dolía cada centímetro. Por supuesto, eso también podía ser por todo el delicioso sexo. Pero no, era el dolor del estrés y la preocupación.

En el baño, se vio al espejo y se estremeció. Parecía un espectro. Sombras púrpuras rodeaban sus ojos como si hubiera estado en una pelea y hubiera perdido. Joder, tienes un aspecto horrible. Se metió en la ducha y abrió el grifo. La cabina se llenó rápidamente de vapor y el agua caliente de la ducha de lluvia corrió a chorros por su cuerpo. *El Paraíso*.

Mientras lavaba su cabello, miró por la ventana el arte de la madre naturaleza. Los verdes del verano se desvanecían y pronto se transformarían en los vibrantes rojos y amarillos dorados del otoño. Desde la distancia, podía distinguir las parras repletas de fruta.

El paso de las estaciones le recordaba que, pasara lo que pasara, la vida seguía adelante. La naturaleza nunca miente y siempre nos muestra su verdad. Si Sofía no hubiera escondido el cuadro, si no hubiera mentido a Gerhard, ¿habría cambiado la trayectoria de sus vidas? Supongamos que Fioretta y Giuliano hubieran hablado a Lorenzo de su matrimonio y de su hijo. ¿Habrían vivido bajo la protección de la casa de los Médicis? ¿Habría sobrevivido Giuliano al asesinato? Y al hacerlo, ¿habría vivido Fioretta el parto sin ninguna tragedia que debilitara su espíritu? Y entonces Ángela recordó que Lorenzo también había sido atacado y que había escapado con vida por los pelos en aquella fatídica Pascua. El complot de los Pazzi había consistido en asesinar a ambos hermanos y derrocar la casa de los Medici. Giuliano murió y Lorenzo sobrevivió a la hoja del asesino. *El Destino*.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Recordó que Alex le había comentado acerca de la vendemmia cuando llegaron a Montefioralle hacía casi un mes. Le parecieron años. Tantas cosas habían cambiado. No puedo ocultarle la verdad. No está bien. No podemos empezar una vida juntos basada en mentiras. Especialmente después de que ella le hizo jurar honestidad.

La verdad os hará libres.

Se paró bajo la ducha, dejando que el agua tibia se llevara sus miedos y limpiara su mente y su corazón.

Le daría una sorpresa. Irían de excursión con los perros y ella le guiaría hasta la cueva. Sonrió, anticipando su sorpresa, cuando sacó el infame retrato de su septuagenario escondite.

Salió de la ducha y se envolvió en una toalla, ansiosa por bajar.

Todos sus problemas se acabarían; serían libres para estar juntos sin el espectro del pasado sobre sus cabezas. Ángela imaginó un futuro sin un cuadro de quinientos años. Un futuro en el que Alex y ella podrían convertirse en algo más. Tal vez aquella loca relación no estuviera mal. Tal vez ella y Alex podrían encontrar su final feliz para siempre.



ALEX SILBABA al compás de una interpretación de Pavarotti cantando el *Nessun Dorma*. La risa de Ángela le hizo darse la vuelta. Como de costumbre, la seguían su comité de acompañantes: Zaba, Ama y Misu.

«Buenos días, amor. ¿Qué te causa tanta gracia?» «Tú. La ópera. ¿Te gusta la ópera?»

«Culpable. La ópera es la música del amor y la pasión. Además, esto es Italia, y sería un sacrilegio no amar la música de mi patria adoptiva.»

«Nunca te habría catalogado como un aficionado. Me imaginaba que eras heavy metal hasta el final».

«Recuérdame que alguna vez te enseñe mis fotos del concierto de los 4 grandes en Varsovia en 2010: Metallica, Slayer, Anthrax y Megadeth».

Ella puso los ojos en blanco mientras él le apuntaba con la cuchara de madera para dejar bien claro su punto de vista. «Lo que no sabes de mí podría llenar un libro. Me temo que tendrás que quedarte para saber todo lo que hay que saber sobre el misterioso Alex Caine. Además, de ninguna manera voy a ser predecible. Quiero mantener tu interés sorprendiéndote».

«Has mantenido mi interés desde que nos conocimos, y sigues sorprendiéndome sin siquiera intentarlo».

BELLE AMI

«Ahora mismo, te sorprendo con un desayuno americano de huevos y tocino.»

«Creía que José y María iban a volver.»

«Su hijo tuvo que trabajar, y su nuera está embarazada y dará a luz en un mes. Se quedaron un día más para ayudar con su nieto y no volverán hasta mañana.»

Con un ademán, puso los huevos y el beicon en dos platos y los dejó sobre la mesa. Volvió a los fogones, abrió el horno, tomó gruesas rebanadas de pan italiano, las echó en una cesta y las añadió al festín. Se inclinó y besó la mejilla de Ángela, uniéndose a ella en la mesa. «¿Qué te parece, preciosa?»

«Como el cielo». Ella hizo crujir una rebanada de tocino. «Has tenido una noche dura».

Bajó los ojos. «Lo sé, lo siento. Cuando me miré en el espejo, me di un susto de muerte. Tengo un aspecto horrible».

«Estás preciosa. Me gusta esa mirada sensual de «he tenido mucho sexo caliente». «Ojalá fuese por eso. Quiero decir, lo es, pero no lo es».

«¿Recuerdas algo de anoche?»

«No. Creo que estaba tan agotada que mi mente se apagó». Rompió el huevo y mojó la yema amarilla con una rebanada de pan tostado. Se lo metió en la boca y cerró los ojos, suspirando de placer. «Oí decir a un chef francés en un programa de cocina que dominar un huevo perfectamente cocinado era señal de grandeza. ¿Dónde aprendiste a cocinar?».

«Siempre he cocinado. Eso ocurre cuando tienes una madre que nunca pisó una cocina. Pero, cuando me mudé a Italia, me formé con grandes chefs en sus casas. Es una forma estupenda de vacacionar y aprender al mismo tiempo. Buena comida, buen vino y gente interesante de todo el mundo. Si quieres, podemos hacerlo juntos. Me encantaría tomar clases de cocina en Francia».

No le quitaba los ojos de encima mientras ella seguía mojando el crujiente pan en el huevo. Era impresionante el placer que le producía verla comer. Se inclinó hacia ella y le pasó el dedo por el labio, limpiando una gota de yema que se le había escapado de la servilleta. Antes de que él retirara el dedo, ella lo lamió, provocándole una descarga en la ingle. Su imaginación se adelantó y la imaginó tendida sobre la encimera de la cocina. Maldición. Hoy no había tiempo para juegos ni diversiones. Un sutil recordatorio de que tenía que contarle lo de su llamada con Max y sus planes para cenar.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Tengo noticias de Max Jaeger. Llega hoy y le he invitado a cenar en el apartamento de Florencia. Pensé que iríamos en coche esta tarde, pero tenemos que parar en la ciudad y recoger algunos ingredientes, y el Ferrari necesita combustible. He pensado preparar una zuppa di pesce con tostadas de ajo y ensalada. Podemos comprar cannoli de postre y tú puedes practicar tus dotes de sous chef». Le guiñó un ojo.

Sus ojos brillaron de placer. «Estoy deseando hacer algo normal, como ser tu sous chef».

«Me encantaría. Una vez que hayamos resuelto este caso, espero que no te aburras demasiado con lo normal».

«¿Yo? Estás bromeando, ¿verdad? Tú eres el del jet set».

«El único jet set que me interesa es mimar a cierta dama». Le agarró la mano y le besó la palma.

«Alex, creo que deberíamos contarle a Max lo que le pasó a Gerhard. Me parece justo. Después de todo, su familia ha vivido todos estos años sin saber nunca la verdad. Por lo menos, le traerá un poco de cierre».

«Hay algo más que quiero decirle.» «¿Qué cosa? Preguntó con el ceño fruncido.

«Le diré que el Da Vinci pertenece a los uffizi, no a un museo alemán, y que hay que devolverlo».

Se le iluminó la cara. «¿De verdad?»

«Sí, lo he pensado mucho. Max había propuesto venderlo en una subasta de Christie's o Sotheby's, o hacer un gran gesto y donarlo a la Staedel de Múnich. Estoy seguro de que Max estará de acuerdo. Su motivo principal era limpiar el nombre de su tío. Pero no creo que le importe que el cuadro vuelva al Uffizi, ya que es allí donde debe estar.»

Le agarró la mano y le besó el punto del pulso. «Sé que crees que devolver el cuadro es lo correcto. Si eso es lo que quieres, también es lo que yo quiero. Además, seguiré presumiendo».

Chilló y saltó a su regazo, rodeándole el cuello con los brazos. Le llenó la cara de besos entre exclamaciones de placer. Los perros, alimentados por su entusiasmo, ladraron y se contorsionaron alrededor de sus patas.

BELLE AMI

«Vaya, hay una cosa más que pienso hacer», dijo entre besos, con la voz entrecortada por la risa.

«Más, ¿qué más podrías hacer?».

«Puedo insistir en que cierta historiadora del arte se lleve el mérito del descubrimiento y asegurarme de que sea ella quien escriba el artículo fundamental sobre la pintura». Dejó de besarle y se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos. Sus manos le acariciaron la cara. «Piénsalo, nena, nadie entiende mejor que tú su procedencia y el misterio que lo rodea. No me costará mucho convencer a Celestine para que te dé el reconocimiento».

«No puedes empezar a saber lo que esto significa para mí. Es un descubrimiento único en la vida».

«Quizá para algunos, pero en tu caso, creo que esto es sólo el principio».

«Tengo que confesarte algo». «¿Que me amas?»

Ella arrugó la cara. «¡Claro que te amo!» «¡Uf!» Se secó el sudor fingido de la frente.

«Desde que se inició la búsqueda del cuadro, me preocupaba el tema del dinero para encontrarlo. Incluso después de que me dijeras que eras muy rico, no podía imaginar que alguien pudiera rechazar esa cantidad de dinero. Sé que dirás que estoy loca, pero siempre lo pensé».

Le acarició la delicada línea de la mejilla y la contempló profundamente a los ojos. «Ángel, ni siquiera recuerdo cuándo eso cambió. Probablemente comenzó la primera noche en el bar. Cariño, estoy enamorado de ti y no hay nada que no haría por ti».

Las lágrimas llenaron sus ojos. «Yo también estoy enamorada de ti, Alex. Se encontró con sus labios. Cualquier reticencia que había sentido antes en ella se disolvió en ese beso. Él notó la diferencia de inmediato. Ella le abrió su corazón y él supo que la confianza que anhelaba se fortalecería con el tiempo. Le dolía estar dentro de ella. Se levantó con ella en brazos. «No veo razón para desperdiciar ese sentimiento. Creo que tenemos tiempo de sobra para cerrar el trato antes de que te ponga a trabajar en la cocina».

CAPITULO VEINTIUNO

Castellina, Chianti, Italia Día Agosto 26

A

lberto y Enrico cargaron el camión rentado con suministros. La hacker que habían contratado, Madame X, monitoreaba las llamadas del móvil de Alex Caine, y era el momento de ponerse en marcha. Ambos iban ataviados con camuflaje y botas de caza. Enrico salió de la granja con una nevera, que colocó en el asiento trasero.

«Alberto, metí algo de comida y un par de botellas de vino, por si acaso».

«Bien pensado. Te prometo que tus esfuerzos no quedarán sin respuesta. Al final del día, el cuadro será nuestro». Alberto palmeó la espalda de Enrico. «¿Has cargado mi rifle?».

«No, no estaba seguro de si querías hacerlo tú mismo y tomar un trago o dos».

«Eso es probablemente una buena idea, aunque cuando me embolsé ese ciervo ayer, el Bergara funcionó suave como la seda. Y si no mal recuerdo, derribé un jabalí de trescientas libras con un solo disparo».

«No me lo recuerdes. Hicimos una apuesta considerable sobre quién se llevaría a casa el premio mayor».

Alberto rebuscó en el petate. «Metiste en la maleta los guantes y el pasamontañas, ¿no?».

«Por supuesto, soy un profesional. Todo está con la munición».

BELLE AMI

«Sólo comprobando. No queremos dejar huellas ni folículos pilosos».

«¿Te has olvidado de las huellas de botas? Tendremos que deshacernos de cualquier huella de zapato o neumático».

«Quemaremos las botas cuando volvamos a la granja».

Enrico se miró las botas y se encogió de hombros. «No es la primera vez que lo hago».

«Ven, ayúdame. Hagamos un repaso de última hora de cada cosa». Alberto se dirigió al maletero y abrió la bolsa de lona verde. Sacó un cartón de cartuchos y abrió la bolsa de nylon que cubría el rifle de caza de alta potencia. Abrió el cerrojo, cargó cinco balas y lo cerró. Levantó el rifle y alineó el ojo con la mira telescópica. Hizo una panorámica hasta que divisó una liebre a unos cien metros de distancia. Deslizó la palanca del seguro, respiró hondo, soltó una bocanada de aire y se mantuvo firme. Apretó lentamente el gatillo y disparó.

Alberto se rió. «Demasiado rifle para una caza tan pequeña, pero buena práctica de tiro».

«No has perdido tu toque, primo, ni tu desprendimiento emocional. Un verdadero cazador». Sonrió Enrico.

«Este cuadro de Leonardo da Vinci es la pieza más rara e importante que he cazado. Si lo pillamos, lo tenemos fácil». Miró su reloj. «Tenemos que ponernos en marcha. Quiero que tengamos tiempo suficiente para encontrar un lugar seguro para observar la casa de Caine. Una vez que nos hayamos posicionado y los veamos salir, tendremos que movernos rápido».

«Así que, disparamos a los cuatro neumáticos, disparamos a Caine y tomamos a la chica. Si se va solo, vamos con el Plan B».

«La precisión es la clave», Enrico se frotó las manos. «Creo que el alemán debería salir de Múnich muy pronto».

«Me dijiste que su plan de vuelo estaba programado para las doce», Alberto miró su reloj.

«Está en la agenda. Se te ha ocurrido alguna solución sobre qué hacemos si la chica se niega a llevarnos al cuadro?».

Alberto sacó un recipiente del bolsillo de su chaqueta y lo abrió. Dentro había tres agujas hipodérmicas llenas. «Pienso drogarla con suero de la verdad. Interrogarla será fácil y no recordará lo que pasó».

«¿Eso incluirá sexo?» Enrico sonrió lascivamente.



«Si todo va según lo planeado, tendrás tiempo de satisfacer tu lujuria. Los dos lo haremos». Miró al cielo y las nubes oscuras del horizonte. «Menos mal que hemos metido en la maleta los chubasqueros; se avecina una tormenta. Una bendición para nuestra empresa. Nada como la lluvia para extinguir toda evidencia de un crimen».

ALEX SE DUCHÓ, se vistió y se sentó en el borde de la cama. Ángela yacía acurrucada de lado, con una sonrisa de satisfacción en los labios. «Hueles delicioso», ronroneó.

Él rozó sus labios con los de ella, sintiendo la chispa de electricidad que nunca dejaba de encenderse cuando la besaba. «Vamos, levántate y vístete. Tengo que comprar cosas para cenar con Max, y definitivamente necesito rellenar el depósito del Ferrari».

«Por favor, ¿puedo quedarme aquí con los perros? Necesito recomponerme». Levantó las manos en señal de súplica. «¿Por favor?»

«Con una sola condición. Tienes que aprender a usar la Glock. Sólo tardaré unos minutos en enseñarte».

Los ojos de Ángela se abrieron de par en par. «¿Ahora? ¿Me vas a enseñar ahora?».

Él sonrió. «O eso o vuelvo a la cama y te hago el amor otra vez».

«Si lo haces, nunca podré cenar esta noche con Max.» «Entonces arriba.» Se levantó, le tomó las manos y la sacó de la cama.

cama. Recorrió con la mirada su cuerpo desnudo. «Será mejor que te pongas algo o no podré concentrarme».

«No te preocupes, no me apetece mucho disparar un arma en mi traje de cumpleaños». Se puso unos vaqueros y una camisa de canalé a cuadros rojos y negros. «¿Mejor?»

«En realidad no, podrías estar vestida con un saco de arpillera y seguirías siendo sexy para mí». Abrió el cajón y sacó una Glock 19, Luger de 9 milímetros. «Vale, ya he cambiado la empuñadura para que se adapte mejor a tu mano y he puesto el cargador. Aquí hay quince balas y un cargador extra listo para cargar». Presionó el disparador y el cargador salió. «Toma, pruébalo.»

BELLE AMI

«¿Así?»

Él la observó ejecutar el cambio. «Perfecto. Hazlo nuevamente».

Nuevamente, ella extrajo hábilmente el cargador y lo recargó. «Bien, creo que lo tengo».

«Ahora, este es el disparador que desbloquea el seguro. Una vez que lo presionas, estás lista para disparar. Separa las piernas, para que estés equilibrada, extiende los brazos rectos y bloquea los codos». Se puso detrás de ella y la posicionó. «Mira hacia abajo y aprieta suavemente el disparador. No te preocupes, sólo estamos practicando. Sólo estamos practicando, y el seguro está puesto. Cuando dispares, se producirá un retroceso y el cañón saltará ligeramente. Sigue apretando el gatillo y respira. Apunta a la parte más grande, el centro de masa, el pecho».

«No puedo hacer eso, Alex».

«Claro que puedes. Sé que ahora mismo parece imposible, pero si te sientes amenazada, sé qué harás lo que sea necesario. Con suerte, nunca tendrás que usarla». Le quitó la pistola y la colocó en el cajón de la mesilla de noche. «Vale, ya sabes dónde están todos los botones de pánico, y tienes a los perros. Ahora vuelvo».

«Ve. Voy a preparar café y a ducharme».

La abrazó. «Prefiero ducharme contigo. Con suerte, recordarás dónde escondió Sofía el condenado cuadro y podremos seguir con nuestras vidas».

Ella levantó la cabeza y lo besó. «Tengo la sensación de que va a ser pronto».

De mala gana, la soltó. «Vale, me voy de aquí. Hasta la vista, nena. Vuelvo en un santiamén».

CAPITULO VEINTIDOS

Montefioralle, Italia
Día Agosto 26

A

lberto y Enrico, vestidos de camuflaje, vieron abrirse los portones de la Casa del Sol. Un Ferrari rojo aceleró su motor y salió, con los neumáticos crujendo en la grava. Cuando el Ferrari desapareció en una curva, los dos hombres salieron corriendo de entre la maleza al otro lado de la carretera y atravesaron las puertas. Se acercaron sigilosamente a la casa. Enrico sacó el móvil del bolsillo y se detuvo antes de marcar.

Alberto puso la mano en el brazo de Enrico, entreteniéndole. «Asegurémonos de que el detective esté lo bastante lejos antes de activarlo. Por si acaso. Queremos que las autoridades investiguen un accidente mortal y nada más».



EL FERRARI GANÓ VELOCIDAD tomando las curvas, con los neumáticos rechinando. Si la voz del locutor no hubiera subido de volumen, no lo habría escuchado. «El jet privado del industrial alemán Maximillian Jaeger se ha estrellado en un campo a las afueras de Florencia. Los primeros informes confirman que no hay sobrevivientes. Jaeger, un magnate inmobiliario de renombre mundial, fue también el fundador de TreeHouse, uno de los sitios web de alquiler de vacaciones en línea más populares del mundo»

La noticia continuó, pero el cerebro de Alex ahogó el resto del boletín. Estaba aturdido. Su última conversación con Max resonaba en su cerebro—
Ángela!

BELLE AMI

Pisó el freno, pero no hubo respuesta. ¡Joder! No podía pensar; el pulso le latía con fuerza en la cabeza. Luchó por mantener el Ferrari fuera de control en la carretera, pero la pronunciada pendiente y la fuerza de la gravedad le hicieron caer en picado. En el fondo de su mente, sólo podía pensar en Ángela y en el peligro que la acechaba.

El sudor le corría por la cara. Moriría y no habría nadie para proteger a Ángela. Automáticamente pisó el freno esperando alguna respuesta. Nada. La siguiente curva era cerrada, y el coche se desvió, perdiendo tracción con la carretera. Las ruedas se levantaron y el Ferrari estuvo a punto de salir despedido. Una corta recta le dio un segundo de respiro e intentó reducir, pero las marchas estaban bloqueadas. El coche cayó a la carretera con un crujido y el chirrido del metal al rozar el pavimento le hizo revolver el estómago.

Una inquietante voz le susurró en italiano. *Saltare dal cavallo.*

¿Qué coño...? ¿Saltar del caballo? Además de todo lo demás, estaba oyendo voces. A duras penas consiguió mantener el Ferrari fuera de control en la carretera y se desabrochó el cinturón de seguridad.

Sabía que la siguiente curva sería la última. Luchó por abrir la puerta contra el viento y la fuerza de la gravedad.

Dando un salto de fe, salió del coche, cubriéndose la cabeza y replegando el cuerpo hacia dentro mientras golpeaba el pavimento como una pelota de goma, rebotando y rodando hasta que se detuvo. Tumbado durante unos segundos, intentó calmar su acelerado corazón y recuperar el aliento.

Maldiciendo, se levantó sobre piernas tambaleantes, un dolor punzante le atravesó el hombro izquierdo. Un momento después, una enorme explosión iluminó el cielo. Habría muerto si no hubiera saltado del coche. El mundo se le escapó mientras una cortina negra lo envolvía...

Él y Andy, su mejor amigo, reían mientras conducían su Humvee blindado de vuelta a la base. Volvían de un día rutinario de patrulla, vigilando un pueblo no muy lejos de Kandahar. Y entonces se desató el infierno. El Humvee chocó contra un artefacto explosivo improvisado y el vehículo saltó por los aires, explotando. Andy yacía muerto, con pedazos de él esparcidos por toda la carretera. Alex había salido despedido del vehículo y yacía en el suelo con una pierna gravemente herida, costillas rotas y un trozo de metralla incrustado en el brazo. Le trasladaron al hospital para ser operado de urgencia. Lo último que recordaba de aquel día era la sonrisa de Andy justo antes de la explosión...

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Alex despertó con un grito ahogado por el dolor ardiente. Sentía como si le hubieran clavado un soldador en el hombro.

Luchando contra el mareo y las náuseas, se incorporó. Tras tambalearse para apoyarse en un árbol, vio trozos de su coche esparcidos por la carretera. Los restos le hicieron recordar la carnicería de Afganistán. Sacudió la cabeza, compartimentando el pasado. Sabía, sin lugar a dudas, que la explosión no había sido por impacto. Ningún aficionado podría haber orquestado una explosión tan devastadora. Fue una bomba activada por una señal electrónica. Probablemente no muy diferente a la bomba que mató a Max. Esto fue un golpe, y debería estar muerto. Recordó la voz susurrante que le advertía que saliera del coche. No, no había dicho coche. Había dicho caballo. *Salta del caballo. Ferrari. Caballo.* Tuvo que ser Giuliano quien le advirtió.

Tengo que llegar a Ángela. Luchando contra la agonía en su hombro...

cojeando por la carretera hacia la Casa del Sol, rezando para que no se le acabara el tiempo.



ÁNGELA DEAMBULÓ POR LAS ESCALERAS, con los perros pisándole los talones hasta la cocina y se preparó una taza de café. Se paró junto al fregadero y miró por la ventana, observando cómo se oscurecía el cielo. Demasiado para su hermoso día. Se acercaba la lluvia. Terminó el café y llenó de comida los cuencos de los perros. Se oyó un fuerte estruendo que sacudió el cristal de la ventana. Preguntándose si había llegado una tormenta, volvió a asomarse por la ventana y vio una columna de humo que salía de la falda de la colina. ¡Alex! Salió corriendo de la casa y la puerta se cerró tras ella. Unos brazos pesados la sujetaron por detrás con fuerza.

BELLE AMI

Una mano fornida le tapó la boca, ahogando sus gritos. Pateó y atacó, clavando las uñas en el brazo de su agresor, que emitió un aullido de dolor y consiguió zafarse. Salió disparada como un cohete y corrió lo más rápido que pudo, pero fue placada y derribada. La cara que la miraba le resultaba familiar.

«Mantenla quieta mientras preparo la aguja».

Gritó cuando el rostro de otro hombre apareció. ¡Es él! Empezó a agitarse y retorcerse con todas sus fuerzas, tratando de romper el agarre del hombre que la sujetaba.

«Mi querida Ángela», dijo Scordato como si estuvieran sentados tomando el té. «No te lo pongas más difícil». Scordato sacó una aguja hipodérmica de su mochila, y ella dio una patada, intentando detenerle.

«Mantenla quieta, maldita sea». Le levantó la manga y le clavó la aguja en el brazo. Ella dejó de agitarse en cuestión de segundos y su cuerpo quedó inerte como una muñeca de trapo. Luchó por mantener los ojos abiertos mientras se le nublaba la vista. *Por favor, Dios, salva a Alex.*



“ÁNGELA, te presento a mi primo, Enrico. Ha estado deseando conocerte».

Le espetó. Enrico le dio una bofetada, la agarró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás.

Ella gimoteó y lo maldijo. Scordato se sorprendió por sus palabrotas. El suero de la verdad tenía un efecto secundario interesante. Estaba deseando ver cómo se comportaba cuando se turnaban con ella.

«Enrico, habrá mucho tiempo para eso más tarde. Sólo le di una pequeña dosis del suero, y tenemos que actuar rápido. Ahora mantenla firme». Le levantó la cara para que pudiera verle a los ojos. «Ángela, querida, me alegro de verte.»

«No es bueno verte.»

«Necesito que me enseñes dónde está el cuadro».

Ella arrugó la cara. «Dónde está Alex. Yo... también tengo que enseñárselo».

«Hablé con él. Va a reunirse con nosotros allí cuando regrese». «Él te odia. Yo también».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Créeme, el sentimiento es mutuo. ¿Hacia dónde vamos?»

Los ojos de Ángela se alzaron hacia la montaña detrás del viñado. «Allá arriba».

«Llévanos allí». La voz de Scordato era melosa y alentadora. «No quiero». Ella sacó la barbilla definidamente.

Enrico se rió, y Alberto le hizo un gesto con la cabeza. El primo le retorció el brazo a la espalda hasta que casi se le sale de la cuenca del hombro. Ángela profirió un grito desgarrador y se desplomó en el suelo. Enrico le soltó el brazo y Scordato le ayudó a levantarla.

Los dos hombres la agarraron por debajo de los brazos y la arrastraron por el viñado hacia la montaña. Cuando la pendiente se hizo más pronunciada, evitaron que se cayera, pero avanzaban despacio.

El sendero se empinaba y empezaba a torcerse. Cuando se acercaron a la cima, su mirada pasó de un hombre a otro. «Creo que hemos llegado. Quiero decir allí». Frunció el ceño y miró a los dos hombres como si los viera por primera vez. «No deberían estar aquí. Quieres el cuadro para ti. Codicioso».

Scordato echó la cabeza hacia atrás y se rió. «Me encanta lo honesta que eres, bella, pero eres tan débil como un gatito. He olvidado lo encantadora que puedes llegar a ser».

Atravesaron una espesura y el sendero terminó abruptamente. Se detuvieron. Delante había una gran losa de granito apoyada contra la montaña.

«¿Es éste el lugar? ¿Dónde está la cueva y cómo entramos?»

Ella asintió. «Tienes que presionar esa losa de roca y se abrirá».

Scordato hizo un gesto a su primo, que hizo lo que Ángela le indicó. Enrico puso sus dedos en la ranura, y la losa cedió. Tiró con más fuerza y se abrió lo suficiente como para permitirles pasar.

Enrico dejó caer la mochila al suelo, abrió la cremallera y sacó una linterna. Giró en círculo y el haz de luz iluminó la cueva.

Scordato vio una linterna en un estante, la alcanzó y se la dio a Enrico, que la encendió y la mantuvo en alto. En una de las paredes había estanterías de arriba abajo con al menos cien botellas de vino. Alberto sacó una botella al azar y estudió la etiqueta. «1954, qué pena que no podamos llevarnos un poco de este vino. Estaría bien celebrar nuestro descubrimiento del Da Vinci con el vino de tu tonto detective, pero me temo que tendremos que contentarnos sólo con el cuadro. Ahora, Ángela, es hora de que cumplas».

BELLE AMI

En el lado opuesto de la cueva, divisó los barriles de vino que había visto en su visión. Dentro de uno de ellos estaba el da Vinci. Le dio un vuelco el estómago y se le erizaron los pelos de los brazos. El mundo a su alrededor empezó a girar. Voces la llamaban; caras como una baraja de cartas zarandeadas por el viento. Giró hacia abajo como si estuviera dentro de un tornado, como Dorothy en el Mago de Oz. Justo cuando sus pulmones estaban a punto de estallar, sintió que volvía a adentrarse en el pasado...

Florencia, Italia

Galería Uffizi Junio 15, 1944

“SOFÍA, ¿Estás bien? Dejaste de hablar a media frase y estás muy pálida».

«No sé qué me pasó. De pronto sentí como si no pudiera respirar».

Gerhard la abrazó y le besó la frente. «Aquí hay mucho moho. Puede que seas alérgica. ¿Crees que puedes seguir?»

Ella sonrió, tomándole la cara entre las manos. «Sí. No se me ocurrirá privarte de tu aventura. Quiero que experimentes los tesoros ocultos de los Uffizi».

Sus ojos se desviaron hacia los listones de almacenaje que trepaban por las paredes hasta el techo. Cientos de cuadros envueltos le llamaban la atención. En el centro de la sala había esculturas envueltas en lienzos. «¿Todo esto está catalogado?

Le tomó de la mano y le llevó hasta una puerta. «Ven a ver». Abrió la puerta, pulsó el interruptor y se encendieron los fluorescentes. Las paredes estaban llenas de armarios. «Estos armarios contienen registros de toda la colección. Cada armario está etiquetado por años, empezando por el siglo XIII. Las piezas romanas y griegas de la colección de los Médicis están catalogadas por separado. Adelante, eche un vistazo».

Como un niño en una tienda de golosinas, abrió con impaciencia el cajón etiquetado 1490-1512, el periodo considerado del Alto Renacimiento. Mientras él hojeaba las carpetas estudiando su contenido, ella se sentó en una silla. Quizá él tenga razón y yo sea alérgica. El malestar la asaltó y se llevó las manos al vientre. *O puede que la culpa sea de este bambino*. Aún no le había dicho que estaba embarazada. Sólo se había saltado un ciclo y quería estar segura.

Debo decírselo. No es justo que no lo sepa. De un modo u otro, con o sin él, tendría a su hijo. Rezaba por su alegría cuando lo supiera.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Él interrumpió su ensoñación. «Sofía, me interesa ver esta pieza». Señaló un número de catálogo. «Se atribuye al taller de Leonardo Da Vinci. Seguro que es mediocre, pero me gustaría verla».

«¿Puedo preguntar qué hace que éste sea tan especial?».

«¿La intuición?» Se rió. «Llámalo mi loca obsesión por la insignificante producción del artista más grande pero menos prolífico de todos los tiempos. En el fondo soy un buscador de tesoros». Le tendió la mano para ayudarla a levantarse de la silla y la siguió hasta el almacén principal. Estaba familiarizada con el sistema, ya que había trabajado en él durante dos años. «Está ahí arriba», señaló. «Toma la escalera y bájala».

Subió la escalera, comparó los números de la etiqueta con los del catálogo y sacó el cuadro con cuidado. Lo dejó sobre una mesa de trabajo y lo desenvolvió. Sofía vio cómo se le iluminaba la cara y siguió su mirada.

Era un retrato de boda acorde con las prácticas de la época y un bello ejemplo de lo que se había convertido en una forma tradicional de celebrar un matrimonio para la aristocracia. Estudió al novio con perplejidad. «Es extraño. Giuliano de Medici nunca se casó. Fue asesinado en Pascua, en 1478, en la conspiración de los Pazzi».

Gerhard estudió el cuadro. «Obviamente, eso está mal. O quizá el cuadro se pintó en previsión de una boda inminente. ¿Quién crees que es la novia?».

«Su amante de entonces era Fioretta Gorini. Sabemos muy poco de ella, excepto que murió en el parto un mes después de su asesinato. Su tío Lorenzo crió a su hijo, que más tarde se convirtió en el Papa Clemente VII. Me pregunto si es posible que se hubieran casado en secreto».

«Bueno, te puedo decir una cosa con seguridad, esto no es obra de un aprendiz. Fíjese en las pinceladas y en cómo Fioretta Gorini capta la atención del espectador mirando fijamente desde el cuadro. ¿Te recuerda a algún otro cuadro?».

«Me resulta familiar, pero dime qué estás pensando».

«Déjame ver el archivo, por favor». Se lo quitó, lo abrió y empezó a leer y a pasar las páginas. Ella miró por encima de su hombro. Llegó a un documento. Emocionado, golpeó la página con el dedo índice. «¿Cómo llegó la colección a manos del Estado?».

«Anna Maria Luisa, la última de los Medici, firmó el Patto di Famiglia en 1737, cediendo todos los bienes personales de los Medici al Estado toscano. Incluía la estipulación de que nada de la colección saliera nunca de Florencia».

BELLE AMI

Señaló de nuevo. «Este es un inventario de la casa de Lorenzo. ¿Notas la anotación sobre el retrato de boda? Dice que heredó el cuadro de Lucrezia Tornabuoni, Giuliano y la madre de Lorenzo, en 1482. Y mira aquí», señaló, “se hace una anotación de ”artista desconocido». No se menciona quiénes son las personas del retrato. ¿No es extraño que Lorenzo no mencione que el retrato es de su hermano? ¿Por qué crees que fue?».

Ella sacude la cabeza. «Posibles problemas con las alianzas políticas.

Giuliano fue prometido en matrimonio a otra persona».

«Exactamente. ¿Por qué causar problemas cuando tanto Giuliano como la novia están muertos? ¿Qué diferencia habría para ellos?»

«Ninguna, en realidad.»

«A menos que la pintura ganara notoriedad. Entonces sería difícil mantener la verdad en secreto, ¿no?»

«Supongo que sí. Pero, ¿por qué ganaría notoriedad el cuadro?».

Susurró con reverencia. «Porque si lo hubiese pintado Leonardo Da Vinci y no se atribuyese a un artista menor de su taller, entonces ganaría una fama inconmensurable».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«¿Piensas que es un retrato de da Vinci?» «Lo creo.»

«Pero eso es imposible....» No pudo terminar la frase cuando la verdad de lo que había dicho se apoderó de su mente.

«Me gustaría estudiarlo más detenidamente.» «Sí. Llevémoslo arriba. Lo firmaré». «¡No!»

«¿Cómo que no?»

«Llevémonos el cuadro y el archivo y decidamos después qué hacer con ellos».

«Eso va en contra de la política, Gerhard. Si nos llevamos el cuadro y el archivo, no quedará constancia de su existencia».

«Por favor, compláceme».

No tenía valor para negárselo. Además, era más importante comunicarle sus propias noticias. «Gerhard, querido, tengo algo que decirte». Estaba tan animado que parecía la ocasión perfecta para contarle lo del embarazo.

Le tomó las manos. «¿Qué pasa, amore mio?» «Gerhard, estoy embarazada. No he tenido la menstruación».

«¿Por qué no me lo dijiste antes?» La abrazó y la besó. «¡Soy tan feliz! Soy el hombre más afortunado del mundo».

«¿Quieres esto? ¿No estás enfadado?»

«¿Enfadado? La mujer que amo va a dar a luz a mi hijo. ¿Por qué iba a estar enfadado?»

«La guerra, Gerhard. No es el mejor momento para traer niños al mundo, sobre todo teniendo en cuenta que eres un soldado de ocupación alemán.»

«No siempre podemos elegir cuando llega la felicidad. Este hijo de nuestro amor refuerza lo que ambos sentimos».

Ella apoyó la cabeza en su hombro. «Gracias.»

«Qué día para mí. Encontrar a un Leonardo Da Vinci perdido hace tiempo y descubrir que voy a ser padre. Ven, subamos y celebremos....»



BELLE AMI

ÁNGELA SINTIÓ que el tiempo la arrastraba hacia atrás... Trastabillando y arremolinándose con la fuerza de un viento gigantesco a sus espaldas, volvió a caer sobre su cuerpo tembloroso. Sus ojos se abrieron, desorientados y borrosos.

Poco a poco, el mundo a su alrededor se fue enfocando. Estaba en la cama de la cueva de Montefioralle. Scordato y otro hombre discutían a pocos metros.

«Debes de haberle dado demasiado de ese maldito suero de la verdad, Alberto. Y qué demonios ha estado diciendo?».

«Cálmate, Enrico. La dosis era minúscula, no suficiente para anestesiarla. En cuanto a sus desvaríos, si tuviera que adivinar, está experimentando visiones de una vida pasada. Empezó a tenerlas hace meses, en el Getty. Esa es la razón por la que sabe dónde está la pintura en primer lugar. Al menos sabemos que no habrá ninguna interferencia por parte del detective. Lo más probable es que ya no sea más que una brasa quemada. Estamos tan cerca, primo. Vamos a ser mucho más ricos de lo que habíamos soñado».

El efecto de la droga había desaparecido y Ángela sabía que la visión que había tenido no tenía nada que ver con los efectos del suero. Los dos hombres no sabían que ella estaba despierta y lúcida, escuchando su conversación.

Luchó contra las lágrimas que la amenazaban. No está muerto. No puede estar muerto. Entendió por qué Sofía culpaba al cuadro del asesinato de Gerhard. La historia no se repetirá. Ella no dejaría que esos monstruos ganaran. *No puedo dejar que suceda de nuevo. Alex no está muerto. Lo sabría si lo estuviera.*

Entonces, como una campana de viento sonando en su mente, oyó hablar a Giuliano. *Alex no está muerto. Todos estamos aquí, Ángela. Aquí para ayudarte. Mantente fuerte. Esta vez no van a ganar. No estás sola.*

Abrió los ojos y parpadeó. El rostro de Scordato pasó de una encarnación a otra. Reconoció la cara llena de odio de Francesco de' Pazzi, el hombre que había asesinado a Giuliano, y luego vio al hombre transformarse en Franz, el desertor alemán que había amenazado con violar a Sofía y era cómplice del asesinato de Gerhard. No pudo soportar mirarle.

Cuando miró a Enrico, sus rasgos también se transformaron ante sus ojos, y pudo ver a su enemigo tal y como era en realidad. Bernardo Bandino Baroncelli, que había clavado su daga en el corazón de Giuliano. En otra vida, setenta y tres años atrás, ella le había disparado y matado. Era el otro desertor alemán, Dietrich, el hombre que acabó con la vida de Gerhard. El veneno corría por sus venas y, por primera vez en su vida, comprendió lo que era odiar.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Por imposible que fuese creerlo, se dio cuenta de que ese momento era su oportunidad de corregir los errores y ser el instrumento que juzgara y satisficiera la deuda kármica de esos hombres malvados. Podía cambiar el resultado futuro y detener la naturaleza circular de causa y efecto y el renacimiento del mal puro. El resultado puede cambiarse.

Fingió estar aún bajo la influencia del suero de la verdad. «Director Scordato, ¿qué ha pasado?»

«Ángela, he estado muy preocupado por ti. Has tenido una especie de ataque. ¿Te sientes mejor?»

«Sí, lo estoy.»

«¿Crees que puedes ayudarnos a encontrar el cuadro?»

«¿No deberíamos esperar a Aleshhh?» Arrastró las palabras intencionadamente.

«Para cuando recuperes el cuadro, Alex debería estar aquí».

El calor la envolvió. Una nube diáfana se posó sobre su visión. Sofía y Gerhard estaban junto a la cama, abrazados. Su piel brillaba con la frescura de la juventud. Se besaron y la sinceridad de su amor le desgarró el corazón. Cuando rompieron el beso, ambos la miraron y sonrieron. Le pareció oír un movimiento y se volvió para mirar. Al otro lado de la cama, Fioretta estaba con Giuliano, que la rodeaba con los brazos. Ellos también sonrieron, animándola a confiar.

«Alex vendrá, ¿verdad?», preguntó a los fantasmas. «Claro que vendrá», respondió Alberto.

Los fantasmas asintieron al unísono. Una sola lágrima bajó por su mejilla y goteó sobre su mano. En ese instante, las apariciones fantasmales se desvanecieron, disolviéndose como la niebla matinal en un lago tras la salida del sol. Se quitó un peso de encima, respiró hondo y supo lo que tenía que hacer.



ALEX LOGRÓ regresar a la casa. La voluntad y la adrenalina le espolearon. Ignoró las punzadas de dolor de cada respiración y cada paso adelante.

«Ángela, ¿dónde estás?» Su voz le devolvió el eco. No esperaba encontrarla allí, pero había mantenido la esperanza. La realidad fue como un puñetazo en las entrañas. Los perros saltaron sobre él, gimiendo y gruñendo. Los acarició. «¿Dov'è Ángela? ¿Dónde está?» Sabía que los perros morirían por protegerla. No tenía sentido.

Cuando revisó la cocina, encontró su taza de café cerca del fregadero. No había señales de lucha en ninguna parte, así que tuvo que suponer que Scordato la había sacado fuera de alguna manera sin los perros. Miró por la ventana como sabía que ella lo habría hecho.

¡Mierda! La explosión. Ella debió entrar en pánico y salir corriendo de la casa, sin pensar en nada más que en llegar hasta él.

Alex alejó de su mente todo pensamiento de que ella pudiera resultar herida. Tenía que concentrarse en una cosa: encontrarla. Sujetándose el costado para aliviar el dolor, subió las escaleras y comprobó la mesilla de noche junto a la cama. La Glock estaba donde la había dejado. La agarró y se la metió en la cintura. Estaba desarmada. Pero era inteligente e ingeniosa. Rezó para que su capacidad psíquica le permitiera saber que él vendría a por ella pasara lo que pasara.

Corrió hacia la caja fuerte, sacó cargadores adicionales para la Glock y los metió en la mochila junto con un botiquín. Se puso las botas de montaña y se ató la vaina y el cuchillo de combate a la pierna. Se apresuró a bajar las escaleras con los perros pisándole los talones.

Había empezado a llover y cogió su anorak con capucha y el chubasquero de Ángela. Se lo acercó a las narices de los perros. Su olor hizo que movieran la cola, en consonancia con el amor que sentían por ella. Su orden a los perros fue sucinta. «Trova Ángela. Silenzio e caccia», ordenó. Entrenados para cazar, salieron corriendo hacia la montaña, con el hocico pegado al suelo. La orden de encontrar a Ángela y cazar en silencio se cumplió. Sabía que los perros la encontrarían. En su interior, sabía que ella estaba bien. Tenía que estarlo.

Intentó seguir el ritmo de los perros, pero el dolor en el hombro le impedía avanzar. Sus pensamientos corrían a la par, el miedo y la culpa compitiendo por abrumarlo. Si algo le ocurría, pasaría el resto de su vida buscando venganza.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Pensó en las preocupaciones de Ángela por él, en cómo temía que la historia se repitiera. Recordó lo que había ocurrido cuando Fioretta y Ángela se conocieron. Cómo se encerraron la una en la otra y viajaron juntas al pasado. Ahí fue donde la aguja se atascó en el surco. Su comportamiento cambió significativamente después de eso. Dijo que le contaría todo sobre su visión con Fioretta cuando estuvieran solos. ¿Pero qué le había contado? Ella había negado haber llegado a la cueva, afirmando que Fioretta había sido la causa.

Su ira aumentó, anulando su capacidad de pensar. Las venas de su cuello se tensaron, haciéndose eco del nudo que se le había formado en las entrañas. Era la primera vez que comprendía conscientemente que Ángela le había mentado. *Jesús, ella sabe dónde está el cuadro.* Empujando más allá del dolor, comenzó a correr por el sendero.



ÁNGELA HABÍA HECHO todo lo que pudo para retardar mostrarle a sus secuestradores donde estaba el cuadro, pero era inevitable. Scordato ya estaba perdiendo la paciencia con ella.

«Esta conversación se ha tornado agotadora, Ángela. Muéstranos dónde está escondido el cuadro».

De mala gana, su mirada se desvió hacia los barriles.

Alberto sonrió. «Muy ingenioso. ¿Está dentro? ¿Dónde está la abertura?»

«Debajo del barril central, hay un panel». La mirada de avaricia en el rostro de Scordato la enfermó. No sólo era un cerdo repugnante, sino también un bastardo codicioso.

«Dime algo, Ángela. Tengo curiosidad, ¿cómo descubriste el paradero de la pintura?»

«Me vino en sueños». No tenía intención de explicar su conexión con Fioretta y Sofía.

«¿Por qué creo que hay algo más en esta historia? ¿Eres vidente?» Ella no le contestó.

«Es interesante que el misterio del cuadro se te revelara en sueños».

Se encogió de hombros. «Hay cosas que escapan a toda explicación».

Mientras tanto, Enrico se había puesto de rodillas para examinar el barril. «Alberto, es un espacio demasiado pequeño, ninguno de los dos cabrá aquí abajo».

BELLE AMI

«No seas tonto, Enrico. No nos arrastraremos por debajo, Ángela lo hará». Se volvió hacia ella. «Creo que esa es su señal, señorita Renatus».

Ángela se sintió como si estuviera contra una pared ante un escuadrón de fusilamiento. Temblando, se arrodilló y empezó a arrastrarse bajo el barril. Una mirada a Scordato y Enrico la dejó atónita. Sacudió la cabeza para despejarse. Debo de estar alucinando. No es posible. Ni el director ni su fornido cómplice sabían que a ambos lados de ellos se encontraban las sombrías apariciones de Giuliano y Gerhard. Por una vez, rezó para que los fantasmas del pasado fuesen reales. Dentro de su cabeza, Giuliano susurró: «El pasado no se repetirá». Sus palabras la envolvieron de calma y le dieron fuerzas para seguir adelante. Como en su vida anterior, le infundió valor. No estaba sola.

Ángela contuvo la respiración mientras se retorció bajo el barril. Apartó las telarañas y se estremeció, esperando que las arañas que las habían creado hubieran abandonado sus telarañas en busca de un terreno más fértil. Arrastrarse por debajo era asqueroso, pero si Sofía podía hacerlo, ella también. Temblando, pasó la mano por la superficie del barril. Era crujiente y desigual. «No veo nada.

«Enrico, ilumina con la linterna debajo del barril».

Un haz de luz iluminó el fondo del barril y vio el contorno de una abertura. Se acercó un poco más y empujó el listón, que se abrió de golpe. Respiró hondo para calmar los latidos de su corazón e introdujo la mano en el interior. Tanteó a ciegas, intentando no pensar en qué más podría haber dentro. Entonces sintió algo, tiró de él hacia la abertura y se agarró a una correa. Tiró de la mochila y la arrastró con ella mientras salía de debajo del barril.

Permaneció inmóvil durante un minuto, tratando de recuperar el aliento y de que su corazón volviera a un ritmo normal. Parecía imposible que dentro de aquella vieja mochila se encontrara una de las obras de arte más valiosas del mundo. La cabeza le daba vueltas y todo su cuerpo temblaba. La mochila no pesaba nada, pero parecía llena de piedras. El miedo se apoderaba de ella y tuvo que contenerlo.

Se incorporó, agarrando la mochila, y miró fijamente el cañón de una escopeta. Su corazón latía erráticamente en su pecho. ¿La muerte la reclamaría a ella primero, antes que a Alex, en esta vida?

«Entrega la mochila, Ángela. Dásela a Enrico». «¿Vas a matarme, ahora, a sangre fría?»
«Eso no será necesario.»

«¿Por qué no?»

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Voy a administrarte una gran dosis de LSD y Ketamina. Cuando despiertes dentro de tres o cuatro horas, no recordarás nada de lo ocurrido».

«¿Qué es la ketamina?»

«Es una droga para violar en las citas», dijo Alberto.

Enrico se la quedó mirando. Su mirada de lujuria hizo que se le fuera el color de la cara.

«No le hará daño a Ángela, pero lo más importante es que no será necesario silenciarte permanentemente». Su mirada se igualó a la de Enrico. «Puede que incluso lo disfrutes».

«Nunca te saldrás con la tuya.» Su única esperanza era mantenerlo ocupado hablando. Moriría luchando antes de dejar que esa bestia malvada, Enrico, la tocara.

«Ya lo hemos hecho. Tu detective está muerto. La policía lo considerará un desafortunado accidente. La pintura es nuestra, y no recordarás nada de que te drogamos y tomamos la pintura. Nada sobre nosotros matando a tu precioso novio y nada sobre la muerte del noble Max Jaeger». Ella jadeó ante su admisión. «Y, por supuesto, nada de lo que vamos a hacer a continuación:». Sus palabras quedaron suspendidas en el aire mientras ambos hombres la miraban lascivamente.

Luchó contra las ganas de vomitar. Alex no está muerto. Lo sabría si lo estuviera. La ira hervía en su interior. Deseó tener la pistola que Alex le había dejado en casa. Si la tuviera, no tendría problemas para matarlos.

Enrico le arrebató la mochila y sacó el tubo. «Está aquí, Alberto. No puedo creerlo, pero está aquí».

BELLE AMI

«Ten cuidado con eso, Enrico.» Mantuvo la rifle apuntando a Ángela.

Enrico retiró las capas de tejido y lana de cordero que protegían la preciosa obra de arte. La obra maestra de Leonardo Da Vinci vio la luz por primera vez en setenta años.

Ángela se quedó boquiabierta. El retrato de boda era exactamente como lo había visto en sus visiones. La inconfundible mano de un genio estaba en cada pincelada... la forma en que Giuliano miraba a Fioretta con total y absoluto amor y devoción, y la mirada de amor con la que Fioretta contemplaba el cuadro con el misterioso encanto de una belleza intemporal... A Ángela se le llenaron los ojos de lágrimas. El cuadro era una obra maestra, tan intrigante como la Gioconda.

No perdió de vista lo inquietante del momento. Incluso los dos asesinos contemplaban asombrados el cuadro de quinientos años pintado por el mayor genio que el mundo había conocido.

Nadie habló. La magnificencia del cuadro hacía que las palabras fueran superfluas. Mientras los hombres contemplaban boquiabiertos el retrato de boda, Ángela se dio cuenta de lo que le estaban pidiendo.



Una LLUVIA TORRENCIAL les agobiaba, pero Alex y los perros siguieron subiendo por el sendero.. Se había resbalado y caído dos veces y estaba cubierto de barro, pero nada podía impedirle llegar hasta Ángela.

Trotó hasta la cima del sendero y salió de entre la densa maleza. Los tres perros olfatearon el suelo en silencio y se detuvieron. Hicieron lo que habían sido adiestrados para hacer cuando cazaban y localizaban presas. Se sentaron ante una pared de roca, meneando la cola. El corazón se le salía del pecho, y no era por la escalada. La cueva de Sofía, la cueva de las visiones de Ángela, estaba detrás de aquella losa de roca.

¿Cómo se había abierto? Pasó los dedos por la pizarra lisa. Una extraña sensación se apoderó de él, como si unas manos invisibles le guiaran. Tiró de la losa y ésta se movió unos centímetros. Con el corazón palpitante, se asomó. El estómago se le revolvió al oír voces. Con cuidado, sacó la Glock del bolsillo y quitó el seguro.

Sus pensamientos se aceleraron. Si se lanzaba con el arma desenfundada, Scordato podría matar a Ángela, y sabía que tenía que haber un cómplice en la cueva con él. Vio dos pares de huellas de zapatos grandes en el camino.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Era demasiado arriesgado. Alex volvió a guardarse la pistola en el cinturón y susurró a los perros que se quedaran. Levantó las manos en señal de rendición y entró en la cueva. Lo mejor que podía hacer era sorprender y desorientar a los dos delincuentes.

Scordato se giró hacia él, con un rifle en las manos. «¡Vaya! Me temo que esto lo cambia todo».

Misu había corrido tras Alex con los otros dos perros muy cerca. Los tres perros gruñeron, listos para atacar.

«Hazlos callar, Alex, o les dispararé. Enrico y yo los mataremos a ellos y a ustedes dos».

«¡Alex!» El grito de Ángela resonó en la cueva. El terror en sus ojos le inquietó, pero respiró aliviado. Estaba viva e ilesa.

«Está bien, Ángela.» Se volvió hacia los perros. «¡A cuccia subito!» Los tres perros se sentaron, permaneciendo quietos, con los ojos clavados en su amo.

Ángela no se quedó callada. «No, no está bien. La historia se repite. ¿Por qué has venido aquí? ¿No ves que tu vida está en peligro?».

Oyó el pánico en su voz y supo que no era racional. Todo este asunto de la vida pasada le había nublado la vista. Se sintió aliviado de que el cañón de la pistola le apuntara a él y no a ella.

«Tranquilo, Scordato». Miró al otro cómplice, que apuntaba con su arma a los perros. El hombre estaba en su elemento y se sentía cómodo, lo que lo señalaba como un profesional. Alex sabía que las probabilidades estaban en su contra. Había pocas posibilidades de eliminar a Scordato y al otro hombre sin convertir a Ángela en un blanco. También sabía que era imposible que nos dejaran a Ángela y a él con vida. Iba a tener que hacer un movimiento y arriesgarlo todo. Pero antes de que pudiera...



Lo que ÁNGELA ERA DE OTRO MUNDO. La cueva resplandecía, el pasado y el presente convergían ante sus ojos. Las apariciones de Giuliano y Gerhard sostuvieron su mirada, sus gestos la animaron a actuar. Era imposible que Scordato permitiera que Alex y ella vivieran. Scordato los mataría aquí, dejando que sus cuerpos se pudrieran en la cueva. También mataría a los perros. Los ojos de Ama y Zaba iban y venían de Alex a Scordato. El pelaje de Misu se levantó, y su espalda se inclinó, listo para atacar.

BELLE AMI

Si el tiempo les había alcanzado y la historia se repetía, que así fuera. Ella no caería sin luchar. ¡Ahora! ¡Hazlo ya! Su grito enfurecido atravesó el aire mientras corría hacia Scordato.

Alex gritó: «¡Ángela, detente!»

Scordato giró, apuntando a Ángela. Pero ella siguió adelante, cargando como una leona derribándolo. El rifle se le escapó de las manos. Gruñendo, arañó las mejillas de Scordato, arañándole la piel mientras él aullaba y se la quitaba de encima.

Al mismo tiempo, Alex se abalanzó sobre Enrico, desequilibrándolo antes de que pudiera disparar. Alex y Enrico rodaron por el suelo con los perros gruñendo ferozmente y dando vueltas a su alrededor. Alex golpeó la mandíbula del criminal, dejándolo inconsciente. «Attacca e sottometti». Misu saltó sobre el pecho de Enrico, gruñendo, sujetándole.

Alex se sacó la Glock del cinturón al mismo tiempo que Scordato le echaba mano a la rienda. Como en un viejo enfrentamiento del Oeste, dispararon al mismo tiempo.

«¡No!» Ángela gritó. Entonces ocurrió algo increíble. Todo y todos se movieron a cámara lenta a su alrededor. Aparecieron los fantasmas de Giuliano y Gerhard, sus manos agarraron el rifle de Scordato y lo empujaron hacia arriba. Luego, con un silbido, desaparecieron y todo volvió a acelerarse.

En lugar de alcanzar a Alex en el pecho, la bala le rozó el hombro, haciéndole caer al suelo. La bala rebotó en el fondo de la cueva, haciendo añicos una botella de vino. Corrió hacia Alex y recogió la Glock caída. Era surrealista e imposible, pero con lo que ella suponía que era algo más allá de la percepción del conocimiento humano, los fantasmas habían conseguido cruzar los límites entre el más allá y el mundo de los vivos. Habían intervenido con la sola fuerza de su voluntad y cambiado la trayectoria de la bala.

Scordato también había sido derribado. Con el brazo ensangrentado, maldijo y corrió a por su rifle. «Esta vez, lo acabaré».

Llena de una rabia cegadora, Ángela apuntó con la Glock a Scordato. Fioretta y Sofía aparecieron a su lado. Sus voces resonaron en su mente. *Debes acabar con esto, Ángela, por todos nosotros.* Sus dedos fantasmales cubrieron los de ella. Juntas, apretaron el gatillo.

El disparo resonó en toda la cueva. Los ojos de Scordato se abrieron con incredulidad mientras caía de rodillas. Se agarró el estómago, con los dedos ensangrentados, y se desplomó.

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

Alex se levantó y, cogiendo la rienda de Scordato, apuntó a Enrico, que ahora gemía en el suelo. Misu y los demás perros formaron un círculo a su alrededor y sus gruñidos resonaron en las paredes de la cueva.

«Alex», Ángela soltó el arma y lo abrazó. Su pecho se agitaba con sus sollozos. «Estás sangrando».

«Cariño, estoy bien. Es sólo un rasguño. Estaré bien». Sus dedos eran suaves en su mejilla, pero no pudo evitar una mueca de dolor. «Lo siento mucho, cariño», dijo, con la voz entrecortada.

«Estaré bien; los moratones y los cortes se curan. Me alegro mucho de que estés bien». Le cubrió la mano con la suya.

«Si Scordato no estuviese ya muerto, me encantaría matarlo».

«Lo sé, pero ganamos, Alex. Es un milagro, y cambiamos el destino.

Rompimos la maldición».

«Ángel, estuviste increíble». Sus ojos brillaron en la oscura caverna. Ella se quedó sin aliento ante el amor que brillaba en su mirada. «No entiendo cómo Scordato pudo no verme. Estaba a sólo unos metros».

«Fueron ellos: Giuliano y Gerhard detuvieron el tiempo y desviaron el rifle». Ángela rodeó la cintura de Alex con los brazos.

Al percibir un movimiento detrás de Alex, Ángela rodeó con sus brazos al hombre que amaba mientras Giuliano y Fioretta aparecían junto a Gerhard y Sofía.

Los fantasmas se abrazaron, unidos en la muerte como lo estuvieron en vida. Con una última mirada a Ángela, se disolvieron en la nada. Ella no estaba segura, pero le pareció vislumbrar una sonrisa de satisfacción en sus labios.

Alex le besó la mejilla y se inclinó para recoger la Glock. «Apunta con la pistola a ese cabrón mientras agarro mi mochila».

Volvió a la cueva un momento después y sacó una cremallera de la mochila. Enrico seguía inconsciente, pero no importaba. Misu y los otros perros estaban listos para saltar si hacía cualquier movimiento amenazador.

BELLE AMI

Alex le dio una palmadita en la cabeza a Misu. «Seduti». El perro retrocedió y se sentó. Alex puso a Enrico boca abajo y le ató las manos con la cremallera. De pie, volvió junto a Ángela y le quitó la pistola de la mano temblorosa.

«No estábamos solos, Alex. Estaban todos aquí en la cueva, incluidas Fioretta y Sofía».

Sus ojos se desviaron y volvieron a ella. «Cariño, los fantasmas no pueden cambiar la trayectoria de las balas...».

«Pero eso es justo lo que pasó. Los vi tan claramente como te veo a ti ahora. Giuliano y Gerhard consiguieron de algún modo empujar hacia arriba el cañón del rifle cuando se accionó. Pero aún más extraño es que los dedos de Fioretta y Sofía estaban sobre los míos cuando disparé a Scordato. Apretamos el gatillo juntas».

Alex miró a su alrededor. «¿Siguen aquí?» «¿Por qué? ¿Te dan miedo los fantasmas?», se burló ella.

«¿Por qué iba a tener miedo de mis vidas pasadas? Sólo quiero darles las gracias».

«Han seguido adelante, Alex. No creo que volvamos a verlos. Pero estoy segura de que conocen tus sentimientos».

Acariciando su cara con la mano, sonrió. «Me alegro. Me alegro de que por fin puedan descansar en paz, porque estaba harto de que acapararan tu tiempo. A partir de ahora, te quiero toda para mí».

«¿No te aburrirás después de un tiempo?»

«Ángel, algo me dice que la vida contigo nunca será aburrida».

Sus labios reclamaron los de ella y, por segunda vez aquella tarde, el tiempo se detuvo.

CAPITULO VEINTITRES

Paris, Francia Hotel Shangri-La Día Septiembre 10

A

lex abrazó a Ángela contra sí, con el cuerpo aún tembloroso por el placer del sexo matutino. No importaba, sólo sabía que cada vez le hacía profundamente feliz. Aún no podía creer que fuese suya ni que la pesadilla hubiese terminado. Enrico lo confesó todo a la policía, incluido el asesinato de Max Jaeger. Con su declaración jurada, la investigación se cerró en pocas semanas. Ángela y Alex fueron absueltos de toda culpa. El recuerdo de lo cerca que habían estado de la muerte empezaba a desvanecerse como una vieja cicatriz. El cuadro fue devuelto a Celestine Marchesi en el Uffizi.

Agradecida, aceptó que Ángela recibiera todo el crédito por su descubrimiento y le concedió el honor de anunciar su hallazgo al mundo.

Por tercera vez aquella mañana, su musa saltó de la cama. «Alex, lo siento». Abrió las puertas francesas que daban a la terraza. «Pero no puedo dejar de mirarlo». Tuvo que admitir que su vista de la Torre Eiffel era espectacular. Incluso él, que había crecido con todos los lujos imaginables, estaba impresionado. La suite era comparable a la más elegante pied à terre de la Avenue Montaigne. Valía cada céntimo. Complacer a Ángela le excitaba. Su deleite daba un nuevo giro al mundo. Sufrir de tedio ante su inagotable entusiasmo y alegría era imposible. Quererla es como renacer. Se rió en voz alta, dándose cuenta de que eso era exactamente lo que eran, amantes renacidos.

«¿Qué es tan gracioso?» Asomó la cabeza por la puerta.

El pelo alborotado le caía por los hombros.

«Eres tan guapa, nena. Pero si no dejas de pavonearte desnuda en la terraza, tendremos a todos los mirones de París en los tejados con telescopios».

BELLE AMI

Miró hacia abajo como si se diera cuenta de su estado de desnudez por primera vez. «Uy, no se me había ocurrido que alguien pudiera verme». Ella volvió corriendo, abalanzándose sobre él.

Él le dio la vuelta y se balanceó sobre ella. La besó profundamente. «Hmmm, me alegro de que una cosa no haya cambiado después de encontrar el Da Vinci.»

«¿Y qué es eso?» Ella se levantó sobre los codos y sus pechos se apretaron contra el de él.

«Cada vez que nos tocamos, siento fuegos artificiales».

«¿No te molesta que hayamos devuelto el cuadro a los Uffizi?».

«Ni lo más mínimo. Conseguí algo que para mí vale mucho más que dinero».

Ella se echó a reír. «Eso es porque tienes mucho dinero».

«Es verdad, lo tengo, pero no creo que puedas entender nunca lo mucho más importante que tú eres para mí».

Le acarició la cara con el dorso de la mano. «Quizá te deje demostrármelo el resto de nuestras vidas».

Le dio un beso ardiente en la boca. Luego, apartándose, se levantó de la cama.

«Oye, no puedes besar así a una chica e irte».

«Sí que puedo. Me acabas de dar la oportunidad que estaba buscando». Desapareció en el armario, y un minuto después regresó y se sentó en el borde de la cama.

«¿De qué va esto y qué ocultas?». Ella le pinchó juguetonamente en el brazo.

Él se aclaró la garganta. «Tengo algo serio que decir». Ella se sentó y se tapó los pechos con la sábana. «Vale».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«Ángela, nunca conocí a nadie como tú ni hice nada como esto antes. Estoy perdidamente enamorado de ti y quiero estar contigo para siempre». La mano que tenía a su espalda se adelantó portando un joyero de terciopelo. Le cogió la mano, se la puso en la palma y la abrió. «Por favor, di que te casarás conmigo, cariño».

Ella jadeó, la deslumbrante luz del anillo se reflejó en sus ojos. «Alex, es precioso. ¿Cuándo... cómo... está pasando esto de verdad?». Sus ojos se llenaron de lágrimas. «No sé qué decir.»

Sacó el anillo de diamantes de la caja y se lo puso en el dedo. «Sólo di que sí, Ángela. Somos el uno para el otro. Siempre hemos sido el uno para el otro. Antes en nuestras vidas pasadas y ahora en ésta».

«Te amo tanto, Alex.»

«Yo también te quiero, cariño. Y tengo otra propuesta que hacerte.» «¿Otra propuesta?» Una sonrisa curiosa ahuyentó sus lágrimas.

«Trabaja conmigo, sé mi compañera. Para siempre».

«¿Quieres decir en la bodega?» Ella sonrió.

Él negó con la cabeza. «Bueno, de todas formas serás socia de facto en ese negocio. Lo que quiero decir es que tú y yo resolveremos crímenes de arte y devolveremos obras robadas y desaparecidas a sus legítimos propietarios. Tienes talento natural, Ángela, y es una causa digna de tu talento».

Frunció las cejas, pensativa. Se miró el anillo que llevaba en el dedo y luego le miró a los ojos. «Socios. Me gusta cómo suena». Movié las cejas como siempre hacía él. «¿Cerramos el trato con un beso?».

Se rió y la puso encima de él. «Ángel, un beso es sólo el principio.

EPILOGO

Montefioralle, Italia
Día Septiembre 25

Ángela estaba parada en el fregadero de la cocina, mirando por la ventana. La vendimia estaba en marcha. Las uvas habían alcanzado su punto álgido, estaban siendo recogidas. Alex estaba ocupado supervisando la recogida en el viñedo con José. Los perros corrían de un lado a otro, disfrutando de la emoción. María recogía hierbas frescas de su jardín. Le enseñaría a Ángela a preparar una salsa de tomate adecuada para utilizarla como base de varios platos.

Ángela contempló el brillante anillo de compromiso que llevaba en el dedo. París había sido todo lo que Alex había prometido. El principio de su cuento de hadas «Érase una vez». Un sueño hecho realidad. Su amor por Alex era como la vendimia, dulce y lista para ser recogida, con un sabor satisfactorio y pleno. Imaginaba su futuro juntos y le daban ganas de correr a la viña y plantar sus labios en los de él.

Terminada la vendimia, viajarían a Chicago y recorrerían la costa del lago Michigan hasta llegar al pueblo natal de ella, Lake Bluff, donde Alex pediría formalmente a su padre su mano. Luego irían a San Francisco a conocer a su madre y a su padrastro. Después de lo que Alex predijo que sería una serie de fiestas para celebrar su compromiso, viajarían a Londres, donde ella conocería al padre de él.

Su corazón se estremeció al pensarlo. Por favor, que les guste y bendigan este matrimonio. Susurró una oración silenciosa, recordando que Fioretta había rezado una vez lo mismo por su matrimonio con Giuliano. Parecía que nada podía detener el avance del tiempo y del amor.

BELLE AMI

Desde los acontecimientos culminantes en la cueva, sólo había tenido un episodio menor, una pérdida de sí misma cuando se deslizó hacia el abismo del pasado. De pie ante la Gioconda del Louvre, se encontró una vez más viajando en el tiempo hasta el estudio de Leonardo Da Vinci. Había comenzado el retrato de una mujer con una sonrisa enigmática, y ella podía verle aplicando delicadamente la pintura con su pincel. Los pensamientos del Maestro sobre Fioretta la habían hecho retroceder en el tiempo. Por un momento, sintió que Leonardo la recordaba con cariño. Te echo de menos, Fioretta.

Alex le había apretado la mano y ella volvió a ser ella misma. No le había dicho nada. Temía que el mero hecho de reconocer su pérdida del presente hiciera que éste se repitiera, y que se viera arrastrada de nuevo al vórtice de la historia y sacada una vez más de su cuerpo para presenciar cómo el pasado volvía a reproducirse. Pensar en ello la estremecía.

Ahora, precisamente ahora, volvía a sentirlo. Un extraño hormigueo se apoderó de ella y su visión se nubló. Se frotó los ojos, tratando de despejarlos. Al abrirlos, sacudió la cabeza, intentando ver a través de la niebla que le nublabla la vista. Una joven de larga melena rubia corría por un campo. Llevaba un paquete envuelto en arpillera. Francamente, miró a sus perseguidores. Dos hombres armados con fusiles AR-15 y vestidos con uniforme militar se acercaban a ella. Ángela no reconoció ni a la mujer ni a los hombres, pero sintió el miedo de la mujer como si fuese el suyo propio.

Los hombres la agarraron y la mujer gritó. Ángela se cubrió los oídos para ahogar el terrible grito de la mujer. Su visión se aclaró y todo desapareció en un instante. Dio un respingo, sobresaltada por la presión de la mano de alguien sobre su brazo.

«Signorina Ángela, ¿está bien?» preguntó María.

Una sensación de paz la invadió. Miró unos cálidos ojos marrones llenos de preocupación.

«María, lo siento, ¿qué has dicho? Por un momento, no fui yo misma».

«Sí, lo entiendo. Tiene un don poco común». «¿Un don? Más bien una maldición».

LA CHICA QUE CONOCIÓ A DA VINCI

«No, signorina, es la vista. Percibí ese don en usted desde el momento en que llegó. Pero sabía que necesitaba tiempo para entenderlo. Después de cenar, tomaremos un capuchino y unos amaretti, y te contaré lo que he aprendido en mi propia vida». María tomó las manos de Ángela entre las suyas. «Debes aprender a aceptarlo. No debes luchar contra las visiones». María la abrazó y volvió al fregadero para enjuagar las hierbas frescas.

Una oleada de pánico envolvió a Ángela en un sudor frío. *¿Tendría razón María?* ¿Ese supuesto don iba a atormentarla el resto de su vida? No quería saber nada de una segunda visión. Mirando por la ventana, vio a Alex caminando hacia la puerta trasera. Tenía un aspecto rudo, sin afeitar y bronceado por el sol. El amor, mezclado con el miedo, corría por sus venas. ¿Debía decírselo? ¿La animaría él también a aceptar ese don? ¿Qué significaría para su futuro?

La puerta se abrió y los ojos de Alex se iluminaron al verla. Dos pasos los unieron. La abrazó y sus labios se pegaron a los de ella. «¿Cómo está mi niña?»

«Ella tiene una historia que contarte.»

Copyright

Publicado internacionalmente por Tema N. Merback Thousand Oaks, CA USA belleamiaauthor.com

Revisado y reeditado: Derechos de autor © 2023 Tema N. Merback

Publicación original: © 2018 Tema N. Merback

Portada exclusiva © 2023 Joanna D'Ángelo

Diseño interior y maquetado por Teri Barnett, indiebookdesigner.com Editor: Joanna D'Ángelo

Todos los derechos reservados. El uso de cualquier parte de esta publicación reproducida, transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el consentimiento previo por escrito de la autora, Belle Ami., constituye una infracción a la ley de derechos de autor.

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se han utilizado ficticiamente, y cualquier parecido con cualquier persona o personas, vivas o muertas, acontecimientos o lugares es una mera coincidencia.